Julio Anguita Parrado:

BATALLA SIN MEDALLA

Edición: Stefano Albertini, Carlos Fresneda y Ana Alonso

RED.[publica]>bΩΩk

Julio Anguita Parrado:

BATALLA SIN MEDALLA

Edición:
Stefano Albertini, Carlos Fresneda y Ana Alonso

RED.[publica]> e.bΩΩk

Primera Edición - Abril 2004
Antonia parrado
Foca, ediciones y distribuciones generales
Madrid, España

Título original en español
Batalla sin medalla

Copyright©2013— Julio Anguita Parrado

ISBN 84-95440-63-6

Se prohibe reproducir, almacenar o transmitir cualquier parte de este libro sin permiso previo, a menos que sea utilizando la memoria, el sánscrito o el islandés.

BATALLA SIN MEDALLA -- JULIO ANGUITA PARRADO
Primera edición e.book: MESE ANNO
V:Batalla sin medalla V.1.01
e.book: adaptación gráfica, diseño y producción:
RED.ápublicaá >[bΩΩk]

http://latienda.redpublicainc.com

E-mail: books@redpublicainc.com

Nuestra publicaciones son "DRM free".

¿Qué quiere decir eso? ¿Qué implica?

¿QUE ES?

DRM son las siglas de "Digital Right Managment". Es un pedazo de software que se añade a la publicaciones digitales - musica, imágenes ebooks, software, para evitar o dificultar la reproducción. En el caso de los libros, una vez los tengas en tu aparato (device) no se podran reproducir, ni copiar a otra computadora o tablet. Ni siquiera imprir. El debate sobre el asunto es uno de estos debates eternos, filosóficos y casi metafisicos, pero, principalmente se sostienen sobre dos puntos que nosotros no reconocemos: (1) la mala fe genética del ser humano ;) y (2), que la literatura es un negocio antes que cualquier otra cosa.

Nosortos creemos que la difusión de la literatura, y de todo producto de la creación humana, solo puede enriquecernos el espiritu y crear mejores sociedades en el futuro. Y la mala fe aparece cuando el público se da cuenta de que lo que recibe no está ofrecido de ....buena fe.

Cuando años atrás, Apple decidió liberar de DRM toda la musica que distribuye en itunes, fue una movida muy atrevida por parte de una compañia en la que las ganancias son parte principal. Debes estar seguro de que no han cerrado. Nosotros también hemos decidido no poner DRM desde un principio a nuestra publicaciones.

¿QUE IMPLICA?

Implica que una vez que bajas una publicación nuestra podrías, aún **ilegalmente**, imprimirla, copiarla a otra computadora, pasarla a los amigos y todas las alternativas que ustedes puedan imaginar y que tendrían como efecto que en menos de un mes nuestra editorial cerraría. Porque nosotros también tenemos que pagar servidoras y el trabajo que se produce. Además los escritores tenemos que mandar nuestros hijos a la escuela y en mañanas alternas comprar pan, leche, y sobre todo café. Es decir, todos los gastos en los que ustedes tambien incurren. Nosotros nos comprometemos a mantener los precios lo mas bajos posible, y cuando aumente el tráfico de compras quizás podremos bajar más aún los precios. Nos comprometemos a publicar buena literatura y de impulsarla también a traves de certámenes. De ustedes esperamos que compren y que, si deciden, copiar o pasarlo, sea porque realmente no hay otra alternativa.

Consideren este texto como nuestro **DRPAM, Digital Right People Auto-Managenent**

Una lectura general sobre el tema.
http://en.wikipedia.org/wiki/Digital_rights_management

Si copias este libro no canceles esta nota informativa. ¡Gracias!

RED.[publica] >[bΩΩk]

Batalla sin medalla

Me sirve y no me sirve

Mario Benedetti

(...)
me sirve tu futuro
que es un presente libre
y tu lucha de siempre
sí me sirve
me sirve tu batalla
sin medalla
(....)
me sirve tu sendero
compañero.

PRÓLOGO

Stefano Albertini

Julio Anguita Parrado podía decir "soy un periodista español" (ana sáhafi min Isbanía) en árabe. Creo que lo aprendió cuando, con apenas veinte años, su periódico lo envió a Argelia. La frase, que tenía que ser una especie de salvoconducto, no le salvó la vida en Irak. Pero Julio la utilizaba algunas veces como pretexto para romper el hielo con los taxistas de Nueva York, a los que, inmediatamente después, les contaba que era de Córdoba, la capital de Al Andalus y así, atravesando avenidas de rascacielos iluminados, el periodista español y los taxistas árabes conseguían resucitar juntos el esplendor del califato tolerante e iluminado. Por un momento daba la impresión de que ese olor a comida china y a desodorante que impregna los taxis fuera reemplazado por el de las flores de los naranjos que en primavera embellecen el patio de la Mezquita. Julio sentía curiosidad por los demás, y le interesaba tanto lo que pensaba el taxista como la opinión del catedrático, o la del presidente de la Reserva Federal Alan Greenspan. No le gustaba ponerse en evidencia, pero en el fondo le encantaba hablar de su tierra y de su historia.

Julio amaba la vida y bebía de ella a grandes sorbos, sentía inquietud por todo y deseaba seguir aprendiendo. Siempre había un cursillo en el que se acababa de inscribir o al que se quería apuntar, u otro idioma para añadir a los cinco que ya conocía perfectamente y que practicaba en cuanto se le presentaba la ocasión. Casi siempre estaba leyendo al menos dos libros al mismo tiempo, normalmente uno norteamericano y otro español.

Las películas había que ir a verlas todas: desde las de acción 'sin cerebro', a las más independientes y refinadas. O debería decir que había que comenzar a verlas, porque muy a menudo Julio se levantaba en medio del cine o del teatro y me susurraba: "No aguanto más, me largo". Al principio me solía enfadar, después entendí que formaba parte de su vitalidad, de su deseo de no perder el tiempo en cosas inútiles o aburridas.

Conmigo había empezado a ir a la ópera regularmente (y a prepararse durante semanas escuchando los compactos y leyendo los libretos en voz alta), y yo con él había aprendido a apreciar el flamenco, desde el más tradicional (el preferido de Julio) al más innovador. Con Olalla había visto diligentemente, como si fuera un seminario universitario, la serie de documentales de la televisión pública sobre la historia del jazz. Después se interrogaban el uno al otro para ver si todo les había quedado completamente claro.

Profesionalmente Julio también era una persona sedienta de experiencias diferentes. No le pesaba cubrir todo tipo de información, y con cierto orgullo le contestaba 'de todo' a quien le preguntaba sobre qué escribía. Durante sus primeros años en Nueva York, aunque su ocupación principal fuera la de colaborador del diario El Mundo,

también se asomó a otros medios: probó la televisión, con el breve pero excitante experimento de Conexión Financiera y después Internet, escribiendo noticias 'online' para Starmedia.

Julio era sobre todo un gran profesional de la escritura, y de alguna manera él también era consciente de ello, pero le fascinaba ser capaz de comunicar también a través de los otros lenguajes que las tecnologías modernas ponían a su disposición. Se entusiasmaba con la

rapidez y eficacia de la información por Internet, y estaba particularmente orgulloso del portal de El Mundo, "el mejor y más visitado de España", me solía decir. Recuerdo que para la primera charla 'online' con los lectores del periódico vino a mi despacho a sacarse la foto porque le parecía que daba una imagen más profesional que la del salón de casa, desde donde solía trabajar.

La vida de los corresponsales puede llegar a ser bastante solitaria. Normalmente no tienen un despacho, trabajan desde casa, en un país extranjero en el que la mayor parte de los conocidos son colegas del ramo y del mismo país que, forzosamente, son también competencia y por lo tanto no es bueno comunicarse mucho con ellos. Julio rompió este mito. A él le gustaba el equipo, el grupo y se había construido alrededor uno grande, compacto, divertido, siempre en movimiento y siempre en comunicación constante. En casa tenía a todas la horas la televisión encendida, sintonizada en los canales de noticias; con el volumen bajo, la radio estaba constantemente en el dial de la National Public Radio (con la que se despertaba cada mañana); los periódicos del día, esparcidos entre su escritorio y el suelo, con los artículos más importantes arrancados (no cortados) y separados; el ordenador, encendido y conectado a la red; los cascos del teléfono sobre la cabeza, y el celular siempre sonando... Yo no entendía cómo podía, no ya escribir un artículo, sino simplemente no volverse loco en ese caos de palabras, sonidos e imágenes, y cuando se lo hacía notar me respondía que no podía entenderlo porque yo no era periodista y lo poco que escribía lo hacía en el silencio de una biblioteca.

Cuando volvíamos de nuestro último viaje juntos, a Miami, en febrero de 2003, una tormenta de nieve en Nueva York nos obligó a hacer una parada forzosa de dos días en Atlanta. Decidimos aprovechar ese coletazo de vacaciones, y la primera cosa que Julio propuso fue ir a visitar la sede central de la CNN. No creo que le interesara particularmente, ya que Julio había visto muchas redacciones de televisión, e incluso había trabajado en alguna de ellas. Pero quería hacerme entender algo mostrándome a esas decenas de periodistas que se movían frenéticamente de un sitio al otro y que nosotros, turistas modélicos, observábamos como si se tratara de peces en una pecera. Al final me preguntó si había entendido por qué necesitaba comunicarse constantemente, minuto a minuto, con Lucía, Pilar, Lydia, Juan, Mercedes, Isabel, Ana, Albert, Bárbara, y todos los demás. Aunque trabajaran para periódicos o empresas diferentes, eran la extensión de su redacción, en el salón de un pequeño apartamento del Village. Más que de la exclusiva (yo estaba convencido que las exclusivas era el objetivo principal de los periodistas y sobre todo, de los corresponsales), lo que a Julio le preocupaba era comunicar, medirse con las personas a las que estimaba. Incluso a los viajes por Estados Unidos (y creo que en los seis años que estuvo aquí visitó casi todos los ángulos de este país infinito que le fascinaba y le irritaba al mismo tiempo), Julio casi nunca iba sólo. La excusa oficial era que no tenía carné de conducir y que le hacía falta un colega que llevar el volante, mientras que él era un copiloto impecable con un sentido de la orientación innato. En realidad muy a menudo, se unía a Idoya, también ella sin carné, pero juntos llegaban, usando el transporte público o hacían autostop, adónde tuvieran que llegar. Lo importante era llevarse a todas partes un pedazo de su redacción 'extendida'.

Bromeando le solía decir a Julio que yo era su colaborador gratuito, porque siempre comentaba o discutía conmigo los artículos que estaba escribiendo o me preguntaba mi opinión sobre una idea que se le había ocurrido para un 'testigo directo', el reportaje de última

página de El Mundo con el que más disfrutaba escribiendo. Pero aunque no escatimaba en detalles a la hora de investigar y prepararse para escribir un artículo, cuando ya se lo había enviado al periódico lo dejaba atrás y creo que nunca conseguí que me leyera algo que ya hubiera enviado. "Es una tontería", contestaba a mis peticiones de leerme sus informaciones. Así que me las tenía que leer 'online', o esperar a que regresara de uno de sus encuentros regulares con Carlos Fresneda. Siempre volvía con una montaña de ejemplares de El Mundo, con sus artículos oliendo aún a imprenta, recién llegados de España, pero enseguida los guardaba y prefería contarme los progresos de los hijos de Carlos e Isabel, Miguel y Alberto, que lo esperaban para jugar como si fuera un coetáneo. Una vez escrito, el artículo dejaba de interesarle, y Julio ya estaba concentrado en su siguiente historia. Era consciente de su capacidad como periodista, y se llevaba una decepción cuando sentía que sus jefes no reconocían sus méritos, pero era verdaderamente periodista porque no regresaba al pasado, ni siquiera al del día anterior, a menos que no fuera relevante para la historia del día, de mañana.

Su multitasking y su rapidez no tienen que inducir a pensar que afrontaba los problemas con superficialidad. Julio se preparaba siempre muy seriamente las entrevistas y los viajes de trabajo. La investigación, ya sea 'online' o en la biblioteca (su preferida era la biblioteca pública de Jefferson Market, la que se parece a la casa de la Familia Adams, en la Sexta Avenida) siempre era intensa y después se refinaba con interminables llamadas telefónicas a su familia/redacción extendida por todo el mundo. Recuerdo todo un día dedicado a prepararse la entrevista con el obispo africano Milingo, después de que se hubiera casado según el rito de la secta Moon, en un hotel neoyorquino, con una acupunturista coreana. Después de haber asediado con llamadas y faxes durante un día entero al pseudoreverendo que gestionaba la oficina de prensa de la secta obtuvo la entrevista (esta vez en exclusiva) con el polémico prelado. Tras haber pasado la mañana investigando sobre la secta Moon y su cura/brujo, me pidió que comiéramos juntos en un restaurante del East Village para preparar el encuentro. Había que entrevistarle en italiano (un idioma que Julio dominaba perfectamente) pero no se sentía precisamente un experto en cuestiones vaticanas. Yo tampoco lo soy, pero dado que muchas de nuestras discusiones eran de corte religioso y eclesiástico, creo que Julio me intentó utilizar como cobaya. Al final de la comida estaba perfectamente preparado, con preguntas impecables, su grabadora portátil, vestido de oscuro, y sintiendo la presión del periódico que olfateaba la exclusiva y le llamaba cada media hora.

En cuanto llegó a su cita, Julio le preguntó a Milingo, vestido de paisano, pero con el vistoso anillo episcopal al dedo, si tenía que dirigirse a él como 'Monseñor Obispo' o 'Señor Milingo', una pregunta que no habíamos previsto en un nuestro encuentro, pero que era perfectamente legítima. Sin embargo, el obispo se la tomó muy mal y atacó con toda su furia a Julio, acusándole de ser un provocador del Vaticano y negándose a continuar con la entrevista. Julio regresó a casa enfurecido (por haber perdido la exclusiva y por las explicaciones que tendría que darle al periódico), pero por otro lado divertido (por esa ofensa tan inusual para él) Llegamos a la conclusión de que aquel fue 'the best interview never written' ("la mejor entrevista jamás escrita").

Julio se fue a Irak como periodista a seguir a las tropas norteamericanas porque estaba convencido que su sitio era ése, para poder contar desde la primera fila lo que estaba ocurriendo en un frente lejano de nuestra cotidianeidad geográfica y cultural. A sus 32 años,

objetor de conciencia convencido y opuesto abiertamente a la guerra de Irak, se encontró durante un mes codo a codo junto a los hombres y mujeres de la 3a División de Infantería Mecanizada. Durante aquellas semanas escribió crónicas inolvidables, algunas elegíacas, otras irónicas, en las que la simpatía humana por los soldados norteamericanos que se habían convertido en sus compañeros no le impedían mirar con compasión virgiliana a esos iraquíes a los que no conseguía percibir como enemigos.

A lo mejor Julio Anguita Parrado habría escrito un libro antes o después. Un libro sobre su experiencia como corresponsal de guerra, o quizás un libro sobre la América de hoy para explicársela a los españoles, o tal vez un libro sobre los secretos y los escándalos de la economía norteamericana de la que se había ocupado de forma continuada. El 7 de abril del 2003 los sueños y los proyectos de Julio fueron abortados para siempre a pocos kilómetros de Bagdad, y Julio tenía muchos sueños y proyectos, muchísimos, como bien sabemos nosotros, sus amigos, sus colegas, su familia de Córdoba y sus otras 'familias' repartidas por Madrid, Italia, Nueva York....

Justo después de su muerte, estando aún aturdidos y confusos por el dolor y sin darnos cuenta de lo que estaba ocurriendo, durante los días de la eterna espera de su cuerpo, empezamos a pensar que una recopilación de los artículos más significativos de Julio, presentados por sus amigos y colegas más cercanos, podría ser el modo más justo de celebrar su vida. La muerte de Julio fue un evento público, mediático. El dolor de su familia, de sus amigos, privado, íntimo e intenso, se transformó en un dolor nacional, compartido por millones de personas. Y Julio, que era reservado y huía de la publicidad y de las luces de las candilejas, de repente a adquirió dimensión pública. Muchos escribieron y hablaron sobre él, alguno incluso de un modo disparatado, sin haberle querido nunca y, a veces, sin ni siquiera conocerlo.

Con este libro le queremos devolver la voz a Julio, recorrer con sus mismas palabras, con sus artículos, las etapas más significativas de su vida personal y profesional. Además de los artículos, presentamos una larga entrevista/conversación de Ana Fernández con los padres y la hermana de Julio y el emotivo discurso fúnebre que él escribió para el funeral de su abuelo, Juan Parrado. Leyendo este último se entiende mucho de la historia y de la formación de Julio, de sus inicios, de su filosofía vital. Los artículos están presentados por muchos de sus amigos y colegas que, casi siempre, han participado con Julio en la gestación de los mismos. Se lo agradecemos a todos, uno a uno, pero ante todo le damos las gracias a sus padres y hermanos por haber apoyado este proyecto y habernos abierto su corazón. Le agradecemos también a El Mundo el habernos concedido los derechos de publicación de sus artículos. Un gracias especial de quienes hemos colaborado en este libro a Carlos Fresneda y Ana Alonso por haber supervisado la selección de los artículos y haber coordinado pacientemente el trabajo editorial de la desperdigada gran redacción/familia de Julio Anguita Parrado.

Las últimas fotos de Julio que tenemos son las que el Mayor Weber nos envió el verano pasado. Una de estas fotos le muestra agazapado con su cuaderno junto a un prisionero iraquí. Tiene una expresión seria, pero al mismo tiempo valiente, y me gusta recordarlo así, imaginando que antes de utilizar al intérprete para la entrevista, él mismo le dice sonriente en árabe al prisionero herido: "Soy un periodista español, de Córdoba". Julio ahora descansa en su ciudad, la antigua capital de Al Andalus, la ciudad de Osio, de Averroes y de Maimonidas, el

califato que durante la Baja Edad Media representó el sueño utópico de la convivencia pacífica y la tolerancia religiosa entre las tres grandes fes monoteístas. Córdoba, la ciudad cuya catedral no es más que una parte de la mezquita gigante y donde la sinagoga está al otro lado de la calle. De Julio y de la ciudad que lo alberga como una preciada memoria, todos nosotros, sus amigos, hemos heredado la esperanza de que los ideales de tolerancia y de paz recuperen su derecho a existir en un futuro no muy lejano.

Stéfano Albertini es director de la Casa de Italia en Nueva York.

CÓRDOBA

PERSEGUIDOR DE DESAFIOS

Ana Fernández Navarro

Julio Anguita Parrado en los espejos, la voz y la memoria de sus padres y su hermana Ana

"...se asocian como nubes/ que un día el viento precipita/ sobre la tierra/ para cambiar, no inútilmente, el mundo" (José Ángel Valente)

Las palabras huyen, se me vacían, enmudecen: la melodía que sueño arrancarles necesita a Orfeo, a Louis Armstrong y a Cortázar, y a las musas en una suerte de convención. Ocurre cada vez que la hoja en blanco y yo nos citamos con Julio Anguita Parrado para celebrar su vida y mantener abierto su sendero. Incluso parece que olvidé el oficio, la resolución de periodista. Sobreponiéndome –pues me quiere valiente, y no inmóvil y triste en la vereda– emprendí esta edición de las conversaciones que mantuve con su padre, Julio Anguita González, ex alcalde de Córdoba por el PCE y figura relevante de la política española; su madre, de la que mi amigo sé que heredó su bondad; y con Ana Anguita, increíblemente sólida en las jornadas que siguieron a la muerte de su hermano mayor. Ana sostuvo el timón en la agónica, interminable espera del hijo y hermano ya sin vida, y para cuidar de que en el adiós se cumpliera la voluntad de quien ya no estaba para influir, negarse a algo, o reírse, siempre con inteligencia, como hacía Julio.

Las entrevistas se realizaron en Córdoba, a mitad de diciembre, encarando una Navidad imposible, desnaturalizada, sin Julio de vuelta a la ciudad de la familia, a esa matriz de afectos del que por elección fue neoyorquino y cosmopolita. En ese escenario, al encuentro de los espejos familiares en que se ve reflejado, las calles eran viento para la lumbre de mi amor y de mi ira. Cuánto me gustaría oír y no volveré a escuchar ese '¿qué haces?' con el que Julio reunía a los amigos cordobeses e invocaba una pequeña aventura, trasmutando lo gris, tan tenaz, en invencible arco iris. En Julio padre –así lo llamaré siempre– conmueven más el blindaje de sus principios, su entereza que verle eludir por un segundo el umbral de las lágrimas. "Mi hijo ha marcado para mí un camino", concluye quien ha supuesto y es para su descendencia norte de elevada altitud, a la vez pública e íntima. Antonia Parrado encarna el diálogo eterno de las madres con sus hijos y describe a Julio pacifista y demasiado exigente con él mismo desde chico. Y casi libre de su crucial, ardua versión de Antígona, regresa Ana Anguita a su propia encrucijada y sostiene y se guía a su modo por el mapa de desafíos de su hermano Julio. Sobre el menor de los Anguita-Parrado, Juan Antonio, sé que sus acciones hablan por él antes que sus palabras, que se reserva por el momento, siendo fiel a sí mismo.

—Cuando preparábamos el examen para ingresar en la Universidad, recuerdo a Julio decidido por el periodismo. ¿Cómo nace su vocación?

"Mi padre dice que cuando se iba con él a los mítines. Puede ser... Lo que sé es que le encantaba la serie de Lou Grant. Mi hermano decide que se va a Madrid. Se va a estudiar la carrera". "Primero", descubre Antonia Parrado, "él quería Derecho Internacional y aquí era una asignatura. En la Unión Soviética sí existía. Lo que pasa es que su madre del alma... Me enteré de que los estudiantes en Moscú estaban alojados en sitios muy deficientes. Le quité la gana, y se definió por el periodismo. Desde primera hora ya estuvo haciendo prácticas en vacaciones, en Canal Sur, en el periódico Córdoba".

"Lo que yo recuerdo, en el año 86, en la campaña en la que fui candidato por Izquierda

Unida a la presidencia de la Junta (de Andalucía), es que me dijo: 'Yo quiero estudiar periodismo'. Demostró que le gustaba. Pasaba mucho tiempo con los periodistas y después me comentaba lo que le había parecido".

—Viví el interés que despertaba, su empeño en que no le trataran como 'hijo de' y cuando comienza a firmar con A. Parrado. ¿Por qué esa rúbrica?

"Una cosa muy desagradable es oír '¡cómo es hijo de Julio Anguita..!' En el mismo instituto él ya quiso cambiarse el nombre. Mira, Julio, para bien o para mal tú eres hijo de quien eres, y para qué te lo vas a cambiar, le dije. Lo hacía para distinguirse. Estaba satisfecho con su padre y la cuestión era que no lo asociaran. Y él empezó a escribir y yo no me había dado cuenta siquiera de que era él cuando ponía Julio A. Parrado", recuerda Antonia. "Tener un padre conocido, te lo diré, y no en broma, es un coñazo; por el hecho de sentirse permanentemente comparado, no en esta época, con el mítico y mitificado alcalde de Córdoba. Por eso, cuando a mí alguien ha intentado zaherirme sobre el tema de su famosa firma, a mí me ha parecido correctísimo porque él tenía que hacer su propio mundo, y me ha llenado de satisfacción que haya gente que se ha enterado después que era hijo de Julio Anguita. Eso es una señal de personalidad llevada hasta sus últimas consecuencias que a mí como padre me enorgullece". "El apellido siempre lo hemos llevado nosotros: para mi hermano era un lastre; Julio quería saber que estaba en los sitios por él mismo".

—¿Y qué sabe su padre sobre aquella idea de estudiar Derecho Internacional?

"En el niño había siempre una pasión de justicia. Había una herencia del abuelo muy importante. Quizá también de la madre y mía. El abuelo tenía un sentido muy estricto de la justicia. Julio discutía conmigo mucho por muchas razones, pero una de ellas era también que cuando hay un padre conocido siempre hay una rebeldía innata. Tenía ese sentido de que la justicia estaba por encima de los partidos y por encima de las opciones. Siempre buscaba encontrar en mi opción las partes negativas y a veces lo hacía incluso posicionándose de manera falsa, de la otra parte, para provocar un poco".

—Siempre he pensado que los desafíos definen a Julio. ¿Lo véis así?

"'Mamá, es que tú no me obligas', me recriminaba un chaval que siempre sacaba unas notas estupendas. Julio, tú tienes tu ritmo: ¿por qué te voy a obligar yo? Si tú no quisieras...", recuerda Antonia. "Era una cosa de exigencia consigo mismo. No ha cabido la menor duda de que ha sido muy trabajador. Ese hecho de que era un inconformista, porque creía en la exigencia del trabajo lo mejor hecho posible. Él no iba a hacer ninguna cosa sin estar bien documentado. Y luego, incluso exponiéndose cuando lo de las Torres Gemelas. Se expuso demasiado. Yo no calibré bien esta vez; cuando dijo que se iba, no supe calibrar..." "Cuando dice en la televisión", argumenta el padre, "'me da miedo, no el conflicto sino si voy a estar a la altura de...' hay un ramalazo de autoafirmación, de decir 'yo voy a estar a la altura de ese reto'. Porque él se ponía retos. En ese aspecto era un poco competitivo; pero en el sentido en que se juzgaba a sí mismo: el juez más implacable que podía tener era él. Es una necesidad que tienen ciertas personas de estar constantemente autoafirmándose. Una manera, por lo que puedo intuir, de evitar algo que te obsesiona, que es la muerte. Él era joven, sano, guapo, simpático. Es la vida, con sus problemas, pero esos problemas cuando se canalizan. La vida. Pero la vida tiene a una señora ahí enfrente. Esa gana de agotar la vida superando la muerte. Y la vida, entonces, parece que es una vegetación que empieza a crecer, tropical".

—¿Qué otros rasgos de su personalidad destacáis?

"Lo que más me ha llamado a mí la atención", indica Antonia, "es que ha muerto en violencia cuando él era una persona pacifista de siempre. Cuando tenía unos siete u ocho añitos llegó con un chichón en la cabeza (había unos niños muy violentos). Me lo traje de la mano y le dije: 'Mira, Julio: no quiero que tú pegues, pero defiéndete. Tienes que aprender a defenderte'. Y con lo chiquitillo que era me contestó: 'Mamá, ¿tú quieres que pegue? Pues no voy a pegar'. Tenía esa reacción. Él fue separándose de esas situaciones y buscó amigos no violentos, pacíficos, más tranquilos". "Esos niños suelen cambiar. Una vez dijo: '¡Porque no quiero pegar!'", repite su padre. "Era un niño muy delicado en ese aspecto, que tenía una gran inteligencia, que sufría mucho. Yo creo que sufrió también mucho por el tema (la separación) de la madre y mío, o mío. Tuvo que pasar muchos momentos difíciles porque él vive situaciones que son duras. Y llegar a encontrar el reconocimiento de compañeros y de amigos... Lo superó cuando vio que la gente lo quería mucho".

"Otra cosa", recuerda la madre, "es que a él siempre le ha gustado estar con personas mayores para preguntar. Su tío –un hermano de su padre– me acuerdo que nos visitó y cuando volvió de dar un paseo por el Parque Cruz Conde (en Córdoba), vino encantado de la conversación que había tenido con Julio y las preguntas tan inteligentes que le hacía, interesándose por las preocupaciones del ser humano. Ha tenido muchos amigos. Yo lo he vivido después con los amigos que he encontrado. Mi amiga Blasi me comentó: 'Tu hijo ha tenido que ser extraordinario porque sus amistades lo son...' Rodeado de gente con unos valores que no son los del arribismo o de pisotear a otros, sino que van granjeándose su puesto por ellos mismos".

"Era muy curioso, y yo no. Mi madre decía: 'Hay que ver la curiosidad de este niño'. Y eso me ha llamado mucho la atención de mi hermano: que sabía un montón de cosas y quería empaparse de las que no sabía". "Necesitaba vivir, necesitaba amar, ser amado. Era un niño, pero en el sentido", matiza su padre, "de lo que puede haber de importante en un niño de 32 años, con todas las cosas".

—¿Hemos sabido valorar, los más cercanos, al Julio periodista?

"Estaba empezando a descollar aunque ya era conocido. Las crónicas de la guerra, lo sé por compañeros suyos, aparte de que eran magníficas, estaban marcando una cosa muy importante: eran crónicas verídicas pero con algo distante, para trascender la época. No cuenta lo que hay –prosigue su padre– sino los parámetros que podemos llamar universales. Hay seres humanos y situaciones. Eso lo sabía hacer muy bien, lo cual indica que hay reflexión, una persona preparada para reflexionar. Las del diario, no sólo las de Irak, tenían siempre un punto de vista del que se sitúa a distancia, pero para ver mejor, no para inhibirse. Su compromiso no parecía evidente. Era un artista, un creador. En el sentido de que muy pocas personas son capaces de escribir lo que él le escribió al abuelo". "Quería estar", apunta Ana Anguita, "en primera línea; la idea que tenemos del reportero que se ve en las películas".

"Me ocurrió lo mismo con su padre. Para mí no fue más importante porque apareciera en público o porque fuera alcalde; para mí, Julio era importante como persona. Y mi hijo es que hay que ver... Era lo mismo. Yo he estado siempre orgullosa de mi hijo como persona. Amigo de sus amigos, familiar con toda la familia, que venía en Nochebuena y eso era... (muy emocionada). Yo siempre me he esperado de mi hijo lo que ha hecho, porque siempre he

pensado que era capaz. No evitaba los aspectos conflictivos: con Bush estuvo beligerante. Decía lo que tenía que decir. Sabía decir las cosas. Lo que tuvo que decir lo dijo. Cuando la gente empezó a comentar: '¡Qué artículos!', te sientes muy orgullosa. Incluso me llamaron un día diciéndome que había un libro sobre el 11-S en El Corte Inglés y lo habían abierto por una página donde aparecía el artículo de Julio. Todo el mundo lo felicitaba. Aunque, quizá, somos, tanto el padre como yo, de una generación muy espartana; parece que el reconocimiento tiene que venir más de fuera. Ahora, quizás, esto nos ha hecho cambiar un poquillo y estamos empezando a valorar más".

—¿Qué supone Nueva York en su vida y en su carrera profesional?

"Lo apoyé totalmente a pesar de que iba a pedir una excedencia y se iba de colaborador. Su padre puso el grito en el cielo diciendo que qué barbaridad. A lo mejor otras madres quieren tener a sus polluelos debajo. Creí que era una oportunidad como periodista. La redacción, creo, le venía corta. Quería abrirse a otros horizontes". "Mis padres le dijeron: 'Julio piénsatelo'. Yo le dije: 'si tú te quieres ir, vete. Tienes una edad que lo haces ahora o no lo haces nunca'. Tenía sus miedos. Sabía que irse a Nueva York era ir con una mano delante y otra detrás. Lo mismo era un escape para muchas cosas y hacer su vida realmente".

"Estaba enamorado de Nueva York, pero cuidado –exclama su padre–, aquí hemos tenido entre nosotros voces; estuvimos un tiempo sin hablarnos e incluso tuvimos una pelotera por teléfono. Había visto la explosión (los atentados del 11-S) y aquellas víctimas que nada tenían que ver. Yo, un poco por debajo, le dije: 'Ya veremos a ver lo que hay...' Y él no lo entendió, y discutimos y después pasó. Es curioso: toda la historia de la izquierda, la izquierda española muy contraria a la política americana, pero Nueva York los cautiva. Están los barrios donde se movía él, no esa mugre metodista y esa mugre de pensamiento único. Hay una cosa, algo que se sabrá. Mejor que mi hijo esté muerto cuando se sepa (silencio). Sigo pensando que (el 11-S) es una faena interna de EE UU. Lo que pasa es que la hidra desconecta los poderes, del Pentágono de la Presidencia y demás. En toda la historia de EEUU y en la historia reciente está la hidra, y no se pueden tomar tan rápidamente las decisiones que ha tomado Bush. El 11-S: un crimen espantoso, pero hay otros crímenes en Timor Oriental, en Indonesia, en Kosovo, Irak, Afganistán, Granada, Chile, Somalia..."

—Córdoba,

o Nueva York, ¿a qué ciudad pertenece más Julio?

"Nueva York era donde él era como es, como era: libre. Esto era el calor. Todo el mundo siente siempre la necesidad de volver al claustro materno. Creo que Julio", continúa su padre, "volvía al claustro materno, que no es solamente la madre, a la que estaba muy unido. Es la madre ciudad, que además lo acogía con

mucho cariño. Encontraba la prolongación del reconocimiento que tenía en Nueva York y Madrid, y lo tenía en su Córdoba. Lo que pasa es que él no podría vivir aquí. Eso creo, porque aquí se ahogaba. Pero una excursión de vez en cuando..." "En Córdoba tiene sus raíces, su casa, sus padres. Pero a veces es mucho más importante el lugar que eliges. Tu ciudad es la que eliges", afirma Ana, por eso Nueva York es su ciudad. Allí pudo ser él en muchos aspectos, y se encontró muchas cosas. Yo lo siento mucho de Nueva York. Aunque claro que decía: 'Algún día volveré aquí'."

—La trayectoria de Julio ya era brillante cuando se sitúa en la elite de periodistas que

informan desde la primera línea sobre la guerra de Irak. ¿Qué argumentos os dio para irse?

"A lo mejor, si yo hubiera insistido en que no fuera a Irak..." –se cuestiona la madre. "La verdad es que no calibré la exposición grandísima. ¿Qué necesidad tenía él? '¿Cómo te vas a ir una guerra que tú sabes que estamos en contra?', le pregunté. Y él me dijo: 'Mamá, lo único que te digo es que si queréis evitar la guerra tenéis que iros todos a ocupar las bases americanas, que no salga ni un avión de aquí'. Me contestó que qué necesidad tenía yo de ser concejala (Antonia Parrado fue responsable de Servicios Sociales en el Ayuntamiento de Córdoba en el mandato 1999-2003 y ha regresado a su plaza de inspectora de Educación). 'Tú estás haciendo un trabajo que te está llevando muchos malos ratos y estás ahí porque has querido hacerlo, y yo voy a esto porque también quiero hacerlo', argumentó Julio. Creo que se refería a los continuos retos personales que nos ponemos. Estaba convencido de que si estaba allí dentro podría contar las cosas con más veracidad. De lo que sí estoy segura es que, con lo vitalista que era, morirse, no quería morir. Lo mismo que le quité la gana de ir a estudiar a Moscú... Ya era más maduro, tenía otra edad. Yo también tuve la esperanza ingenua de que la guerra no fuera, porque con tantas movilizaciones como había contra la guerra. Creía que a última hora aquello se iba solucionar. Tuve esa esperanza ingenua. La verdad es que la tuve".

"Estuvo tomando café conmigo en mi casa por la mañana –narra el padre. Quería: era su profesión. Le dije: 'Me siento orgulloso de ti'. Estaba muy ilusionado y muy serio. Tengo la sensación de que a lo mejor vino a despedirse... ¡Bah! Son historias".

"Como siempre cuando se iba a Nueva York, me despertaba. Esa vez me espabilé más. Vi cómo guardaba todo, el petate, el casco... Lo que me queda de mi hermano es ese entusiasmo, esa alegría que tenía, también esa responsabilidad. Le dije: 'Vale, Julio, pero ahí va a morir mucha gente'. Le veía tan guapo, tan moreno, tan cachas de los entrenamientos, cargado con todas las cosas del periódico, y agobiado por la situación en la que se encontraba. Quiero que salga porque es su libro: mi hermano se fue a la guerra después de que lo hubieran tratado como a una basura y lo hubieran humillado. Llegó a Irak haciendo su trabajo, pero pensando en su jefe y en si iba a tener o no trabajo a su regreso".

—En general, ¿qué desagravio cabe para los profesionales de la información que se juegan la vida o la pierden haciendo su trabajo?

"No hay desagravio. Simplemente, contando cosas, la parte que no se ve, y ennoblecer la profesión en tareas nobles; yo no llamo periodismo a eso que se hace en determinados magazines. Además, está el reconocimiento económico: se trata de situar a cada profesional en las condiciones laborales que se merece, con economía de mercado o sin economía de mercado. Donde haya una crónica bien hecha y donde haya alguien que se está jugando la vida, no sé si es por Julio, para mí es una profesión dignísima, de las más dignas que hay. Los que no son dignos son muchas veces los que están pegando tiros. Mi hijo y José Couso, para mí, están por encima de Colin Powell, por poner un ejemplo. Bush es una indignidad, para mí no es ni persona. Francamente, es una escoria. Y digo que es una escoria y también le pido perdón a las escorias". Son las palabras de Julio padre. "Ojalá que estuvieran reconocidos, valorados...", clama Ana Anguita, "Pero no, están los cuatro petardos de arriba, sin valorar a la gente que viene detrás y cortándoles la cabeza si pueden. Y así, en ese trabajo como otros".

—La misión de Julio en Irak, ¿cómo la valoráis?¿Qué os contó?

"Estuvo para contar la verdad y para pasar información a las familias de los militares que

estaban allí, y para establecer contacto humano con el mexicano (Rogelio Zapata, chófer) y el mayor (Michael Weber), que me parece buena persona. Lo que pasa es que estas buenas personas matan", afirma el padre de Julio. "Ven las cosas normales. Dos veces hablé por teléfono. Él me llamó", rememora la madre. "Miedo lo noté yo una vez. Oí un ruido cuando hablábamos, y era que estaban disparando los fedayines. Claro que pasó miedo, y así lo describe. Pasó miedo como todos. Lo que pasa es que el valor no está en no sentir miedo, sino en aguantarse. Nadie piensa que va ocurrir eso. Que vas, sí, en vanguardia, pero vas con una gran potencia. Lo que no esperas es que venga un pepinazo de arriba, un misil, y qué casualidad que era de Irak".

"El detalle de enviar e-mails de los soldados para que en casa supieran que estaban bien, que se hizo amigo de los soldados, creo que me lo contó mi madre. Demonizábamos el tema militar y estadounidense, pero al fin y al cabo, una cosa era el Gobierno de EE UU y otra el país Y ésa es la grandeza también de Julio, porque empatizaba mucho con las personas". "La impresión que a mí me daba (en las conversaciones telefónicas) era que tenía mucha prisa porque tenía que hablar con el periódico. Lo único que quería es que estuviera tranquila. Esa mañana mismo me dijo que se habían quedado a las afueras de Bagdad porque no tenía chaleco, sí tenía, pero no el que pedía el Ejército. Julio, le dije entonces: 'Vente ya'. Me dijo que iba a buscar un hotel porque llevaba no sé cuántos días sin ducharse. Eso fue como a las diez y media de la mañana, hora de España. Si se hubiera ido rápido, no le habría cogido allí, en el centro de comunicaciones".

—Se siente rabia, ira porque una guerra es evitable, no es como esas catástrofes naturales prácticamente inevitables...Que mueran personas en una guerra...

"Los que no la evitan, o pueden evitarla y no la evitan, son culpables. Todo aquel que ha votado al PP después de lo que ha ocurrido es responsable. Aznar me escribió una carta a la que no he contestado ni pienso contestar. Pensé escribirle una carta abierta, las mías son durísimas... Algún día lo haré. Pero no es el tema de mi hijo. Lo que ha hecho es una auténtica indignidad. Simplemente por el prurito de sacudirse complejos de inferioridad personales e históricos, de gente de quinta fila. Eso no lo puedo perdonar como ciudadano de este país, como español. Y que me dejen a mí de cuentos los apolíticos que son quizás de la ralea más sucia que existe porque son políticos. Lo que pasa es que ponen de escudo su cobardía para evitar pringarse. Pero trincan. Votar a alguien que ha engañado, que ha llevado a militares allí, que ha apoyado a un auténtico gánster... A estas alturas hay algo que se llama conciencia. Pues bien: ésos son los que tienen pringarse. Me he caracterizado por recordarle al personal la parte de responsabilidad que tiene. El señor que vota tiene una parte de responsabilidad. La sangre de Irak cae también sobre ellos. Esa mayoría silenciosa que no se mete en nada, ese conjunto de buenas gentes, de los que sostienen... Hay que decirle a los pueblos la parte de responsabilidad que tienen: que caiga la sangre sobre el pueblo de Israel. Sí, que caiga, que caiga. Pero también están ahí gritando Barrabás, Barrabás, Barrabás. Ese relato evangélico es importante porque es el arquetipo: en esas doce horas toda la humanidad está representada".

"Estoy muy pesimista:", se indigna la madre. "Son capaces esta gentuza de decir que estamos en la lista de los países que podemos montar allí empresas. Eso lo dicen los que parece que han hecho la guerra solamente con motivos lucrativos, presionados por las multinacionales. No era razonable hacer una guerra para montar empresas. Las guerras nunca

sirven para nada. Nada más que para destrozar y para destruir a las personas y quitarles las ganas de vivir". "A mí lo que me da es mucha rabia y mucho odio. Eso lo estoy sacando un poco ahora. Como el otro día, al recoger un premio de mi hermano y decir 'asesinos'. Muere gente, y no pasa nada".

—¿Os sentís víctimas?

"Yo no me siento víctima, me siento damnificado. Porque no es normal que un padre tenga que ir al entierro de su hijo. No es normal. Ni es bueno. Estoy damnificado por eso. Aunque suene raro, Julio no sé si enteró, creo que no, no sintió la muerte. Murió y el tiempo que vivió fue feliz. Y quiero que se me interprete bien: quizás murió como el torero muere en el apogeo de la gloria. Aunque le quedaba mucho todavía... Su vida, dentro de los parámetros, fue perfecta. Se encontraba en la plenitud: ¿quién, con 32 años, tiene una firma reconocida en Nueva York? Julio, un hombre querido, admirado, respetado, amado. Entonces me siento damnificado en la medida en que yo sigo vivo, su madre y sus hermanos. Pero no puedo echarle la culpa a A o B, en todo caso, en quien podría echar la culpa no creo".

"Me siento huérfana. Ahora, yo soy la mayor. Pero mi hermano no ha pasado por esta vida como otros a lo mejor lo han hecho. Lo que yo más admiro es que una persona elija. Mi hermano ha elegido. El pueblo iraquí, por ejemplo, no ha elegido. Le han quedado muchas cosas por hacer. Él quería tener niños, tenía muchas ilusiones. Él no quería morirse. Pero ha dejado una huella. Eso lo dejado Julio y no otra persona". "Todavía no me lo creo. Muchas veces pienso que está en Nueva York", dice Antonia llorando. "Será un mecanismo de defensa de mi subconsciente. Con la familia de Couso me he visto en dos ocasiones. Su mujer y la madre... Los padres y la novia de su compañero alemán, Christian Liebig, estaban totalmente destrozados. Me decían, en una carta, que era su único hijo. Pero aunque se tengan otros hijos... Cada uno ocupa su lugar. Pues, como todas las madres, con una capacidad de seguir adelante que estamos teniendo, la verdad, inexplicable. Cuando piensas en estas cosas sin que te ocurra, piensas que no vas a poder seguir viviendo. Pues sigues viviendo. Y yo, como le decía a mis amigas, como nunca se me ha pasado por la cabeza quitarme la vida. Pues lo que haces todos los días es tratar de no caer en una depresión, que no le favorece a uno mismo, pero tampoco a las relaciones con los demás. Yo he tenido la suerte de no caer en una depresión, de seguir. Y, bueno, si es verdad", dice al filo del llanto, "que la energía está ahí..."

—Julio, ¿crees que tu hijo te ha superado?

"En sensibilidad, sin duda alguna. En sentimientos tal vez no. Yo tras mi apariencia dura... Pero él cuidaba, estaba en los detalles, sabía estar cercano. Y yo soy incapaz, no sé si por comodidad o por la racionalidad de ir al grano".

—El verso de Benedetti "Me sirve tu batalla sin medalla" se refiere a vidas y caminos como los de Julio, a otras medallas que sí son suyas...

"La medalla claro que la tiene mi hermano porque hizo lo que quiso. Ha dejado muy buenos amigos y gente que seguro se ha arrepentido de cómo lo tan tratado". "Ya quisiera mucha gente", afirma su padre, "tener la medalla de esa concentración improvisada en el bulevar o ese pleno del Ayuntamiento, que yo no vi pero me lo contaron. O esas conversaciones con todos vosotros: mucha gente me ha enseñado a un Julio que yo no conocía. O lo que fue su entierro y las cosas que se han dicho de él. Hay una medalla del calor humano que todavía sigue. Sí, las ha tenido y, además, es que se las merecía".

—¿Ha cambiado vuestro modo de encarar la vida?

"Creo que si tengo que hacer algo lo tengo que hacer en mi trabajo, a un nivel más básico, más social (Ana Anguita trabaja como psicóloga en la reincorporación de menores), y lo otro me da asco. Todavía no he asumido ciertas cosas. Yo no tenía ese odio que tengo. Pienso en no hacer daño a nadie e ir a por lo que quiero, lo que me hace realmente feliz. Sigo creyendo en el ser humano y de alguna manera necesito pensar que esto tiene que acabar bien". "Lo que ha cambiado es un enfoque hacia mi hijo. Pero un enfoque", afirma Julio Anguita, "para mayor compromiso. Mi hijo ha marcado un camino para mí. Ha hecho lo que ha querido, lo que tenía que hacer y ha muerto por ello. Y a partir de esa muerte me importa menos la mía".

P.D.: La memoria de Julio es su sendero. Y los desafíos, los suyos y los nuestros "se asocian... para cambiar, no inútilmente, el mundo". Prosigamos la marcha. Acaso algún día "lo corderos devoren dulcemente la entraña de los lobos indefensos hasta agotar su estirpe." (J.A.V.)

Ana Fernández Navarro
es periodista cordobesa.

JULIO EN PRÁCTICAS

Ana Romero

Cuando Julio llegó al diario Córdoba,

en verano de 1990, era un estudiante de periodismo muy guapo y algo tímido, un jovencito inteligente, culto y con un encanto especial. Tuve la fortuna de ser su 'monitora de prácticas' y él después me consideraría con mucha generosidad y cariño su 'maestra de periodismo'. Pero poco pude enseñarle, no sólo porque yo apenas tenía tres años de oficio, sino porque él llevaba el periodismo en la sangre y ya apuntaba los talentos profesionales y humanos que le hicieron un gran periodista.

Ahora me cuesta separar al Julio amigo, al que perdí hace tan poco, del joven Julito de aquellos años, pero sí recuerdo algunos detalles que me hacen sonreír. Ya era un gran polemista, le gustaba provocarme diciéndome que quería trabajar en un gabinete de prensa para currar poco y ganar mucho dinero. En otros momentos aseguraba que sería corresponsal en el extranjero y recorrería el mundo, lo que entonces sonaba a cuento de la lechera y luego fue muy real. Revisando ahora sus artículos de aquellos tiempos he encontrado ya su estilo, sobre todo en los reportajes. Sabía usar las declaraciones con fuerza pero en su justa medida, y acompañar el factor humano con datos que decían más que cualquier intención de editorializar. Yo le reñía por sus erratas, pero podía alegar en su defensa que su rapidez era incuestionable, y que se movía con soltura en los temas más dispares, desde el reportaje social a la información económica.

Entre sueños y trabajo también discutíamos sobre política. Yo admiraba mucho a su padre, por entonces máximo dirigente de Izquierda Unida, y no podía evitar preguntarle al hijo de Julio Anguita detalles sobre él. El joven Julio luchaba contra el síndrome del 'hijo de' y nos enzarzábamos en diatribas filosóficas en las que yo defendía los planteamientos políticos de su padre, mientras él la criticaba por mero instinto de diferenciación. Es curioso que, con el paso de los años, Julio Anguita Parrado se convirtió en un gran amigo y su padre pasó a ser eso, 'el padre de' un amigo.

Julio era, desde luego, un gran inconformista. Córdoba se le quedaba pequeña, como también le ocurrió con Madrid. Nunca le bastó con tomar lo

que la vida le daba, siempre quiso más. Deseaba llegar más lejos, hablar más idiomas, conocer otros países, afrontar facetas distintas del periodismo, acercarse a personas diferentes, y todo lo hizo. Desde el primer día de su vida se dedicó a vivir intensamente, a proponerse nuevos retos y a conseguirlos, porque él es capaz de todo, aún ahora. Julio era entonces como siempre: inteligente, atrevido, polemista, irónico, con un gran sentido del humor, cariñoso. Julio es alguien muy especial, no puede pasar desapercibido y deja un recuerdo imborrable en todos los que le conocen. Y allá donde esté seguro que anda explorando rincones escondidos y haciendo buenos amigos. Como los que aquí le recordamos y le seguimos queriendo.

Ana Romero
es redactora del diario Córdoba.

NOCHEBUENA TRAS LAS REJAS

Julio A. Parrado

La Navidad se vive de forma muy diferente en las galerías de una prisión. En la cárcel de Córdoba, los símbolos navideños son discretos y escasos. Es la forma más eficaz de hacer menos pesada la sensación de soledad y reclusión, que estos días se hacen más intensas para cerca de 400 internos e internas. Casi 150 compañeros han conseguido el ansiado permiso que los llevará junto a sus familias y sus hijos, y que los devolverá con las pilas cargadas para aguantar el resto del año.

"Esta noche la pasaré sola con mis hijos", afirma con cara de resignación la esposa de un interno de la Prisión Provincial de Córdoba, que aguarda el permiso para poder estar a solas con su marido. Una hora y media en que la sala del vis a vis

se convierte en el dormitorio familiar. Su marido no ha obtenido uno de los 150 permisos que este año han concedido para estas fechas. Aunque todavía no es tarde, pues a las puertas de la penitenciaría llegan agentes judiciales con el anhelado permiso de Navidad. Otros han pospuesto el pase, que se les ha concedido para Nochebuena y Reyes. "Eligen ese día porque es como un acicate para empezar el año de forma diferente", comenta Francisco Velasco, director del centro.

Dentro de los muros, los símbolos navideños son escasos. Parece como si no se quisiese recordar que ahí afuera hace tiempo que las fiestas se inauguraron y que los anuncios de televisión recuerdan que hay que volver a casa. "La Navidad en prisión es la peor que te puedas imaginar", señala Leonardo, redactor jefe de la revista Sol y Sombra. "Te acuerdas mucho de tu gente y te ves aquí chapao.

Cuando te metes en la celda, te quieres quedar dormido enseguida".

El significado de la palabra Navidad es, si cabe, más triste en boca de las internas, que estos días echan en falta con más fuerza a sus hijos. Cuatro de ellas juegan al parchís en el pequeño salón de su sección. Ninguna ha conseguido el pase para Nochebuena. "Esto es fatal, es la primera vez que no paso la Navidad con mi familia", asegura una interna, cuyos cuatro hijos pasan las fiestas con los padres de ella.

Como otros años, la dirección ha organizado a lo largo de este mes diversos actos que incluyen visitas fuera de la cárcel, competiciones deportivas, y actuaciones de grupos musicales. Se trata de suplir el ambiente festivo de la calle. Sin embargo, aunque la de Córdoba "se lleva el gato al agua, en comparación con otras", según afirma Leonardo. "Esto no se lo deseo a nadie", afirma otro recluso.

Para Nochebuena los cocineros preparan un menú especial del que algunos reclusos desconfían. Se trata de entremeses, sopa de mariscos, pavo al horno y piña. El alcohol está prohibido esa noche. "Solamente en l acomida de mañana cada uno podrá tomar una cerveza". Salvo el contenido, la comida se sirve con la misma rutina de siempre, a la misma hora, las siete y media de la tarde.

Unos 400 internos, entre mujeres y hombres, pasan la noche del 24 en las celdas y galerías de la penitenciaría cordobesa. "Me voy a acostar como en un día normal, porque si no, la cabeza da muchas vueltas", afirma con rotundidad un interno, quien recientemente protagonizó junto

con un compañero una fuga, cuando regresaban de una excursión para ver a su padre en el hospital. Aunque ésta es su décima Nochebuena entre barrotes, no se ha acostumbrado todavía.

Lo mismo le sucede a Ignacio y Manolo, que cumplen su quinta Navidad en interior. "Hay que hacerse la idea de dónde estás y pensar lo menos posible". Otro compañero, más optimista, afirma que "hay que tirar, algo habrá, una fiestecilla". No comerse el coco y acostumbrarse son las recetas para sobrevivir estos días. Cuando pasen recuento, la mayor parte estarán ya dormidos.

Córdoba, 26 de diciembre de 2001

Una familia cordobesa espera en su coche un piso

Julio A. Parrado

Desde hace un año, Rafael Torregrosa, su mujer Juani y su hijo Rafael, de tres años, comienzan el día en una peculiar vivienda: un Seat 124, en cuyos escasos cuatro metros cuadrados, entre mantas viejas, esta familia cordobesa malduerme y sueña con un piso. Rafael y Juani han entrado en un círculo vicioso: sin tener una residencia fija es imposible gestionar una ayuda social que les permita salir adelante y encontrar un trabajo. Sin éste, es imposible pagarse una residencia fija. Ayer, Juani daba a luz otro hijo para el que tendrán que hacer un espacio.

Rafael Torregrosa, un joven de 28 años nacido en Villafranca, decidió instalarse hace tres semanas junto con su familia en el descampado entre el barrio de Cañero Nuevo y la ronda de circunvalación a la ciudad, en la calle don Teodomiro. Tras un año de trashumancia por la periferia de Córdoba, este padre de familia decidió que éste era el sitio más apropiado para pasar los próximos meses. Aparcó su viejo 124, su única propiedad, y acondicionó –con la rapidez que da la costumbre—su interior con mantas y colchones desechados por otros.

En las vidas de Rafael y su pareja se repiten muchos de los rasgos que conducen a la marginalidad social. Se conocieron hace cinco años, cuando él –huyendo del hogar paterno en el pueblo—se vino a vivir a la barriada del Sector Sur para trabajar en un taller "ya hacer todas mis chapuzas". Ella, huérfana de padre y madre, tenía entonces 16 años. Tras un corto noviazgo, decidieron casarse. "Hasta tuve que sacar a mi mujer el DNI, pues no sabía que debía tenerlo". Mientras él tuvo empleo, la hermana de ella les dio cobijo, pero cuando hace un año lo perdió, tuvieron que marcharse.

Este verano consiguió trabajo como camarero en un club privado en Santa Rosa, por lo que se vio obligado a trasladarse a una residencia de verano, instalando su coche en La Palomera. Anteriormente, ambos trabajaron en la recolección de la aceituna en Adamuz. Desde entonces, la mendicidad es su único oficio.

Cada mañana, los tres, tras el desayuno en el bar de enfrente de 'casa', comienzan su peregrinaje por la zona, pidiendo limosna de puerta en puerta por los barrios de Cañero, Fuensanta y Santa Rosa. "Al centro no subimos porque si nos pillan con el niño nos detienen, parece que quieren que robemos", señala Rafael. El niño ya estuvo internado durante un tiempo en los Colegios Provinciales de la Diputación, "pero cada fin de semana ponían más pegas para dejarlo salir, así que un domingo no lo devolví". Cuando alcanzan, según dicen, unas mil pesetas para la comida y "el tabaquillo", se dirigen al comedor de caridad de los Padres Trinitarios. Tras el almuerzo, continúan de portal en portal hasta el anochecer, cuando se refugian de nuevo en su pequeño cubículo.

Los vecinos de Cañero, que desde entonces los han ayudado ("porque no somos drogadictos ni somos broncas") llamaron a la Policía Local, quien a su vez informó de su caso a los asistentes sociales del Centro Cívico de la Fuensanta. Sin embargo, según Rafael, no han hecho nada. "Estamos esperando los trámites del salario social, pero necesitamos un lugar de residencia fijo". Para conseguirlo por la vía rápida un día siguieron el camino de la patada en la

puerta de la casucha junto a la que habitan. Sin embargo, al día siguiente se la encontraron cerrada a cal y canto, con sus escasos bultos dentro.

Anteriormente ya lo habían intentando por la vía legal en el Ayuntamiento de Córdoba, sin embargo, Rafael, de mirada inteligente, no entiende de 'papeleos'. "De un lado me decían que me fuese a otro". Los dos se sienten perdidos en el maremágnum de solicitudes y trámites para conseguir algo. "Nos hemos hartado y hemos elegido esto". En todo caso, en sus vidas no hay posibilidad de dar marcha atrás, para regresar al hogar de sus parientes. Rafael no contempla la posibilidad de volver al pueblo. "No puedo vivir con mi padre y es muy difícil encontrar las peonadas".

Ella confía en su marido para salir adelante, aunque también en la Maricarmen de la Fuensanta, una asistenta del Centro Cívico. Rafael afirma, con una sonrisa casi incomprensible, que un abogado le ha prometido un puesto como guarda en un cortijo de Obejo.

A última hora de ayer Juani daba a luz un hijo en Reina Sofía. Según el padre, el bebé está bien, aunque algo escaso de peso, y con un pequeño problema en los pies. Rafael debe pensar en ampliar su vivienda, trasladándose a una furgoneta.

Córdoba, 15 de noviembre de 1992

CARTA AL ABUELO

Julio Anguita Parrado

Buenos días, en primer lugar, agradezco a todos haber venido para despedir a Juan Parrado, mi abuelo.

Casi todos los presentes lo conocíais bien. Vuestra presencia es una muestra del entrañable cariño y respeto del que Juan Parrado, el abuelo, gozaba.

Como, por lo tanto sabéis, no era muy dado a ceremonias de ningún tipo, y menos cuando el homenajeado era él. Seguro que en estos instantes está diciendo: "Iros para casa, yo no merezco esto. No he hecho nada digno de admiración"...

Sabemos que no es así. Pero al abuelo nunca le ha gustado colgarse medallas. La humildad es en él casi una manía. Hoy sus hijos y nietos hemos decidido despedirle con tres palabras de enorme significado: Libertad, Igualdad y Fraternidad, que resumen sus convicciones, los ideales por los que en un momento luchó en una guerra. Ideales que siempre mantuvo durante su vida y que transmitió a los que le rodearon.

Para ello, nunca se subió a estrados ni predicó desde tribunas. Nos los enseñó a través de su sencilla existencia. Cauto, respetuoso, tolerante, y extremadamente generoso, el abuelo Juan nos mostró que el sentido de la responsabilidad y del deber nunca han de ser impuestos. Que los seres humanos debemos actuar sin defraudar a nuestra conciencia y nunca traicionar nuestras opiniones. Y que sólo desde la libertad más profunda y el respeto por los demás es posible construir una sociedad mejor. Porque el abuelo poseía una fe sin límites en el ser humano y en su capacidad por ser esencialmente bueno. Y él era el mejor ejemplo, al menos el que yo he conocido.

Por ello, los héroes del abuelo eran personas como Kropotkin, Gorki, Buenaventura Durruti o Federica Montseny, nombres que estarán para mí siempre ligados a mi infancia.

- "Pero, abuelo, ¿qué es eso del anarquismo?", le preguntaba.

- "Niño", me decía una y otra vez, "el anarquismo es la sociedad perfecta, la liberación de las ataduras del estado". Y así seguía interminablemente.

Para sus nietos, lo del anarquismo era como una rareza. ¿Acaso no todos los abuelos tienen sus batallas? Sin embargo, para él era toda su filosofía de vida. Dar lo más posible sin esperar recibir, ayudar a los demás desinteresadamente, trabajar y trabajar sin esperar grandes recompensas.

Porque de trabajar el abuelo sabía bastante. Desde subido a andamios, durante su adolescencia, luego la emigración al norte, después la fábrica en la gran ciudad. Pero nunca mostraba señales de cansancio y

siempre recordaba con desagrado el año de su jubilación anticipada, uno de los peores castigos que le podían haber ocurrido.

Por eso, desde entonces se volcó en las herramientas de la casa, en la carpintería. Que si un mueble, que si una lámpara, que si un sótano. El abuelo siempre estaba ahí. Mi único reproche es que es el máximo responsable de que sus nietos seamos unos manazas irrecuperables.

Para Juan, el trabajo era la máxima realización del hombre. El trabajo y también el estudio.

Siempre alentándonos a aprender, incluso enseñándonos sus básicos, pero sólidos, conocimientos de álgebra. Siempre dispuesto a darse un madrugón extra durante la época de exámenes para preparar un café o una de sus recetas de hierbas.

Y luego estaba la tarea que con más devoción seguía: el cuidado de la abuela Ana María. También el abuelo ha sido mi mejor ejemplo en la entrega de un hombre a su pareja. Además, están sus tres hijos, por los que siempre luchó para que siguiesen sus caminos de la forma que ellos querían, por muy descabellada que pareciera, y siempre respetando en silencio sus muchas veces difíciles decisiones personales.

Podía estar dedicado a un trabajo durante largas horas, pero pocas veces se le escuchaba una queja. Al contrario, siempre mantuvo el sentido del humor. ¡Cuántas veces teníamos que escuchar sus repetidos chascarrillos!

Aunque la música había sido siempre su entretenimiento favorito pero frustrado. Un tango de Gardel, una copla de Antonio Molina. La música fue una de sus vocaciones frustradas, por ello era feliz cuando alguno de sus nietos se decidía a tocar el piano o se aventuraba con el violín, su instrumento predilecto.

En estos días, los recuerdos de mi abuelo se me agolpan en la cabeza. Pero hay uno que tengo especialmente vivo. Frente al manillar de una vieja bicicleta, preparada por él mismo. Dando eternas vueltas mientras él asía con sus grandes manos el sillín. Así día tras día. Hasta el momento mágico en el que mis pies tomaron el control de los pedales y él me dejó ir libre.

- "Abuelo, ya voy solo, pero tengo miedo", le dije.

- "No te preocupes, niño, yo estoy siempre aquí".

Hoy le quiero dar las gracias por haberme enseñado a tomar firmemente aquel y muchos otros manillares de esta vida.

Julio Anguita Parrado leyó este texto en el funeral de su abuelo en marzo de 1999.

LA VIDA EN ROSA

Ana Fernández Navarro

¡Ha venido Julio! La noticia corría a la velocidad de la luz y la vida se tornaba rosa y mullida para los amigos cordobeses: grupo variopinto, siempre abierto a nuevas incorporaciones, de Rafas, Juanes, Anas, Pepes, Cármenes, Antonios..., más Jesús, Annaick, Ángel, Araceli, Pepa, Zora... Léanse ésos y más nombres y apellidos, como Hens, Puche, Blanco, Niza... ¡Adentro, que estamos en pleno! Escribo por todo el mundo. Sí, un pasado sonriente y perfecto en brazos del mago Julio: Navidades, ferias y viajes, noches de farra, improvisadas e imprevisibles, y sentirnos, uno por uno, queridos, únicos, elegidos, mimados...Todo esto, en fin, sensación compartida allá donde exista un amigo juliano.

Pero no sólo es pretérito, dolor, nostagia, exilio

de él. ¿La razón? Julio sigue con nosotros: creo que nos ha hecho mejores y nos enseñó qué significa verdaderamente la amistad. Por eso citaré algunos ejercicios prácticos según el arte del maestro: 1. Seguir, a pesar de la distancia, cuanto es importante en la vida de los colegas,

como el embarazo de su amiga Ana Romero (desde Irak me preguntó qué tal iba). 2. Regalar un vestido con la sensibilidad e ilusión que él lo hizo para con Claudia, hija de su compañera de estudios y amiga del alma. 3. Incluir a mascotas como la perrita Duna – tan derrochona de lametones y fiestas con el visitante neoyorquino– en la lista de obsequios navideños. 4. O ver a un amigo en potencia en las personas que el azar trae a nuestras vidas.

En resumen, tenemos a Julio acá y crece la familia juliana. Entre las altas recientes: la de Julio González Romero, un bebé lindo, nacido de Ana y Antonio, otro Julio, en su memoria, que también suponemos fiestero, porque llegó al mundo en plena feria de mayo de 2003. Y las de Stéfano Albertini, Ana y Juan Antonio Anguita, y Antonia Parrado, desde siempre jardinera de la amistad, y amiga de los amigos de su hijo. Besos para todos. Hagamos la vida en rosa.

MADRID

LA PANDILLA DE LA FACULTAD

Blanca Agost

"Vamos, que empieza el partido". ¿Alguien que conozca a Julio puede imaginar esta frase en su boca? Empieza el partido. Sí, ése era Julio, y ése fue nuestro primer trabajo: resumir los partidos de fútbol en una emisora de radio. Teníamos 18 años y empezábamos la carrera. Con motivo de este libro nos reunimos ese grupo que compartió con Julio sus primeros años en Madrid para ver cómo contábamos ese recuerdo de nuestro amigo. Fue como si volviera a estar allí. Roberto Espinosa, Roberto Brasero, Silvia, Marta, Octavio, Carmen y Blanca. Un grupo que se fue moldeando poco a poco y que se convirtió en algo más que 'la pandilla de la facultad'. Éramos amigos.

La primera imagen que nos viene a todos a la cabeza son esas tardes de sábado en su casa de Pinilla del Valle. Tardes de estudio que se unían a noches de charlas interminables con las que aprendimos más que en los libros. Casi cuatro años donde dormimos, comimos, estudiamos y reímos día tras día en esa casa donde vivían Julio y Octavio. Todos coincidimos en lo primero que nos llamó la atención de él: tenía mucha vitalidad e inquietudes. A Julio le gustó la prensa escrita desde el principio. Seguía muy atento el día a día de lo que pasaba en el mundo. Siempre le gustó la política internacional. Era agudo, un tanto pesimista y un 'culo inquieto'. Le encantaba polemizar. ¿Recordáis aquella charla en la Facultad de Derecho sobre la Falange? Por supuesto que todos los que estaban allí eran 'adeptos', excepto nosotros. Les achicharramos a preguntas. Empezó Julio. Casi siempre era muy diplomático e intentaba razonar hasta el final cuando el resto lo daba todo por perdido. Era tenaz cuando algo se le metía entre ceja y ceja, y descuidado cuando algo no le interesaba. Pero, sobre todo, tenía un magnetismo especial que atraía a gente muy distinta.

Nos martirizaba a todos con sus fracasos académicos, que nunca eran ciertos. Julio era brillante. Ah, claro, y sus tardanzas....¡Cómo no vamos a recordar los minutos que hemos pasado todos mirando al reloj y preguntándonos dónde estaba Julio! Entonces no teníamos móvil. En la facultad nuestros centros de reunión eran el bar y la biblioteca. Allí pasábamos casi más horas que en las clases. Pronto descubrimos que en aquella antigua cárcel teníamos que cubrir el expediente, pero que si queríamos aprender tenía que ser fuera. Por eso él cada verano se iba a Córdoba a trabajar.

Casi sin darnos cuenta estábamos ya en el último año. Empezó entonces la carrera por quedarnos en Madrid. Nos presentamos a muchas pruebas para hacer prácticas. La más divertida fue la de la Cadena COPE. ¡Nos pidieron que enumeráramos los sacramentos! Recordamos todos su cara y las nuestras también. Risas. Al final, entre todos, dimos con ellos.....Y otro recuerdo que ninguno olvida son los días después de la prueba de El Mundo.

Julio, en su tono negativo de casi siempre, no se cansaba de repetir que no le iban a llamar. Y necesitaba que le dijéramos constantemente que sí, que seguro que le aceptarían. Estábamos en su casa y miraba insistentemente el teléfono. Que por fin, sonó. Entonces empezó a trabajar en El Mundo.

Julio fue muchas cosas, pero sobre todo fue un amigo especial para todos nosotros en esa época de estudiantes.....Entre los muchos recuerdos que nos quedan de él, quizá el más claro,

además del de su casa, está escondido en el rincón de un bar donde nos reuníamos todos. Allí es donde vamos cuando queremos recordarle. Cuando queremos sentir a ese entonces 'niño' que de repente creció muy rápido, y acabó viviendo en Nueva York. Madrid se te quedó pequeño, Julio.

Blanca Agost
es periodista y trabaja en Telecinco.

CARTA AL ALUMNO JULIO A. PARRADO

Agustín García Matilla

Hasta hoy no he sabido que esa minúscula foto, insertada en la primera de El Mundo durante estas últimas semanas, era tu foto. Me ha costado mucho reconocer en esa imagen a un alumno, aseguraría que con gafas y flequillo, sumamente tímido y reservado, a quien di clase hace casi 12 años en la Facultad de Ciencias de la Información: Anguita Parrado, Julio. No sólo tu imagen ha cambiado mucho en este tiempo, se te ve curtido como persona y como periodista. Escribes con facilidad y soltura. Aunque acompañes a los aliados, y se te vea profundo conocedor del léxico propio de la logística y la estrategia militar, tratas de contar lo que ves. Manejas las fuentes sin que las fuentes te manejen a ti. Describes las situaciones con las que te encuentras, sin miedo a desmitificar determinadas circunstancias absurdas, ridículas, casi surrealistas, de la guerra. ¡Genial la historia del silo de misiles que comienza con el soplo de Abdel Karim. "A por pepinos fuimos y con la hortaliza regresamos" (lunes, 7 de abril, página 3 de El Mundo).

Pero sobre todo, tu sabes que en todo este tiempo has sido un tío honesto. Querías llegar por tus propios méritos y lo has conseguido. Tus crónicas han estado en primera todos estos días. Muchos compañeros de promoción te habrán admirado, aunque seguro que algunos -igual que me ha pasado a mí- no te habrán reconocido. Y es que has renunciado a usar completo tu primer apellido: A. Parrado. En esto también has sido muy coherente, no has querido beneficiarte de un apellido que te podría abrir puertas. En la Facultad nunca hiciste uso de él para aspirar a mejor nota, ni para recibir el más mínimo 'empujoncito'. Como otros muchos compañeros, aspirabas a acabar cuanto antes y sin embargo tuviste que aguantar nuestras clases y seguir ese trámite, muchas veces tan aburrido, de aprobar todas las asignaturas para finalizar la carrera y licenciarte. Ahora sabemos que utilizabas la timidez, las gafas y el flequillo como una forma de camuflaje. Sabías perfectamente que llegarías a alcanzar tu objetivo: estar en la primera línea.

A veces los profesores tenemos la mejor recompensa posible en los alumnos que te saludan por la calle o te paran en el metro para comentarte que recuerdan tus clases o que fuiste un profesor que enseñó cosas útiles. En esta ocasión soy yo quien te escribe. Te escribo para agradecerte que nos hayas dado a todos una lección de constancia, de pundonor y de valentía. Gracias por habernos hecho testigos de tu honestidad, de tu coherencia, de tu pasión por el trabajo y sobre todo, gracias por haberte rebelado a sucumbir en el ambiente de 'grisedad' y en la mentalidad acomodaticia que a menudo prima en la profesión periodística, en la universidad o en la propia política. Me habría gustado encontrarme de nuevo en la calle contigo para aprender de tu experiencia, para ser testigo de tu satisfacción, para darte un abrazo y felicitarte...Ya no podrá ser así...Tu muerte debe empujarnos a gritar otra vez un 'no' inmenso a la guerra. Las balas, los morteros, los misiles siempre dan en un blanco equivocado. Los políticos que apoyan la guerra juegan a la ruleta con las vidas de otros y blindan su posición. Julio, tú tampoco has debido morir, ojalá que tu muerte signifique la última crónica de esta guerra, de cualquier otra guerra .

Agustín García Matilla
es profesor de Teoría y Práctica de la Información Audiovisual en la Universidad Carlos III de Madrid.

MIS OJOS DE GATO

Por Fátima Yráyzoz

Sus ojos de gato me hechizaron desde el primer día que lo vi. Acompañado de un grupo de amigos, una noche de verano, me brilló de forma especial, sobresalía entre todos. Los dos nos miramos y en un puro 'acelere' verbal, nos desatamos y quisimos escaparnos. Volar juntos. Desde ese día, Julio siempre ha estado ahí. Compañero de aventuras, en un principio nocturnas, de fiesta en fiesta, de 'after' en 'after'. La noche de Madrid la devoré con él. (Un día quedamos expresamente para vernos las caras por la mañana). Amigo de viajes imprevistos, siempre estaba buscando nuevos lugares donde poder escaparnos, paraísos que conocer.

Un instinto maternal me afloraba a veces con él. Así en muchas ocasiones coincidía con su madre, Antonia, con la que me comunicaba, sin haberla visto nunca, por teléfono, o con su hermana Anita, y todas preocupadas preguntándonos: "¿Dónde está Julio? ¿Ha perdido el avión?" Porque su vicio por cambiar los billetes a última hora se había convertido en una costumbre habitual. Este hábito reflejaba inconscientemente las ganas de disfrutar al máximo lo que estaba viviendo. Eso era Julio, un vitalista al cien por cien, que no quería perderse un segundo de esta vida, a pesar de sus quejas, fruto de la falsa modestia y la estricta educación. O quizá sus lamentos eran una forma de evitar que tuviéramos celos de él.

En las escapadas de Julio, como buen sureño y cordobés que nunca dejó de ser, venía buscando la luz, el calor. Se zambullía de pleno y disfrutaba como ninguno, del buen vivir de este país. Como persona exigente que era, también tenía tiempo de denunciar la poca profesionalidad que seguía aflorando por aquí. Pero con una cervecita, me miraba sonriente y terminaba diciendo: "Faty, qué bien se vive en España".

Nos unían muchas cosas. Conectábamos en la forma rápida y sintética de analizar las cosas. Nuestra carrera vital iba más paralela que la profesional, a pesar de ser periodistas los dos. Coincidíamos en la forma de ver la vida por fases, en nuestros altibajos vitales. En los míos Julio ha sido y es mi mejor apoyo. No escatimaba una llamada de larga distancia para establecer el calor y amor y preguntarme con todo el alma cómo estaba, cómo me sentía, cómo llevaba el curro. Me enviaba ánimo para sobreponerme a las desilusiones.

A los dos nos preocupaba, y mucho, la familia. A pesar de haber recibido una educación diferente, todo acaba siendo circular y los problemas básicos de los dos eran muy similares. Él discutía con su 'viejo', yo con la mía. Luchábamos por ser como somos. Nosotros mismos. Fuera de cualquier camino establecido y ordinario. Que se nos respetara nuestra forma de amar y a los que habíamos elegido amar. En la asignatura de relaciones sociales, Julio se llevaba un diez, era un maestro de ceremonias. En sus amistades, no cabía limitaciones de origen o ideología. Julio sabía mirar el corazón de cada uno de nosotros. Y con todos sabía cómo estar. Sabía que de todos nosotros, de nuestros diferentes mundos, podía aprender algo.

Astuto, rápido y sigiloso como un felino, cariñoso y atento. Sus idas y venidas, a veces como un relámpago, siempre me hacían saltar de alegría e intentar de cualquier forma, en mi afán de relaciones públicas, arreglar algún tipo de encuentro o ceremonia que nos sirviera para poder disfrutarlo. "¡Ha venido Julio!" Cuánto me gustaba gritar esta frase.

No paro de acordarme de la última noche que pasamos juntos, en un bar en Chueca con

dos amigas más. Lo vi más maduro que nunca, muy convencido de adónde iba y orgulloso de la oportunidad que le habían brindado y que no podía rechazar. Sólo desée que disfrutara unos días (no era la primera vez que iba a un duro desierto), pero que ojalá esa guerra no empezara nunca. Era un absurdo que había que evitar. Y con esa tranquilidad me volví esa noche a casa. Por cierto, él no quiso dormir, quiso una vez más disfrutar al máximo de la noche y de la vida de Madrid.

Me he quedado con su sonrisa, y pensando que, como los más grandes, mi amigo, mi superhéroe personal, se fue guapo y joven como James Dean. Dios no quiso que envejeciera, ni que siguiera siendo cronista de los horrores que hoy se siguen dando en esa guerra que nunca tuvo que haber sido. Ha preferido para él la eterna juventud, y así conservar esos bellos ojos de gatos que nunca voy a olvidar.

Fátima Yráyzoz
es periodista. Recientemente ha trabajado en Canal + y en Antena3 Televisión.
.

UN TIPO NORMAL, UN TIPO EXTRAORDINARIO

Todas las vidas son extraordinarias y a la vez ordinarias
(William Boyd) Carlos Alvaro Roldán

Pululan por este planeta nuestro un grupo de seres humanos muy especiales. No conforman una masa ni están sindicados en torno a su don. No son héroes, quizás en cierto sentido sí, y es dudoso que gasten halo alguno de santidad, aunque siempre acaban resultando inolvidables y su pérdida, amarga. Hablo de personas con la particular gracia de sacar lo mejor de quienes les rodean, hasta en los casos más desesperados. Reconozco que sólo he tenido la suerte de toparme con dos o tres especímenes de este grupo. Y a uno de ellos lo conocí una tarde de junio de 1993, en la redacción del diario El Mundo.

Lo primero que llamaba la atención, antes que su apellido, era su flequillo, largo y rebelde, empeñado en abalanzarse obsesivamente sobre sus gafas. Lo segundo, que tenía inquietudes. Hasta la fecha, la sección de Internacional se daba con un canto en los dientes si el becario de reemplazo aterrizaba con rudimentos en lengua inglesa. Que hojeara habitualmente la prensa e identificara a Alija Izetbegovic o a Cyrus Vance, ya era mucho pedir. Y ahí nos sorprendió gratamente Julio Anguita Parrado. Años después se repetiría el fenómeno con otra becaria, la añorada Belén Reyes Guitián (fallecida en un accidente de tráfico en agosto de 2001), que heredó la mugrienta terminal Edicomp y los cajones sin llave de Julio cuando éste buscó su sitio en Nueva York. ¡Cuántas sobremesas, Ana Alonso, Marian Hens, Julio y quien suscribe, recomponiendo la superficie de este mundo imposible!

Rápidamente, los jefes, John Müller y Roberto Montoya, primero, – maese Carlos Salas recogió luego el testigo-, perros de presa de la información internacional, cayeron en la cuenta de que aquel flequillo con muchacho al dorso podía editar portadillas de sección y lo que le echaran. Y que incluso estaba capacitado para escribir sus primeras piezas firmadas: ruedas de prensa –el ex embajador de EEUU ante la ONU Vernon Walters, en El Escorial, un texto firmado por casualidad perversa como Julio A. Parrondo y no como Parrado-, perfiles –al todopoderoso presidente de Olivetti, Carlo de Benedetti, o al entonces jefe del Gobierno nepalí, Man Mohan Adhikari- y entrevistas – Cuauhtémoc Cárdenas, líder mexicano del opositor Partido de la Revolución Democrática; Mohamed Abdelaziz, presidente de la República Árabe Saharaui Democrática; o el portugués Antonio Rosa Coutinho, el 'almirante rojo' de la

Revolución de los Claveles.

De entre todos estos primeros artículos destaca "Mañana veré a Haila", un testigo directo o reportaje en primera persona realizado en Tinduf (Argelia) con motivo de la 5a edición de la Caravana por la Paz a los campamentos de refugiados saharauis. Sáhara Occidental y Argelia, dos conflictos que nos apasionaban a ambos en esa época. Fue el primer viaje de Julio como enviado especial, encastrado en la larga fila de 115 camiones atestados de comida, ropa y medicinas, cruzando las carreteras argelinas con destino a los 300.000 exiliados que esperan desde hace 30 años en una esquina del desierto.

"Para muchos españoles la antigua colonia de Río de Oro Saghia El Hamra es algo que difícilmente permanece en la memoria. Es un territorio que se desvanece en la Historia",

escribía desde los campamentos de Smara, uno de los pocos sitios en esos años donde se podían recargar las baterías del ordenador portátil. Hablaba Julio en el texto de un "manojo de nervios", Pepe, un español que, como muchos otros cada verano, había acogido a un crío saharaui. Pepe, para el que ya nada había vuelto a ser igual después de aquella experiencia vital, viajaba con la caravana y se preparaba para su reencuentro con Haila, una niña de diez años. Resulta emocionante releer el artículo después de tanto tiempo. Es posible percibir la sensibilidad con la que fue escrita, la misma que persiguió a su autor más tarde, en su andadura americana.

Sin duda se aprendía de Julio Anguita, del compañero de trabajo y del amigo, desconcertante a veces. Irradiaba un curioso magnetismo que desataba a su alrededor una suerte de entusiasmo, incluso por el trabajo. Un hambre de vida, se podría decir. Seguro que el desaparecido Miguel Gil y la entrañable Isabel Sartorius, aunque pasaron muy poco tiempo por la sección, también resultaron 'tocados' de alguna manera. Todos lo fuimos.

Nos vemos en El Blue,
como siempre.

Carlos Álvaro Roldán
es jefe de sección en el diario El Mundo.

“Mañana veré a Haila”

115 camiones con comida, ropa y medicinas han llegado a los campamentos saharauis en Tinduf mediante la 5a edición de la Caravana por la Paz

Julio A. Parrado

TINDUF (Argelia). “Estoy deseando llegar y abrazar a Haila”. Pepe es un manojo de nervios. El avión no ha partido del aeropuerto de Barajas y no hace sino hablar de los campos. “Una vez que has visto las condiciones de supervivencia de allí te cambia la vida”.

En la mesa de facturación apenas si dan crédito a lo que ven. Las cuatro inmensas cajas pesan más de cincuenta kilos. “Sólo es algo de comida y de ropa para la familia de Haila”, dice justificándose con la gracia propia de los gaditanos. Haila es el nombre de una niña saharaui ‘presiosa’ de diez años que vive en el campamento de Smara. El verano pasado estuvo en su casa de Jerez y su dulzura dejó a toda la familia encandilada.

Antes de ese momento, Pepe apenas si conocía algo acerca del problema del Sáhara occidental. Para muchos españoles, la antigua colonia española de Río de Oro y Saghia El Hamra es algo que difícilmente permanece en la memoria. Es un territorio que se desvanece en la Historia. La Marcha Verde lanzada por Marruecos en 1974 y el exilio saharaui coincidieron con la muerte de Franco. El olvido fue casi inevitable. Pero desde el verano, Pepe es uno de los hombres más concienciados sobre el conflicto que obliga a más de 170.000 personas a habitar en un rincón inhóspito del desierto argelino desde hace casi veinte años.

Por eso, este año se ha unido a otras 280 personas que el jueves partieron en la quinta edición de la Caravana por la Paz. «Son 115 camiones cargados de lo más esencial: medicinas, ropa y comida», explica Fernando, miembro de Cruz Roja que supervisó a principios de año la carga de los vehículos en el puerto de Alicante.

Desde mediados de 1994, diferentes asociaciones y organizaciones no gubernamentales de toda España realizaron una campaña de recogida de materiales y dinero. “Cada año se suma más gente”, afirma otro de los organizadores. La caravana de vehículos incluye varias ambulancias y hasta un coche de bomberos donado por el Ayuntamiento de Bilbao, “pero también hay coches que ni siquiera pasarían la ITV”, según confiesa Fernando.

Tras la larga espera, el destartalado Boeing de Air Algerie despega hacia la localidad argelina de Tinduf. “Ya no podemos ir por tierra como antes”, se lamenta María Rosa, de la Asociación de Amigos del Pueblo Saharaui de Cataluña. Los extranjeros no son bien recibidos en Argelia desde hace más de un año y hacer el trayecto desde el puerto de Orán hasta Tinduf conlleva un gran riesgo. Los vehículos han sido conducidos esta vez por personal exclusivamente saharaui, teóricamente a salvo del integrismo islámico. “El viaje era largo y cansado, tardábamos varios días, pero era muy divertido”, recuerda María Rosa elevando el tono de su voz.

La cabina de pasajeros se ha convertido en una algarabía. Aunque provienen de muchas partes del país, la mayoría se conoce de expediciones

anteriores. Otros, como Florentín, son novatos. “Montamos la asociación de solidaridad en Zamora el pasado mes de abril. Empezamos tarde, pero al final hasta hemos tenido que dejarnos cosas allí porque no cabía nada más en los coches”.

En medio de aplausos, los desvencijados autobuses que nos han trasladado desde el aeropuerto militar llegan al centro de acogida de Rabuni. La ayuda que traen se destinará a las modestas escuelas o a los humildes centros hospitalarios de los campos de refugiados, pero no deja de ser como una gota de agua en el desierto.

Frente al edificio principal, el Frente Polisario ha instalado un campamento de 'haimas' (tiendas de campaña) para los nuevos huéspedes.

Mientras las mujeres preparan el té para ejecutar el conocido rito del desierto ("amargo como la vida, suave como el amor y dulce como la muerte"), la gente no puede evitar jugar con los niños y estrujarles entre sus brazos.

"Cuándo vendrá la paz", repite el estribillo de la canción con la que un grupo de música tradicional ameniza la velada. "¿Para cuándo el regreso?", se preguntan algunos. "Mañana veré a Haila", piensa otro.

El Mundo, 14 de enero de 1995

UN JOVEN ORGULLOSO Y CON PRINCIPIOS

Por Carlos Salas

Aterricé en la sección de Internacional de El Mundo a finales de septiembre de 1993 y allí estaba Julio trabajando como periodista en prácticas. Aún estuvo con nosotros unas semanas más, debido a que el golpe de estado en Rusia y la situación internacional requerían mano de obra para editar los textos de los corresponsales. Un día, a mediados de octubre, me llamó uno de los directores adjuntos para darme una buena noticia: podíamos fichar a una persona más. "Esa persona será Julio Anguita", me dije. De hecho, cuando expiró su contrato yo le prometí que volvería y moví las ruedas del periódico para que se lo prorrogasen. Roberto Montoya, jefe de sección, también defendió ante la dirección que se quedara Julio.

Así lo recuerdo entonces. Era un chico con cara de niño, pelo negro en cascada, piel muy blanca y gafas de intelectual. Y lo era. Su primera misión consistió en hacer un perfil de Carlo de Benedetti, buscado por la justicia italiana e ingresado en prisión durante 20 horas. Julio lo hizo mejor de lo que yo esperaba. Firmó Julio A. Parrado. Quiere ser "él mismo", pensé. Meses después, su padre pasó por la redacción. Le enseñamos las instalaciones y en un aparte, le dije: "Señor Anguita, su hijo firma con su segundo apellido porque quiere ser él mismo. Es muy orgulloso, ¿no?" Y el político respondió: "Orgulloso como su padre". Un día encargué a Julio un reportaje que trataba de resumir un libro que acababa de salir a la calle sobre los submarinos nucleares soviéticos que se habían hundido entre los 60 y los 90 y que se habían convertido en bombas bajo el mar. Estaba escrito por cuatro ex generales de la Armada Roja. Julio escribió el reportaje y lo firmó como Sergio Izquierdo. "¿Por qué no utilizas tu nombre?", le pregunté. Julio no me supo responder. Al final, le dije: "¿Es por una cuestión de principios?" "Probablemente sí", contestó Julio. "Si es así, estoy de acuerdo", fue mi respuesta. Julio era muy buen editor y su cultura era superior a la de un chaval de su edad. Sabía francés, inglés, y tenía nociones de alemán. Gracias a ese dominio, éramos capaces de traducir textos de las principales lenguas europeas, incluyendo el alemán, aunque siempre con la ayuda de un diccionario. Eso nos permitía comprar textos y traducirlos a toda pastilla para salir en la edición del día siguiente con opiniones de los más distantes puntos de vista.

Julio estuvo en Tinduf varias veces, siguiendo el complejo proceso independentista. Estaba de acuerdo con la causa del Frente Polisario. Además, se le notaba que no tenía problemas en viajar y moverse en otras latitudes. Recuerdo que le enviamos a Argelia durante aquel periodo en que los islamistas mataban militares o civiles a decenas. También fue a Bosnia en sus principios. Desde mi punto de vista, Julio era un poco inseguro. Necesitaba el apoyo de alguien que le estimulase. Cuando alguien le decía que había escrito una buena pieza, Julio siempre contestaba: "¿Lo dices en serio?".

En 1996 Julio me preguntó qué me parecía la idea de que él se fuese como ayudante de corresponsal a Nueva York. Eso significaba que pedía una excedencia y que se iba por su cuenta, cobrando por pieza publicada. Yo le dije que era magnífico y que le apoyaría. Poco después, cuando pasé a la sección de economía como redactor jefe, Julio ya estaba en Nueva York y, como le gustaba la economía, descubrimos un gran aliado. Era una gran ventaja porque, tradicionalmente, a ningún corresponsal le gustaba escribir de economía porque no la entendía, porque tenía miedo de meter la pata, y porque no tenía emoción. Mi idea era sacar a

la sección de las típicas noticias de economía, e introducir más reportajes y perfiles humanos, como hacíamos en Internacional. Recuerdo un perfil que hizo de un ejecutivo norteamericano que fue contratado por Sunbeam para despedir gente. Y se cargó a decenas de miles. Le apodaban Chinsaw, que es así como motosierra. A Pedro J. le gustó mucho y le sorprendió que la sección de economía hiciera esos reportajes que se salían de lo habitual. Julio tenía intuición para la economía y nos ayudaba mucho a rastrear Estados Unidos en busca de noticias interesantes.

Cuando pasé a Capital, eché mano de Julio en algunas ocasiones. Firmaba con seudónimo (Esteban Alberti) y nos hizo buenos reportajes. La última vez que le vi fue en Nueva York un mes después del 11-S. Yo había ido a entrevistar al premio Nobel de Economía y aproveché la ocasión para colarme con un grupo de periodistas que visitaron la Zona Cero con Aznar (una coincidencia). Julio y yo íbamos juntos. Subimos a la tarima de madera a modo de mirador, donde se observaban las grúas que seguían moviendo escombros humeantes. Olía raro. A quemado. Julio estaba apoyado en la barandilla y yo me eché unos metros atrás, preparé mi cámara y grité ¡Julio! Cuando se volvió, le hice una foto que tengo pegada en mi despacho.

Carlos Salas

fue redactor jefe de la sección Internacional de El Mundo entre 1993 y 1996. Desde 1999 es director de la revista económica Capital.

La española que huyó del infierno de Bosnia

Antonia López relata cómo escapó de los ataques serbios después de tres años viviendo encerrada en su casa

JULIO A. PARRADO

Es una refugiada de Bosnia, aunque no es ni croata ni serbia ni musulmana. Antonia López, nacida en Andújar (Jaén) hace 62 años, todavía no se resigna a la pérdida de su casa y su restaurante de Banja Luka. «Todo lo que conseguimos con nuestro trabajo está en aquel sitio, ¿de qué sirven tantos años de esfuerzo?».

Hasta el pasado día 10 de agosto, aún confiaba en quedarse en Bosnia porque «mientras hay vida hay esperanza», pero de la noche a la mañana una oleada de miles de refugiados serbios de la Krajina invadió la población. «Entraban en las casas de los croatas y los musulmanes. Daban una patada y obligaban a la gente a irse con lo puesto», recuerda.

La vivienda de sus vecinos fue saqueada en una hora. «Se llevaron todos los muebles, los cerdos y las gallinas; luego echaron la llave para impedirles la entrada». Antonia y su esposo, Rasim Kocacevic, tienen que dar incluso las gracias por haber tenido tiempo de hacer las maletas. Es todo lo que les queda, además de un hijo de 23 años, Asim, refugiado desde 1992 «en algún lugar de Europa».

«Estuvimos esperando toda la noche a que llegase el coche de la embajada española en Zagreb», cuenta. Pero el miedo pudo más que la paciencia. Con ayuda de un amigo serbio se fueron hasta la frontera y, tras cruzar el río Sava en barcazas, se montaron en el primer camión de la Cruz Roja que pasó con otras cincuenta personas. Casi todas ellas eran caras conocidas, vecinos croatas católicos, que temían las represalias de los que llegaban de la Krajina, la región reconquistada a los serbios por Croacia.

Las organizaciones humanitarias les albergaron en un pueblo cercano a Hungría. Allí continúan todavía muchos musulmanes a los que Croacia se niega a atender.

«Tras buscarnos durante varias horas, el enviado de la embajada nos encontró a las cinco de la tarde y nos llevó a Zagreb». Desde la capital croata, el matrimonio llegó en la noche del jueves pasado a Madrid. Carmen, una de las hermanas de Antonia, y sus dos hijas les han acogido en su diminuto piso de un modesto barrio madrileño, en donde esperan ahora que alguien les eche una mano. Lo único que les han prometido es 18 meses con un subsidio de 40.000 pesetas.

El restaurante Granada, llamado así por Antonia, era toda la vida del matrimonio. Lo construyeron con los ahorros conseguidos en Suiza, donde la pareja se conoció. Como Rasim quería que su hijo se criara con los suyos, se instalaron en 1978 en Banja Luka, entonces una tranquila ciudad, de mayoría serbia. Hoy es el principal bastión militar de los serbios bosnios.

«Nina» (Rasim no sabía pronunciar la «ñ» y se quedó con ese apelativo) se hizo popular en el vecindario: «A mí me quería todo el mundo, no sé si por ser la única extranjera o porque me veían siempre sola, con un niño y tanto trabajo». Aunque apartado del centro, el local se hizo conocido porque estaba lleno de objetos que recordaban a España: figuras de toreros, anuncios de corridas comprados en la Puerta del Sol y muñecas con trajes de flamenca.

Cuando estalló el conflicto bosnio, las autoridades serbias impidieron a Rasim seguir con

el negocio. Vecinos serbios de toda la vida comenzaron a retirarles el saludo y a mirarles «con aires de superioridad». «Traspasaron» el restaurante a un policía serbio que les daba a cambio 18.000 pesetas al mes y protección. En el piso superior, el matrimonio inició un encierro de tres años. Por las noches, oían disparos y explosiones, relata Antonia. «Calla, calla», le susurra Rasim. que teme por la vida de su cuñado y su sobrina, también musulmanes, que se han quedado en Banja Luka. «Tranquilo no les va a pasar nada», le dice la familia de ella. Rasim abre al final la boca: «Los mataban como a pájaros».

«No sé como no nos volvimos locos; nos pedían dinero, nos amenazaban por teléfono», prosigue Antonia. «Cuando había electricidad, no había agua. Durante meses, ninguna de las dos cosas». Rasim ni se atrevía a asomarse al balcón por temor a ser detenido y terminar cavando trincheras en el frente.

Hace pocas semanas, las escasas provisiones que les suministraba Cáritas dejaron de llegar y «Nina» comenzó a vender sus joyas. La salida se hizo inevitable. Antonia y Rasim se sienten ya muy viejos para rehacer sus vidas en España. Creen que cuando acabe la guerra, «en cinco o diez años», podrán regresar para recuperar la vivienda porque «las escrituras demuestran que nos pertenece». Los años de aislamiento les impiden saber que la única ley que impera ya en Bosnia se llama «limpieza étnica».

El Mundo, 26 de agosto de 1995

El ‘tour’ del fundamentalismo

Argelia vive hoy sus elecciones presidenciales bajo la amenaza integrista

VOTAR CON MIEDO.- Los argelinos acuden hoy a votar un nuevo presidente, pero no podrá ser un candidato de la oposición islámica. Hace cuatro años, cuando los habitantes de este país norteafricano fueron a las urnas, un partido fundamentalista ganó las elecciones: el FIS. Pero esa victoria fue anulada por el régimen que posteriormente instaló un directorio militar. Los fundamentalistas comenzaron a asesinar militares, policías, miembros del Gobierno y extranjeros. El Gobierno desató la caza del integrista. Estos años de guerra civil se han cobrado ya casi 50.000 muertos. El país está vigilado permanentemente por las Fuerzas de Seguridad. Por las noches, Argel está sometida al toque de queda, aunque, el martes en la madrugada el Gobierno organizó un «tour» para recorrer los puntos más importantes de la ciudad y demostrar que todo está en calma. La calma del miedo.

JULIO A. PARRADO
ENVIADO ESPECIAL

ARGEL.- «Por favor, ¿me pueden decir si los integristas nos van a atacar?». La pregunta de la veterana periodista, con más cara de ingenuidad que años de profesión a sus espaldas, era todo un síntoma.

La ronda nocturna por las calles de Argel preparada para la Prensa internacional amenazaba con convertirse en un circo.

Desafiando las amenazas de los terroristas islámicos, periodistas de todo el mundo han llegado a esta ciudad para cubrir las primeras elecciones argelinas que se celebran en cuatro años.

El «tour del fundamentalismo», organizado en la noche del martes por las autoridades, pretendía satisfacer las ansias informativas de algunos de los cerca de 400 profesionales instalados en Argel.

Los periodistas han sido instalados en el inmenso hotel El Aurassi, convertido en un inmenso búnker de diez plantas. Pero la gira acabó en un fiasco total.

El rumor de que los islamistas, en lucha contra el régimen desde la prohibición del Frente Islámico de Salvación (FIS) en 1991, quieren como trofeo la cabeza de al menos un periodista había disparado la adrenalina. Aquella excursión por las «noches salvajes de Argel» se asemejaba más a una «troupe» circense en medio de calles desiertas por el toque de queda.

Sólo los cuatro candidatos que compiten hoy por la Presidencia del país magrebí observaban desde los carteles pegados a los muros tan cómico espectáculo. Las patrullas policiales se veían sobresaltadas en plena madrugada por una jauría armada de cámaras, focos y micrófonos.

«Realmente la situación está tranquila estos días», se aventuraba a comentar alguno de los agentes para disgusto general.

Lejos de relajar a las Fuerzas de Seguridad argelinas, la relativa paz vivida estas semanas en la capital del país hace temer que el GIA (Grupo Islámico Armado) o el EIS (Ejército Islámico de Salvación) estén reservando sus fuerzas para hoy o mañana.

En otras regiones, la tregua ha sido menos patente y han continuado los ataques con coche-bomba. Los más de 300.000 efectivos de los ministerios de Defensa e Interior se encuentran en situación de máxima alerta.

En los últimos cuatro días, las Fuerzas de Seguridad abatieron a 16 integristas, según se supo ayer de fuentes gubernamentales.

Además de proteger a periodistas y al centenar de observadores internacionales que vigilarán por la «limpieza del proceso», gendarmes y soldados tienen que garantizar el acceso a los colegios electorales en las áreas más conflictivas.

VOTACION.- En total, está previsto que se abran 32.000 centros de votación para dieciséis millones de inscritos, aunque en muchas zonas las urnas no harán ni un tímido asomo.

«En Bab el Ued se va a votar en masa», afirma sin pestañear un joven que vive en ese barrio marginal, tradicional cuna de la militancia islámica. La optimista predicción del chaval obedece en realidad más a la mirada del policía que nos acompaña que a sus verdaderos deseos. Los habitantes de Kuba, Eucaliptus, Belcourt, Bayerah o la cercana ciudad de Blida sienten que las amenazas de muerte de los fundamentalistas van en serio. Por algo son los «barrios calientes», donde la temperatura es directamente proporcional al número de sus muertos.

«Estamos seguros de que el porcentaje de votantes será superior al 60%», reiteraba aún ayer un portavoz del Gobierno de Liamin Zerual. Para el régimen militar, la participación y la cantada victoria del actual presidente son una obsesión. Su legitimidad dentro y fuera del país está en juego.

SOSPECHAS.- Pese a que las sospechas de fraude son fundadas y de que será un organismo progubernamental el que controle la tasa de abstencionismo, lo cierto es que buena parte de la población se une al grito de «¡Basta ya de violencia!». Votar, aunque sea a un candidato al que no se desea, podría servir de altavoz de ese lamento.

Nazer, uno de esos jóvenes enrolados en la Policía, lo dejaba claro la otra noche: «Votar el jueves es como poner el freno de mano de un coche cuando se ha roto el pedal. Sería mejor que la transición fuera completa y con todos los partidos, pero si no nos resignamos y acudimos a estos comicios, nos estrellaremos contra el muro».

A nadie se le oculta que la Prensa extranjera internacional llegada hasta aquí acude al calor de la sangre. Pero este país ya ha pagado con cerca de 50.000 muertos el apego al poder de la antigua nomenclatura y las ansias de poder del islamismo. Bajo una luna menguante, el distrito de Kuba apenas se diferencia de otro barrio obrero de Andalucía. Nadie sospecharía que a escasos cien metros del lugar donde la «troupe» hizo su última parada fue asesinada, el viernes pasado, una monja francesa. Unicamente los sacos terreros, tras los que se pertrechan militares, delataban que es un frente de guerra diario. Por eso, los soldados no sucumbieron a la vanidad de dejarse retratar demasiado y entrevistar.

Esa noche se libraron. Pero en medio de este conflicto político cualquier madrugada, mañana o tarde es buena para morir, sin focos, flashes o micrófonos que den testimonio.

[Las autoridades argelinas han denegado el visado de entrada en el país al periodista del vespertino parisiense Le Monde que iba a trasladarse a Argelia, informó el rotativo, que señala que la decisión de las autoridades argelinas es «soberana, pero no por ello menos discutible». Le Monde se pregunta si la decisión argelina no está relacionada con la que adoptó el diario de

cerrar su corresponsalía en Argel «por medidas de seguridad»].

El Mundo, 16 de noviembre de 1995

SIN LIMITES

Ana Alonso Montes

Muchos se acuerdan de lo que estaban haciendo cuando mataron a Kennedy, o cuando el hombre pisó la Luna. En la memoria de Julio, y en la mía, quedó grabada una noche de sábado de noviembre, la noche en que atentaron contra Isaac Rabin, el 4 de noviembre de 1995. El día había sido duro, como tantos otros en los que alternábamos la edición de textos con largas y convulsas conversaciones sobre la actualidad internacional, musical o cinematográfica. Julio cambiaba de registro a una velocidad de vértigo.

Como muchos sábados, Julio tenía plan. Vamos, que se pasó la tarde contándome que le esperaba una noche interminable de garito en garito, de amigos en amigos. Solía invitarme, pero sabía de nuestros diferentes talantes, y lo respetaba. Julio salió en cuanto terminamos de rematar la primera edición, tras despedirse de Carlos Salas, redactor jefe de Internacional en aquel entonces. Salas había aterrizado en la sección como un advenedizo en tierra extraña (venía de economía), pero con gran habilidad y una dedicación al trabajo envidiable nos conquistó. Julio aprendió a apreciarle, y siempre que venía por Madrid hacía por verle. A Roberto Montoya, jefe de la sección, Julio le tenía especial cariño.

Tras despedir a Julio, mientras recogíamos nuestros bártulos, aquella noche de noviembre nos encontramos Salas y yo con una noticia urgente de última hora: habían atentado contra Isaac Rabin, el entonces primer ministro israelí. Salas es uno de esos periodistas de raza que se crecen con las noticias, por intempestivas que sean. Más pragmática pensé en que aquello había ocurrido a mala hora y en que al menos Julio había podido salir antes de la catástrofe. Las agencias daban cuenta de que el estado de Rabin se agravaba, y en la misma medida aumentaba nuestra tarea. Así hasta que se confirmó su muerte. Mientras preparaban las nuevas maquetas, me llamó Julio. “Me he enterado en el taxi. Estaréis liadísimos. Con el planazo que tenía yo”, algo así me comentó a toda velocidad. Traté de convencerle de que no hacía falta que viniera. “Ya está todo controlado”. No debí de resultar muy convincente porque cuando estábamos en plena faena apareció discretamente y encendió de nuevo su ordenador. Para no darse importancia me aseguró que ya se uniría a la fiesta cuando acabáramos. Su sentido del deber había podido más que las ganas de marcha. Y eran muchas.

Julio era así. Ponía el alma en lo que hacía, ya fuera escribir, correr, bailar o querer. O discutir. Le gustaba derrochar pasión en los argumentos y sabía que para seducir hay que convencer. Esa noche de noviembre, como tantas otras veces, me di cuenta de que a Julio le sobraban los límites temporales, locales, mentales. Luchaba contra esa fatalidad de no ser eterno, ni ubicuo, ni etéreo. Por eso quizá nos llamaba a los amigos y nos preguntaba con el fin de saberlo todo sobre cómo vivíamos, qué escribíamos, de quién nos habíamos enamorado...Quería vivir su vida y la de todos nosotros. Estar a la vez en Córdoba, Madrid, Nueva York, Berlín, y allí donde hubiera alguien querido. Las barreras le irritaban. Y soñaba con ganar la batalla al reloj a golpe de paciencia ajena.

Desde Nueva York más de una vez me dio ideas para abordar un reportaje sobre las reformas económicas en Alemania, o me preguntaba curioso sobre los locales berlineses.

“¿Conoces el Kit Kat? He leído que es la bomba”. También me pedía sugerencias con una exigencia que a veces me inquietaba. “Si estás a años luz de todo lo que se hace por aquí...”, le decía yo, pero no se quedaba satisfecho, pues le parecía el elogio de la hermana incondicional.

Le recuerdo descubriendo Berlín en bicicleta. Era verano, de noche. Recorrimos la avenida Unter den Linden dando pedales, con la Puerta de Brandemburgo como telón de fondo. Hacía calor y Julio se divertía como un chiquillo, tratando de identificar los edificios históricos. Quiso tomar una copa en el Newton, debajo de esos magníficos retratos de poderosas mujeres desnudas. Esa noche se le veía como un dandy, aunque iba en pantalones cortos y camiseta. Te hacía sentir la magia de vivir.

Ana Alonso Montes
es redactora de la sección Internacional de El Mundo.
Desde enero de 1999 hasta julio de 2002 trabajó para este diario como corresponsal en Berlín.

NEW YORK

TAL PARA CUAL

Olalla Novoa

Querido Julio:

Me piden que escriba, que cuente, que hable de ti y de ésta, tu ciudad querida. ¿Por dónde empezar? Recuerdo una de las primeras veces que nos vimos, al poco de llegar, en el apartamento de una amiga común en el West Village. Qué casualidad, pensé, los dos aquí. Quién nos iba a decir, cuando nos cruzábamos en los pasillos de la facultad, que íbamos a saltar el charco al mismo tiempo. El primer año apenas nos vimos: yo ajetreada en la universidad, tú en los días y noches neoyorquinas. Hasta que, por azar, como suele suceder en esta inmensidad de ciudad, nos encontramos una tarde en la calle. Me saludaste con ese deje tuyo, entre curioso y dicharachero:

"Hola, ¿qué tal?"

"Bien, ¿y tú? ¿Qué estás haciendo ahora?"

"Trabajo en una tele".

"Oye, necesito encontrar curro en un mes o me tengo que marchar del país. Dame los datos para mandar el currículum".

"Uy, no creo. No están contratando a nadie. Pero, bueno, prueba a ver".

Hubo suerte, y a los quince días trabajábamos juntos en la delegación de un canal financiero mexicano. Cuánto corrimos y qué bien lo pasamos. Aprendimos de bolsa, de déficit, de petróleo y de tipos de interés a marchas forzadas, entre una mezcla de rivalidad escolar y complicidad en los descubrimientos compartidos: "Oye, creo que ya sé por qué se están desplomando las aerolíneas, los futuros del crudo están por la nubes".

Así se aprende en Nueva York, a toda pastilla. Uno crece rápido y a trompicones, acelerado por el huracán de circunstancias. Yo me ponía collares, pañoletas al cuello y maquillaje para disimular la cara aniñada ante la cámara. Tú experimentabas con las corbatas, las gafas y la gomina para intentar mantener ese pelo díscolo a raya y, de paso, ponerte unos cuantos años más. Probaste todo: el plató, el NYSE, el Nasdaq, a producir y realizar el informativo, y en un par de años, culo inquieto, decidiste que te marchabas. La burbuja estaba en plena ebullición y tú no querías perderte nada. A la tele le siguió tu aventura en Internet y, con esa intuición que te caracteriza, saltaste del globo antes de que se pinchara para volver a dedicarte en exclusiva al periódico.

Después de todos estos años pienso que la magia de Nueva York está en que le amplía a uno la mirada, ¿no crees? Llegas aquí con 26 años, la carrera acabada, unos cuantos reportajes a la espalda y muchas, muchísimas ganas. Piensas que vienes a comerte el mundo y es el mundo el que te sorprende. Caminando por estas calles inundadas de colores, de idiomas, de sueños y de bocinazos, en medio del caos, te vas descubriendo a tí mismo.

Y tú, Julio, ¿tú qué descubriste? A veces me pregunto si ese frenesí tuyo, ese continuo colgar y descolgar el teléfono, ese salir atragantado y llegar siempre por lo pelos, no eran en parte la herencia de más de un lustro de trote en esta ciudad.

Julio, 'new yorker' de pura cepa, de los que vienen a cumplir un sueño. Nunca dispuesto a concentrar la atención más de lo imprescindible en un solo tema, no fuera a ser que algo se

escapase por el rabillo del ojo. Maestro del 'multitasking' (o multitarea, que dirían nuestros paisanos al otro lado del Atlántico, mientras nos lanzan una mirada de reprobación por 'agringados'), de ésos que hojean el periódico, al tiempo que vigilan de reojo la televisión y contestan el móvil mientras sudan en la cinta corredera del gimnasio.

Nueva York, la ciudad de las sorpresas, donde el tiempo nunca llega y uno no quiere perderse nada. ¿Recuerdas cuando te empeñaste en ir a desayunar al Grey Dog porque Albert te había dicho que Monica Lewinsky iba a allí todas las mañanas? ¿O la noche en que te dieron las tantas porque en plena fiebre de Las horas

habías visto a Michael Cunningham en un bar de copas?

Tantas veces comentamos lo contentos que estábamos de haber caído aquí. Nueva York nos parecía la ciudad perfecta para acabar el milenio, capital del fin de siglo. Decadente, pero a la vez moderna. Crisol o, cuando menos, mosaico de culturas. Universal y americana a un tiempo. Idealizada por los que vienen de fuera y a menudo aborrecida por el resto del país.

Tú lo resumiste mejor que yo, poco antes de marcharte: "Nueva York debería ser como La Meca, un lugar de peregrinación obligada", ejemplo de tolerancia. Ese es el ABC de la Gran Manzana: tolerancia y una capacidad de asombro ilimitada. La de veces que amenazamos con irnos, ¿verdad? Y al final nunca nos atrevíamos a abandonarla.

Me piden que hable de ti y de las lágrimas me brota siempre una sonrisa. Julio, como la ciudad, en constante movimiento: del desayuno en el Village Delight a la rueda de prensa; luego, a escribir, a casa; después, vuelta a la calle, a hacer una entrevista y, si el tiempo lo permite, a correr un rato por la vera del río. Por la noche al cine, a la ópera, a cenar, a lo que sea. Siempre acelerado, siempre abierto a todo, torbellino de quejas y risas.

Julio y Nueva York, tal para cual.

Olalla Novoa

es periodista y trabaja en The Wall Street Journal

Querida ciudad:

JULIO A. PARRADO / Nueva York

Me preguntan cómo estás. Insisten en saber cómo te sientes tras un año. Como siempre, como nunca, te dan ganas de responder. Sin el dramatismo y el victimismo que tanto detestas, porque son vulgares y carentes de buen gusto. Como si aquí no hubiese pasado nada.

Que qué tal te encuentras. Pues, principalmente, algo cansada de tanto recuerdo, forzado y forzoso. Y enfadada, de tener que digerir una y otra vez las imágenes de las dos puñaladas aéreas. De prestar tu suelo -que algunos reclaman ahora sagrado- a otra ceremonia eterna, con fines escasamente terapéuticos, que sólo enciende el lastre de la tristeza y alienta oscuros planes bélicos.

«Get over it» («superémoslo»), repiten los tuyos. A otra cosa, por favor. Y si hace falta, hasta reconstruyámoslas idénticas, reclaman la mitad de tus habitantes. Hay quienes ni se acordaban de la fecha. «¡Ah!, ¡El 11!», dicen algunos con pose de sorpresa mal fingida. Pero, aunque sea falsa, es sorpresa, al fin y al cabo.

Para ti, no hay nada que sea merecedor de 365 días de atención. Te has pasado un año a medio gas, sedada a base de somníferos de piedad y patriotismo.

¿Si estás triste?

A ratos melancólica. La mayor parte del tiempo con la sonrisa puesta. El luto siempre lo llevaste por dentro. ¿Te acuerdas cuando prohibieron que se acercaran a ti durante toda una semana? Las televisiones de fuera afirmaban que estabas tan conmocionada que tus calles se habían quedado desiertas. Pero ni entonces ni ahora fue verdad. No se te olvida aquel Bar Piti, tan bullicioso como de costumbre, a menos de un kilómetro del 'ground zero'.

Porque, como decíaá The New Yorker,

el mundo pensaba que era un ataque contra EEUU; y EEUU, contra Nueva York, y tú circunscribías el drama a tu 'downtown'.

¿Tienes miedo?

Algo. Más que hace un año. Aunque a todo se acostumbra uno. Como dice mi colega Andrés, «el 11 de Septiembre nos inyectaron una gran vacuna contra el terror». Hemos sido los primeros en ser inoculados contra las guerras del siglo XXI.

Siempre a la vanguardia.

Porque casi un tercio de los tuyos está convencido de que serás víctima de otro atentado. Armas biológicas o químicas. Antonio Skafidas, un profesor del Bronx, te describe como un «imán de lo bueno y lo malo».

Por eso, no hay quien te abandone. Se escribió mucho del éxodo urbano. Los hubo que se fueron. Los hay que regresan ahora. Como James. Ese diseñador que se quedó durante horas pegado a los cristales de su oficina de Tribeca, viéndolas caer y mirando el desplome final. Ahora te lo cruzas con bronceado californiano.

Se vuelve, aunque no hay trabajo para él. Porque estás pobre, como en años. Las Torres fueron sólo las primeras piezas del dominó. El desempleo vuelve a remontar. Y donde más te duele: en el sector financiero y bursátil. Y de eso también echan las culpas al día de marras.

A los 'homeless' los encuentras por doquier. En el Village comenzó la proliferación de

camas de cartón hace más de un año. La asistencia social escasea. Te han apretado el cinturón porque tu déficit supera ya los 5.000 millones de dólares. Menos bibliotecas, menos arte y más basura.

Y sin dinero, ¿cómo no vas a estar más insegura? Las estadísticas oficiales insisten en que tus índices están bajo control. Pero cuando te describen un tiroteo o te das de bruces con un cadáver en el andén del Metro, comienzas a echar los cerrojos cuando llegas a casa. Parece mentira que durante aquella semana dejásemos la bicicleta en cualquier lugar, para regresar y encontrarla intacta.

Menos mal que con el dinero que se ha ido se te han atemperado esas insoportables ínfulas de opulencia que resultaban ya insoportables. La cura de humildad no te ha venido nada mal. Lo suficiente para apagar tu inaguantable fiebre inmobiliaria.

EN EL DIVAN

¿Que si te has vuelto loca? No nos engañemos. Toda la vida has sobrevivido a base de ansiolíticos y sentada en el diván. Particularmente ahora, que a la mínima te giras y te encuentras los aviones en la pantalla. Unos hemos sucumbido víctimas de la cinta de correr para evitar apagar la amargura con el estómago. Otros, han redescubierto sendas religiosas y espirituales.

Que si estás americanizada y patriótica, se preguntan.

Menos de lo que tantos temían. Te entró tu fiebre de barras y estrellas. Ahora sufres un pequeño rebrote. No ha sido tan grave. Afirman que el 11 se te acercó el país y te separó del resto del mundo. La peregrinación al 'ground zero' no cesa, pese a las pocas simpatías que suscitan esos romeros que han convertido aquel socavón en un ferial de lamentos.

Tantos europeos que comenzaron la cuenta atrás para regresar al Viejo Continente. Pero allí proliferaba una especie de calentura que llegaba a

algunos a justificar tu tragedia y a otros les creaba pesadillas conspiratorias. Se quedaron.

E. B. White asegura que hay tres tipos de neoyorquinos: los nacidos en la ciudad, que todo lo dan por hecho; los que acuden a trabajar, que no te entienden; y luego, los que vienen a cumplir un sueño. Por eso, no los puedes condenar al exilio con demostraciones xenófobas.

Dudan sobre si has calmado tus brotes de intolerancia y los gritos de venganza. Ahí tienes comunidades que siguen envueltas en la bandera para mitigar las sospechas. En cambio, resulta reconfortante ver las pintadas pacifistas, que te hacen recordar a Union Square. Allí, cuando el planeta seguía en estado de 'shock', se velaba a los muertos y se exigía contención y mesura.

Me preguntan que cómo estás. Y les insisto en que bien, y que vengan a verte pronto.

El Mundo, 11 de septiembre de 2002

“OH MY GOD!”

Stéfano Albertini

“Oh my God, oh my God, oh my God!”, son las primeras palabras de Julio la mañana del 11 de septiembre cuando desde la ventana de nuestro apartamento vemos la bola de fuego que envuelve la primera torre del World Trade Center. Julio, con quien nunca hablo en inglés y que no es exactamente un devoto, cae de rodillas con una taza de café en la mano y por tres veces consecutivas invoca a Dios como cualquier americano. Pero es una excitación de pocos segundos... De pronto echa una ojeada al reloj digital del aparato de vídeo y llama corriendo al periódico a dar la noticia. Debe de haber sido el primer periodista del mundo en informar a su redacción de lo que está sucediendo ahí, delante de nuestros ojos.

Pasarán todavía varios minutos antes de que las televisiones informen del suceso y comiencen a trasmitir en directo las imágenes que teníamos ya registradas en nuestra memoria colectiva. Y Julio, por más que yo intente desanimarlo, está ya subido a su bicicleta y está intentando llegar a las torres gemelas. Vivimos cerca, a menos de un kilómetro, y la policía aún no ha tenido tiempo de bloquear los accesos.

De pronto, la segunda explosión. Julio intenta llamar al periódico, pero los teléfonos móviles ya no funcionan, y por eso vuelve a casa, para intentar llamar por la línea fija. En ese momento, las dos torres están ardiendo y las televisiones trasmiten las mismas imágenes que estamos viendo desde la ventana de casa. Hablamos poco, intentamos entender algo entre el parloteo insensato de los periodistas de la televisión que, naturalmente, no tienen ni idea de lo que está sucediendo.

Después decidimos ir a nuestro trabajo: yo, a la universidad; Julio, a su oficina en Grove Street. Los teléfonos han dejado de funcionar y, mientras bajamos en ascensor y caminamos hacia Washington Square, pensamos en un plan para encontrarnos por si sucede cualquier cosa y no podemos comunicarnos. Un plan complicado y cerebral, tal vez inútil, pero que en aquellos momentos nos da seguridad.

Julio verá la caída de las torres desde la terraza de su oficina en Grove. Hay una foto suya, sacada minutos después, en la que se ve a Julio dando la espalda a lo que ya es la zona cero. Tiene en los ojos una expresión de angustia, y colgado al cuello lleva la credencial de la policía de Nueva York que le será muy útil para poder moverse a partir de ese día con relativa libertad en una ciudad en estado de sitio.

Cuando, avanzada ya la tarde, conseguimos hablar, me dice que él y Mercedes Gallego van a intentar entrar en la ‘zona cero’ después de la puesta de sol. No intento disuadirlo, y el hecho de que sean ellos dos me da cierta tranquilidad. No tengo ninguna duda de que lo conseguirán. Los he visto en acción alguna vez y sé que no se detienen hasta que lo consiguen. Quedamos en vernos en casa para cenar un bocado ‘cuando sea’.

Julio llega finalmente bien entrada la noche, cubierto del polvo gris e impalpable que seguirá cayendo todavía durante días. Sus zapatillas deportivas, barnizadas por el mismo polvo y mojadas por el agua se quedarán duras como el cemento cuando se sequen, pero Julio no las querrá tirar durante meses. Él y Mercedes han entrado y han visto el abismo; él me cuenta sólo algunas cosas. Por ejemplo, la trágica escena de una guardería cercana al World Trade Center,

donde había todavía niños esperando inútilmente que vinieran a recogerles sus padres, que trabajaban en las torres...

Esa noche, en casa, había varios amigos italianos, y mientras Julio se calentaba una pasta, nosotros intentábamos hacer una lectura política de lo ocurrido. Él, que en otras circunstancias estaba siempre dispuesto a entrar en la discusión política e ideológica, renunció a tomar partido y dijo que, ante la magnitud de tragedia que había visto, no podía dejarse llevar por las especulaciones.

Leeré al día siguiente en elmundo.es la crónica espléndida de aquella noche. Me queda como valioso recuerdo aquella tarjeta de plástico de la compañía eléctrica gracias a la cual consiguió superar los controles y llegar hasta la 'zona cero', para contárselo con sobriedad y con humanidad a sus lectores. Tengo muy presentes los artículos que escribió aquellos días, que aún están en lo que fue su estantería y que ahora es mi monumento privado a Julio, el periodista extraordinario que rebosaba humanidad.

Pearl Harbor en Manhattan

Ciudadanos arrojándose por las ventanas para escapar de las llamas, otros lanzándose a las aguas del río Hudson, personas quemadas de los pies a la cabeza... El mundo se vino abajo ayer en Nueva York

JULIO A. PARRADO. Corresponsal

NUEVA YORK.- El mundo se vino abajo ayer en Nueva York, aplastado entre amasijos de cristal y acero. Los 110 pisos de las Torres Gemelas, emblemático centro financiero de la ciudad y de todo EEUU, desaparecieron en menos de dos horas pulverizados por dos aviones secuestrados por terroristas suicidas.

Muchas de las 50.000 personas que trabajan en ambos rascacielos iniciaban ayer su jornada laboral, cuando fueron sorprendidos por el atentado más destructivo de la historia. La enorme nube de polvo y cenizas que ayer tarde envolvía aún ambos edificios ocultaba en sus entrañas posiblemente miles de cadáveres.

Víctimas

Nadie se aventuraba ayer a poner una cifra de muertos a la devastadora acción llevada a cabo supuestamente por el grupo guerrillero de Osama bin Laden. La primera explosión tuvo lugar a las nueve menos cuarto en la Torre norte.

El avión, un Boeing de American Airlines con 92 pasajeros a bordo, se empotró en torno al piso 80 del rascacielos. La enorme llamarada cubrió enseguida de un espeso humo todo el sur de Manhattan, donde se encuentran las más importantes firmas financieras del mundo.

Según testigos presenciales, varias decenas de personas saltaron por los aires, posiblemente impulsadas por la detonación. «Caían envueltas en fuego», relataba en estado de shock un empleado.

Apenas 15 minutos después, mientras miles de personas desalojaban el edificio afectado y los rascacielos colindantes, un segundo avión de la compañía United Airlines -secuestrado también en Boston- voló directo al centro de la Torre Sur, cuyo observatorio es visitado cada año por millones de turistas.

«Acabábamos de abandonar la Torre Norte y vimos al fondo, a la altura de la Estatua de la Libertad, un avión que venía directamente hacia nosotros. Era extraño pero su nivel de altura estaba por encima de las torres. De repente, comenzó a precipitarse y a dirigirse contra el rascacielos», explicaba presa de un horror atávico Diane Johnson, empleada en la firma de inversiones Oppenheimer.

Evacuación

Aunque la explosión en la segunda torre fue más tardía y dio tiempo para que se llevara a cabo el desalojo, la baja altura del impacto pilló a muchos en las escaleras de emergencia.

«Era el infierno. Todo estaba lleno de humo. Ibamos agarrados los unos a los otros para no

caernos», señalaba Matt Lauring, empleado en una empresa de seguros. Lauring trataba inútilmente de localizar a sus colegas. Con el servicio de móviles cortado, y sin posibilidad de contactar con su familia, el joven se desplomaba en un llanto inconsolable. Pero los minutos más dramáticos aún estaban por llegar.

A Louise Blond el desplome de la Torre Sur la pilló a 300 metros. Acababa de evacuar el edificio delá Wall Street Journal

y miraba con incredulidad el atroz espectáculo. Alcanzado con precisión el centro de la estructura, los 110 pisos del edificio cedieron a las 10 de la mañana. La nube de escombros y ceniza se hizo más densa. «Conozco esta zona como la palma de mi mano y no sabía a dónde dirigirme. Era de repente de noche. Perdí los zapatos y me até la camisa a la boca para poder respirar».

Louise no miró atrás hasta que no alcanzó la orilla del río Hudson. «Fue entonces cuando cayó el segundo edificio. Nunca lo olvidaré». Afortunadamente, las dos estructuras, inauguradas en 1970, cedieron en vertical. El número siete del complejo World Trade Center, al que pertenecían las dos Torres, se desplomó unas siete horas después.

La española Carmen Medina salvó su vida, a pesar de que se encontraba en el piso 55 de una de las Torres Gemelas. «Escuchamos una gran explosión, todo el edificio osciló y por la ventana vimos trozos grandes de algún material que caía», declaró con la voz quebrada por la emoción.

«Nos costaba mucho trabajo caminar. Todo se movía, pero mi amiga y yo pudimos comenzar a descender por las escaleras. Ibamos llorando, sin saber muy bien qué había ocurrido», manifestó Carmen Medina, gerente de programa de una escuela de idiomas de la Universidad PACE, que tenía una oficina en las Torres.

El pánico

Y prosiguió su relato: «Los teléfonos no funcionaban y nadie sabía nada. Mi marido, que estaba en la calle esperando que yo bajara, pudo ver cómo algunas personas saltaban desde el piso 80, presas de pánico, por las llamas que les alcanzaban». El alcalde de Nueva York, Rudolph Giuliani, confirmaba esta versión: «La gente saltaba de las torres para escapar de las llamas».

El súbito derrumbe de las estructuras pilló desprevenidos a los cientos de agentes de la policía, bomberos y servicios sanitarios. Varias cadenas de televisión daban por desaparecidos anoche a unos 200 bomberos.

En hospitales como el de Saint Vincent, en el cercano Village, se abarrotaban heridos y algunos cadáveres. «Decenas de personas están quemadas de los pies a la cabeza», decía Steven Stern, portavoz del centro hospitalario situado en el Greenwich Village, en el sur de Manhattan.

Las evacuaciones en toda la zona resultaron sorprendentemente tranquilas y no provocaron heridos adicionales. Cientos de personas huyeron por la punta sur de Manhattan. Los más desesperados, presas del pánico, se lanzaron a las aguas del río Hudson.

Sin embargo, la asistencia de ferrys se produjo en un tiempo asombrosamente rápido. Decenas de barcos amarraban y embarcaban rápidamente a cientos de supervivientes, que

fueron transportados a las orillas de Nueva Jersey y Brooklyn.

Sin tráfico

Durante todo el día, como medida de precaución, se interrumpió el tráfico en la red de metro y en muchos trenes de cercanías. También se redujo el uso para vehículos de emergencia de los túneles de acceso rodado a Manhattan. Millares emprendieron un éxodo a pie por los puentes y avenidas, por donde sólo circulaban ambulancias, bomberos y policía. El Gobierno federal cerró los tres grandes aeropuertos de la ciudad.

Sobre Manhattan sólo sobrevolaban anoche helicópteros y jet militares. Todo el sur de la isla se llenó de supervivientes ilesos de la masacre, miles de personas que caminaban sin rumbo fijo, algo extraño en una ciudad donde todo caminante tiene un propósito.

Evitando mirar atrás, donde la torre de humo tomaba dimensiones volcánicas, cientos de ciudadanos se agolpaban alrededor de cabinas de teléfonos, se consolaban o escuchaban historias de terror.

Los estruendosos altavoces de latinos y negros dejaron de emitir salsa y rap. Se convirtieron en improvisadas estaciones de escucha, donde los neoyorquinos enseguida supieron que su tragedia era parte de un ataque a escala nacional.

Donaciones de sangre

Los hospitales de Nueva York estaban totalmente colapsados y las autoridades solicitaron donaciones de sangre. «Estamos en cierto estado de ansiedad y confusión, pero gracias a Dios toda la familia está a salvo. Nos han pedido a los médicos que continuemos en nuestro trabajo, que donemos sangre, que preparemos nuestras salas de cirugía y nuestro tanatorio», dijo el oncólogo español Carlos Cordón-Cardó, empleado en el centro de Nueva York, en el Memorial Sloan Kettering Cancer Center.

«Nos han destrozado nuestra casa con este segundo Pearl Harbor. Este evento catastrófico va a cambiar el curso de nuestra historia», aseguró el oncólogo español, que trabaja desde hace casi 20 años en Nueva York, informa Carlos Martínez.

Los cientos de afectados fueron trasladados a un parque cercano, donde se les clasificaba, según las normas establecidas para estos sucesos. A los más graves, que necesitaban ayuda inmediata en el mismo lugar del atentado, se les colgaba una etiqueta roja; para los que tenían que recibir ayuda médica se utilizaba la amarilla; la verde era para los que podían ser trasladados a hospitales más alejados y, la negra, para los fallecidos y para los que era inútil tratar de hacer algo.

Las autoridades aislaron más de 20 manzanas de los alrededores de las Torres Gemelas y, en las cuatro avenidas que las rodeaban, colocaron cuatro filas de ambulancias que evacuaban a las miles de víctimas del atentado, según establecían las etiquetas de colores.

El fin del mundo parecía estar a la vuelta de la esquina. La amenaza mortal podría llegar desde cualquier punto del cielo. Pilladas por sorpresa, las autoridades municipales, cuyo centro de emergencias se encontraba precisamente en el World Trade Center, ordenaron la evacuación de todos los edificios simbólicos de la ciudad.

Realmente casi todas las oficinas acabaron desalojadas. Las reñidas primarias de las elecciones locales fueron canceladasá sine die.

El Mundo, 12 de septiembre de 2001

LOS PIES DEL COLOSO

Mercedes Gallego

El timbre del teléfono me había despertado abruptamente esa mañana. Salté descalza de la cama, sobresaltada al darme cuenta de que se me habían pegado las sábanas y sin saber exactamente cuán tarde era. Las 8.50, no podía ser el periódico, tampoco era tan tarde. En España aún estaban en el almuerzo. Tenía que ser Julio. Me había acostumbrado a sus llamadas intempestivas pero no al tono agresivo con que me contestó ese día

- Hello?, pregunté adormilada.

- - ¡Qué coño haces durmiendo!, me gritó su voz al otro lado del teléfono. ¿No has oído lo que ha pasado?
- - ¿Pero qué hora es?, murmuré buscando de nuevo el reloj.
- - ¡Asómate al balcón!, me ordenó con dureza. ¡Han volado las Torres Gemelas y tú durmiendo!

Click. El teléfono se quedó mudo. Julio no solía esperar respuesta, acababa las conversaciones unilateralmente, dejándote con la palabra en la boca, pero está vez era obvio que estaba fuera de sí.

Con su vitalidad hiperactiva, Julio solía ser siempre la primera llamada del día para los periodistas que tuvimos la suerte de ser amigos suyos, además de colegas. Puedo contar alrededor de media docena en su etapa neoyorquina, una tras otra, casi siempre mujeres, enlazadas perfectamente en el tiempo, como si nos lo hubiéramos ido turnando, o más bien al revés. Era él quien nos escogía sin preguntarnos y nos dictaba esa estrecha amistad que nos encadenaba a él para siempre. Intuía quién podía ser su media naranja, el socio de sus aventuras y la pareja de sus tribulaciones, y no pedía permiso para allanar nuestras vidas. Tampoco protestábamos. Él llenaba nuestros vacíos, alimentaba nuestra ambición y ponía la chispa del día a día, hasta que esa dependencia nos asfixiaba tanto que casi veíamos con alivio el paso del testigo. Era mucho Julio para una sola, pero él nos compensaba con creces por las exigencias de su amistad, y estaba ahí siempre que lo necesitábamos. Era como ir por la vida con las espaldas cubiertas. Salvo que le atacase la melancolía, al primer rayo de sol se había leído todos los periódicos del día, pero no llamaba a su redacción hasta que averiguaba lo qué habíamos visto los demás, por si se le había escapado algo. Intentaba guardarse para sí las ideas de los reportajes en los que trabajaba y las entrevistas que perseguía, por temor a que alguno de nosotros se le adelantase, pero no le pesaba la competitividad entre amigos con aquellas historias que acabarían siendo del dominio público y en las que, honestamente, en poco podíamos diferenciarnos. Era suficientemente inteligente como para saber que ganaba más compartiendo lo que sabía que yendo por la vida de

independiente, y gracias a él nos convertimos en un grupo de corresponsales solidarios que podíamos llamarnos en cualquier momento para pedirnos ayuda o consultar cualquier tema. El primero que se enteraba de alguna noticia descolgaba el teléfono y llamaba a los

demás. Julio era particularmente obsesivo con que no se le escapase nada. Aprovechaba el entreacto de la ópera o el teatro para llamarnos por teléfono y pedirnos que revisáramos las noticias por si había ocurrido algo durante el primer acto que debiese meter en la última edición, y antes de irse a la cama, cuando llegaba de marcha de madrugada, se leía los periódicos por Internet y hasta enviaba los primeros e-mails del día. Desde que aquella mañana me dejó helada en el teléfono a la primera explosión, se había pasado el resto del día intentando acercarse a los pies del coloso en llamas. Se escapó de la cascada de escombros porque la aterrorizada multitud que huía por las calles del Soho y el Village no le dejó avanzar a contracorriente. Luego tocó juntar la poca serenidad que nos quedase para sentarse delante del teclado y contar a los lectores el relato de un día del que no nos habíamos repuesto aún. Pero tan pronto como cerró al última edición, le venció de nuevo la inquietud de acercarse peligrosamente a la noticia que había de humear durante meses a menos de un kilómetro nuestro, y que tan celosamente custodiaba ya la Policía en esas primeras horas. -"¿Te atreves a acercarte allí abajo?", me tentó.

- No nos van a dejar pasar. Bruce ha intentado llegar con el equipo de

NBC y no han podido pasar. Dice que está todo acordonado y en estado de sitio. Se cree que los aviones podían traer armas químicas o bacteriológicas.

- - Yo sé que si tú te lo propones pasamos, me retó de nuevo.

A los dos nos costó una pelea con nuestras parejas para salir de casa en las bicis, en la oscuridad de la noche más tenebrosa que ninguno hubiéramos vivido en todas nuestras vidas, pero lo hicimos. Pasó a recogerme en la bici y Bruce, malhumorado, le encargó que fuera más sensato que yo, ya que no había conseguido impedírmelo. Nos fuimos calle abajo pedaleando en la por las calles desiertas de una ciudad enmudecida, con el espacio aéreo silenciado repentinamente por orden gubernamental, roto sólo de vez en cuando por las hélices de los helicópteros de la Policía que rotaban sobre nuestras cabezas.

Bromeábamos y reíamos nerviosos, de pura ansiedad. Nos íbamos contando el pataleo de nuestras parejas, el desprecio de Bruce, convencido de que no pasaríamos de la calle Houston, haciéndonos ver que a donde no había podido llegar la meganetwork de NBC, con todas sus influencias, no podríamos llegar dos españolitos en bicicleta, y a medida que repasábamos sus intentos de desalentarnos nos empecinábamos más y más en meternos esa noche hasta la boca del lobo. Sorteamos a la policía por varias calles del Soho y nos adentramos hasta Chinatown. Allí un agente nervioso y de malas pulgas nos obligó a dar la vuelta ignorando la acreditación de la Policía de Nueva York que le blandía en la cara y que en teoría permite al portador atravesar cordones de seguridad.

- "Tía, que yo no tengo la mía", se aterró Julio." Se me ha vencido. Si me pillan dentro sin acreditación me detienen y la hemos liado".

- - "Que no, que no te preocupes. Saca la de la Foreign Press Association y ya está. Total, ninguna sirve para nada, ya ves como están".

Probamos suerte una y otra vez por todas las entradas posibles. Intentamos alegar aquello tan americano de defender nuestro derecho a trabajar y a la libertad de información, nos peleamos con más de un agente que amenazó con detenernos, tratamos de hacernos pasar por curiosos, fingimos que éramos vecinos del barrio y hasta probamos a pasar charlando como si fuéramos de paseo. Fue ésta la que coló. Caminamos junto a una pareja de policía como si tal cosa, con las bicis de la mano y casi hablando del tiempo, como si fuese una noche de verano cualquiera, de esas tantas en las que nos pedaleábamos Manhattan, pero con el rictus forzado por la tensión del momento.

- Tía, que nos están mirando, nos van a parar.

- - Calla y sigue andando, tú como si no pasara nada.

Un soldado de la Guardia Nacional nos dio el alto. Supusimos que hasta ahí había llegado nuestra incursión, pero por si acaso hicimos el último intento.

- Por aquí no pueden pasar con las bicicletas.

- - Ah, vale, no hay problema. Las aparcamos aquí y seguimos andando, le repliqué con naturalidad.
- - No, aquí no las pueden dejar, se desconcertó el hombre, que resultó ser hispano
- - ¿Y en la valla de allí?, le preguntó Julio ya en español.

Desde que trabajó para el portal de Internet en español, Starmedia, había descubierto el poder de ser latino en Estados Unidos, la minoría más grande del país. Cuando llamaba a cualquier organización o departamento de gobierno no decía que trabajaba para un periódico español, sino hispano, y les dejaba creer con astucia queá El Mundoá era una más de las publicaciones hispanas de Nueva York, desconocidas para los anglosajones que aún así eran conscientes de lo que influían en la comunidad latina. El soldado de la Guardia Nacional también cayó en la trampa del suave acento cordobés con el que Julio le habló amigablemente. El hombre había llegado de Washington para la emergencia. No conocía la ciudad, ni sabía mucho más que nosotros de lo que estaba pasando. Acabó hasta por ofrecerse a echarle un vistazo a las bicis, cuya seguridad tanto le preocupaba a Julio, no ya para despistar, sino porque de verdad ese verano había tenido que reemplazar dos ruedas y un sillín que le robaron. Desde entonces había cogido la costumbre de llevarse el sillín a cuestas cada vez que candaba la bici en la calle, y no porque pareciera que el mundo estaba a punto de acabarse iba a hacer una excepción.

- ¿A dónde vas con eso, tío?, le dije al verle sacar el sillín con todo el tubo metálico.

- - ¡Ah! A mí no me lo vuelven a robar este verano.

Caminamos por aquellas calles fantasmagóricas, desorientados ante la falta de señales luminosas, farolas y rascacielos, con todo a nuestro alrededor cubierto de una gruesa capa

escombros.

- "¡Ostia, tía mira eso", decía Julio señalando los coches cubiertos de ceniza, como si los estuviéramos viendo desde un futuro apocalíptico de ciencia ficción.

- - ¿Dónde estaban las Torres Gemelas, te acuerdas?
- - Ni idea.

Los gigantes que hasta unas horas antes nos habían servido de referencia visual en el horizonte para orientarnos desde cualquier parte de la ciudad habían desaparecido con tal rapidez que todo nuestro campo visual había perdido sentido. Y de noche, todos los gatos son pardos. Hasta los agentes vestían mascarillas. Había ambulancias aparcadas en medio de las calles, con ATS de bata blanca y mascarillas deambulando alrededor, lo que le daba todavía un aspecto más de ciencia ficción. A Julio le entró la paranoia. "Aquí hay algo malo, todos llevan la boca tapada". Se acercó a uno de los médicos y le pidió una mascarilla. El hombre, desconcertado, se la quitó de la boca y le dio la suya. "Ya consigo yo otra, no te preocupes", contestó ante el gesto estupefacto de Julio. Por supuesto, yo le imité con el siguiente médico que nos encontramos en la otra esquina. Tuvimos que preguntarle dónde estaban las Torres Gemelas, y él no supo decirnos con exactitud, pero nos apuntó la dirección.

Estábamos dentro de la Zona Cero, no cabía duda. Seguimos las huellas de aquéllos que volvían cubiertos de barro y escombros, tras un rastro de destrucción que cada vez mostraba más escaparates rotos, edificios abandonados y oficinas enteras que habían salido volando por la ventana. Nos encontramos al fin en la parte trasera de la iglesia de San Pablo, caminando entre las tumbas del siglo XVIII, inundadas ahora por un mar de modernos papeles de oficina que habían volado de los 110 pisos de las Torres Gemelas. A nuestros pies, bolsos de mujer, zapatos, libros y fotos de familia, de aquellas que horas antes figuraban en los escritorios de los ejecutivos de Wall Street. Cogimos con un escalofrío algunos de aquellos restos de vida y los observamos atentamente, apuntando algún que otro dato para armar luego la crónica, mostrándonoslo el uno al otro con un extraño sentimiento de culpabilidad, como si estuviésemos asaltando tumbas o violando la intimidad ajena. Los paseantes habían dejado de ser policías o ATS, y ahora sólo nos rodeaban cuadrillas de voluntarios, bomberos y trabajadores de Con Edison, la compañía eléctrica local, vestidos con casco y guantes de obra.

- ¿Has visto los cascos que llevan? Necesitamos uno, me dijo Julio. Allí en la esquina hay una caja de la que los están repartiendo, pero si nos cogen robando un casco ahora si que nos detienen.

- - Tú no digas nada, sígueme, volví a decir.

Me acerqué tranquilamente, con la misma impasibilidad con la que habíamos desconcertado al soldado de la Guardia Nacional y cogí uno de aquellos cascos azules con las letras negras de Con Edison, y me lo coloqué en la cabeza como si lo hiciera todos los días. Julio hizo lo propio, sin soltar el sillín de la bici. Seguimos a la cuadrilla de voluntarios, charlando con ellos como si fuéramos parte del grupo, y llegamos hasta los mismos cimientos

de las Torres Gemelas, para enfrentarnos, sin saber qué hacer, a esa montaña de hierros retorcidos. Les imitamos en cuanto pudimos, entablamos conversación para recoger unas cuantas declaraciones, y nos pusimos en la cola del bocadillo y el botellín de agua cuando llegó la hora del descanso.

Sólo entonces entendí por qué había tenido la sensación de que todo el mundo me observaba, pese a que yo trataba de actuar con toda naturalidad. Era la única mujer allí. Todos los demás, absolutamente todos, eran hombres. De pronto fui consciente de ello y me sentí ridícula en mi intento de pasar desapercibida, todo el mundo me miraba de reojo, pensé. Así que por fin le hice caso a Julio, que desde hacía un rato sentía que estábamos llegando demasiado lejos, y que en cualquier momento nos echarían el guante encima y nos meterían en chirona. Lo que le preocupaba, por supuesto, no era pasar una noche en la cárcel, sino no poder escribir la noticia que a buen seguro ya hilvanaba mentalmente,

Para entonces ya estábamos de barro hasta las rodillas, sucios y cansados por la adrenalina de la jornada, pero aún hicimos una incursión más por el edificio del World Trade Center número 5, que al día siguiente veríamos derrumbarse en televisión. Allí Julio se ganó con unas palabras de italiano a un bombero jubilado de origen italiano que nos defendió frente a un Policía nervioso y preocupado ante la posibilidad de que se le hubiera colado algún curioso en la escena del crimen. Salimos charlando animadamente con él, buscando el camino de vuelta a las bicicletas, cuando Julio se paró en seco con un grito. -"¡Mi sillín!", dijo antes de salir corriendo de vuelta al edificio en ruinas. El bombero me miró asombrado y tuve que explicarle que Julio llevaba a cuestas el sillín de la bici porque ya se lo habían robado tantas que era capaz de meterse de nuevo en la Zona Cero en plena inclemencia por tal de recuperarlo. Volvimos a casa esa madrugada pedaleando orgullosos de haber conseguido lo que nos habíamos propuesto, entusiasmados de haber estado al pie de la noticia más importante que nos hubiera tocado cubrir en nuestras vidas, y satisfechos por el trabajo bien hecho. - ¡Me muero de ganas de ver la cara de Bruce cuando le digas que hemos llegado hasta las mismísimas ruinas de las Torres Gemelas! ¡Lo que la NBC no ha podido lograr, lo hemos conseguido nosotros! ¿Puedo subir a ver lo que dice? - ¡Nos mata! ¡Son las tres de la mañana y se tiene que levantar a las cinco! Entré sin molestarme en no hacer ruido y me fui directamente al cuarto de baño a lavarme el barro de las piernas. Dejé a propósito los zapatos enfangados para dar fe de que habíamos llegado hasta donde los bomberos habían derramado ese día cientos de miles de litros de agua para apagar el incendio que fundió los cimientos del edificio más alto el mundo. Bruce no se pudo resistir y se levantó de la cama con los ojos pegados para comprobar que estaba entera y me miró de arriba abajo con el ceño fruncido. "Te metiste hasta adentro", dijo adivinando la respuesta. Asentí con un gesto de orgullo y él se dio la vuelta sin mediar palabra para meterse de nuevo en la cama. Desde ese día no volvió a poner en duda mi capacidad para lograr aquello que me propongo, especialmente si Julio era mi socio en el empeño. Cuando dos años después traté de tranquilizarle de que no lograríamos plaza como empotrados porque sólo el 20% de las 400 disponibles se destinarían a prensa extranjera, Bruce me atajó casi indignado. "No me vengas con estadísticas. Ya sé de lo que sirven cuando a vosotros se os mete algo en la cabeza". Dos horas después de meterme en la cama, Bruce se levantó, se colocó el casco de Con Edison y la mascarilla que habíamos traído de la Zona Cero, y se fue con una cámara oculta tras nuestros pasos. Con ello alimentó a NBC de imágenes sobre la Zona Cero durante dos meses,

mientras todo el mundo se preguntaba de dónde salían. Sólo Julio y yo podíamos sonreír satisfechos cada vez que las veíamos en la tele, y aquella hazaña nos dio fuerzas y seguridad para emprender otras muchas incursiones de las que, al final, llegué a arrepentirme, ahora que estoy sola sin él, escribiendo estás líneas. Las sensaciones que vivimos aquella noche le permitieron a Julio escribir una de las crónicas más bonitas que haya producido, porque quienes se atienen a la verdad no pueden escribir nunca mejor que cuando ven y viven lo que cuentan. Por eso Julio siempre aspiraba a estar lo más cerca posible de la noticia, a ser parte de ella, para sacar lo mejor de sí mismo. Eso que le entregaba silenciosamente a los lectores deá El Mundoá cada día, a seis mil kilómetros de distancia. Sus jefes no llegaron nunca a entender aquellas ansias de aproximarse a la noticia, alimentadas no por el ego, sino por su propio afán de superación y el vehemente anhelo de que algún día le reconocieran lo que se merecía.

Mercedes Gallegoá es corresponsal en Nueva York del grupo Correo.

El corresponsal de EL MUNDO en Nueva York consigue superar todas las barreras policiales y describe minuciosamente la larga noche en el corazón de la tragedia, al sur de Manhatan

Una noche en el abismo

JULIO A. PARRADO. Corresponsal

NUEVA YORK.- Bajo por Maiden Lane hasta las puertas del mismísimo infierno. A los lados quedan camiones de reparto perforados por ambos lados, patrullas policiales volcadas y coches apilados unos sobre otros. Antes de dar el paso final, me asomo al edificio del Nasdaq, reconvertido en un centro de atención de los equipos de rescate.

Corpulentos bomberos se derrumban sobre la camilla víctimas de la asfixia. 300 de sus colegas yacen bajo los escombros. Al agente Luffing, de la policía de Nueva York, un irlandés de brazos de acero y cara de niño, ya no le preocupa el humo. Se fuma pausadamente un cigarrillo sobre la antigua recepción del Nasdaq, donde parpadea sin cesar una señal que repite FIRE.

Así, como si estuviera en la barra de un bar al final de una dura jornada, el policía inspira sosegadamente y exhala llenando sus ojos azules de lágrimas. Me apetecería abrazarlo, pero alguien me pasa un casco de emergencias.

Junto a mi compañera, me incorporo a un grupo de fornidos hombres con aspecto de leñadores. Son 20 voluntarios que se atreverán a escarpar la montaña de acero y muerte. «Tomad mucha agua. Seguro que vamos a estar horas sin tomar un trago», les dice el capataz, mientras se enfundan chaquetas de protección, cascos y guantes. Me atrevo a seguirlos tras un coche de bomberos. Hasta la misma base del montón de escombros. Los voluntarios comienzan a escalar la montaña. Yo he llegado hasta aquí. Incapaz de dar el salto final hasta ese negro abismo.

Las tumbas de San Paul y de Trinity Church cobran de repente todo su sentido y su lúgubre lógica. Los dos viejos cementerios de Manhattan, en el centro del distrito financiero, eran dos rincones pintorescos y oscuros, encajonados bajo la sombra de las Torres Gemelas. Esta noche de espeso color gris, los dos camposantos de lápidas decimonónicas lucen hasta acogedores.

Al otro lado de sus rejas, retorcidas por la onda expansiva, se extiende la inmensa mole de escombros y acero quebrado. Debajo de ellas yacen, sin nombre, 1.000, ¿2.000?.. ¿10.000? Nadie se atreve a poner un número todavía. Son las 10 de la noche y, casi sin quererlo, he superado todas las barreras policiales hasta alcanzar el epicentro del horror.

Una nube de cenizas, arena y amianto me cae encima

Entre el caótico ir y venir de coches de bomberos y tractores pala, nadie echa cuenta de

mí. Quizás porque luzco como un muerto andante. El espectáculo es tan impactante que camino dando tumbos, tratando de adivinar qué nombre se oculta tras las cenizas, qué negocio habría en esta esquina, qué dirección tomar, en suma.

He logrado entrar en el perímetro de máxima seguridad atravesando un sucio y oscuro túnel debajo del Puente de Brooklyn. La policía ha desplegado antorchas artificiales para facilitar el tráfico de los vehículos de emergencia. De repente, la nube de cenizas, arena y amianto pulverizado me cae encima, a pocos metros de la plaza del Ayuntamiento. Las dos Torres Gemelas estaban recubiertas de este material aislante, prohibido actualmente por su alto contenido cancerígeno.

La máscara es el mínimo requisito para que los pulmones y los ojos no acaben anegados de la peligrosa sustancia. Es imposible distinguir el color de los coches. Sobre un parabrisas alguien ha dibujado a mano un «¡Dios nos salve!». Pero el panorama se vuelve aterrador frente al Ayuntamiento. La alfombra de papeles se torna espesa. Manuales financieros, copias de emails, «Señor Williams, Oppenheimer Funds», se lee en un trozo que voló más de un kilómetro de distancia, desde el piso 38 de la Torre Sur hasta el pequeño parque municipal. La puntiaguda torre gótica del Woolworth Building se desdibuja entre el humo. El histórico rascacielos ha perdido su elegancia y sólo muestra sus contornos afilados y amenazantes.

Tengo la sensación de haber atravesado el túnel del tiempo

Junto a Park Place, el agua, los papeles y las cenizas han creado barrizales infranqueables de un color imposible. Por fin, a la derecha se muestra la Torre 7, el tercer bloque en caer. Albergaba oficinas de los servicios secretos federales, del FBI y el Centro de Emergencia del Ayuntamiento.

Creo que su color era de un rojo pálido. Hoy es también indefinido. Al fondo, recortado por los focos de la policía, se percibe un trozo de la fachada de la Torre Sur. La explosión le ha dado una caprichosa forma de palas invertidas.

Tengo que mirar dos veces hasta darme cuenta de que estoy frente al edificio de Moody's, la poderosa agencia que califica el riesgo de las inversiones. De este edificio salen informes que marcan el destino de empresas y países. Y sin embargo, parece que hace siglos que nadie ha franqueado sus puertas. De hecho, en todo este paseo he tenido la sensación de haber atravesado el túnel del tiempo y de regresar a un Nueva York abandonado por el ser humano. Frente a la polvorienta estatua de George Washington, en las escalinatas del Federal Hall National Memorial, me siento como Charlton Heston en la última escena de El Planeta de los Simios.

Pese al paisaje de catastrófico futurismo, este es desgraciadamente nuestro Nueva York de siempre. Las vidrieras de los negocios y los edificios colindantes a las Torres no existen. Por un escaparate roto asoman colecciones de postales con todas las estampas reconocibles de la Gran Manzana. Las de las Gemelas ocupan, por supuesto, un lugar prominente. La librería Borders -recuerdo que compré allí mi primer libro recién llegado a la ciudad- pasó a la historia. El edificio que ocupa se pliega como un acordeón.

Ese es otro de los muchos inmuebles afectados mortalmente que terminarán derribados tarde o temprano. Es difícil pensar que el distrito financiero pueda recuperar la normalidad en

poco tiempo.

El Mundo, 13 de septiembre de 2001

EL DIA DESPUÉS

Bárbara Celis D' Amico

Me lo encontré encaramado a un plató de televisión en la agencia Reuters, un día después, o quizás dos. No consigo recordar con claridad la sucesión de los hechos de aquella primera semana. Pero sí puedo ver a Julio, elegante, coquetón, guapísimo. Tengo esa imagen clara en mi cabeza porque todos los periodistas vagábamos por allí con un aspecto lamentable y me chocó verle en aquel plató, impoluto, como un auténtico profesional de la televisión que siempre sabe cómo aparecer en pantalla.

La caída de las torres monopolizó la vida de todo corresponsal. Y aún así, allí estaba Julio, dispuesto a trabajar además de para su periódico, también para Telemadrid. La precariedad laboral obligaba. En medio de la desgracia, los que no teníamos un compromiso estable con alguna empresa nos multiplicamos para abarcar todos los medios posibles. Cuestión de supervivencia.

Pero además, a Julio le gustaban los retos, los profesionales. Su curiosidad se nutría de ellos. Era incapaz de volcarse en una sola cosa a la vez, creo que lo fácil le aburría. Pensaba deprisa, tanto que a veces su lengua le traicionaba y se le atragantaban las palabras, pero su cabeza era una máquina de producción imparable que esbozaba proyectos a corto, medio y largo plazo: los tres reportajes de mañana para el periódico, un análisis económico, una colaboración para una revista "que no paga muy bien pero son buena gente", la agencia de prensa para el mundo latino, el 'pool' de corresponsales "porque a todos nos toca refritar lo mismo y ya está bien de perder el tiempo", la agencia de reportajes de investigación, el Village Voice en español, "¿y si usamos tu cámara y grabamos la entrevista con... y luego se la vendemos a...?".

Era incombustible, aunque a veces se le posara encima un nubarrón contaminado y se desmoralizara como si hubiera asistido a una hecatombe. Dejaba que el mundo se le cayera encima por un rato y después... viraba la conversación hacia algún acontecimiento mundano, te regalaba una sonrisa o simplemente, te dejaba con la palabra en la boca en el teléfono: "Adiós, que ahora no puedo hablar" y tú te quedabas mirando el aparato sin saber si habías asistido a una crisis real o si es que le había tocado el día quejica.

A pesar del estrés que nos había devorado a todos, el 11-S no le robó su mirada vivaz ni su buen humor matutino.Al encontrarnos en Reuters nos abrazamos y nos fuimos juntos a comer. Estábamos en medio de Times Square, donde la vida parecía continuar a su ritmo, ajena a lo que ocurría al sur de la ciudad. Resultaba surrealista ver los neones brillar y el tráfico fluir. La Zona Cero parecía estar a mil kilómetros de distancia, paradojas de Nueva York.

Entramos en el primer sitio que vimos, un McDonalds. El 'shock' fue aún mayor. "Esta ciudad nunca dejará de sorprenderme, míralos, son turistas poniéndose 'moraos', ¡como si aqu no hubiera pasado nada!", me dijo indignado. En ese momento Julio aún era optimista, pensaba que los atentados espabilarían a los norteamericanos, algo que habría evitado que Bagdad nos lo robara un año y medio después.

Al día siguiente me llamó, estresado. No encontraba el camión desde el que tenía que hacer el directo para Telemadrid desde la Zona Cero. Yo tenía que enviar imágenes para la

misma cadena desde el mismo camión, y tampoco conseguía dar con él. Corrimos por separado dándonos indicaciones el uno al otro por teléfono. La voz de Julio fue engullida varias veces por la anarquía que dominó las telecomunicaciones aquellos días. Cada vez que le volvía a escuchar, primero me amenazaba con alarmismo: "Bárbara, ¡que no llegamos!" pero en un segundo cambiaba su tono de preocupación para comentarme con ironía en medio de la carrera: "¿Has visto cómo somos los españoles? Ya me han llegado un montón de chistes sobre las torres...¡Yo creo que si nos pinchan el email nos deportan!". Y de la risa a la histeria otra vez "¿Dónde está el maldito camión?"

Julio era así, fluctuaba, cambiaba de humor a la misma velocidad a la que alumbraba ideas. Era rápido, afilado, preciso. Y no fallaba. Aquel día llegó hasta el camión satélite. A tiempo. Parecía nervioso, pero ¡zas!, se ajustó la camisa, respiró hondo, desenfundó sus notas y entró en directo. Cinceló una crónica de dos minutos contando sólo lo importante. Julio siempre sabía qué era lo importante. Aunque también se equivocara, como todos nosotros. Si no saboteáramos el dolor que produce la muerte a diario en artículos deshumanizados, habríamos entendido que Irak podía ser algo más que una de nuestras muchas crónicas sin corazón.

Bárbara Celis D'Amico
corresponsal en Nueva York de La Voz.

Velas para la paz, fuego para la guerra

Los mensajes pacifistas y los deseos de revancha se mezclan entre las 5.000 personas que acudieron a Union Square en recuerdo de las víctimas

JULIO A. PARRADO. Corresponsal

NUEVA YORK.- Era una noche para la oración y el recogimiento. Los cientos de velas terminaron encendiendo el debate y la disputa descarnada: la venganza de la sangre contra la pacífica sangre fría; los llamamientos a la justicia imperial americana frente al imperio de la justicia natural, lo divino y, sobre todo, lo humano. Fue en Union Square, esta enorme plaza donde el bohemio y universitario sur de Nueva York se encuentra con la seriedad corporativa del Midtown.

A las ocho de la tarde (dos de la madrugada en España) son unas 5.000 personas. Es el acto central de una jornada de rezos nacionales por las miles de víctimas anónimas. Un pretexto también para el encuentro y la charla curativa que todo el mundo busca desesperadamente. Muchos esperaban además una excusa para la exaltación patriótica y militarista que va tomando una a una, en forma de barras y estrellas, cada balcón y ventana de la ciudad.

Y, sin embargo, se canta el sesentero Down by the river (I don't wanna learn war; No quiero aprender la guerra) y decenas de pancartas trataban de enterrar el hacha bélica que están dispuestos a empuñar ya el 70% de los estadounidenses.

Las televisiones toman numerosos planos. Misteriosamente se perderán en la sala de edición de vídeo y los reportajes destacarán más tarde los cantos patrióticos de los congregados. «La guerra no es una respuesta». «No más víctimas inocentes».

Exilio interior

Kayle Beatty, que lleva media vida tratando de sobrevivir como actor, pronosticaba una tragedia peor que la de Vietnam. «Están ciegos. Si respondemos a la provocación, caeremos en su trampa», explica. Kayle llegó a Nueva York desde las llanuras de Indiana. En la ciudad ha aprendido todo sobre arte dramático, pero también sobre historia y literatura. «Si esta ciudad se rinde a las llamadas a la guerra es el fin». Si fracasa en su empresa, enfilar

hacia California, hacia el Oeste, siguiendo el exilio interior de los pacifistas de los 70.

Thomas llegó desde allí hace dos meses, pero con una visión muy diferente. Es un pastor protestante, especializado en la atención de niños. Para él no existe alternativa. «Hay que golpearles duro. Defender el país y la libertad que representamos». A veces se exalta y se desgañita gritando «¡antiamericanos!» a los cientos de jóvenes que lo rodean.

Los refuerzos bélicos y patrióticos llegan enseguida. Los intercambios de palabras y moderados insultos acallan los tibios rezos. Ahora se canta el God bless America y el himno nacional. «No hicimos nada en el 93 [fecha del ataque terrorista a las Torres Gemelas] y Clinton fue un cobarde. Bush tiene que acabar con la tarea que empezó el padre», insiste Louis, un puertorriqueño que corona su gorra de béisbol con más de seis banderitas americanas.

«Están infectando todo Brooklyn. Son como la peste», le echa en cara un tipo uniformado a un chaval que defiende los derechos de los árabe-americanos. «¡Qué vergüenza lo que

hacéis!», le llega a reprochar un agente de tráfico a una manifestante, que le mira atónita.

«Temo que Pakistán lance la bomba atómica sobre la India. No se dan cuenta de que las naciones árabes responderán. Están echando gasolina sobre el fuego», dice Ramji Sheedey, estadounidense de pasaporte, indio de nacimiento. Sheedey se ha sentido desplazado de uno de los corros de discusión cuando alguien le ha lanzado un «qué sabes tú si no eres americano».

El puñado de amigos de las víctimas que permanecen sentados junto a sus retratos se va quedando aislado entre los esporádicos grupos de discusión. Pocos pasean ya frente al mural de las lamentaciones, donde se hacinan carteles y fotografías de los desaparecidos.

Pero la imagen global de las acaloradas discusiones resulta reconfortante. «Esta plaza no es Tiananmen. No tenemos miedo a los tanques», dice Thomas. Kayle asiente. Iluminada por las velas, Union Square es realmente el ágora de Atenas, no el campo marcial de Esparta.

L'INCONTRO

Miranda D' Amico

Nella sera che scende
la pizzería-giardino é verdeviola
Fra candele e bicchieri
una delle mie prime sere a Brooklyn

"Questo é Julio, ti ho tanto parlato..."
"La mia mamma".
Brindiamo

Un sorriso timido
e felice, ma gli occhi color sabbia
hanno un fondo di silenzio
di attesa.

Mi raccontavi New York
e all'improvviso
"vorrei lavorare in Italia, che paese!"

Consumiamo parole, sorrisi, parole,
brindiamo. Una sottile ebbrezza
s'insinua....
Barbara vicina, la cittá sognata
Il tempo, come il sughero della bottiglia
salta, s'espande.

E un giorno scrivevi dal fronte, scrivevi
dal deserto.

Ma il deserto non ha ombre
né rimpianti,
né ritorni
né mimose all'occhiello.

Cosí non avrai piú parole
e aprile non peserá sulla tua bocca

Anche la luce é polvere
fratello anche il sonno.

EL ENCUENTRO
En la noche que se acerca
la pizzería jardín es verde – sombra.
Entre velas y cristales,
una de mis primeras noches en Brooklyn

“Este es Julio,
Te he hablado mucho de él”...
“La mia mamma”

Brindamos,
una sonrisa tímida y feliz.
Pero los ojos, color arena,
esconden el silencio,
la espera.

Conversamos; Nueva York,
y de pronto:
“Quisiera escribir desde Italia, !qué país!”.

Palabras, sonrisas, palabras.
Levantamos las copas,
arropados por una sutil ebriedad.
Barbara cerca, la ciudad soñada
el tiempo como corcho de botella, salta, se dilata.

Y un día... escribías desde el frente, escribías
desde el desierto.

Pero en el desierto no hay sombras, ni nostalgia,
ni regresos,
ni flores en el hojal.
Ahora ya no hay palabras,
y abril no rozará tus labios.

También la luz es polvo
También hermano es el sueño.

PATOLOGÍA DE LA ESPERANZA

Alfonso Armada

Fue la primera escapada de Nueva York después de la catástrofe. Teníamos mala conciencia, como si alejarse de la escombrera todavía humeante fuera prematuro. Pero sobre todo con el temor malsano, casi perverso, a que hubiera otro atentado en nuestra ausencia y no pudiéramos estar allí para contarlo. Un nuevo Guggenheim en Las Vegas. Parecía un chiste surrealista.

Habíamos hecho buenas migas desde el principio, aunque no podrá corroborarlo. Me gustaba. Su flequillo. Formaba parte de su ímpetu, especialmente cuando llegaba hecho un pincel a una conferencia de prensa sobre las maniobras en la oscuridad entre el Banco de Santander y el Bank of America o a una cita de Farruquito con el duende. La sonrisa ancha y un brillo pícaro en los ojos, como si sabiendo que todo es tontería o irremediable fuera preciso aplicarse a mejorar el estado general del mundo troquelando un artículo tan impecable como el traje y la corbata de prestidigitador, expresándose a velocidad de crucero y atragantándose de intuiciones que salían a borbotones, pero cortadas como una piedra de cuarzo: "Mira". Era fácil quererle.

Discutíamos. Me desconcertaba su americanismo escaso de matices: nada como el cine, la prensa, la televisión, las empresas, la constitución, la libertad de aquí. ¿Pero eres Julio Anguita o qué carajo? Lo era, claro: siempre dispuesto a llevar la controversia desde el sótano al ático. En la larga noche de Nashville se le empezó a craquelar el entusiasmo. No entendía cómo era posible que algo así sucediese... aquí. Nos fuimos a dormir sin saber a qué atenernos. Y el amanecer no nos sacó de dudas. Tardamos en saber quién sería el 43 presidente. Volvimos a encontrarnos en West Palm Beach: mirando perplejos a través de los agujeros de las tarjetas de votación, chads: ojos de buey cuadrados.

Y así desembocamos en el episodio del Olimpic Garden. Habíamos ido a la capital del juego y del vicio para comprobar cuánto tenía de maniobra para ampliar su cuota de mercado turístico y retocar su imagen un arte de postín. Pero la voladura de las torres en nuestro Manhattan adoptivo nos seguía martilleando el seso. En Las Vegas era un secreto a voces que Mohamed Atta y al menos seis de sus secuaces habían recalado en el espejismo de Nevada y buscado alguna clase de alivio en uno de los cabarets mejor surtidos y tentadores de la ciudad, a orillas del hotel/casino Sáhara y de la vertiginosa torre del Estratosfera: ¿Reminiscencias del país natal, recordatorio de la cita con la historia?

Entramos a sonsacar a las huríes. Acaso pudo embridar mejor que nadie las distracciones de la carne, tan copiosa, pero sé que Julio sacó del estadio olímpico mucho más jugo que yo: no en vano las neumáticas y semidesnudas bellezas dedujeron a primera vista que aquel buen mozo prometía y se dedicaron con más fruición que a nadie a llevarlo a un estado de incandescencia del que nunca se vuelve sin pagar ni derramarse, una amable flojera de la voluntad. Cuando el objeto de sus insinuaciones y caricias sin manos queda atrapado por el imán de su impaciencia, pactan local y precio antes de perderse en la noche para completar de alguna forma lo que el crítico de arte Robert Goodman define como la sustancia de Las Vegas: una patología de la esperanza. Multiplicación de un mal contemporáneo.

No creo que Atta ni ninguno de sus suicidas sin escrúpulos, nihilistas con las niñas de los ojos fijas en un abismo de extinción, pretendieran aliviar ese pesar. Pero quién sabe. Dejamos atrás a las huríes que tal vez extrajeron de los conspiradores de septiembre más gotas de olvido que de sangre. No fue suficiente para hacerles cambiar de credo ni de idea. Lo que ni Julio ni nadie sospechó entonces era que por la senda del miedo y de la venganza acabaría llegándole a él su propia hora a las afueras de Bagdad.

El mundo es peor sin él.

Alfonso Armada
es corresponsal en Nueva York del diario ABC.

Las 'vírgenes' de los suicidas

Un club de 'striptease' se convierte en el foco de investigación del FBI, al afirmar las bailarinas del local que los kamikazes estuvieron allí varias noches

JULIO A. PARRADO

Con su aspecto de gasolinera destartalada, la entrada a los Olimpic Gardens está a una prudente distancia de La Tira, la avenida de neón y hoteles fastuosos que alimentan esta ciudad. El cabaré no llega a ser sórdido y oscuro, pero tiene más que ver con la imagen de la vieja ciudad del pecado, que con la nueva Las Vegas, ésa que presume de turismo de alta calidad y elegancia.

Las chicas del Gardens no carecen de formas. Quizá sí del glamour y de la clase de las bailarinas de los exclusivos MGM o del Mirage. En todo caso, los atentados del 11 de septiembre las han colocado repentinamente en primera línea de la fama.

Mientras que planeaban meticulosamente sus ataques suicidas y soñaban con su entrada en el Paraíso, donde Alá les recompensaría con 60 vírgenes, los terroristas islámicos quisieron tocar con sus manos terrenales un trozo del cielo prometido. «Los ví con mis propios ojos. A Atta y los demás. Creo que eran nueve, alrededor de una mesa-escenario. Tocaban, bebían cerveza con moderación, pero apenas dejaban un dólar a las bailarinas. Todos muy feos. Ahora lo pienso y me dan escalofríos».

Delia y Joanne, como dicen llamarse, esperan con escasa esperanzas a la entrada del local la llegada de clientes. Como toda la ciudad, el Olimpic Gardens ha visto días mejores antes de que los aviones se incrustaran contra las Gemelas.

No más de 50 hombres merodean por los dos salones del club de topless, incrédulos ante el paraíso que ven sus ojos. Unas 200 chicas caminan ligeras, en biquinis y trajes inútiles, desafiando sus plataformas de 30 centímetros. En algunas esquinas hay arrumacos y contactos estrechos, pero el sexo y la prostitución están totalmente prohibidos. Al menos de puertas para adentro. No es extraño que algunas jóvenes presuman de su virginidad.

«Es lo que nos faltaba. La ciudad ya estaba mal por el miedo a volar y la caída del turismo, y ahora somos parte de una investigación criminal», dice la striper mexicana.

Los dueños del Olimpic Gardens tratan de dejar claro que éste no es un refugio de terroristas. Como muestra de patriotismo, exhiben un muestrario de tangas y biquinis con la enseña nacional.

Los rumores hablan de nueve, pero el FBI sólo tiene constancia de que cinco de los kamikazes frecuentaron Las Vegas entre mayo y agosto pasado. Se hospedaron en el Econo Lodge, un hotelucho ubicado frente al Stratosphere, la torre más alta de Las Vegas.

En la ciudad corre el rumor de que Mohamed Atta no sólo venía hasta aquí para cobrarle a Alá un anticipo del cielo, sino que tramaba echar abajo el emblemático pirulí sobre el que operan dos montañas rusas.

Samantha, una bailarina de 29 años, asegura que se contoneó durante varios minutos delante de un joven identificado como el barbudo Marwan Al-Shehhi, de 23 años, quien sacó

del bolsillo 20 dólares. «Me acuerdo especialmente del tipo de la barba. Una no se olvida de una cara en este negocio», ha declarado la chica.

Las autoridades se están viendo desbordadas por la avalancha de llamadas. Se están dando más supuestos avistamientos de Mohamed Atta que del resucitado Elvis Presley.

Con todo, la ciudad de los casinos y el cartón piedra disimula la psicosis terrorista a la perfección. Su futuro económico le va en ello.

Durante los primeros días tras el ataque, los casinos-hoteles vivieron en un estado de atrincheramiento. Miles de turistas se quedaron atrapados en Las Vegas sin poder despegar. Cuando por fin abrieron los aeropuertos se produjo la estampida. Más de 10.000 despedidos son las víctimas colaterales de este ataque. En el Olimpic Gardens no olvidarán nunca la cara de Atta.

El Mundo, 6 de octubre de 2001

Nueva York, 1996

LA COMPLICIDAD DEL CAFE

Montserrat Vendrell

En un día de primavera en el Central Park, cuando ya se empezaba a respirar una cierta vitalidad y un desahogo tras los fríos invernales, me topé por primera vez con Julio. Eramos un grupo de periodistas que cruzábamos el parque para evitar el ajetreo del metro y el tumulto de la ciudad. El clima era perfecto y todos estábamos de buen humor. Julio acababa de llegar de España, y así, de entrada, me dio la impresión de que era una persona brillante, preparada para absorber las complejidades de esta ciudad, que le fascinó desde el primer momento. Al contrario de lo que le ocurre a muchos, que se pierden en la inmensidad de Nueva York nada más llegar, me sorprendió su entusiasmo, su firmeza y sus ideas claras. Sabía lo que quería conseguir en su vida profesional, y Nueva York era la ciudad perfecta, que le abría a diferentes mundos y dimensiones. Tenía lo que se necesita para ser un buen periodista: curiosidad, sensibilidad y, por encima de todo, una enorme capacidad de análisis.

Acabó viviendo en mi barrio, el Village. La cultura de los cafés nos hizo cómplices, y además nos dio la posibilidad de intercambiar ideas de lo que estaba sucediendo. Siempre estaba interesado en la opinión de los demás. Las noticias del día nos servían de desayuno, mientras que el teléfono servía para comentar sobre la marcha la jugada. Su mayor preocupación siempre era cómo enfocar la noticia y buscarle el ángulo que fuera más atractivo. Los avatares de la economía, la trama social, las conjuras políticas, el pensamiento televisivo, la ficción cinematográfica, la psicopatía neoyorquina, todo tenía cabida en nuestras discusiones, que en muchas ocasiones dejábamos postergadas para continuarlas con una copa en la barra de un bar.

La comodidad hacía que el Village fuera nuestro habitual punto de encuentro. Pese que ya no es el centro de la bohemia neoyorquina, nunca perdió el encanto, por mucho que hubieran desaparecido algunos de sus lugares emblemáticos y que se inundara de turistas. Con sus callejuelas retorcidas, sus hileras de árboles y pequeños establecimientos escondidos, siempre quedaba algo por descubrir. Ibamos al Café Reggio, uno de los más antiguos del barrio. Rodeados de una atmósfera del pasado, comíamos huevos 'benedictine' y charlábamos sin apurarnos de que alguien nos pudiera echar de la mesa. El Mostache, un restaurante de comida típica de Oriente Medio era otro de sus lugares favoritos. Cuando se animaba a cocinar para sus amigos, la pasta era su plato predilecto; se convirtió en un experto en preparar salsas de todo tipo. Luego se reconciliaba con una visita al gimnasio.

De Julio nunca faltaba un comentario ingenioso para cualquier situación y para cada momento. A través de sus ojos, una historia añeja -- para los que llevábamos ya algunos años viviendo en esta ciudad— tenía un sinfín de nuevas posibilidades. De todo extraía algo, a todo le veía algo. Captaba y aprendía las cosas rápidamente y se sentía a gusto cubriendo todo tipo de información. Su mente veloz le llevaba a plantearse continuamente nuevos desafíos. Como mucha gente de su generación, veía a Estados Unidos no sólo como un mito, sino como un lugar de oportunidades reales. Llegó en medio de la burbuja de Internet y de las ganancias

empresariales, donde las compañías no se privaban de nada ni de nadie. El mercado laboral era exuberante y no dudó en aprovecharlo.

Apasionado, pragmático, perseverante y sediento de nuevas experiencias, empezó a zambullirse en el mundo de las empresas de medios de comunicación de Estados Unidos. Pero aunque el trabajo era el trabajo, nunca renunció a disfrutar de la vida al máximo. Una ópera, una película, una buena cena o un encuentro con los amigos siempre estaban en su agenda. Los viajes de placer y profesionales también eran para él una motivación y una de sus mayores satisfacciones. Julio apostaba gustosamente por todo. Y, desafortunadamente, esta última vez, perdió la apuesta.

Montserrat Vendrell
trabaja en la agencia Efe en Nueva York.

Albert «Motosierra», el hombre más odiado de EEUU

Ha despedido a 6.000 trabajadores de Sunbeam, y a 11.200 de la empresa Scott

JULIO A. PARRADO ESPECIAL PARA EL MUNDO

NUEVA YORK.- «No estamos en los negocios para gustar a la gente. Si quieres un amigo, cómprate un perro». Palabra de Albert J. Dunlap, 59 años, que se ha ganado el apodo de «Motosierra» por el tipo de trabajo que hace:

Sábado, 6 de octubre de 2001

despide a la gente.

Las grandes corporaciones norteamericanas le contratan cuando necesitan reducir la plantilla. Por ejemplo, sólo le hicieron falta cuatro meses al frente de Sunbeam -una empresa dedicada a los electrodomésticos- para arrancar de cuajo al 50% de la plantilla. 6.000 empleados en la calle, ocho fábricas cerradas de golpe. «Motosierra» clavó sus dientes sobre Sunbeam cuando su anterior presidente, Roger W. Schipke, dimitió después de quince meses de resultados negativos.

Dunlap aceptó el desafío y puso en práctica su receta milagrosa para salvar compañías en situación difícil: la piedad no vale un dólar, no inviertas en ella. Su credo se resume en un libro publicado el pasado mes de junio. Mean Business (Negocios perversos) es la autobiografía de triunfador inmisericorde, la historia de las empresas salvadas de la UVI con bisturí de carnicero que le han convertido en la estrella del ajuste de plantillas (el «downsizing»).

Dunlap lidera la lista los «hombres de hierro», los presidentes cuyos salarios son proporcionales al número de trabajadores dejados en la calle: Gerstner (IBM, 60.000 despidos); Robert Allen (AT&T, 40.000 despidos)...

«Le deberían llamar Al Nuclear», señalaba un analista de Wall Street tras conocerse los despidos de Sunbeam. «La cuestión está en saber si lo que realmente ha arrancado es el corazón de la empresa; el tiempo lo dirá».

Las drásticas soluciones de Dunlap siembran el pánico y una dudosa admiración. Para él, lo importante son los resultados: American Can, Consolidated Press Holdings y, más recientemente, la compañía papelera Scott componen su currículum de empresas saneadas a golpe de serrucho.

Ha llegado a bautizar un verbo: «dunlapear», que significa «extraer de las personas lo mejor y eliminar lo peor de los empleados».

ACCIONISTAS.- En el punto más alto de su particular altar, coloca al accionista. «Tu objetivo es hacer dinero para los propietarios, no para el

presidente o los miembros del consejo de administración». Dunlap ataca con saña a los especuladores; «son basura, los ejecutivos norteamericanos no se preocupan lo suficiente de los accionistas», dice. El 73% de las empresas americanas que perdieron dinero en 1995 continuaron incentivando a sus presidentes con aumentos salariales.

Sin embargo, Dunlap ha traducido su dogma preferido subiéndose el sueldo a niveles astronómicos, copiados luego por los «hombres de hierro».

Con la remodelación de Scott, en cinco años se embolsó 100 millones de dólares entre

salarios y acciones. Es el botín del que arriesga. Porque Albert J. Dunlap invierte parte de su fortuna personal en cada nueva empresa.

Su «revolución» -como él la llama- consiste en pagar a los directivos y consultores con acciones para que se involucren de lleno en la salvación de la compañía. Y luego, despedir.

Nada más llegar a Scott, reunió a los empleados en una gran plaza y les advirtió: «Hoy puede ser el mejor día de sus vidas, o el peor». Escasas semanas después, 11.200 personas comprendían que había sido el peor día: perdieron su empleo.

Se ha convertido en el ejecutivo más odiado de EEUU, pero Dunlap muestra los balances de Scott, que aumentó su valor en 6.300 millones de dólares. De momento, Wall Street ha acogido favorablemente la sacudida de Sunbeam, pero -según los analistas- sus planes de ampliar la oferta de la compañía con 70 nuevos productos, y abrir 20 tiendas más en todo el país son incompatibles con el anunciado recorte; es un plan imposible.

CUENTISTA.- Cuenta en su autobiografía que procede de una familia muy humilde de Hoboken, Nueva Jersey. Su madre era empleada de las tiendas de «todo a cien», y su padre, un estibador que frecuentemente era despedido. Esta infancia llena de tristezas le convirtió en un salvador de compañías», y por eso él es muy sensible al dolor que sienten los empleados que despide.

Pero esta semana, la revista Business Week desveló la verdad, sacando declaraciones de Denise Dunlap, hermana de Albert. Para empezar, proceden de una familia bien situada. «Mi padre no era un estibador, sino un especialista de United Engineers, empresa que contruía plantas de energía; y mi madre jamás trabajó en toda su vida», dice Denise, 53 años, que trabaja actualmente en una prestigiosa joyería.

Cuando Denise mostró las declaraciones de Albert al padre de ambos que convalecía enfermo en una cama, éste exclamó: «¿Por qué dice esas cosas?». El álbum familiar de los Dunlap está repleto de fotos felices de Canadá, Florida y New England donde solían pasar las vacaciones, algunas de las cuales aparecieron en Buseness Week.

En 1989, Denise pidió ayuda a su hermano para contratar a una enfermera que cuidase a su madre, quien había quedado paralítica. «Su respuesta fue que la enviásemos a un geriátrico. Sería lo mejor para ella. Aprendería muchas canciones».

Cuando su madre Mildred Dunlap murió, Albert no fue al entierro. Tampoco le vieron por allí cuando falleció su padre. Hace tres años, Denise le pidió ayuda para Carolyn, su hija de 20 años que padecía leucemia y estaba a punto de morir. Albert respondió que no contara con él.

La ex esposa de Dunlap también le acusa de ser un hombre cruel. Le dejó una pensión semanal de 2.000 pesetas, el hijo se pagó los estudios universitarios trabajando y ahora reniega del padre.

Dunlap hace oídos sordos. «Las críticas son el precio del liderazgo», afirma.

El Mundo, 6 de octubre de 2001

COMO CORPORATE-AMERICA PERDIÓ A JULIO ANGUITA

Ninoska Marcano M.

Como todo reportero extranjero y recién llegado a Nueva York, Julio soñaba y vibraba con la idea de trabajar en corporate-america. Como todas sus metas, ésta también la logró.

En 1997, Julio trabajó para Time Inc. como editor bilingüe free lance,

y así inició el equipo editorial de Fortune Americas. Gracias a su olfato periodístico, la fuerza y la precisión de su lengua materna, su interpretación del inglés y su minuciosa edición, la prestigiosa revista anglosajona contó con un prototipo de textos en español bien trabajados, rescatados de una traducción carente de todo sentido en castellano. Su trabajo quedó plasmado en ediciones como "Las 500 gigantes de EE.UU."; "Tiger Woods: El cielo es el límite" y "Dinero Rápido: lo que mueve al Valle de Silicio", entre otras.

La edición semanal de la revista Fortune Americas,

que llegó a tirar 1,5 millones de ejemplares en América Latina, se publicó por más de cuatro años encartada en diez de los periódicos más prestigiosos del continente.

Sin premeditación alguna, Julio formó parte del grupo de periodistas hispanos que trabajaron en las publicaciones impresas en español más importantes en Estados Unidos durante su auge en la década de los 90. Aunque Julio se quedó poco tiempo en Fortune Americas,

apenas unos meses, sus aspiraciones fueron grandes. Desde el inicio planteó que la revista fuese más independiente de su versión en inglés, para garantizar su crecimiento y supervivencia a largo plazo. Julio soñó con una Fortune Americas

con una cobertura en 'español intercontinental' que reflejara las realidades de las

empresas y las economías de los países latinoamericanos. Muchas de sus ideas están aún vigentes en el mercado editorial.

Lamentablemente, aquella visión compartida por alguno de los periodistas hispanos con los que trabajó, eran contrarias al diseño y a la estrategia de ventas que planteaba la directiva: el simple 'reciclaje' de las historias en inglés, con traducciones baratas de calidad muy pobre. La directiva de la revista no leía ni escribía suficiente español y no pudo valorar las destrezas de Julio con el lenguaje, su gran capacidad periodística ni su visión de futuro.

La impaciencia de Julio y en cierto modo su inmadurez sobre cómo navegar los canales burocráticos en corporate-america

precipitaron su salida. Al desmitificar el sueño del ejercicio del periodismo en español en Time Inc., convencido de que tardaría años antes de ejercer un verdadero periodismo en su lengua materna, prefirió continuar su búsqueda en otros proyectos neoyorquinos. Para el infortunio de todos, corporate-america

aparentemente nunca estuvo lista para ejercer el periodismo de Julio Anguita, y así fue como corporate-america

perdió para siempre la oportunidad de ver crecer en casa su talentosa pluma y su precisa brújula periodística. Fortune Americas

cerró en el año 2002.

Ninoska Marcano M.

es periodista venezolana. Ha trabajado en Fortune, Time y People, en español.

Bill Gates que estás en los cielos

Dos años después de la gira triunfal de presentación de Windows 95, el Gran Hermano vuelve a España para conquistar la red de redes.

Por Julio A. Parrado

Entre la maraña de páginas de Internet, la multitud le invoca y le maldice frente a los teclados: el brillante, el empollón voluntarioso, el visionario, el ladrón de ideas, el padre de la nueva era, el Gran Hermano con gafas, el redentor de la comunicación, el Anticristo, el pantocrátor del nuevo milenio. Ni el mismísimo Mahoma recibe más calificativos en el Corán. Ni siquiera Jesucristo aparece nombrado en tantas ocasiones como él en la biblia cibernética. Si Internet es el becerro de oro del 2000, Bill Gates es su único profeta.

William H. Gates III calla y otorga. Quizás él es eso y más. "No quería cambiar el mundo, sino simplemente dominarlo", se afirma en una de sus biografías más vendidas. "Bill es sabio, Bill es amable, Bill es benevolente ¡Sé mi amigo por favor!", implora un personaje de la novela de Douglas Coupland Microsiervos.

La obra del autor de La Generación X sobre el mundo de Microsoft es una sátira de la cibergeneración, de cómo el presidente de la empresa de software más grande y rentable del Planeta ha subido a la categoría de semidiós. Con 41 años, su cara de niño inocente y despistado contempla un imperio (valorado en más de trece billones de pesetas) de programas, medios de comunicación interactivos y servidores de Internet que alcanza a más de 50 países. Su figura desgarbada se asienta inquieta sobre una fortuna de más de tres billones de pesetas, adquirida en tan sólo 21 años, que el pasado 1996 le reconfirmó como el hombre más rico sobre la Tierra, según la revista Forbes.

Los que siguen su trayectoria desde hace años comienzan a atisbar tras el éxito el comienzo de una megalomanía imparable. Tras su boda en 1994, con Melinda French, una ejecutiva de Microsoft, la prensa comenzó a escudriñar en su vida personal. "¿Por qué una joven de 28 años se ha colgado de un empollón de 100.000 millones de pesetas?", llegó a titular la prensa amarilla entonces. Pero Gates se había liberado de la imagen de tímido escondido detrás de sus gafas de carey y se deshizo la fama de espantamujeres.

Entonces comenzó a disfrutar en sus apariciones en público. La presentación del Windows 95 lo convirtió en un showman de gira por medio mundo. Melisa, en cambio, guarda celosamente su intimidad y la de Jennifer, la hija nacida el pasado mes de abril.

Cuando Bill Gates se sienta en el comedor de empleados de Microsoft, en el complejo de oficinas emplazado a las afueras de Seattle, utiliza una mano para comer y con la otra realiza bosquejos. En su despacho, usa dos ordenadores a la vez. Así duplica su tiempo. De esta forma ha levantado Microsoft: devorando ideas y ganancias, e innovando constantemente.

"Nos dedicaremos a poner un ordenador en cada casa"

La informática salvó a Bill Gates de una infancia y una adolescencia de bicho raro encerrado en incomprensibles meditaciones y libros, que mantenía nerviosos a sus padres, Bill -un reputado abogado- y Mary Gates -profesora en la Universidad de Washington-. "El problema es que se aburría en las clases", explicaba Lucy Cady, profesora en el exclusivo

colegio Lakeside.

El joven Gates apenas disfrutaba de los deportes en equipo y "sólo se entregaba con ambición al Risk (el juego de mesa de conquistas)" y a la lectura. Su libro favorito es El Gran Gatsby, pero sobre todo absorbe biografías de personajes históricos. Gates sostiene que tiene "tantas cosas en la cabeza" por el enorme tiempo dedicado a leer.

Ahora ha cambiado de aficiones. Prefiere los deportivos al Risk. Un Porsche Turbo, un Jaguar XJ6, un Carrera Cabriolet, un Mercedes y un Ferrari 348 ocuparán el garaje de 30 plazas de su nueva vivienda.

La aparente indolencia de Gates acabó cuando apareció Paul Allen, su íntimo amigo y mano derecha en la construcción de Microsoft. Encerrados durante horas, desarrollaron programas rudimentarios a los que dieron nombres como tic-tac-dough.

Fue Allen el que lo rescató también del tedio de la Universidad de Harvard, que hoy presume ufana de que este alumno no llegase a terminar su carrera. "Voy a dejar la facultad -dijo a Allen- y nos dedicaremos a poner un ordenador en todas las casas". A Gates le gusta repetir esta frase para demostrar que "siempre creí con optimismo en la informática".

La creación del sistema operativo llamado Windows fue el despegue a principios de los ochenta. En 1990, con la venta de más de 60 millones de copias del Windows 3.1, el mercado de software se rindió ante Microsoft. Hoy, el 80% de los ordenadores personales utilizan ese entorno. Enemigos acérrimos como el presidente de Apple Computers -que denunció en su día a Microsoft por plagio- han terminado reconociendo sus méritos. "Bill ha hecho un gran trabajo clonizándose y diversificando la compañía", admite Steve Jobs, cofundador de Apple.

La enorme mansión junto al lago Washington, a punto de estrenarse, parece fruto de un delirio de grandeza. Valorada en 5.000 millones de pesetas, sus obras han tardado más de seis años y es el ejemplo de la casa que Gates vaticina para el futuro: una vivienda inteligente, comandada por un ordenador. "En el futuro, todas las casas de América serán como ésta", asegura su propietario, quien ha logrado que la historia de Microsoft sea modelo para muchos norteamericanos. Después de Michael Jordan, él es la persona más admirada por los estudiantes de secundaria del país. Su visionaria obra El camino adelante es libro de cabecera de muchos de ellos. El credo de Microsoft acaba de ser reeditado, después de una revisión. En su nueva edición, El Camino adelante ha encontrado la salvación en Internet. Con la fe del converso, ha emprendido lo que para algunos es la conquista de esta red informática. A Gates no le cuesta rectificar siempre que sea para avanzar. En las oficinas de Seattle se aplica su lema: "Siempre mirar al futuro. No hay que conformarse contemplando el trabajo bien hecho". En las reuniones, la pesadilla de los ejecutivos son los constantes desafíos que lanza el presidente para mejorar los productos, por mucho que las ventas batan récords.

Internet fue una rectificación a tiempo. Despreciada en un primer momento, en 1994, Gates cambió de estrategia y destinó 13.600 millones de pesetas para que el negocio no se le escapase. "No podíamos prever que en dos años la red iba a a captar la industria y la imaginación del público", afirma reconociendo el error.

El fervor internético de Gates ha desatado una batalla con Oracle y Sun Microsystems, los otros peces gordos de la informática. La llamada guerra de los navegadores le mantiene en una feroz lucha con Netscape, una compañía propietaria del principal instrumento para explorar Internet.

Las viñetas de la prensa satirizan al presidente de Microsoft como una araña, en alusión a los planes expansivos en Internet. Su compañía trabaja en decenas de proyectos para convertir la red en un gran supermercado -"es el cielo del comprador", es su definición-, pero también en un instrumento que consumará su idea de la democracia cibernética: el hombre liberado por la tecnología. Toda una amalgama de nuevos productos van unidos a esta revolución. Y Gates aspira a que sus programas sean como el código genético de ellos.

"Microsoft está imponiendo una nueva verticalidad. Los políticos no comprenden el carácter real de Microsoft: su ansia de poder", comenta Mitchell Kapor, antiguo presidente de Lotus, una de las empresas de software barridas por Gates.

En 1994 se casó con Melinda French, una ejecutiva de la compañía, con la que el pasado mes de abril ha tenido una hija.

En Washington sí han comprendido las posibles amenazas de la voracidad comercial de Microsoft, que ha sido investigada por el Tribunal de la Competencia. La incursión de Gates en el mundo de la prensa también es apuntada por sus enemigos. Desde el pasado año, Microsoft edita una revista en Internet, Slate, para la que contrató a Michael Kinsley, uno de los periodistas más prestigiosos de EEUU, y participa al 50% en MSNBC, un canal de 24 horas de noticias.

A Gates le chirría en los oídos la palabra dominio y prefiere hablar de liderazgo. Las preguntas sobre las ambiciones monopolísticas son las únicas que consiguen alterar el timbre de su voz nasal. "Alguien tiene que desempeñar el papel que nosotros realizamos: tiene que haber un software estándar... nadie se queja del poder de la Coca-cola", esgrime en su defensa.

Esta disculpa no afecta al tono vanidoso con el que acostumbra a hablar de su papel de gurú de la tecnología. "No existe ningún país donde haya estado en el que el líder político no haya querido sentarse y hablar conmigo". Sin embargo, de sus charlas con Bill Clinton ha salido decepcionado por el escaso interés que tiene por la tecnología.

Las amistades de Gates también cotizan alto. Su estrecha relación con el archimillonario Warren Buffet, de 66 años -al que desbancó del primer puesto de la lista Forbes-, mantiene a EEUU preguntándose de qué discuten el Midas de la Informática con un empresario de la vieja guardia dedicado a fabricar zapatos y maquinillas de afeitar. A Gates le gusta "la forma llana en que se expresa. Sería hasta bueno para ser parodiado, pero lo que dice es interesante y lleno de sentido".

Mientras Gates vea en alguien un atisbo de inteligencia o de conocimientos que él no tenga, no le importará dejar de trabajar y ponerse a discutir. "Cuando una persona le complace lo primero que hace es alabar su inteligencia", señala un amigo. Pero si su interlocutor da muestras de debilidad mental, es tajante y -de tratarse de un subordinado- no duda en humillarle. "Esa es la cosa más estúpida que jamás he oído", es su frase lapidaria.

Por esta obsesiva adoración por la mente humana, en 1994, pagó 4.188 millones de pesetas en una subasta de Christies por un código de Leonardo da Vinci del 1500 con dibujos y bocetos. "Le admiro desde que soy joven, porque era un genio en muchos terrenos y se adelantó a su tiempo", explica en su libro.

Como la memoria de un ordenador personal, Gates está sediento de datos que acumular y procesar. El coleccionismo de fotografías, enciclopedias y cualquier objeto de conocimiento explica también las amplias dimensiones de su casa.

Acumular y amasar. Aunque confiesa que "no es común que alguien posea tanto dinero". La alegría por los excelentes resultados a fin de año representan, más que otra cosa, una prueba de que ha sido más astuto que el competidor.

Gates se excusa por su enorme riqueza extendiendo cheques a instituciones educativas, pero sobre todo a su fundación, que ha recibido ya 27.200 millones de pesetas. "Cuando muera no tengo intención de pasar todo el dinero a mis herederos, sino destinarlo a la fundación", aseguraba recientemente en una entrevista. Su reino de chips dorados sigue en este mundo. Pero Gates odia mirar hacia los logros, sólo piensa en el futuro y aceptaría gustoso el reto de desafiar al creador divino. "No creo que la inteligencia humana tenga nada de especial. Todas las neuronas del cerebro que controlan las percepciones y las emociones operan como un sistema binario".

¿Qué trama ahora el procesador mental de este irremisible adicto al trabajo? ¿Qué conocimientos secretos alberga la memoria enciclopédica de Gates? Además de construir uno de los negocios más prósperos de la historia, el presidente de Microsoft pasa horas meditando sobre este tema desde 1987 cuando se zampó de golpe un libro sobre Biología Molecular del Gen. Gates no quiere pasar a la historia como un simple gran hombre de negocios, sino como un creador. Dar el soplo de la vida a las piezas de silicio del ordenador es su gran sueño: "Quizás seamos capaces de hacer lo mismo que hizo la naturaleza", afirma.

Ésta es la dicotomía de Gates, el mercader y el filósofo. En su sencillo despacho de la segunda planta del edificio 8 de Microsoft, hay un retrato de Richard Ford. El padre del gigante automovilístico es el modelo de hombre de negocios. Como él mismo, Ford creó toda una nueva industria que cambió la economía y la vida cotidiana.

Sin embargo, a Gates le gusta compararse más con un inventor. "Thomas Edison era un gran industrial que levantó la imaginación del público con la promesa de que la electricidad sería tan barata que sólo los ricos comprarían velas". Gates excita la imaginación vendiendo promesas y millones de programas.

La Revista de El Mundo, 2 de febrero de 1997

EL JULIO MULTIMEDIA

Luis Alonso

Llegaste a StarMedia como editor del canal de noticias en español y con ganas de ver la burbuja de Internet desde dentro. Creo que lograste verla en 'ringside'. StarMedia estaba entonces a la vanguardia de los portales internet en español. De hecho, fue el primer 'site' en español que lanzó acciones en la bolsa de Nueva York. Como tantas otras veces, te las arreglaste para estar en el sitio correcto en el momento correcto. Era 1999. StarMedia estaba en la cresta de la ola del internet. La vorágine que nos arrastraba a todos no sólo era la ilusión de crear uno de los noticieros 'online' más ambiciosos en español, sino también al mismo tiempo ganar dinero con las 'options'. Era el 'entrepreneur spirit' que se nos pedía a los empleados de internet.

No nos faltaban razones para soñar. En aquella reunión, convencimos juntos al entonces presidente de StarMedia para contratar al menos un 'senior editor' en los ocho países donde ya la empresa tenía oficinas. Fuiste al Cono Sur a seleccionar a los senior. Volviste encantado con Chile. Los entrenamos en Nueva York en el uso de la interfase nueva y así lanzamos una Semana Santa la versión 6.0 que ofrecía contenido localizado por país. Fue un parto doloroso e inolvidable. Tu pasión contagiante por la noticia nunca vaciló pese al frenesí que nos atropellaba: jornadas de entre 12 y 14 horas diarias, infinidad de juntas improductivas, cientos de emails diarios en el 'inbox' y los ataques de pánico que generaban los 'bug reports' del presidente y dueño de la compañía.

Siempre fuiste la referencia periodística fundamental para el equipo de editores y productores: corrigiendo las notas de los novatos, seleccionando las fotos de la 'homepage', o coordinando las páginas especiales sobre elecciones latinoamericanas. Nos frustró siempre la incompetencia de casi todos nuestros jefes y la indecisión de StarMedia para invertir en producto lo que gastaba en mercadeo, pero creo que si alguien se llevó una buena tajada de la aventura, fuiste tú. Te estrenaste como supervisor de personal con el cargo de Noticias Senior Editor. Peleabas frecuentemente con el equipo y gritabas ocasionalmente a los editores de fotos para mejorar el "producto". Pasaste rápidamente a ser 'producer', y te metiste de cabeza en cursos de NYU (Universidad de Nueva York) sobre internet.

Desde el primer día se te notó la curiosidad y la energía para conocer la red, pero jamás dejaste de escribir tus crónicas para España. El Julio multimedia nunca desplazó al Julio reportero. Fue sólo un compañero. En uno de tus días libres recuerdo que viajaste a Los Angeles a cubrir la boda del entonces presidente de Telefónica. Otro día fuiste a California a entrevistar nada menos que al entrenador de la ¡mona Chita! Al final te marchaste, un tanto decepcionado y agotado, pero ilusionado porque regresabas al 'periodismo tradicional' a tiempo completo.

Creo que nunca te conté que nuestra jefa durante varios meses me comentó un día cuánto lamentaba tu partida porque la consideraba una gran pérdida. Pero ya se acercaba el cataclismo. Nuestros sueños de grandeza virtual ya se habían desvanecido con la debacle de internet. Los despidos masivos se encargaron de desmontar la estructura que tanto esfuerzo nos requirió ensamblar, así que tu renuncia no podía ser más predecible y lógica. Luego, ese 7 de abril, el

internet me confirmó la noticia fatídica. Después de hacer tantas 'homepages' juntos, nunca pensé que me tocaría ver la que vi ese día. Me habría gustado llamarte para que mandaras 'live' una versión corregida, pero en esta ocasión era imposible.

Luis Alonso

es periodista venezolano. Trabaja en el servicio en español de la agencia AP.

La pujanza de Silicon Valley se desinfla víctima de su propio éxito

JULIO A. PARRADO. Corresponsal

NUEVA YORK.- Asfixiado por su propia exuberancia económica, el Valle del Silicio comienza a desinflarse. Los 90 han dejado exhausto el corazón geográfico de la Nueva Economía de EEUU. El ritmo de crecimiento del trabajo cayó a un 3% el pasado año, por debajo del 3,8% del 99 y el 3,9% de 1998, según un informe presentado ayer por Silicon Valley Network una organización dedicada a fomentar la prosperidad en esta región californiana, donde residen dos millones de personas.

El Valle, en el que tienen sus cuarteles generales empresas punteras como Apple, Intel, Oracle y la veterana Hewlett-Packard, es víctima de una congestión sin precedentes que está limitando su capacidad de crecimiento. Atascos, escasez de escuelas y servicios, alto coste de la alimentación y de la vivienda están alejando a la mano de obra.

El precio del metro cuadrado en Palo Alto o San José es ya el más caro de todo el país. Habrían faltado 160.000 viviendas nuevas en el 2000 para hacer frente al crecimiento. Sólo el 16% de las casas son asequibles para una familia de ingreso medios.

Los empleados de las techs han tenido que irse a zonas rurales. La ausencia de una planificación acorde con el boom económico ha dejado las carreteras saturadas. En un 30% de las autopistas el tránsito diario es ultrapesado. Para trabajadores y empresas la ubicación en el Valle se ha transformado en una pesadilla.

El estallido de la burbuja bursátil de las punto com ha hecho además volar por los aires incentivos como las compensaciones con stock options. Jóvenes ingenieros o informáticos han dejado de acudir a El Dorado de la tecnología. «Arriesgamos perder la mano de obra y la clase media», señala el documento. El ocaso de las empresas más especulativas no es el único. El número de compañías gacelas, las que han registrado un crecimiento de ingresos superior al 20% de forma consecutiva durante los últimos cuatro años, ha comenzado a reducirse.

Pese a la catástrofe en el ciberespacio, la contratación sigue siendo fuerte en las empresas de software (30.000 empleos), las de microprocesadores y las biotecnológicas. Y los salarios continúan aumentando por encima de la media nacional. En el 2000 se incrementaron en un 9,2%. Los 62.000 dólares anuales de sueldo medio (casi 11 millones de pesetas) superan en un 73% al que recibe un empleado en EEUU.

Pero estos datos esconden otra realidad: en el Valle del Silicio la llamada división digital (entre los trabajadores que cuentan con capacitación tecnológica y los que no) llega a su mayor extremo. El 20% de los habitantes (situados en el olimpo de las techs) vio sus ingresos aumentar más de un 19% (150.000 dólares es el salario medio), mientras el 20% de sus vecinos en el otro extremo recibió un aumento salarial de un 7%, en línea con la media nacional.

El Mundo, 16 de enero de 2001

OTRO RETO: ECONOMÍA EN TELEVISIÓN

Pilar García de la Granja

Julio A. Parrado era un periodista de raza. Como profesional de los medios de comunicación, siempre quiso probar todos y cada uno de los medios. Desde Nueva York escribía para el diario El Mundo, en alguna ocasión hizo crónicas para diferentes radios, yo recuerdo alguna colaboración con Radio Voz, y desde luego, trabajó en televisión. En Conexión Financiera, un canal de televisión que comenzó siendo un canal de información económica mexicano, y que terminó transformándose en Expansión Televisión. Julio y yo coincidimos trabajando en la época en la que Conexión Financiera empezaba a andar en Nueva York.

De esa etapa de su vida profesional me viene la imagen del primer día que emitió en directo desde el balconcillo del mercado de valores más importante del mundo, el NYSE. Estaba nervioso, aunque anteriormente había hecho reportajes para televisión, nunca había 'hecho directos', que es como se conoce en el argot periodístico las conexiones de televisión que no son pregrabadas. Julio se había preparado a conciencia su intervención. Llevaba varios meses colaborando con Conexión Financiera

y dominaba perfectamente el lenguaje económico y el funcionamiento de la bolsa de valores. Se convirtió en el primer periodista varón, de origen español en retransmitir en directo desde el centro financiero mundial. Era un éxito personal y un éxito profesional.

En Conexión Financiera, Julio demostró la misma generosidad profesional que le caracterizaba en todas las cosas que hacía. No había horarios de trabajo, no había noticia que no contrastaba... Era una máquina a la hora de trabajar y un lujo para todos su compañeros. En la bolsa de valores de Nueva York dejó grandes amigos. Julio tenía ese don de hacer amigos allá por donde pasaba.

La experiencia que tenía en la prensa escrita, la plasmó rápidamente a sus crónicas televisivas. Las frases cortas y directas, el titular rápido e ingenioso, la condensación de la información, y, sobre todo esa capacidad de transmitir. Julio consiguió que sus lectores se sintieran parte de la historias que contaba, que los televidentes se mostraran interesados por lo que contaba. Al final parecía que todos éramos accionistas de Microsoft o de Coca-Cola y las noticias de las compañías se metían en nuestras vidas con una facilidad pasmosa. Explicar la información económica para que todo el mundo la entienda es, fundamentalmente, complicado. Julio lo logró, en México, en España...Todos entendíamos su lenguaje y todos aprendimos mas de macroeconomía, de empresa, del funcionamiento de la sociedad estadounidense... Julio era concienzudo y sus crónicas eran ajustadas con un punto de espectáculo. El siempre pensó que la televisión tenía que entretener. La televisión económica también.

Cuando yo volvía a España y sucedieron los trágicos acontecimientos del 11 de Septiembre en Nueva York, su ciudad querida, Julio descolgó el teléfono para colaborar en el medio de comunicación en el que yo trabajaba. Un año después, en el aniversario, haría lo propio, describiendo genialmente el sentimiento de los neoyorquinos y del pueblo americano respecto de la tragedia vivida.

Hablé con él sólo una vez desde Kuwait. Estaba emocionado ante el reto de contar, desde primera fila, la intervención militar en Irak. Estaba preocupado con la idea de hacer bien su trabajo. Su voz era emocionada.

"Te quiero, nenita", "Te quiero, ten cuidado".

Pilar García de la Granja

es periodista. Trabajó en Nueva York para Conexión Financiera y Radio Voz.

LOS VOTOS EMBARAZADOS

Albert Guasch

En el Centro de Emergencias del opulento condado de Palm Beach (Florida), un exasperado comité electoral le hacía la amniocentesis a todas las papeletas embarazadas; afuera, el circo mediático permanecía aburrido y la guardia baja. Con Julio llevábamos unos días ya siguiendo el surrealista espectáculo del recuento de votos. Dos candidatos, dos partidos, un país, esperaban a que se diera a luz a un presidente.

Durante la contemplación de esa apelmazada y rutinaria liturgia contable, Julio y un servidor nos concedimos un breve momento de autoindulgencia. Sacamos pecho por una pequeña premonición. Ambos, durante el periodo preelectoral, habíamos viajado a Florida para escribir unos reportajes sobre ese estado. Creímos entonces que podía resultar clave en la elección del presidente, y allá nos fuimos unos días. No sé si fue idea de él, mía o de alguno de nuestros respectivos jefes. Da igual. El caso es que allí estuvimos, auscultando a la Florida post-Elián, a la Florida precaos electoral.

Como siempre que coincidíamos en un viaje, uno le hacía de chófer. Le gustaba a Julio tener cómplices en sus aventuras periodísticas. Resultaba curioso: tenía un sentido amplio y desarrollado de la competitividad, pero a la vez parecía siempre necesitar un compañero de fatigas, alguien con quien compartir sus victorias, aunque fuera un periodista de otro medio español. Buen periodista, sí, pero también buen colega.

Entre sus funciones de copiloto figuraba a veces la de productor. Llamaba por el móvil a nuestros entrevistados y me hacía gracia cómo se enojaba ante las esperas excesivas. Blasfemaba intercalando de manera graciosa vocablos en inglés, siempre con esa vehemencia que subrayaba a base de caracterizadas muecas.

En un mitin en Orlando cazamos a George P. Bush, el sobrino del presidente actual, el Ricky Martin de la contienda electoral. En esa entrevista, Julio estuvo listísimo. Le preguntamos por su posición sobre la pena de muerte y el chico se salía por la tangente. Julito le presionó con elegancia, hasta que le sacó que no comulgaba con su tío, que estaba en contra de las ejecuciones. Bonito titular nos dio. Qué contentos enfilamos la autopista. Qué contento se ponía él ante el 'scoop', grande o pequeño, ante la felicitación de Madrid, ante la ocurrente metáfora. Como esa mañana de autoindulgencia en Palm Beach en que vio un cartel proabortista cerca del Centro de Emergencias, donde contaban esos votos embarazados. "Ya sé cómo empezaré mi artículo de hoy", me soltó. Y sonrió.

Albert Guasch,
ex corresponsal en Nueva York, El Periódico de Cataluña.

A vueltas con las papeletas 'preñadas'

Gore confía en que los sufragios no perforados de los condados de Florida le permitan acceder a la Presidencia

JULIO A. PARRADO. Enviado especial

PALM BEACH (FLORIDA).- «¿Embarazada? ¿Necesitas ayuda?». Desde la entrada al Centro de Emergencias de Palm Beach puede leerse perfectamente el enorme cartel con el número telefónico de un grupo antiabortista.

Los ochenta funcionarios y observadores que recuentan fatigosamente en su interior las papeletas del condado desearían que todo fuese tan fácil como marcar esos siete dígitos.

Bajo un signo de interrogación, en sus mesas se van acumulando las papeletas embarazadas, las que en lugar de una perforación muestran la pestaña abombada.

Dos semanas después de la gestación electoral, los funcionarios electorales de Palm Beach se enfrentan a un dilema: abortar su recuento o permitir que contribuyan a dar a luz al futuro presidente de los Estados Unidos.

El Comité Electoral acudió ayer a buscar el consejo paternal del juez Jorge Labarga, y éste les dijo que la decisión es de los «padres».

Las dos mujeres demócratas y el magistrado republicano que conforman el mismo comité determinarán en cada momento sobre la gestación de cada papeleta «preñada».

Esto incrementa la posibilidades de Al Gore en el cómputo general de Florida, y por tanto en el resultado final de las presidenciales. El Partido Demócrata cree que las supuestas 10.000 papeletas embarazadas en este condado portan en su interior la semilla de la victoria para el actual vicepresidente norteamericano.

El martes por la noche, cuando el Tribunal Supremo de Florida permitió la inclusión de los votos del recuento manual que se llevaba a cabo en tres condados del estado, no sólo aumentó el suspense electoral. El fallo, que derribó la decisión anterior de la secretaria de Estado local (la republicana Katherine Harris), ha convertido a las papeletas preñadas («pregnant chads ballots») en las involuntarias gestantes del nuevo mandatario norteamericano.

Los resultados que Harris quería certificar daban una ventaja de 930 votos al republicano George W. Bush.

Pero el documento de 47 páginas de los máximos magistrados cambiará la balanza de los votos en Florida, donde los 25 miembros de su colegio electoral (cruciales para decidir entre Al Gore y George Bush) siguen sin ser nombrados.

Las leyes estatales no marcan ninguna pauta clara para el recuento manual y el Tribunal Supremo sugirió tener en consideración un fallo de su tribunal homólogo en Illinois, que en 1990 estipuló que los comités electorales locales deben tener en cuenta la

«intencionalidad» del votante: es decir que la penetración no consumada de la papeleta cuenta, y mucho.

Antes de conocerse este fallo, el tercer condado de Florida en discordia, Broward, ya había considerado perdonar la vida a las poquísimas papeletas preñadas.

Broward -el único que había logrado concluir el recuento de votos válidos con una ganancia neta de 105 votos para el vicepresidente Al Gore- permitirá que miles de votos no computados por las máquinas, en su mayor parte papeletas embarazadas, den a luz posiblemente después del Día de Acción de Gracias.

Los funcionarios de Palm Beach están convencidos de que terminarán el recuento de los 460.000 sufragios antes de las cinco de la tarde del domingo, la nueva fecha límite para la certificación impuesta por el Tribunal Supremo.

La nueva lectura manual de votos válidos apenas había cambiado el balance de votos entre George Bush y Al Gore en Palm Beach. El vicepresidente había ganado tan sólo dos con el 30% del recuento certificado. Pero antes del domingo, Theresa Lapore, Carol Roberts y el juez Charles Burton pueden alumbrar finalmente al nuevo presidente de Estados Unidos.

El Mundo, 23 de noviembre de 2000

Juan Cavestany

Una noche de enero de 2003, en una discoteca de Madrid atestada de gente y humo, coincidí con Julio. Llevábamos más de un año sin vernos. Entre la música atronadora, me contó dos cosas: que se iba a Irak y que acababa de ver en Nueva York una película que le había fascinado: Las horas.

Quedamos en tomar un café al día siguiente, pues quería contarme todo lo de su viaje a Irak.

Cuando Julio llegó a Nueva York, me pedía consejos sobre la vida y trabajo del corresponsal. No pasó mucho tiempo antes de que se invirtieran los papeles, y era él quien tenía mucho más que enseñarme a mí y a los que llevábamos más tiempo.

Un ritual inevitable del corresponsal en Nueva York que me unía a Julio consistía en cubrir el mundo del cine a través de los llamados 'junkets'. Eran citas organizadas por los publicistas de los estudios para juntar en un hotel lujoso a la prensa –sobre todo extranjera– con las estrellas de turno, a fin de escenificar en grupos de quince minutos unas entrevistas con tufillo prefabricado.

Los dos éramos muy críticos con esa forma de periodismo y nos quejábamos del montaje mientras disfrutábamos del buffet de comida con que nos agasajaban. Como las entrevistas resultantes de aquellos 'junkets' eran bastante pobres, a menudo compartíamos las respuestas que, por ejemplo, nos había dado Anthony Hopkins en su grupo de periodistas y en el mío.

Trabajábamos en periódicos "de la competencia", pero jamás dejamos de compartir nada. A veces hacíamos un pacto: no entregar una entrevista determinada hasta que el otro no tuviera lista la suya, para que no saliera antes en uno de los dos periódicos, y así evitar 'pisarnos' el uno al otro. Para mí, ser colega de Julio era mucho más importante que publicar antes que él la última declaración de Meg Ryan. Y sé que él también disfrutaba un poco de esta inocente triquiñuela. ¡Tal vez si hubieran sido exclusivas más importantes nos habríamos hecho todo tipo de perrerías mutuamente por ser el primero!

No, en serio. Me parece que El paciente inglés, como película representativa de los noventa, fue una de las que coincidimos en estas circunstancias. Como buen amante del cine, lo que a Julio le gustaba era emocionarse como un niño, y no creo que le gustara más el cine "de autor" de sus cercanos Angelika, que el cine de palomitas, que por cierto le gustaban bastante. Hablando de cine, como de muchas otras cosas, Julio podía pasar fluidamente de la ironía mordaz al entusiasmo más puro.

Sin embargo, de mis experiencias de trabajo con él, la que más recuerdo por algún motivo es cuando fuimos al encuentro del mago David Blaine, sin que nuestros periódicos hubieran demostrado previamente el menor interés por ese sujeto. El tal Blaine se había encerrado durante varios días en un sarcófago transparente en el fondo de un pozo de agua junto al West Side Highway. Era algo extraño, perturbador y un poco mágico. No comprendíamos que a nuestros respectivos periódicos no les entusiasmara el tema. Creo que ninguno de los dos lo llegamos a publicar.

La última película que fuimos a ver juntos en Nueva York, aún lo recuerdo, fue The

Matrix.

En el Worldwide Cinemas de la calle 50, famoso porque costaba sólo tres dólares. Lo más opuesto a Las horas, que yo por cierto aún no he visto, y de la cual apenas sé un par de cosas: que ganó algún oscar y que le gustó tanto a Julio.

Tampoco nos tomamos aquel café pendiente, el día siguiente de encontrarnos en la discoteca. De manera que no hubo ocasión de despedirnos antes de su partida, de lo cual, en realidad, me alegro.

Juan Cavestany

es guionista y ex corresponsal de El Pais.

Tres grandes actrices y un mismo destino

El duelo interpretativo de Nicole Kidman, Meryl Streep y Julianne Moore en 'Las horas' precede a su previsible pugna por los Oscar

JULIO A. PARRADO. Corresponsal

NUEVA YORK.- Tres mujeres y un día de sus vidas: una escritora británica enferma y trastornada, una ama de casa infeliz y moderna y una rica neoyorquina insatisfecha con su vida. Y tres actrices, Meryl Streep, Nicole Kidman y Julianne Moore, llamadas a una misma cita: el Oscar. En Las horas, basada en el premio Pulitzer de Michael Cunningham (publicada en España por Muchnik editores), es difícil decidir qué personaje femenino merece más una estatuilla.

La crítica estadounidense ha destacado la labor de la tres estrellas de Hollywood y ha convertido la película en una de las claras favoritas para el 23 de marzo. Es segunda, tras Chicago, en nominaciones a los Globos de Oro y acapara los galardones de la National Board of Review. «Estaba en éxtasis. No podía creer que Stephen Daldry consiguiese la colección de las mejores actrices de este momento», afirma Cunningham.

Las quinielas previas ya citan a Kidman y a Streep como seguras contendientes en la categoría a mejor actriz. Ellas rehúsan entrar al trapo. «Me encanta trabajar con mujeres. No es habitual en Hollywood», dice Kidman, que ahora rueda con Rene Zellweger, posible candidata a los premios de la Academia por el musical Chicago. En el rodaje de Las horas no hubo lugares para que las tres midiesen sus fuerzas porque cada historia se filmó por separado.

Pero Kidman reconoce que la presencia de Streep estimula el deseo de un Oscar. «Crecí viendo la ceremonia de Hollywood, viendo cómo Meryl recogía galardón tras galardón. Lo importante de los premios es que ayuden a una película como ésta porque no es una gran producción comercial, sino una pieza de artesanía que hay que tratar con cuidado para lograr que la gente la vea», dice la australiana. Sin el respaldo del trío de estrellas, las tres historias que se entrelazan en Las horas no lograrían despertar quizá el interés del público.

Para aligerar la carga del duelo, los estudios Paramount -distribuidores de la película- intentan que Julianne Moore -que se confiesa mujer de «muchas opciones»- sea nominada como mejor intérprete secundaria por su papel de Laura Brown, pese a que la extensión de su papel es similar a la de sus colegas.

Pero ni así evitará la actriz la competencia con Kidman y Streep ya que Moore suena como previsible candidata por su interpretación en Lejos del cielo, de Todd Haynes. También ahí es una ama de casa decepcionada por su matrimonio. «Son muy diferentes. Sólo la época es igual, una época en la que ninguna de las dos encaja.La tragedia de Casey es positiva y esperanzadora. Laura prefiere vivir a través de un libro», explica Moore.

Meryl Streep también puede hacer doblete en las dos categorías. Igualmente por una adaptación literaria: Adaptation. «Me arrodillé para dar las gracias a mi agente por permitirme estar en los mejores proyectos de este año. Es muy extraño que dos obras tan buenas inspiradas en libros estén disponibles en tan corto espacio de tiempo», asegura Streep, récord de

nominaciones de la Academia.

La veterana actriz estaba llamada para el papel. En la novela original, su personaje, una madura lesbiana llamada Clarisa que casualmente reside a dos manzanas de la casa real de la actriz, se encuentra de bruces por la calle con el rodaje de una película de Streep.

Transformada por el maquillaje, Kidman da vida a Virginia Woolf en los últimos días de su vida. El destino también jugó con Kidman, que apenas había conseguido superar la separación de Tom Cruise.«Había estudiado las novelas de Virginia en la universidad, pero nunca me tocó el alma como ahora. Hoy comprendo profundamente la tragedia de esta mujer. Obviamente echas mano de tus experiencias personales. Y claro que me podía sentir más cercana a su situación, porque yo me encontraba en un momento de mi vida muy difícil».

Fea y entristecida en la pantalla, el trabajo de Kidman se aleja de todos sus papeles anteriores. «Conocía bien los trabajos de Nicole y me planteé que Virginia quizá no habría sido muy feliz siendo representada por una actriz tan hermosa. Su interpretación ha sido extraordinaria», reconoce Cunningham.

«No hubo que buscar ni negociar. Nicole, Julianne y Meryl fueron las primeras que elegimos y aceptaron inmediatamente. Necesitábamos actrices con una gran capacidad de transformación y lo conseguimos», asegura Stephen Daldry.

El británico -cuya única experiencia cinematográfica fue Billy Elliot- se suma a la lista de directores teatrales como Baz Lurhmann y Sam Mendes importados por Hollywood para grandes producciones.«Wolf era una mujer peligrosa, complicada, inteligente y subversiva, y necesitábamos una actriz que diese la talla. Hay elementos de esa peligrosa herencia británica de Virginia Woolf en Nicole», asegura. Daldry reconoce que las actrices son la principal baza de un éxito aún incierto. «Esta película es muy inusual. Cuento los días para ver cuál será la reacción del público».

Tras el estreno estadounidense, el reloj de las horas ha iniciado la cuenta atrás para las nominaciones de Kidman, Moore y Streep.

Almodóvar y las otras 'horas'

La intensidad de los personajes femeninos de Michael Cunningham despertó en su día la curiosidad de Pedro Almodóvar. «Creo que trató de comprar los derechos», recuerda el escritor. En Hable con ella, el español dedica un homenaje a la obra al mostrar la portada del libro, aunque ambos no se conocieron hasta este otoño en Nueva York. «Me encanta el resultado, pero me intriga saber cómo habría quedado si lo hubiese hecho Pedro Almodóvar.Me gusta pensar que en otra dimensión paralela existen 'otras horas'. Sin duda el resultado habría sido brillante y muy diferente en manos de Pedro».

Cunningham cree que su obra es más que una historia de mujeres con carga feminista e incluso lésbica. «Son tres seres humanos en crisis», insiste el Premio Pulitzer. Sin embargo, el personaje de Virginia Woolf es aún hoy en día un símbolo de la liberación femenina y entre las escenas más llamativas de Las horas figuran los apasionados besos de Kidman y Moore con mujeres, y la abierta relación de Streep con su compañera- esposa.

«Una de las cosas a las que aspiro como novelista es a complicar el sentido de la sexualidad. Técnicamente soy un homosexual que vive con otro hombre. Pero soy consciente

de que la sexualidad es algo complicado e idiosincrásico. Creo que heterosexual, homosexual o bisexual son definiciones casi inútiles que no dicen nada sobre la persona. Uno de los aspectos del libro que la película transmite es que ninguno de los personajes se atiene a un parámetro», explica.

El año de las adaptaciones

La gran apuesta de estrenos de fin de año de los estudios está marcada por las historias adaptadas. De la avalancha de películas que se exhiben a partir de estos días, con la vista claramente puesta en el Oscar, muy pocas parten de ideas originales. Y las que lo hacen, son para sufrimiento de crítica y público

Con Las horas, David Hare ha probado ser un guionista excepcional.La novela de Cunningham carecía de ingredientes cinematográficos, y Hare ha logrado dotarla de ritmo y respetarla en su totalidad también. «Ni en un millón de años habría podido imaginar que se podía llevar a la pantalla. No es una historia comercial.Al fin y al cabo, las películas de este país son sobre grandes buques que se hunden en el Atlántico», comenta Cunningham.

En el otro extremo de las adaptaciones está Adaptation, escrita por el original Charlie Kaufman. En un principio, el autor de Cómo ser John Malkovich debía escribir un guión basado en El ladrón de la orquídea, pero terminó recreando sus propias vicisitudes como guionista.

Además de las segundas entregas de El Señor de los anillos y Harry Potter, entre las películas candidatas a los principales palmarés, también figuran historias recicladas. About Schmidt, de Alexander Payne, Chicago es la versión cinematográfica de la obra musical creada por Bob Fosse para los escenarios. Incluso la sorpresa independiente del año, My big fat big wedding, no es original. Igualmente otras producciones favoritas como Camino a Perdición, Agarráme si puedes, Insomnia y El Americano tranquilo competirán en esa categoría.

El Mundo, 24 de diciembre de 2002

UN CAMALEÓN CON OLFATO PERIODÍSTICO

Lydia Aguirre

"¡Adivina cómo voy a empezar mi artículo! Henry Blodget no responde estos días a las llamadas de teléfono... ¿No te parece genial? ¡¡He conseguido una copia de la demanda en la que le acusan de fraude sistemático!!" Julito era el azote cotidiano que te impedía dormirte en los laureles. Jamás se presentaba cuando llamaba por teléfono. Ni se despedía antes de colgar. Llegar sin previo aviso, ponerlo todo patas arriba y marcharse sin decir adiós era su manera de compartir contigo cada minuto del día. Cada historia, cada sueño y cada desengaño."¿Nos vamos a Los Ángeles para colarnos en la boda de Villalonga?" "¡Tengo las cartas de los españoles que piden el indulto de Marc Rich!" "Sólo me han dado dos columnas..."

Mimético y sagaz, cada día se transformaba en un personaje diferente para poder fundirse con la gente y buscar respuestas. Era capaz de lucir con la misma elegancia un 'tuxedo' de Armani y unas bermudas con chanclas, y eso le permitía pasar por superejecutivo en Wall Street, balsero en las costas de Miami, cibernauta en Silicon Valley o mensajero de la paz en Union Square, tras el desastre del 11 de septiembre.

Se medía con los mejores. Y narró como nadie la euforia económica de la segunda mitad de los años 90, cuando todo parecía ir bien en EE. UU. Las empresas multiplicaban su valor en Bolsa en cuestión de horas, la economía crecía como la espuma, el déficit público había desaparecido y Nueva York era un hervidero de gente ansiosa por disfrutar cada minuto. Julio estaba allí para vivirlo, y para contarlo con la candidez de un niño y la precisión de un cirujano.

Durante los años de la 'exuberancia irracional', elevó a los altares del sacrosanto capitalismo a unos supuestos gurús de Wall Street que convertían en oro todo lo que tocaban. Pero también fue de los primeros en dar la señal de alarma cuando las cosas empezaron a torcerse. Armado con un teléfono manos-libres y un montón de preguntas, desgranó con pasión el auge y la explosión de aquel espejismo. En la primavera de 2000, cuando las cosas empezaron a torcerse, fue el primero en darse cuenta de que no había vuelta atrás: "Nuestra burbuja irreal se desvanece..."

En su último viaje iba fundido con las tropas estadounidenses para contar una guerra que consideraba injusta. Llevaba el corazón henchido de orgullo. Un laptop, una libreta, varios bolígrafos y las gafas anti-arena más fashion de la Tercera División de Infantería.

No necesitaba demostrar nada, pero era incapaz de contar esta guerra sin vivirla en primera persona. Nos dejó unas crónicas maravillosas. Y un vacío infinito.

Lydia Aguirre
trabajó como corresponsal en Nueva York en Cinco Días.
Actualmente es subdirectora.

El Congreso estadounidense cuestiona la independencia de los expertos de Wall Street

JULIO A. PARRADO. CORRESPONSAL

NUEVA YORK.- Henry Blodget no responde estos días a las llamadas de teléfono. Todas se estrellan con el muro del departamento de relaciones públicas Y no es que el analista jefe de Internet de Merrill Lynch ande demasiado ocupado con sus habituales apariciones estelares en las televisiones financieras estadounidenses. Blodget, que era la encarnación del optimismo cibernético durante los meses de la exuberancia bursátil ha desaparecido del mapa. «Es una situación temporal hasta que se resuelva el litigio», aseguran en el banco de inversión.

La demanda que ha acallado la voz del más prolífico de los dorados analistas de Wall Street fue presentada por un pediatra de Nueva York. Debasis Kanjilal, de 46 años, pide a Merril Lynch más de 10 millones de dólares en compensaciones por las pérdidas causadas por las recomendaciones de Blodget. En su denuncia, le acusa de «fraude sistemático» y de haber animado en julio de 2000 el precio de la acción de Infospace para fortalecer a esta compañía en su compra de Go2Net. La operación, valorada en 4.000 millones de dólares, estaba siendo asesorada por la propia Merril Lynch. El doctor Kanjilal confió a ciegas en las palabras del respetado Blodget y mantuvo su paquete en Infospace. Las acciones han caído desde entonces 42 dólares y cotizan a 3,3 en el Nasdaq.

Blodget no es el único analista caído en desgracia. Todos los reputados equipos de investigación y análisis de las principales firmas de Wall Street están en el disparadero. Después del reciente escándalo de las OPV, la Comisión del Mercado de Valores (SEC) indaga si muchas firmas ayudaron a alentar la burbuja Internet en la Bolsa y el Congreso de EEUU ha tomado finalmente cartas en el asunto.

Preocupados por el enorme impacto en el pequeño y mediano inversor de las caídas en Bolsa, una comisión de la Cámara Baja ha cuestionado la independencia de los analistas y la existencia misma de la muralla china, norma que obliga a las casas de valores a establecer una barrera entre los negocios de inversión y los departamentos de análisis.

Las pesquisas del Legislativo se han centrado especialmente en acciones y analistas relacionados con la Nueva Economía, que son las que más daño han causado en el bolsillo de los inversores individuales. Según Value Line, un 75% de las compañías cibernéticas está en sus manos, frente al 44% de las empresas tradicionales.

Como el Congreso, muchos medianos y pequeños inversores se preguntan cómo es posible que en plena debacle bursátil las recomendaciones de venta por parte de los analistas representaran tan sólo un 2,1% del total. ¿Cómo explicar, por ejemplo, que Mary Meeker, rival de Blodget en Morgan Stanleymantuviera a finales de año la calificación de outperform (máxima) para 11 acciones que se habían devaluado una media del 80%?

En este caso, ocho de las 11 compañías habían contratado a Morgan Stanley como principal agente colocador. Para los que denuncian los lazos serviles entre analistas y gestores de inversión, la conexión es bien clara.

Entre 1999 y 2000, las 14 grandes firmas de inversión se merendaron una suculenta tarta

de 7.300 millones de dólares tan sólo en el mercado de
la gestión de OPV. Según un informe de la Universidad de Florida, las mismas firmas, en su rama de inversión, y sus clientes privilegiados se embolsaron otros 66.000 millones en los primeros días gracias a la continuada subida de los valores. Los analistas de las entidades involucradas en la operación contribuyeron de forma importante a sustentar los precios.

Un mes después de cada OPV, los expertos de las casas colocadoras
emitieron un 50% más de recomendaciones de compra que los analistas independientes, de acuerdo a un estudio de la Universidad de Dartmouth. Los analistas aciertan menos cuando recomiendan valores gestionados por su propia firma, asegura este mismo informe.

«Es cierto que el 71% de las recomendaciones sean de compra, pero
también es cierto que en los 12 últimos años el mercado general (Dow y S&P) ha crecido una media del 16% anual», dice en defensa de los analistas Marc Larckritz, presidente de la Asociación de la Industria de Valores (SIA).

Ante el aluvión de dudas y críticas, la SIA que representa a las 14
Grandes firmas (concentran el 95% del negocio de la colocación en Bolsa) salió al paso esta semana aprobando un «manual ético». La guía para los analistas ha sido acogida con gran escepticismo entre los que denuncia el corrupto sistema que opera dentro de las grandes casas de Bolsa.

«No creo que sean suficientes», asegura Richard Baker, presidente del Subcomité de Mercados Financieros de la Cámara de Representantes. «Soy escéptico ante documentos que dicen: -prometemos ser honestos a no ser que las circunstancias lo impidan-» El propio Marc Lackritz reconocía el jueves ante el Congreso que se trata de un manual de buenas intenciones que las firmas no están obligadas a cumplir.

Las «murallas chinas»

El conflicto de intereses en Wall Street es una maraña tan complicada
que ni Arthur Levitt, el antiguo presidente de la Comisión del Mercado de Valores (SEC) no pudo desbaratar. Levitt, que a costa de la enemistad de las grandes firmas, se ganó fama de valido del pequeño inversor, llamaba a los analistas y las casas de valores la «red de relaciones disfuncionales».

«La investigación financiera servirá cada vez más a los intereses de
las firmas. Los pequeños accionistas estarán peor asesorados y servidos», asegura con pesimismo Scott Cleland, consejero delegado del Cleland Group.

La medida más urgente es la restauración de la perforada muralla china, que en teoría divide los departamentos de investigación de los de inversión. Sin embargo, el incremento de las normas va a ser difícil en un sector,
como el financiero, en pleno proceso de desregulación y concentración de firmas.

El Mundo, 17 de junio de 2001

UNAS BOTAS DE COW-BOY

Isabel Lafont

"¿Me acompañas a comprar unas botas de cow-boy?" "Pues claro que sí", respondí divertida y llena de expectación, convencida de que ir de tiendas con Julio sería una aventura hilarante. Acabábamos de poner el punto y final a nuestras últimas crónicas de la cumbre del G-8, que aquel junio de 2002 se celebró en Canadá. Concretamente en Kananaskis, una estación de montaña escondida en medio de la impresionante naturaleza de la provincia de Alberta. Bueno. Allí se reunieron los ocho magníficos, porque los periodistas nos tuvimos que conformar con cubrir la reunión desde la sala de prensa instalada en Calgary, a bastantes kilómetros de distancia.

Julio y yo habíamos aterrizado el fin de semana anterior. Ese mismo domingo alquilamos un coche para explorar la Arcadia de hierro en la que se iban a parapetar los líderes de los siete países más ricos del mundo (más Rusia). En aquella ocasión, los organizadores se cuidaron de algo más que de evitar las iras de los movimientos antiglobalización. Era la primera reunión del grupo tras el 11S y había que disipar a toda costa el fantasma de un magnicidio. Sabíamos que, entre baterías antiaéreas y puestos de control, nunca llegaríamos hasta el final. Pero dimos por útil el paseo porque con él sacamos algo de lustre y color a nuestras crónicas.

José María Aznar también asistió a la reunión del G-8, como presidente de turno del Consejo de la Unión Europea. No se quiso calar el sombrero blanco de cow-boy que el alcalde de Calgary brindó a cada uno de los mandatarios, como acto protocolario, a su llegada a la entrañable ciudad del Far West.

A Julio no se le escapó el gesto, que juzgamos, por otra parte, muy coherente con el carácter castellano de Aznar. Luego sí, a juzgar por las fotos que nos llegarían después, pareció sentirse más cómodo una vez instalado en el Olimpo, codo a codo con los poderosos. Allí se dejó fotografiar al lado de George W. Bush, ambos con los pies encima de la mesa. Fue su primera lección de cómo ha de ejercerse el liderazgo internacional, según Aznar.

Hasta Kananaskis llegaron también las salpicaduras de las cloacas de Wall Street, que estallaron con Enron en octubre de 2001 y llenaron de podredumbre financiera el invierno y la primavera siguientes. WorldCom protagonizaba el mayor fraude contable de la historia y el cerco se cerraba más en torno a Martha Stewart, la emprendedora que llegó a crear un imperio en torno al estilo de vida, hasta convertirse en la gurú por excelencia del buen gusto para muchas estadounidenses. A Julio le entusiasmaba la historia. Muchos intentamos contarla, pero no era fácil encontrar la manera de reflejar todo su alcance de forma que cautivara a nuestros redactores jefe. Nicolas Barre, corresponsal del diario francés Les Echos, me recuerda cómo Julio dio en el clavo durante una de nuestras cenas canadienses: había que utilizar el escándalo de Martha Stewart como excusa para explicar cómo es la sociedad americana.

Aquella tarde de junio, de compras por Calgary en busca de unas botas de vaquero para Julio, de vaquero de los de verdad, convirtió una cumbre más en un recuerdo que me gusta recorrer cada tanto y que siempre acaba en una sonrisa. Algunos meses después, a la vuelta del verano, Julio me dijo que había estrenado las botas en Madrid, durante sus vacaciones. Yo me reí y le tomé el pelo, presumido, imaginando el calor que tenía que haber pasado. No sé cuántas veces más se las pondría.

A veces, Julio, me acuerdo de tus botas de cow-boy y pienso que, quizás, tu camino hacia Bagdad empezara a trazarse en Kananaskis.

Isabel Lafont

es corresponsal de Expansión.

KANANASKIS (CANADA) / TESTIGO DIRECTO

La Cumbre del oso

Canadá prepara a las tropas que custodiarán la Cumbre del G-8 con tácticas especiales ante posibles ataques de...una cincuentena de osos Grizzly

JULIO A. PARRADO

El mundo puede respirar tranquilo. Sus líderes estarán a salvo. Las tropas canadienses llevan semanas perfeccionando las tácticas dilatorias frente a un eventual ataque de los terroristas más peligrosos de las Montañas Rocosas.

El sargento Bill Street las explica gustosamente con todo detalle.«Lo importante es que piensen que eres grande. Se trata de abrir los brazos y las piernas en forma de aspa. Luego hay que mirarles fijamente a los ojos y hablarles. Hacerles saber que ninguno de los dos queremos problemas», asegura Street. Y no habla en broma. Los cientos de militares desplegados por las impresionantes crestas y valles que rodean la estación invernal de Kananaskis tienen orden precisas: evitar el uso de armas de fuego y preservar la vida del feroz asaltante.

En caso de ataque, la huida es inútil. «Corren más rápido que Ben Johnson dopado hasta las cejas», asegura Street. «Si te agarran, sólo cabe protegerse la nuca y dejarse morder un poco».

En un país tan preocupado por la ecología como Canadá, el Gobierno trata de conciliar sus dos prioridades: la protección de los jefes de Estado y de Gobierno que empiezan mañana la Cumbre del G-8, y la preservación de la cincuentena de osos Grizzly que habitan en uno de sus últimos ecosistemas salvajes.

Tras el 11-S y la amarga experiencia de la anterior cumbre de Génova, Canadá no se la juega y ha puesto en marcha el mayor despliegue militar, en tiempos de paz, de su Historia. Y, cómo no, lo ha bautizado con el nombre Operación Grizzly. Los ecologistas, además de considerarlo de mal gusto, temen que la presencia de humanos dañe el ecosistema de esta especie.

En el rudimentario campamento del sargento Street, las reglas antiterroristas son tan precisas como las medioambientales. «Ni las colillas tiramos», asegura, sosteniendo los restos de un cigarro entre sus manos. El agua del afeitado se guarda y los comandos cargan a cuestas con sus propias heces en las llamadas bolsitas marrones.

Street tiene su tienda a los pies de un impresionante pico. Al otro lado, se encuentra el pequeño pueblo de Kananaskis donde se han bunquerizado los líderes mundiales. Según la leyenda, allí un indio salvó la vida pese a haber recibido un hachazo.

Este es el punto más cercano al lugar al que hemos podido acceder.Por la ruta principal, tres controles policiales sucesivos y exhaustivos acaban con la moral de cualquiera que tenga intención de disfrutar del hermoso parque natural. «Se tardan más de dos horas hasta que revisan el auto y luego te llevan escoltado», se queja Dave Kile.

Como él, muchos canadienses opinan que la factura será demasiado cara: la anterior cumbre de Quebec de Estados Americanos costó cinco veces menos. A partir de mañana, el

perímetro de seguridad se amplía a 6,5 kilómetros de Kananaskis. El espacio aéreo está restringido en 130 kilómetros a la redonda y entre los abetos se han instalado misiles tierra-aire.

Los organizadores no temen tanto a los terroristas internacionales como a que los antiglobal interrumpan las conversaciones. En Quebec, la estrategia de crear un perímetro de seguridad en la ciudad vieja provocó escenas violentas y peligrosas. Por si acaso, la Casa Blanca ha decidido evitar problemas y Bush dormirá (como en Italia) en una base militar al otro lado de la frontera.

Conscientes de que van a tener poco material que llevarse a la boca, los antiglobal han tomado la ciudad y efectuarán manifestaciones diarias. Sus rugidos no alcanzarán a una cumbre de tanta altura. Los líderes del G8 están a salvo de hachazos reivindicativos.

El Mundo, 25 de junio de 2002

Idoya Noain

Junio del 2001. Terre Haute, Indiana. En Estados Unidos, otra vez, la muerte era noticia. La negra dama, avivada por humanas leyes inhumanas, estaba preparada para recorrer las venas de Timothy McVeigh, el nombre que entonces, y ahora parece tan olvidado, encarnaba para los estadounidenses toda la vileza de un terrorista. Diez periodistas iban a presenciar la ejecución en directo y otros 1.300 viajamos hasta esa pequeña población en mitad del país para relatar la ejecución, para recoger las reacciones de algunos de los familiares de las víctimas del atentado de Oklahoma, para hablar con los grupos de manifestantes, a favor y en contra de la pena de muerte, para explicar cómos y buscar porqués, aunque la muerte no da nunca respuestas.

Era mi primer viaje profesional en Estados Unidos. Y fue el primero de mis viajes con Julio. Luego vendrían Dallas, Boston, Los Ángeles, Las Vegas, Park City... Escapadas motivadas por los más diversos motivos que él buscaba, aprovechaba, exprimía y disfrutaba tanto como aprovechaba, exprimía y disfrutaba todo; traslados temporales de toda su energía y de su continua búsqueda de una mejor comprensión del país donde trabajaba, donde vivía. Estaba dispuesto a no juzgar antes de comprobar. O mejor dicho, estaba dispuesto a juzgar, pero también, y más inteligente y más importante, a cambiar su 'juicio'.

Aunque siempre lanzaba la promesa de sacárselo a la vuelta, no tenía carné de conducir, y en un pueblo donde la prisión que era el escenario de la noticia está en las afueras, era un obstáculo. Para Julio, era una oportunidad. Para empezar, podía apoyarse en Enric, el corresponsal de El País, que tanto le gustaba. Luego, en encuentros fortuitos como el que tuvimos con Miguel, el productor de Televisión Española, siempre dispuesto a echar un cable. Cabía la lenta posibilidad del único taxi disponible de Terre Haute. Por momentos, las opciones para desplazarse parecían agotadas. Pero Julio siempre tenía una salida. Y en sus salidas la vida salía a encontrárselo. La vida sí sabe escoger.

Hicimos autostop y la primera vez paró una mujer. Era la esposa del hombre que, al día siguiente, estaba encargado de recoger de la sala de ejecuciones el cadáver de McVeigh. Alguien podría creer en la casualidad. Yo creo en las preguntas apropiadas, en una conversación iniciada, mantenida y concluida desde el respeto. Yo creo en Julio.

La segunda vez que paramos un coche habíamos ido en busca de los defensores de la pena de muerte, pero el campamento que les habían preparado, alejado de los opositores a la pena capital, estaba prácticamente vacío y el trabajo allí, de momento, agotado. La jornada laboral se acababa y nos esperaba el motel de carretera. Julio volvió a parar un coche. Y esta vez, otra vez, ganamos dos amigos. Nos llevaron a su casa y allí pasamos la tarde, con unas margaritas en la mano y una conversación que nos enseñó sobre la vida en Indiana lo que de otra forma nunca habríamos podido llegar a aprender. Yo, que aún no discutía con Julio con la ardiente y apasionada intensidad con la que tanto discutí después con él, anhelando la siempre segura paz con la que acababan todas nuestras discusiones, entendí mejor muchas cosas. Pero, ante todo, empecé a descubrir a un hombre que obligaba a amarle.

Creo que fue Picasso quien dijo que la inspiración siempre te debe encontrar trabajando.

Yo estoy convencida de que el trabajo de un periodista es vivir. Y Julio es el mejor periodista que yo he conocido.

Idoya Noain
es corresponsal de El Periódico.

Lunes, 11 de junio de 2001
TERRE AUTE (INDIANA) / TESTIGO DIRECTO

La feria de la muerte

Familiares de las víctimas de McVeigh y opositores a la pena de muerte se dan cita en una explanada preparada frente a la prisión donde hoy será ejecutado

JULIO A. PARRADO

Debbie lleva años viendo cadáveres de todas las edades y razas. Pero con McVeigh le salen los escrúpulos.. Si la ejecución sale como está previsto, su marido será el primero en recoger el cadáver del joven en la mañana del lunes y llevarlo, después de la autopsia, a un sitio que las autoridades mantienen en secreto.

«Habéis tenido suerte de dar conmigo», nos dice. «Si alguien puede hablar de muerte soy yo». La propietaria de la funeraria local no duda que el terrorista de Oklahoma sea la encarnación del diablo y que merezca arder en el infierno para la eternidad.

Pero lo que más le revuelve las entrañas es la gran acampada de la muerte que se ha montado en las inmediaciones de la penitenciaría federal de Terre Haute. «Me da miedo. ¡Toda esta gente!. ¿Por qué tienen que matarlo acá? ¿Por qué no en Oklahoma?», dice indignada. «A partir de ahora se nos conocerá como la capital de la muerte», añade.

Desparramada por los llanos de Indiana, hasta hace unas semanas, Terre Haute era la patria chica del baloncestista Larry Bird y se jactaba de tener la mayor fábrica de discos compactos de Estados Unidos. Este caluroso domingo la ha transformado en un gran ferial en el que se festeja, se reza, y se protesta -por este orden- por la ejecución del autor del atentado del edificio Federal Murray.

La gran explanada de césped está lista para dar la bienvenida a los feriantes. Ayer por la noche, a las 0.00 horas en punto, los 1.000 policías movilizados estaban listos para hacer cumplir que cada cual esté en el redil que le corresponde. A la derecha, los opositores a la pena de muerte; a la izquierda -con un espacio sensiblemente mayor- realizarán sus vigilias los familiares y supervivientes del atentado, y muchos otros cientos de curiosos que quieren cerciorarse de que el hombre más odiado de EEUU (el 80% de los ciudadanos pide su cabeza) reciba finalmente el puntillazo.

La prensa estadounidense y los 1.400 periodistas acreditados hace días que han acampado sus inmensos trailers en un extremo del ferial y sus estrellas se pasean cómodamente en coches de golf, no sea que el inocente césped acabe feneciendo por sus pisadas. Ya no hay lugar para aplazamientos sorpresa.

Conforme van llegando, los partidarios de la ejecución están siendo concentrados en las inmediaciones del circuito de carreras. Mientras los habitantes locales pasan el domingo en el campeonato all star de autos ligeros, Ryan Field calienta motores en su caravana. «Es pura basura esa historia de que se arrepiente. Ese monstruo no tiene alma», dice, respondiendo a las últimas declaraciones de McVeigh a un diario.

Field ha llegado de Oklahoma. Ningún parentesco ni remoto con ninguna de las víctimas. No es la primera vez que se recorre varios estados para evitar que esos «liberales de Washington terminen prohibiendo este derecho divino». Field no se perdió la de Carla Tucker, la primera mujer ajusticiada en años. Si puede, se quedará hasta el 19 de junio, a la del Raúl Garza, el siguiente preso federal en la lista después de McVeigh.

El grupo de activistas contra la pena de muerte se concentra en la ribera del río, junto a la competición de lanchas. La pequeña comunidad católica de Terre Haute se encarga de la organización. Antes de oficiar la misa de las 11.00 horas, el padre Ron Ashmore tiene que vérselas con la prensa nacional.

Ashmore, capellán en la penitenciaría, se ha carteado frecuentemente con el terrorista y se niega a prestarse al juego de la demonización: «Es un ser humano, cometió un error malo y reprimible, pero no es el diablo», explica con paciencia. «Lo suyo fue un acto de maldad, pero lo que mañana hará el Gobierno es lo mismo».

Con miles de visitantes previstos, los empresarios de Terre Haute se las prometían más felices hace un mes, fecha original de la ejecución. Una muerte como la de McVeigh no se vive desde que, hace 64 años, colgaron a Roscoe Red (Red Jackson).

El calendario estaba despejado entonces. Ahora coincide con la celebración del concurso de Miss Indiana. Las aspirantes permanecen encerradas en el hotel Holyday Inn sin nadie que les preste atención y los directores de hoteles están que trinan. Las reservas se han acumulado, mientras el resto del año las habitaciones están vacías.

El presidente de la cámara de comercio ha pedido al Gobierno federal que indemnice a la localidad por el error del FBI, que provocó la suspensión temporal durante un mes. El dinero que deje la ejecución será ridículo. Unas cuantas camisetas de mal gusto («¡Muere, muere, muere!»), tres días de lleno hotelero, ingresos por aparcamiento (a precios muy altos) y poco más.

Después de McVeigh, será el turno de Garza y de otros 18 reos federales. Ninguno con el suficiente currículo criminal para atraer una sola cámara de televisión.

El Mundo, 11 de junio de 2001

NOCHES DE RONDA EN NY

Joaquín Fernández

El ritual de arranque era sencillo: primero uno de los dos llamaba al otro para soltar el '¿qué haces?' de rigor, al que se solía responder con un 'nada' y, finalmente, llegaba la esperada y liberadora frase '¿salimos esta noche?'.

Pocas veces uno de los dos nos hacíamos de rogar más de dos minutos, si acaso para negociar desde qué lugar zarparía la nueva y excitante travesía nocturna por Nueva York.

"Me encanta esta ciudad", te decía exultante. Con pocos como con Julio me he recorrido el Bajo Manhattan y Brooklyn por la noche, desde los lugares más elegantes y glamurosos hasta los más punteros y alternativos. Amén de las visitas a unos cuantos agujeros rebosantes de morbo y delincuencia que ante foros conservadores conviene siempre negar haber conocido. De hecho, por las altas horas de la madrugada a las que visitamos esas lúgubres cavernas que oficialmente nadie conoce y que no he vuelto a encontrar, ahora tiendo a creer que realmente sólo estuvieron en mi imaginación.

Con la escuela española de la que proveníamos, tanto Julio como yo --y los muchos que se juntaron en esas excursiones nocturnas-- estábamos programados para engullir ingentes copas, cambiar frecuentemente de bar, disfrutar de la música y conservarnos hasta altas horas de la madrugada medianamente frescos y presentables –bueno, el maldito de Julio siempre mucho más que yo.

Durante esas interminables noches, antes de que el volumen de música o copas nos dejara sin habla, compartimos nuestra pasión por Nueva York y su diversidad, soltamos nuestras frustraciones con el periodismo y esbozamos proyectos para anclarnos para siempre en esta Gran Manzana.

Seguro de sí mismo, repleto de curiosidad hacia todo lo que sucedía y con ganas de comprender a quien se le pusiera por delante, Julio era de esos que exprimían la noche hasta la última gota, aún a sabiendas de que a la mañana siguiente habría que despertar.

Julio se dejaba engullir por Nueva York buscando la ebriedad. Y no me refiero a la burda e ineludible intoxicación etílica, sino a la sensación extrema de que todo es posible, de que algo nuevo, excitante y sin límites está a la vuelta de la esquina. De que conviene tomarse otra copa, esperar todavía un poco antes de irse a casa para enfrentarse a la previsible realidad.

Séneca compara la ebriedad con la locura voluntaria y Bertrand Russell la asimila al suicidio temporal. Ambos tienen razón: la intoxicación esconde un intento por transgredir los límites hasta cierto punto inmaduro. Pero tanto la irresponsabilidad como la pulsión de muerte a la que se refieren ambos pensadores son también atributos de quien busca sentirse joven en su acepción más libre y vitalista. Y en esas divertidas e imborrables noches, Julio y yo fuimos jóvenes, tan imposiblemente jóvenes como soñamos ser.

Joaquín Fernándezá
es periodista deá El Hecho,á quincenal neoyorquino en español.

La «ciudad de la libertad» censura el arte

Rudolph Giuliani, alcalde de Nueva York, veta la exposición británica «Sensation» por irreverente

JULIO A. PARRADO Especial para EL MUNDO

NUEVA YORK.- El alcalde de la Gran Manzana, embarcado en una campaña electoral no declarada contra Hillary Clinton, quiere revivir ahora las peores épocas de la censura conservadora de la década de los 80. El objeto de las iras de Rudolph Giuliani es la muestra británica Sensation, que debía inaugurarse esta próxima semana en el Brooklyn Museum of Art.

El edil republicano ha dado un ultimátum a la institución para que retire el material, so pena de cancelar el alquiler del edificio y de retirar todas las subvenciones. Imágenes de animales muertos, vírgenes de collages pornográficos o fotografías repletas de genitales componen parte de los objetos de esta muestra colectiva, inaugurada hace dos años en Londres. La vocación provocadora de la exhibición, propiedad de Charles Saatchi -magnate de la publicidad- es indudable. La intención de Giuliani de agitar la controversia preelectoral a cualquier precio, también. «Se trata de un material enfermizo, indigno de un museo dotado de ayuda pública que puede ser visitado por niños», ha reiterado esta semana Giuliani, que amenazó también con luchar por el despido de la cúpula completa de la fundación que dirige el centro de arte.

La Administración de Giuliani asegura que no puede seguir financiando un centro público en el que se establezcan restricciones de edad en la entrada. Los directores del museo habían previsto obligar a los menores de 17 años a ser acompañados por adultos. Sin embargo, a nadie le escapa que la institución, que ha perdido interés entre el gran público frente a los colosos museos de Manhattan, ha logrado, en parte, suscitar el interés tan ansiado.

Indecente

El director del centro, Arnold Leheman, ratificó el viernes su intención de abrir las puertas el próximo lunes. «Primero, nos acusa de mostrar material indecente y luego, asegura que es ilegal la decisión de restringir el acceso a los menores de 17 años», denunció Robert Rubin, presidente de la fundación del museo.

En su inesperada cruzada moral, el alcalde ha buscado el apoyo de las organizaciones católicas de la ciudad, en un claro intento de consolidar sus perspectivas de voto entre los sectores más conservadores. Giuliani, que en sus siete años de mandato ha dado pruebas de una gran dureza y rudeza contra la pornografía y la criminalidad, quiere poner a prueba la solidez moral de la que será su contrincante al Senado, la primera dama del país, Hillary Rodham Clinton. La actual polémica es una invitación abierta para que la mujer del presidente se pronuncie sobre el tema.

El gesto de Giuliani ha revivido la atmósfera de caza de brujas que recorrió el mundo del arte en la era republicana de Reagan y Bush, cuando exposiciones como la del fotógrafo

Robert Mappelthorpe en la Galería Corcoran de Washington suscitaron las iras del Congreso. Aquella tormenta fue el pretexto para comenzar un brutal recorte de fondos de la Agencia para las Artes.

Puesta en escena

La salida de tono de Giuliani dista de desatar una cruzada impropia de una ciudad tan liberal como Nueva York, principal mercado mundial de arte y cultura. El diario The New York Times se reía sutilmente del alcalde y cuestionaba sus verdaderas intenciones. Hace un año, grupos cristianos convirtieron en un circo las protestas frente al teatro semimunicipal donde se representaba Corpus Christi, una obra en la que se insinuaba la homosexualidad de Jesucristo. Entonces, Giuliani guardó un absoluto silencio.

Al alcalde, al que le gustan las grandes puestas en escena, como sucedió recientemente con el huracán Floyd, esperó hasta el último momento para desatar su furia ante las cámaras, cuando conocía desde hace meses el contenido de la muestra. Más que las palabras de Giuliani, lo escalofriante es el silencio guardado por destacados galeristas y directores de museos.

Ni el MOMA ni el Whitney Museum, donde se han exhibido siempre muestras igualmente cuestionables por la moralidad del edil, no han mostrado ni la más mínima señal de solidaridad hacia el museo de Brooklyn. Hay quienes les han acusado de conservadores, señalando que temen represalias económicas. Otra de las razones del silencio es puramente comercial. En el ultracompetitivo mercado neoyorquino, el Museo de Arte de Brooklyn parece haber dado en el clavo para atraer a miles de visitantes. Cuando Sensation se exhibió en Londres la Royal Academy registró uno de sus mayores niveles de visitas.

El Mundo, 26 de septiembre de 1999

CONFESIONES SOBRE NUEVA YORK

Por Sonia Franco

Me citó en el Paramount, en la calle 46 con Broadway, uno de esos hoteles de diseño tan neoyorquinos que tanto le gustaban. "¿Nos tomamos un cosmopolitan?", un cóctel que, por aquel entonces, hacía furor en Manhattan. Yo acababa de liar a Julio para que se incorporase a la Foreign Press Association e iba a entrevistarle para el boletín de la organización, que todos los meses incluye unas líneas sobre la experiencia neoyorquina de uno de sus nuevos miembros.

"Una de las cosas que más me gustan de Nueva York es el anonimato". Con el 'cosmo' en la mano y sin perder ripio de lo que pasaba a su alrededor, Julio empezó a rememorar sus primeros tiempos como periodista y su llegada a Nueva York. "Cuando empecé a trabajar en la radio y la televisión de Córdoba, nadie prestaba atención a lo que yo tenía que decir. Sólo se preguntaban si yo era EL Julio Anguita que todos conocían". Fue por ese motivo por el que empezó a usar el apellido de su madre, Parrado, para firmar sus crónicas. En el momento en que tuvimos esta conversación, su padre se planteaba ya dejar la política activa, y Julio me confesó que estaba considerando recuperar su primer apellido en el terreno profesional. Nunca lo hizo.

Estaba tremendamente cómodo en Nueva York, una ciudad en la que se sentía comprendido y aceptado plenamente, lo que se palpa claramente en sus crónicas (como aquella sobre Rosa de España en la Gran Manzana). Desde que visitó la ciudad por primera vez en 1993, fue amor a primera vista: "Supe enseguida que quería vivir aquí". Tres años después, surgía la oportunidad desde El Mundo.

No lo dudó un segundo: aceptó el reto, llegó y triunfó. Desde entonces, su vida neoyorquina pasó por muchas etapas, tanto en lo personal como en lo profesional. En 1997, Televisa le abrió nuevos horizontes. Entró en contacto con la producción televisiva y, desde el punto de vista periodístico, empezó a informar sobre los mercados financieros. Julio le puso a este nuevo desafío la misma pasión que a todo lo que iniciaba. "A partir de entonces, empecé a escribir más y más historias económicas para El Mundo".

Le pregunté cuál había sido su momento más difícil en Nueva York desde el punto de vista personal. Me miró extrañado y negó con la cabeza. Ninguno. "Mi primer recuerdo es en el aeropuerto Kennedy, con dos maletas, cogiendo un taxi al East Village, el primer sitio donde viví". Con una pícara sonrisa añadió: "¡Entonces salía todas las noches!" ¿Y profesionalmente? Volvió a mirarme pensativo. Pero esta vez sí tenía respuesta: trabajar desde Estados Unidos con horario europeo. "Levantarse tan temprano es una pesadilla...".

La oportunidad de trabajar en StarMedia, el portal latino de Internet que por aquel entonces moría de éxito, le abrió los ojos al mundo de las nuevas tecnologías. "Es fascinante", decía, arrastrando esa s tan suya, entre andaluza y neoyorquina. ¿Y de cara al futuro? Julio tenía una relación amor/odio con el porvenir: siempre se debatía entre lo que le convenía y lo que le apetecía, aunque evitaba pensar demasiado en ello. "Me gustaría quedarme en Nueva York, pero en España hay más oportunidades para un hispanoparlante".

Cuando salimos del hotel ya había anochecido. Bajamos por Broadway hasta Times Square admirando las luces de neón y sintiéndonos plenamente integrados con lo que nos rodeaba.

-"¿Cuándo sale la entrevista?"

-"El mes que viene".

-"Déjame bien".

-"No te preocupes, que antes te la paso". -"No hace falta, me fío".

Me dio un beso y se metió en el metro. Yo me quedé pensando lo bien que le sentaba la ciudad, cómo pertenecía a aquel lugar y a aquel momento. Sería algo más de un año después, justo antes de volver yo a Madrid para quedarme tras el fatídico 11 de septiembre, cuando Julio me hizo darme cuenta de un plumazo de cómo él también sentía lo mismo y hasta qué punto lo había disfrutado. "¿Te das cuenta de que está a punto de pincharse nuestra burbuja irreal?" Qué razón tenías, Julio. Qué razón tenías.

Sonia Franco

es periodista en Expansión.

NUEVA YORK / TESTIGO DIRECTO

Rosa se come la Gran Manzana

La ganadora de 'Operación triunfo' y representante española en Eurovisión pasa 72 horas en la ciudad de los rascacielos para grabar un tema con aire de 'gospel'

JULIO A. PARRADO

Se bajó de en una interminable limusina blanca, rodeada por una corte de estrictos agentes y de medios de comunicación que vigilaban con celo sus respectivas exclusivas. Como cualquier otra estrella de la canción. Y se alojó en una suite en las plantas nobles del aristocrático Hotel Plaza (unos 600 euros la noche), con vistas sobre Central Park. El fin de semana, Rosa López (nuestra Euro-rosa) ha puesto también una pica en EEUU, el primer paso quizás de su próxima conquista de América, la tierra de sus adoradas Mariah Carey, y Whitney Houston. «Y Donna Summer, ¿no es americana?». Con esa naturalidad que aún la caracteriza. Deslumbrada por el más minimo detalle, por el arpa que suena en el elegante vestíbulo del Plaza, por el viaje en primera clase («¡que no veas!»), por los «puestecillos callejeros» y sobre todo «por la cantidad de gente de color por todas partes ¡Qué chulo! Me he queado flipá, flipá». En resumen, «mucha americanada», confiesa eufórica.

Disponía de 72 horas en la Gran Manzana y Rosa (vestida de pies a cabeza de luctuoso negro neoyorquino) se la quería comer entera.

Pero lo primero es grabar los arreglos corales de un éxito que ya está cantado: A solas con mi corazón, el single de su próximo disco en solitario. Lo de «a solas» es pura licencia lírica. Cierto es que no la acompañan el resto del trío triunfal (Bisbal y Bustamante son cosa del pasado). Pero no le falta público. Rosa (nuestra Euro-rosa) tiene más ojos encima que en el encierro de la orwelliana Academia de Gestmusic-TVE. De un lado los paparazzis (el que firma incluido), del otro los reporteros de TVE, El País y la revista ¡Hola!, que supuestamente ha pagado 15 millones de pesetas por el rápido paseo de la artista de Armilla por la ciudad de los rascacielos. Y luego los fans, que hasta en Nueva York se encuentran.

«Mira qué cariñosa ha sido», señalaban los colombianos Rosana y José Luis (residentes en Alemania y enganchados a la parabólica y a OT) presumiendo del primer autógrafo rosa firmado en el Nuevo Mundo. Casi nada.

Del Plaza, a la sala de ensayos, donde la esperaba el Coro Inspiracional de Broadway, 20 cantantes que la arropan en el estribillo en español: «A solas con mi corazón, a solas sin pedir perdón. Ahh Ahh... Uh Uh».

Rosa define la canción como un tema latino, con «un toque ná más de gospel».

Ante el coro la han presentado como «la estrella número uno y la más famosa de España». Ellos no dan crédito. «¡Era ama de casa de un pueblito!», dice con admiración una de las cantantes, la única que ubica a Armilla en el mapa, porque recaló una vez en Granada de gira

con Bertín Osborne.

«¿Eurovisión? Me exigiré un poco más. Y si no ganamos, pues yo que sé: que me tiren piedras».

La tornas cambiaron el sábado. Rosa y su séquito se bunquerizaron en los Estudios de Grabación Sorcerer. Sus mesas de mezclas han registrados las voces de Bob Dylan, Sinead O'Connor, Lou Reed y hasta la potentes cuerdas de Fontella Bass, toda una guía espiritual para Rosa. La grabación terminó temprano y salió a pedir de boca.Según el coro. A Rosa la mantenían encerrada a la espera de que los paparazzis despejasen el entorno. «Creo que está abrumada.Su vida debe ser un torbellino», decía con cierta pena Eusebio.Cuando el coche aparcó delante de la puerta, Rosa salió como un torbellino con el rostro oculto bajo una gorra.

El Mundo, 18 de marzo de 2002

SOPAS SIN GREENSPAN

Ana Nieto

No fallaba. La primera llamada del día, periódico y café en mano, era para hablar con Julio. Comentábamos titulares y olvidábamos que estamos solos frente al ordenador, lejos de la redacción y sin compañeros. Las llamadas de la mañana ayudaban a mejorar esa situación, y más aún cuando a pesar de la temprana hora, Julio se levantaba de buen humor. Entonces echaba un vistazo burlón a los cotilleos de los tabloides para dar color a jornadas que se preveían llenas de números, porcentajes, estadísticas o discursos barrocos de Alan Greenspan.

Otros días él mismo llegaba con el comentario glamouroso. "Entrevisté a Nicole Kidman y a Julianne Moore ayer", contaba un día entusiasmado. "Son guapas, pero están delgadísimas, son irreales". Podríamos haber seguido con esta y otras conversaciones del mismo tono con el que siempre trataba de sacar retratos sociales de un país que tanto disfrutaba. Pero Julio, a quien su curiosidad le había llevado a especializarse en economía, rápidamente sacaba a relucir esta faceta y dirigía la conversación con el mismo entusiasmo hacia otros misterios para él tan apasionantes como el de la imposible delgadez de Kidman. Cómo explicar el alto consumo en una época de crisis y creciente paro, las contínuas y a veces disparatadas revisiones de los datos oficiales, cuyas primeras aproximaciones leía entonando con sarcasmo el "sombra aquí, sombra allá" de la canción Maquillaje de Mecano. O el fantasma de la deflación y los efectos del árido déficit. No resultaba tan árido cuando al comentarlo Julio trazaba hipótesis de futuro con preocupación. No podía evitarlo, le irritaban las declaraciones en las que Paul O' Neill, entonces secretario del Tesoro, restaba importancia a estos agujeros cuando desde el FMI llegaban las críticas.

Aunque confiaba en la vitalidad de EE UU dudaba de la sostenibilidad del inicial y titubeante crecimiento que los analistas querían ver para pasar página a una terca recesión que se saltaba dogmas escritos en manuales y mostraba, ayer y hoy, inercias poco exploradas. Desde la barrera en la que se instala el periodista, Julio observaba mientras retenía en la memoria la década de expansión que a él le tocó vivir a escasas manzanas del hervidero que era Wall Street antes de que la crisis le hiriera el orgullo y el terrorismo la piel. Le gustaba hablar de los buenos y no tan viejos tiempos y le fascinaba el mundo de la Bolsa. Cuando tenía oportunidad preguntaba a su amiga Paloma, 'trader' en Wall Street, detalles de su trabajo. "Cuéntame cómo compras y vendes. Cuéntame cómo funcionan los bonos Brady".

También se enfadaba cordialmente con Greenspan. A veces porque le veía condescendiente con George Bush. En otras ocasiones porque en este periodo de vacas flacas dominado por incógnitas, como los escándalos empresariales o la preparación de una extraña guerra, Greenspan retorcía más aún su siempre diplomático y abstracto lenguaje y a los periodistas, en particular a los europeos, se nos echaba el cierre encima desentrañando casi sin margen de maniobra el escueto y lleno de matices comunicado del comité abierto de la Reserva

Estos comunicados se hacen públicos al filo del cierre de las primeras ediciones de los diarios en España, cuando en Nueva York son las 14.15 de la tarde. Una vez enviada la pieza a la redacción y tras la subida de adrenalina, lo único que quedaba por hacer era, sin duda, comer. Sopa, la del restaurante oriental Kelley Ping de SoHo, a mitad de camino de nuestras

respectivas casas. Allí, en la sobremesa, comentábamos la jugada de la Fed. Salvo un día. Una tarde de verano, llegué más tarde que él. Estaba ya a punto de pedir su plato de sopa cuando le dije que con el calor que hacía ni se le ocurriera. Me dijo que sí sin prestarme atención y me mostró a alguien irreal sentado en una de las mesas. El cantante Lenny Kravitz también comía tarde aquel día y obnubilado por su presencia cuando el camarero preguntó que queríamos Julio dijo sin pensar: "¡Sopa!".

Y allí, aguantando el tremendo caldo, y mirando como el bello Kravitz apuraba su pad thai,

aquella tarde dejamos en paz a Greenspan.

Ana Nieto

es corresponsal en Nueva York de Cinco Dias.

Greenspan vincula el despegue económico a una solución rápida del conflicto en Irak

JULIO A. PARRADO. Corresponsal

NUEVA YORK.- La posibilidad de una guerra «está afectando seriamente a las decisiones y, por lo tanto, al crecimiento económico».El presidente de la Reserva Federal (Fed), Alan Greenspan, se mostró ayer ampliamente cauteloso, pero no pesimista, en una comparecencia pública en la que reconoció que los temores al inicio de las hostilidades en Irak están levantando «grandes barreras» para inversores y empresarios.

«La intensificación de los riesgos geopolíticos hace que sea particularmente difícil discernir la senda que toma la economía», añadió Greenspan ante un comité del Senado, preocupado por saber su opinión sobre las consecuencias de una contienda y por el plan de estímulo económico y recortes de impuestos del presidente Bush, que va a sepultar por años los superávit fiscales, unoa de los caballos de batalla del jefe de la Fed.

Pese a su cautela, el escenario previsto por Greenspan es uno en el que no encaja un posible resultado adverso para EEUU.

El jefe de la Fed señaló que su «expectativa más probable» es que «estas incertidumbres disminuyan considerablemente a corto plazo. Entonces los empresarios podrían aumentar sus inversiones y esto ayudaría a la economía». De esta forma, el responsable de la política económica se alinea de alguna manera con los teóricos de la guerra, que en su defensa del conflicto sostienen que la victoria sobre Irak será rápida y aplastante.

De hecho, la Fed reiteró ayer su apuesta por un crecimiento de entre el 3,25% y el 3,5% para este año, algo inferior a las previsiones del verano pasado, pero por encima de las proyecciones del sector privado y del 2,8% con el que se cerró el PIB estadounidense en 2002.

«Sus previsiones de crecimiento e inflación son ligeramente mejores que las del consenso y ha valorado escasamente las proyecciones», afirma Robert DiClemente, analista económico de Salomón Smith Barney.

«No somos tan optimistas como el presidente de la Fed. No nos parece tan claro que Irak sea el catalizador que devuelva a la economía todo su potencial», asegura Gerald Cohen, economista jefe de Merrill Lynch.

Riesgos de guerra

«Greenspan ve las incertidumbres geopolíticas como las más importantes de las que afectan a las decisiones, pero los ejecutivos creen que, aunque la superación de los riesgos de guerra desatará la inversión, también insisten en que las compañías deben mejorar sus ingresos y su liquidez», explica DiClemente.

Las palabras de ánimo del presidente del banco central estadounidense no parecieron convencer demasiado a los mercados bursátiles, que mostraban pérdidas anoche, a media hora de su cierre. Greenspan no indicó claramente qué dirección va a tomar la política monetaria, pero dio a entender que se seguirá manteniendo de guardia hasta que se despejen las incógnitas bélicas.

La agresiva política de recortes de tipos iniciada a principios de 2001 ha dejado el precio

del dinero en un 1,25%, el nivel más bajo en 41 años. La última bajada de las tasas de Fondos Federales tuvo lugar el 6 de noviembre del año pasado, una decisión que Alan Greenspan califica como «un seguro contra la amenaza de una debilidad económica persistente».

Pese a que Greenspan es un declarado enemigo de los déficit fiscales, el jefe de la Fed mostró su total apoyo al recorte del impuesto sobre los dividendos, uno de los factores que incrementarán los dígitos en los números rojos. «Apoyo la propuesta del presidente de eliminar la doble imposición sobre los dividendos, no como una medida de estímulo a corto plazo, pero sí como una política fiscal para la empresas a largo plazo. Añadirá flexibilidad y crecimiento potencial a la economía», afirmó.

No obstante, también reconoció que los cálculos del déficit fiscal, que pueden llegar a la cifra acumulada de dos billones de dólares según la Oficina Presupuestaria del Congreso, «han caído como una ducha de agua fría».

Sin embargo, Greenspan no coloca el peso de la disciplina fiscal en el Ejecutivo, sino en el Congreso, al que previno frente a las partidas de gasto electoralistas que suelen colarse en las negociaciones presupuestarias. «Debería haber pocas discrepancias acerca de la necesidad de restablecer la disciplina presupuestaria», les recordó.

El camaleónico presidente de la Fed se muestra comprensivo con Bush (apoyo de la información anterior)

JULIO A. PARRADO. Corresponsal

NUEVA YORK.- La disciplina fiscal y las leyes que permitieron los presupuestos equilibrados a finales de los 90 en EEUU no se explican sin la figura de Alan Greenspan. El veterano presidente de la Reserva Federal fue el principal abanderado de los recortes en el gasto y logró que el presidente Bill Clinton, presionado entonces por los republicanos, claudicase, pese a que el sorprendente crecimiento que registraba el país entonces inundaba las arcas del estado y daba un mayor margen de maniobra en el gasto.

Sorprendentemente, el jefe de la política monetaria se muestra ahora comprensivo con la agresiva política de gasto que lidera la Administración Bush. Aunque ayer, obviamente, dejó claro su aversión a los números rojos en las cuentas del Estado, y llegó a asegurar que «un estímulo fiscal es prematuro y no es deseable en este momento», desde que llegó el presidente actual a la Casa Blanca, Greenspan ha respaldo sus amplios recortes de impuestos, denunciados por la oposición demócrata.

Ayer volvió a recordar -especialmente al Congreso- que sería necesario reinstaurar ciertos topes -como los que estuvieron vigentes durante la Administración Clinton- que impidan que los presupuestos «se vayan de las manos». Pero no llegó a abogar por una norma clara de déficit cero.

Su tono no dejaba entrever una preocupación excesiva, pese a que los cálculos de déficit no paran de ser revisados al alza. Según la oficina presupuestaria del Congreso, los 1,5 billones de dólares en recortes de impuestos que Bush quiere implantar en la próxima década elevarán el déficit en 575.000 millones dólares este y el próximo año. El regreso al equilibrio fiscal se

retrasa hasta 2007. Y estas cifras no tienen en cuenta los gastos incurridos en una costosa campaña militar.

Desde la oposición demócrata, no se oculta el malestar con la enorme comprensión que Greenspan demuestra hacia Bush. Las camaleónicas conversiones del veterano economista explican, quizá, por qué se ha convertido en uno de los presidentes de la Reserva Federal más longevos. Bush es su cuarto mandatario.

El Mundo, 12 de febrero de 2003

EN EL PAIS DE LAS PARADOJAS

María Luz Rodríguez

Julio disfrutaba en los Estados Unidos y de los Estados Unidos. Manhattan era su casa y el resto del país un inmenso laboratorio en el que explorar y aprender.

Le molestaba viajar en avión, pero al final le compensaba siempre aterrizar en la América profunda, ese territorio inmenso que se extiende entre Nueva York y California. Un mundo poblado por mujeres en sillas de ruedas, incapacitadas para caminar por su inmensa gordura; por fanáticos defensores del derecho a portar armas; por histéricos exiliados cubanos, buscando un nuevo dios para el partenón de la santería en la figura frágil del niño Elián; por adolescentes ricos practicando caza con su compañeros de instituto; por niños inocentes proclamando diariamente en sus aulas su lealtad a la bandera y a la república que representa: los Estados Unidos de América, una nación — aseguran— bajo la protección del mismísimo Dios.

Guantánamo fue uno de esos viajes de asombro, aprendizaje, confusión e incluso rabia. Conseguir autorización para viajar a la base estadounidense en Cuba para ver in situ las condiciones de los presos talibanes fue difícil. Requirió decenas de llamadas a contactos y a funcionarios de Washington. Decir "soy corresponsal de El Mundo" no funciona aquí como el 'ábrete sésamo' que franquea puertas.

Cuando se trabaja para un periódico de un país medio europeo conseguir permisos oficiales y entrevistas jugosas requiere dominar el arte de la persuasión, y en ello Julio era un maestro. Tenía labia, sabía mezclar palabras amables con exigencias. Cuando se confirmó la autorización para Guantánamo sintió orgullo, le había costado más llamadas que las gestiones de costumbre.

Desde el aeropuerto llamó varias veces, y es que Julio nunca pudo vencer su aburrimiento en las salas de embarque y lo combatía hablando por el móvil. Desde la base naval, sin embargo, no telefoneó ni una sola vez. Se reservó hasta bajar del avión que le llevó de Guantánamo a San Juan de Puerto Rico.

Se encontraba intelectualmente cansado y moralmente asaltado por conflictos. Despreciaba a los talibanes y su movimiento radical, pero le molestó ver seres humanos enjaulados como animales de un zoo barato. Le indignó la argucia legal de la Administración Bush para negar a los detenidos derechos que en los Estados Unidos se consideran sagrados. Después, Julio narró la guinda del viaje: se había peleado con la corresponsal de la cadena de television ABC. Siempre temperamental, le reprochó su periodismo de acomode sin crítica a la nueva realidad dictada por los atentados del 11 de Septiembre y se despachó a gusto quejándose de la autocensura adoptada por los poderosos medios de comunicación estadounidense.

Antes de volver, decidió reponer fuerzas en Puerto Rico. Le encantaba la isla, sus playas y sobre todo sus gentes, enfermas de complejo colectivo de Peter Pan que ata su destino a los

Estados Unidos. Julio, siempre atento a contradicciones, nunca dejó de maravillarse en territorio boricua. Meses antes había cubierto en la isla de Vieques las protestas multitudinarias contra las maniobras militares del 'Imperio'.

"¿Cómo puede esta nación surrealista ser la gran potencia que decide el destino del planeta?", se preguntaba constantemente Julio, que no se conformó con aceptar la eterna paradoja y se negó a transmitir en sus artículos la socorrida imagen hortera, ligera y condescendiente de Estados Unidos. Rechazó escribir crónicas fáciles que se ajustasen a los prejuicios del ciudadano medio español.

Julio se encontró con un enigma y decidió resolverlo. Viajó, leyó, dialogó con cientos de personas y reflexionó. Afiló su don de análisis y descubrió un país fascinante, pero carente de memoria, esquizofrénico e incluso esperpéntico, herido por asombrosas desigualdades. Una nación que, al mismo tiempo, es dinámica, receptora e impulsora de nuevas ideas, una nación construida con manos inmigrantes y que valora la diversidad, los principios de the rule of law y de la responsabilidad individual y, cómo no, el gran mito de que todos tenemos derecho a soñar.

Julio dedicó mucho tiempo a entender las implicaciones del 'imperio de la ley' o the rule of law— así, en inglés, como siempre lo decía él.

Una de las consecuencias de su empeño fue su obsesión con el Tribunal Supremo. Estaba siempre atento a sus sentencias y recordaba con entusiasmo de forofo las votaciones de cada Señoría en los casos relevantes de los últimos

años. Su juez favorito era Sandra Day O'Connor, brillante, acérrima defensora de los derechos de los estados de la Unión y una permanente incógnita: la swing-voter por excelencia, imposible saber de qué lado se inclinaría su balanza. Julio y yo jugábamos a adivinar su voto. El entusiasmo duró hasta que el Tribunal Supremo le entregó la Casa Blanca al perdedor en votos populares en las elecciones presidenciales de noviembre de 2000. El enfado de Julio fue memorable.

Quizá por ello Julio cultivó otro 'amor' legal. Se hizo un fiel seguidor de la serie televisiva Law and Order, al mismo tiempo que inició una eficaz campaña proselitista en favor de la serie. Me convenció. El gregario de Julio necesitaba un compañero con el que comentar y desmenuzar los detalles legales de los episodios, en los que casi siempre, al final, triunfaba the rule of law.

En sus artículos, Julio diseccionaba la sociedad estadounidense y en una frase inteligente desnudaba, en palabras simples, la realidad escondida tras una noticia. Sus textos podían ser satíricos, tiernos, irónicos, o severamente críticos. Pero no importaba el tono, lo fundamental es que siempre se esforzaba -y casi siempre consiguió- en capturar la esencia, los matices y las sutilezas del objeto de sus crónicas: las intrincadas caras y aristas de los Estados Unidos de América.

El resultado de su labor fueron decenas de artículos investigados a fondo, analizados a conciencia y contextualizados de un modo ejemplar. Un trabajo bien hecho que Julio disfrutó y que nos devolvió a muchos la fe en lo que hoy se ha convertido en una auténtica ave raris: una crónica bien escrita.

María Luz Rodríguez

es abogada y licenciada en Historia. Coincidió con Julio en Starmedia.

GUANTANAMO (CUBA) / TESTIGO DIRECTO

No sólo se reza hacia La Meca

El Pentágono ha tenido que acelerar el reclutamiento de traductores que trabajan desde la mañana hasta el atardecer

JULIO A. PARRADO

La constante llegada de prisioneros ha convertido el Campamento Rayos X en una especie de pequeña Naciones Unidas, aunque ajena al imperio de la ley internacional. En este reducido recinto de rejas y alambre pueden convivir ya hasta 31 nacionalidades y se hablan una docena de idiomas.

Los guardianes del campamento son extremadamente cautelosos a la hora de especificar la procedencia de los «retenidos». La política del Pentágono es remitir directamente a las autoridades de cada país, pero sí admiten que la diversidad nacional ha sorprendido a sus propias expectativas.

«Si pudiera hacer pública la lista de retenidos resultaría sorprendente. Tenemos una verdadera comunidad mundial», reconoce el lugarteniente Bill Costello, responsable de la prisión. El grupo principal está compuesto por 50 saudíes. Los últimos en engrosar la lista han sido posiblemente turcos. El vuelo de transporte del pasado viernes, en el que llegaron 12 presos, no hizo escala en Turquía, como de costumbre, quizás por razones de sensibilidad política.

Sobre los dos españoles internados -Hamed Abderraman Ahmel y Reswad A. Abdulsamse- observa el mismo estricto silencio. Algunos marines reconocen que «se ha oído el uso del español» en el jaular del Campamento Rayos X. La proliferación de idiomas está complicando la misión, especialmente la principal tarea que se desarrolla en las cinco cabañas sin ventanas anexas al campo. El Pentágono ha tenido que acelerar el reclutamiento de traductores que trabajan desde la mañana hasta el atardecer al servicio de los agentes responsables de los interrogatorios.

El Islam ha dejado de ser también la única religión. Entre los presos talibán y de Al Qaeda figuran «varios» cristianos, según reconocen fuentes militares. Admiten que en las últimas semanas se ha requerido el uso de, al menos, una Biblia. Un capellán militar se ha reunido con estos prisioneros, pero aún no ha oficiado ninguna ceremonia cristiana.

Tampoco existe otro signo religioso en la prisión, salvo un cartel verde colgado sobre un poste eléctrico que indica la dirección de la Meca. La idea fue del lugarteniente Abuhena Saiful-Islam, uno de los 14 capellanes musulmanes de la Armada.

El Pentágono designó el mes pasado a Saiful-Islam consejero espiritual de los presos. El 24 de enero, sin aviso previo, se subió a una de las torretas de vigilancia e hizo la llamada a la oración. Desde entonces, una grabación con su voz suena cinco veces al día.

Este bengalí de 39 años ha adquirido repentinamente un status de celebridad internacional que permite también al Pentágono dulcificar la imagen sobre las duras condiciones del campamento.

Saiful-Islam es uno de los escasos militares que no habla como si la culpabilidad de los detenidos fuera un hecho casi probado.«No sé si son inocentes o no, pero estaban en el momento equivocado en el lugar erróneo», dice.

La presencia del imán militar ha resultado muy útil en la comunicación con los detenidos, ya que habla urdú, bengalí y árabe. El capellán es uno de los más preocupados por solventar los crecientes problemas de intendencia que genera la pequeña comunidad internacional. Ya ha logrado copias de El Corán en otros idiomas, como el inglés, y confía en recibir más.

Por lo pronto, todos sus esfuerzos están concentrados en el viernes, fiesta musulmana del Sacrificio (Adha). Washington ha autorizado el envío de un cargamento de carne de cordero y vaklavá. Será la primera vez que los «retenidos» salgan de su rutina.

El Mundo, 22 de febrero de 2002

IRAK

«Acabamos de 'perder' a dos reporteros»

El Pentágono adiestra a los periodistas para trabajar en escenarios de guerra en Irak y evitar que los mandos se preocupen por su seguridad

«Cuando vean que se les cae el pelo, no lo duden. Acaban de sufrir un ataque nuclear. Recen y esperen». Es el consejo de un sargento de Marines a los 60 periodistas que han asistido a un cursillo de cinco días ofrecido por el Pentágono con recomendaciones para desenvolverse en el hipotético escenario bélico de Irak. El adiestramiento, al que ha asistido EL MUNDO, incluye técnicas de detección de minas, conocimiento de armas y utilización de medidas de protección en caso de una guerra química o bacteriológica. El Departamento de Defensa sostiene que Sadam recurrirá a sus armas de destrucción masiva cuando se vea acorralado. Y ese temor ha provocado la deserción de algunos veteranos corresponsales, que evitan cubrir el nuevo conflicto.

JULIO A. PARRADO. Enviado especial

QUANTICO (VIRGINIA).- En el primer pelotón hemos perdido hoy a dos colegas. Quizá no alcanzaron a ponerse la máscara antigás a tiempo. El agente CK (cyanogen chloride) ataca directamente al sistema sanguíneo y no da ni 15 minutos de margen a la vida. Puede ser también que fueran alcanzados por las balas de los francotiradores que, camuflados entre la nieve, han pillado al batallón por sorpresa. Las señales de campo minado no pasaron desapercibidas, pero nadie advirtió las marcas de huellas frescas que se apartaban del camino y se adentraban en el bosque, un síntoma inequívoco de que nos habíamos adentrado en territorio indio.

El comandante Bird realiza un rápido balance de la operación.«Han reaccionado bien. Perc no se han mantenido lo suficientemente vigilantes. Desde que sufrimos la primera emboscada, deberían haber estado atentos. Acabamos de perder a dos reporteros», resume el jefe de la Escuela de Suboficiales de la Infantería de Marina de EEUU. Los dos compañeros perdidos emergen de entre los materiales. Ninguno había prestado la más mínima atención a su desaparición.«Recuerden: en una situación de fuego real, la prioridad de los Marines no es velar por sus vidas. Tendrán que apañárselas ustedes solos», advierte.

Si los 60 futuros corresponsales de guerra han aprendido una lección en estos cinco días de clases y entrenamiento en la base militar de Quantico es que su supervivencia en el campo de batalla dependerá sobre todo de la suerte. A lo sumo, el cursillo acelerado organizado por el Pentágono en los bosques de Virginia es pasaporte hacia el Golfo Pérsico. Se trata de la cuarta tanda y posiblemente última de ejercicios para periodistas, una señal de que la hora cero puede estar próxima.

En total, unos 250 informadores -en un 90% estadounidenses- se han sometido desde noviembre al entrenamiento que el Departamento de Defensa de EEUU ha aconsejado para todos aquellos medios de comunicación que aspiren a acompañar a sus tropas durante el conflicto con Irak.

El secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, ha prometido no repetir los errores de la Guerra del Golfo, en donde los reporteros estuvieron en cuarentena, lejos del frente de

batalla, y ha garantizado a la prensa un amplio acceso a las unidades de combate mientras no pongan en riesgo las misiones. A cambio, han obligado a los medios a realizar este cursillo con el fin de tranquilizar a los comandantes.

RECLUTAS

Y así, veteranos de otras guerras como Bob Franken, de la CNN, comparten litera con la generación MTV. La cadena musical ha sido incluida entre los medios que el Pentágono desea que cubran las hostilidades. «Somos la única fuente de información para muchos jóvenes», justifica su estrella de 24 años Gideon Yago.Vestido en traje de faena, Yago se muestra entusiasta. «Esto es tan divertido como un campamento de verano», les cuenta delante de la cámara a sus espectadores. Sin duda, el hip-hop será la banda sonora de esta guerra.

La mayor parte de los 60 reclutas se resiste a usar todos los atuendos militares y a dejarse llevar por el espíritu de militarización de estos cinco días en los que tenemos que demostrar que estamos a la altura de la disciplina y las tácticas militares. «Nadie les va a obligar a vestir de verde oliva. Si quieren, vayan vestidos de Gucci, pero recuerden, cuanto más se suda en la paz, menos se sangra en la guerra», nos insiste el teniente Giles. Nadie infla el pecho.

Toque de diana a las cinco de la mañana, marchas bajo la nieve, acampada a 10 grados bajo cero, identificación de armamento Pero el plato fuerte es la preparación para una eventual agresión con armas bioquímicas. Aquí todo el mundo da por sentado una virulenta reacción de Sadam Hussein.

GUERRA BIOLOGICA

La cámara de gas de ladrillo y hormigón, donde llevamos a cabo los entrenamientos de NBQ (armas nucleares, químicas y biológicas), tiene un siniestro parecido con aquellas duchas situadas en medio del bosque utilizadas en el Holocausto. En ella, los Marines realizan a veces ejercicios con agentes nocivos. A nosotros nos sobra con el gas lacrimógeno para descubrir la vulnerabilidad ante un ataque de este tipo. Las prácticas las llevamos a cabo con M.40, el mismo tipo de máscaras que los Marines usarán en el frente. Cuestan 150 dólares. Más, si necesitamos lentes graduadas.Será la compañera inseparable durante dos días.

«¡Gas! ¡gas!», es la alerta imprevista que inicia repentinamente una cuenta atrás de nueve segundos. Claro que en el frente real será improbable recibir tal aviso. Con suerte, animales y vegetación muerta servirían de indicativo. Existe también un kit que permite detectar agentes que afectan al sistema nervioso o

sanguíneo, pero se necesitan más de 20 minutos y 14 pasos para completar las pruebas de aire.

Además, la segunda piel de goma se muestra rebelde e inútil.Hay toses y algún llanto incontrolable en la cámara de gas. El ejercicio se salda con tan sólo un 40% de éxito. Un único cabello puede arruinar el sello de la máscara y filtrar la suficiente dosis letal de gas. «Conviene estar afeitado, llevar el cabello muy corto y evitar la barba. Estamos convencidos de que nuestros colegas de Oriente Próximo no serán capaces de soportar un ataque químico si no renuncian a las barbas», explica el sargento Shay Gunnery.

Entre los reporteros más aprensivos comienza a cundir cierto pánico por la evidente falta de preparación ante las armas de destrucción masiva. La mayor parte de los medios estadounidenses ya han equipado a sus enviados especiales con trajes aislantes especiales similares a los Saratoga de los Marines y al Joint Service List que utilizará el Ejército de Tierra. Se han gastado 3.000 dólares de media en el petate bioquímico.

Cada miembro de la infantería de Marina desplazado al Golfo cuenta con dos trajes y facilitarán equipamiento a los reporteros. El Pentágono también se encarga de distribuir entre la prensa, previo pago, las vacunas contra la viruela y de suministrar las seis inyecciones con anticuerpos para el ántrax.

«Ninguna precaución es suficiente. La existencia de armas químicas y biológicas puede convertir el combate en el más cruel que hayan visto nunca». Los comentarios del comandante Bird se aliñan con dosis de fotografías de rostros desfigurados que nos refrescan la cabeza sobre las maldades del pérfido Sadam.

El Ejército de EEUU prevé que los iraquíes recurran a su supuesto arsenal del gas nervioso VX -cuya efectividad perdura más de 12 horas después del ataque-. Los Marines recomiendan que llevemos el kit NAAK Mark1, compuesto por dos dosis -inyectables a través del traje protector- de atropina y pralidoxine chrolide.

EL APOCALIPSIS

«Cuando vean que se les cae el pelo, no lo duden. Acaban de sufrir un ataque nuclear. Recen y esperen». Dentro de una gélida tienda de campaña, el sargento Buitendorp trata de aportar alguna escapatoria a una situación escasamente salvable. «Cerrar los ojos y tirarse al suelo con la cabeza en dirección al lugar de la explosión puede ayudar. Al menos se salvan las órbitas de los ojos por un instante». En el manual de los Marines sobre fuego directo existen pocas explicaciones más sobre tal eventualidad. «La señal más clara es cuando observen una luz cegadora o una nube en forma de seta», añade Buitendorp.

PELIGRO BAJO LOS PIES

En plena patrulla se escuchan gritos de socorro. Tres soldados heridos piden auxilio. Acudimos a supurar las heridas. A aplicar los rudimentarios conocimientos sobre cómo atajar hemorragias y tratar estados de shock. Los del pelotón número uno han probado ser enfermeros aventajados, según certifica el sargento de turno. Pero cuando preguntamos al soldado que yace en el suelo el origen de la herida nos damos cuenta del error. Una mina. En nuestra premura por salvarle la vida hemos brincado por todo el campo. Ahora estamos atrapados. Incapaces de desandar nuestros pasos.

«No se hagan ilusiones. Escenas como la película La hija del general no existen. Ni tic ni tac. No hay tiempo para reaccionar. Con cierto tipo de ellas sólo te das cuenta cuando has saltado por los aires». El Ejército estadounidense cree que las minas representan el segundo gran riesgo en esta guerra para los periodistas. El elenco de artefactos es amplio y las opciones nulas, salvo que existan indicaciones. La única recomendación posible es tratar de desandar los pasos. «Traten de tenderse sobre el suelo. Y esperen a los desactivadotes», nos

recomiendan.

BAJO FUEGO ENEMIGO

El viejo helicóptero CH-467 librará su última guerra en Irak antes de ser jubilado definitivamente por el Pentágono y conviene familiarizarse con las formas de abordaje y desembarco. El primer aperitivo de fuego directo lo tenemos nada más descender de él. Hay sonido de granadas y a nuestra izquierda se desata una humareda rojiza. Nos tumbamos sobre la tierra y nos arrastramos hacia la dirección de donde supuestamente vienen los tiros. Es el error más común de los novatos, nos aseguran en el curso express de fuego directo.

No hay que preocuparse. Será muy extraño que el Pentágono asigne a periodistas a unidades pequeñas como escuadrones o pelotones de vanguardia. Pero si se plantea el escenario, los militares recomiendan que «dejemos a los profesionales encargarse de los asaltantes». Pocas pistas más. Especialmente si se cae en manos «hostiles».

«Hay que confundirse con el medio. Tratar de pasar desapercibido y evitar cruzar la mirada con los secuestradores», explica Mary Beth Toole, la aguerrida productora de la NBC que tuvo su bautismo como reportera de guerra en el conflicto del 91.

EL MIEDO

Toole está más preocupada por la logística de los envíos de satélite y por las eventuales trabas del Pentágono que por su vida. «Los iraquíes no son fundamentalistas que odien a las mujeres como en Afganistán».

Willis Witter no tiene problema en reconocer su miedo a estar cerca del frente. El editor de Internacional de The Washington Times es incapaz de sacudirse de la memoria su amarga experiencia en Afganistán. Witter formaba parte del convoy de vehículos asaltados camino de Kabul, en el que murió Julio Fuentes.

«No me aterra este conflicto en sí. Será corto. Quizá el único miedo es que me haga recordar aquella tortuosa carretera entre Pakistán y Afganistán».

«El curso me ha enseñado a pensarme un poco mi oferta. No creo que dé la talla para estar en un batallón de combate», confiesa Matthew Jacobs. El reportero de la sección local de The New York Times se postuló como voluntario y comienza a dar muestra de cierto arrepentimiento. Otro tanto sucede con Jennifer Brown, de Associated Press. La reportera está curtida en ver muertos en salas de ejecuciones de las penitenciarías de Oklahoma, pero cree que ha sido algo inconsciente al saltar al carro de la guerra.

La política de transparencia que ha prometido el Pentágono ha obligado a los periódicos, televisiones y agencias estadounidenses a tirar de su cantera joven e inexperta. La convicción de que se utilizarán armas bacteriológicas ha provocado la deserción de algunos veteranos. «Para la mayor parte de nuestros reporteros en Newsweek será la primera guerra», reconoce Arián Campoflores, reclutado desde la oficina regional en Miami de la revista.

EL DESTINO

El balance entre el temor y la noticia decidirá el destino de los periodistas americanos. Pocos quieren estar presentes en Bagdad cuando la Fuerza Aérea inicie la previsible campaña de bombardeos masivos. «No estaría por nada del mundo. Sadam responderá lanzando armas químicas sobre Israel y este país utilizará la bomba atómica. Lo borrarán del mapa en las primeras 34 horas», pronostica Robert Milford, de CBS radio.

La principal competición entre periodistas y entre los grandes medios es por garantizarse un puesto entre el reducido número disponible en las unidades que atravesarán las primeras la frontera entre Kuwait e Irak. «Estamos intentando meternos en la Infantería, que posiblemente sea la primera en llegar a Bagdad. La gran historia está con nuestros chicos, porque eso es lo que importa al público de este país», explica David Bloom, uno de los reporteros estrella de la NBC. El interés por Bagdad y las posibles víctimas civiles es secundario. «Otra cosa será si Sadam cae», dice.

LA TRAMPA

Es el acto de final de curso. Una representación con luces, focos y cámaras. Para el último día de entrenamiento, el Pentágono invita a más periodistas... Aún. Informadores que informan sobre otros informadores. El reportero de la televisión danesa se empeña en averiguar qué hemos aprendido. Bob Franken, el más descreído de la patrulla, se pregunta si tanto tam tam de guerra no será un gran montaje en el que los franceses hacen de policía bueno y EEUU de detective malo. Si es así, ¿a qué hemos jugado en estos últimos cinco días? ¿A la guerra? ¿O a prestarnos quizá a ser los protagonistas de un largo artículo que haga más creíble la inmediatez de la contienda?

[APOYO]
'Pentagon Productions' presenta...

QUANTICO.- Las órdenes de Rumsfeld son claras: cuantos más periodistas, mejor. El anuncio del Pentágono sobre la puesta en marcha de embedding para reporteros (asignación a unidades de guerra) ha provocado una avalancha sin precedente de demandas para ser incluido en la lista y en los ejercicios previos.

«Es un desafío para el Departamento de Defensa. De alguna manera, es un choque cultural. No sólo estamos confiando en la capacidad de los reporteros para compartir un gran periodo de tiempo sobre el terreno. También estamos inyectando a los comandantes fe en la capacidad de los reporteros para estar presentes sin poner en peligro las misiones», asegura el relaciones públicas de Defensa Bryan Whitman.

Las promesas de transparencia y el amplio grado de soporte logístico han creado no pocas suspicacias. El Pentágono, que asegura querer acabar con la fama generada en la Guerra del Golfo, afirma que el grado de accesibilidad al teatro de operaciones estará en función de los riesgos que los periodistas representen para la misión. En algunas ocasiones tan sólo estarán presentes los periodistas de las llamadas Células Tácticas de Información Conjunta, formadas por fotógrafos, cámaras y reporteros en la nómina de Defensa.

Estos equipos suplen de alguna forma a los pools creados en la guerra del 91, integrados por medios independientes. «Dicen que quieren mejorar la credibilidad del Pentágono, pero

estas células van a cuestionarla aún más», sostiene David Bloom, de la NBC.

En los embedding, los periodistas corren el riesgo de convertirse en mascotas de acompañamiento. Aunque una vez garantizado el puesto a un periodista, éste pasa a titularidad del medio de comunicación, los reemplazos estarán en función del riesgo que representen para la unidad. Todos los gastos corren a cargo del Pentágono.

El Mundo, 9 de febrero de 2003

JUEGOS DE GUERRA

Andrew Jacobs

Algunos periodistas sueñan con cubrir la guerra. Otros se plantean el conflicto armado igual que un bombero se enfrenta a una casa en llamas: es peligroso y desagradable, pero alguien tiene que hacerlo. La mayoría de los periodistas y fotógrafos que aparecieron en febrero en los fríos barracones de hormigón de los marines en Virginia se enmarcaban en la primera categoría. Hombres y mujeres ambiciosos, muchos de ellos jóvenes, periodistas tan cegados por las oportunidades de gloria que eran incapaces de ver el peligro que les esperaba en el desierto. La guerra despuntaba en el horizonte y me sentí el único cobarde entre los que esa mañana de invierno llegaban a Quantico. Ser el único ejemplar de una categoría me hizo sentir verdaderamente solo.

Pero el segundo día, conocí a un español intenso, vibrante y lleno de vida, y mi sensación de estar al margen de todo aquello fue remitiendo gracias a él. Aunque Julio formaba parte de la segunda categoría –aquellos a los que no les entusiasmaba la idea de la batalla pero estaban comprometidos con la búsqueda de la verdad en Irak—compartíamos una mordaz ironía y la sensación de que, en realidad, no encajábamos en el grupo de nuestros colegas ávidos de batalla. También nos acercó el hecho de que ambos éramos new yorkers, vecinos del Village, entregados ciclistas urbanos y treintañeros.

Mientras aprendíamos cómo sobrevivir a un ataque químico, cómo contener el flujo de sangre de un miembro amputado y cómo construir una letrina en una zona de guerra, la risa constante de Julio y sus caras de ganso me ayudaban a seguir tirando. Él y su compañera Mercedes eran como huracanes en Quántico: un gratísimo contraste con las expresiones desganadas de nuestros colegas, muchos de ellos estadounidenses de pequeñas ciudades y publicaciones de segunda, o locutores narcisistas absorbidos en sus propias carreras. Claro que Julio no era todo alegrías y alborozo. Nunca aceptó las explicaciones oficiales durante las sesiones de pregunta-respuesta y parecía no estar impresionado por el show de pericia militar estadounidense de aquella semana.

Una noche, en un intento por escapar de la funesta comida de los marines, nos llevamos a cenar a un apuesto instructor de las fuerzas aéreas a un centro comercial de la zona. En vez de entablar la típica conversación de cortesía, Julio asaltó al anonadado instructor con preguntas sobre las intenciones de Estados Unidos en Irak, la hipocresía de la política exterior americana y la farsa de todo el programa para periodistas empotrados.

Al final de la noche, todos salvo Julio teníamos ardor de estómago. Le encantaban las buenas peleas, las que se luchan con palabras y una sonrisa.

El último día de nuestro entrenamiento, tras una marcha agotadora, acabamos enzarzados en una inofensiva guerra de bolas de nieve. De un lado estaban los marines, del otro, la prensa. Julio y yo, sin embargo, simplemente nos apartamos un poco, viendo las bolas volar mientras intercambiábamos comentarios sarcásticos. Ya estaba bien de tanto intercambio amoroso entre los militares y la prensa; estábamos impacientes por volver a la vida que nos esperaba en Nueva York.

Pero la imprevista nevada de la noche anterior había hecho estragos en los aeropuertos y

amenazaba con prolongar nuestra estancia en la capital. Como no estábamos dispuestos a demorar más la vuelta a casa, nos pusimos de camino a la estación de Union Station, en Washington. Mientras esperábamos a que llegase el tren, sacamos nuestros portátiles y empezamos a escribir nuestras impresiones sobre la semana. Una vez a bordo, comparamos nuestras vidas en Nueva York: nuestros sitios favoritos para salir, nuestros círculos de amigos y aquellos días inolvidables tras el 11 de septiembre, cuando ambos cubrimos la desolación a golpe de bicicleta y vivimos con el olor persistente a plástico quemado.

Una vez en Nueva York me empezó a preocupar cada vez más lo que parecía ser una guerra inminente. Tenía pesadillas con el gas nervioso y balas capaces de perforar el acero. Tenía siempre el estómago hecho un nudo. Pocas semanas antes de que comenzara la campaña estadounidense de "Conmoción y Espanto", le comenté a mi redactor-jefe que me conformaría con cubrir el conflicto desde Arabia Saudí o desde un portaaviones en el golfo. "No necesito estar en primera línea", dije con una media sonrisa.

Después, ese mismo día, Julio me llamó para contarme que salía para Kuwait. Sólo gracias a su delirante persistencia consiguió que el Pentágono le diese una plaza entre los empotrados.

Un par de noches después se pasó por mi casa para tomar algo. Nos reímos de cómo él y Mercedes habían vuelto a Washington, emboscado a un delegado de prensa del ejército y exigido un asiento de primera fila en la guerra. Estaba repleto de entusiasmo, aunque calladamente ensombrecido por el horror. "Compré el último Kevlar en Nueva York", dijo, refiriéndose al casco que se llevaba a la guerra. No te preocupes, le dije, probablemente te pasarás toda la guerra en el Hilton de Kuwait.

Por supuesto, Julio no se habría contentado con ver la guerra desde la habitación de un hotel. Aquella noche nevaba en Nueva York y Julio llegaba tarde a un encuentro con un grupo de amigos en el bajo Manhattan. Le acompañé a la Avenida A y nos despedimos. "Llámame desde el Hilton en Kuwait", le grité al marcharme. Al final, yo nunca llegué a ir a Irak y Julio no se quedó mucho tiempo en el Hilton.

Andrew Jacobs, The New York Times.

HABLA EL HOMBRE QUE CONQUISTARA EL SUR DE IRAK / GENERAL BUFORD C. BLOUNT / Cdte. de la 3a División de Infantería de EEUU

«Nuestra misión es cambiar el régimen, poner fin a un gobierno dictatorial»

JULIO A. PARRADO. KUWAIT. Enviado especial

Como comandante de la Tercera División de Infantería del Ejército de Tierra, el general Buford C. Blount recibirá, en caso de guerra, las órdenes de conquistar todo el sur del país, hasta Bagdad. Para ello, supervisa una fuerza de más de 20.000 hombres formada por tres brigadas de combate. Con los periodistas que se integrarán en esa unidad, Blount comentó los detalles de la operación bélica.

-¿Cuál es el fin de la misión de la Tercera División de Infantería?

-El objetivo es el cambio de régimen, poner fin a un gobierno dictatorial. También asegurarnos del control de las armas de destrucción masiva y participar en el proceso de estabilización del país.

De las ciudades de lona de Nueva York o Filadelfia apenas quedan huellas en la arena. Los más de 20.000 efectivos al mando del general Buford C. Blount tardaron unas pocas horas en desmantelarlas para instalarse de forma provisional en un área indeterminada del desierto kuwaití. La rapidez de la mudanza es otro síntoma de que el Día D está a la vuelta de la esquina.

Según Blount, se trataba de «hacer espacio para las nuevas unidades» que no paran de desembarcar en este pequeño emirato, que se ha convertido en una enorme base militar de EEUU y Gran Bretaña.

-¿Le preocupa el excesivo calor al que pueden enfrentarse sus hombres?

-Creo que es peor para el enemigo que para nosotros. La división lleva años realizando ejercicios rotatorios en el verano y estamos preparados, pero indiscutiblemente me hubiera gustado desarrollar la campaña en condiciones más frías.

-¿Afectará la luna a la hora de invadir o a las operaciones?

-No. En realidad preferimos combatir por la noche. Contamos con equipos termales que facilitan la visión de los que carece el enemigo. La oscuridad supone una gran ventaja.

-¿Qué es lo que más le preocupa entonces?

-Algunos aspectos de Inteligencia, especialmente que los planes no sean avanzados antes de tiempo y se hagan públicos.

El Pentágono también ha creado planes de contingencia para utilizar Kuwait como base de la ocupación del norte de Irak.

Desde el emirato partirían fuerzas de infantería ligera compuestas por miembros de la División Aerotransportada 101a y las brigadas aerotransportadas 173 y 82.

-¿Como afrontarán un ataque con armas bioquímicas?

-Las tropas han recibido un entrenamiento exhaustivo. Están dotadas con trajes y máscaras. Esperemos que el enemigo no las use.

-La operación no para de retrasarse. ¿Cómo está afectando a la moral de la tropa en medio del desierto?

-Están en condiciones estupendas. Los mantenemos ocupados, para que se sientan

productivos. Lo importante es mantener alto el nivel de actividad.

Los militares estadounidenses presentes en Kuwait no pronostican una larga espera en el desierto una vez comience el blitz aéreo, que tratará de inutilizar las baterías antiaéreas y los sistemas de comunicación iraquíes. La entrada de los tanques en territorio enemigo ocurriría en cuestión de horas y no días.

-La realidad del combate en Irak puede ser más compleja que luchar contra un solo ejército. Hay tribus y facciones. ¿Están preparados sus soldados para distinguir entre ellos?

-Realmente no. Saben que existen diferencias políticas entre chiíes del sur y los suníes del centro y distinguen entre los uniformes del Ejército regular y de la Guardia Republicana, pero fuera de esto poco más.

El Mundo, 9 de marzo de 2003

¡Que todos los Patriots nos protejan!

Los kuwaitíes no tienen medios para evitar los agentes químicos y confían en que los misiles de EEUU intercepten a los Scud

JULIO A. PARRADO. KUWAIT. Enviado especial

En el supermercado Sultán los tienen apilados junto a la sección de frutas y verduras. Por cinco dinares, cualquier kuwaití puede llevarse a casa estos días un traje AGM micromax de protección frente a agentes químicos.

En esta ciudad contaminada por los rumores de una guerra inmediata, el principal temor es que los iraquíes se venguen en cualquier momento valiéndose de un misil Scud de sus vecinos del sur, que tan gustosamente dan cobijo a las tropas americanas y británicas.

El otro escenario posible es el de un ataque terrorista con armas de destrucción masiva a cargo de los simpatizantes radicales con los que cuenta Al Qaeda dentro del pequeño emirato.

Pese a la creciente sensación de alarma entre el público, el AGM de supermercado -que fue atuendo estrella de la crisis del chapapote- es la única protección con la que cuentan los kuwaitíes.

Kuwait no es Israel. Aunque el emirato le supere en riqueza, las autoridades no han dispuesto de planes para dotar a toda la población (algo menos de dos millones) de máscaras antigás.

«Los israelíes son un pueblo militarizado. Sería demasiado difícil dotar a la población de este país de equipos y adiestrarla», asegura el coronel Fahel Al- Shargahoui, encargado de la protección civil en la provincia de Hawali, un área suburbana de la capital superpoblada y sede de las principales embajadas, hospitales y centros comerciales. «¿Para qué comprar esos trajes de supermercado? Son como coladores», apostilla su asesor.

Al-Shargahoui preside su centro de comando con un dramatismo más teatral que real. Desde el escenario de un teatro escolar sobre el que penden mallas de camuflaje militar, presume de coordinar desde hace seis meses cuatro ministerios para ejecutar planes de evacuación y cuarentena.

Asegura que en las inmediaciones cuenta hasta de un refugio C-3 con capacidad para 1.400 personas a prueba de bombas.

«Los NBQ [trajes especiales] son para la primera respuesta. Además son demasiado caros», insiste.

A cara descubierta

Mientras los militares estadounidenses no se desprenden ni en la ciudad de su máscara, los kuwaitíes siguen a cara descubierta.

«Es imperdonable. El Gobierno no ha creado los suficientes planes de contingencia para

un ataque de este tipo», se queja el médico Ahmed Delanci. «¿Refugios? ¡Apenas un par de ellos públicos!».

Al coronel Al-Shargahoui no parece inquietarle que, en 1991, Irak alcanzase con varias decenas de Scud Israel y Arabia Saudí.Y entonces los riesgos de que Sadam recurriese a su arsenal bioquímico eran más inciertos que ahora.

Desde sus alturas escénicas, el veterano policía pone su fe en dos pilares: el Divino y «en nuestros aliados, que por supuesto nos nos faltan».

Aunque, formalmente, la defensa del territorio kuwaití está al 100% en manos de un Ejército que se ha armado fuertemente en estos últimos años, el Gobierno kuwaití cree que los militares que acampan al norte de su país son los verdaderos ángeles de la guarda.

El Pentágono espera inutilizar los Scud en las primeras horas de la invasión a través de bombardeos apoyados en operaciones de las fuerzas especiales.

La otra baza es el sistema de misiles de carro PAC-3, que supuestamente golpean a muerte. Se trata de un cruce entre los Patriots y los Predators, que ha funcionado bien en los ensayos, pero cuya efectividad está por ver en el campo de batalla.

Para calmar la ansiedad, el Gobierno kuwaití se ha traído esta semana a 400 checos especialistas en guerra bioquímica.

El Gobierno ucraniano también ha recibido la llamada de auxilio del emirato para enviar otros 500 efectivos.

La próxima semana comenzarán las patrullas en las calles. El Gobierno también ha prometido llevar a cabo «cursillos en coordinación con las fuerzas aliadas».

El escenario más real es que el golpe bioquímico sea perpetrado desde el interior de las fronteras.

Después de tres ataques contra sus efectivos, los estadounidenses han constatado que las calles del país anfitrión no son tan seguras y sus militares se dejan ver muy rara vez entre la población.

El país cuenta con bastantes armas ilegales -vestigios de la invasión del 90- para armar a manos llenas a un grupo terrorista.

Detenidos

La semana pasada, el Gobierno informó de la detención de una nueva célula compuesta por cuatro kuwaitíes y un extranjero.

Los informes de los servicios de Inteligencia norteamericanos que han detectado una creciente actividad sospechosa dentro de Kuwait se han reflejado en una creciente militarización de las calles de Kuwait.

Además de las calles cortadas junto a las instalaciones oficiales, el Ejército nacional custodia los cinco centros hoteleros donde se albergan la mayor parte de los occidentales, especialmente el Sheraton.

El veterano hotel, que exhibe en sus paredes fotografías del martirio y el saqueo al que fue sometido durante la invasión, tiene los accesos cortados parcialmente restringidos, pero el

grueso de la vigilancia se centra en el Hilton, donde el Pentágono ha establecido su centro de prensa.

«Se trata de curarnos en salud. Porque ni en sueños van a tocarnos los iraquíes», afirma el coronel Al-Shargahoui. «Nueva York, a las 11 de la noche, es más peligroso que esta ciudad».

El Mundo, 10 de marzo de 2003

TESTIGO DIRECTO / KUWAIT CITY

Normas para una boda (bélica)

Más de 600 periodistas se despiden de la soltería informativa para integrarse en las tropas estadounidenses que entrarán en Bagdad / Las restricciones incluyen que no podrán hablar con heridos y detenidos

JULIO A. PARRADO

Para irse a la cama con los soldados estadounidenses hay 50 reglas precisas e inquebrantables. A la mínima falta, expulsión del catre y se acabó la luna de miel entre el periodista y el militar. Ni revistas pornográficas ni alcohol para recalentar el ardor guerrero en las tiendas del desierto. Armas de fuego personales, fuera de lugar. Que estaremos en guerra, pero esto no es Texas.

La exhaustiva normativa nos la explican a puerta cerrada, en un encuentro -en su mayor parte off the record- los comandantes de la Tercera División de Infantería, la roca del Marne. El acuerdo prenupcial con nuestros futuros partenaires se sella con rúbrica de testigo incluida en un salón de actos del lujoso Hilton, junto a las playas del Golfo Pérsico.

Se trata de una boda masiva entre casi 90 periodistas y militares, que nos confirma como reporteros embedded, el enrevesado término que ha buscado el Pentágono para esta unión con la prensa, algo que no sucedía desde la Guerra de Vietnam. Literalmente, significa «empotrado», pero la prensa americana ha jugado con el término (bed es cama en inglés) y, más que en el armario, bromean con que el Departamento de Defensa nos ha metido en un lecho atractivo, pero con truco.

En total, somos más de 600 los periodistas que estos días nos hemos despedido de la soltería informativa a base de mucha burocracia, y estamos listos para incorporarnos hoy mismo con la tropa que tiene la intención de llegar a las puertas del mismísimo palacio presidencial de Sadam Husein.

Así, en Kuwait ya circulan dos tipos de periodistas, los embedados y el resto (más de 4.000 que hacen cola). Pero nadie está seguro de quién es el verdadero agraciado. «Temo quedarme tirado en medio del desierto vigilando un pozo de petróleo y perderme toda la guerra», confiesa Rob, un veterano de guerra de CBS Radio que mira todo este experimento nupcial con marcado escepticismo. Porque éste es un matrimonio de los de antes. Sin divorcio que valga. Hasta que la muerte de esta misión nos separe. Seguiremos el destino de nuestra unidad, para bien o para mal. Le toque acción o preparar letrinas. Los militares se han quedado en posesión «temporal» de nuestros pasaportes para arreglar el problema de la extensión de nuestros visados kuwaitíes. Algunos informadores se han sentido ultrajados por la demanda y han rehusado la invitación, aunque se arriesguen a no poder regresar a territorio kuwaití.

Los informadores que han conservado su independencia fuera del embedding sí podrán moverse a sus anchas. Eso sí, no serán los primeros en enterarse cuando los tanques se metan en territorio iraquí. Pero es escaso consuelo: en el punto sexto del Acuerdo de Reglas de Campo se deja claro que «se pueden imponer embargos para proteger la seguridad

operacional». El Ejército ha reclamado nuestros números de identificación de los teléfonos de satélite, despertando no pocas suspicacias.

Es sólo la primera de una larga lista de restricciones informativas que incluyen la prohibición de tomar fotos de soldados estadounidenses «identificables». Y no bastarán nuestros propios ojos para confirmar las bajas. Todo dato tendrá que ser contrastado con el superior inmediato. Hospitales de campaña, heridos, detenidos estarán fuera de nuestro alcance y las cifras exactas de tropas, aviones o barcos son material clasificado.

«¿Tanto sacrificio para esto?», se queja uno de los pocos informadores europeos admitidos en el lecho de guerra. Porque ha habido que demostrar que se está a la altura, pasando un entrenamiento previo, y que damos la talla, especialmente la del pesado y caluroso traje bioquímico NBQ y la máscara de gas que, finalmente, llegaron el sábado. «A partir de ahora su máscara será su compañera inseparable», nos advierten.

También hemos pasado la prueba de la vacuna de la viruela y el ántrax. El pinchazo en sí, ha sido lo de menos. El seminario sobre los efectos devastadores de la viruela fue una verdadera arma de destrucción masiva. Un buen número de consortes de guerra se ha resistido a la inoculación.

Medidos, pesados, vacunados, adoctrinados, hoy será nuestra primera noche de bodas. Unos parten llenos de pesimismo. Otros, como periodista radiofónico Gareth Schweiter, cruzan los dedos para que éste sea, en definitiva, como todos los matrimonios. «No tendrán tiempo de controlarnos todo el tiempo. Podremos escurrirnos de vez en cuando», aventura.

El Mundo, 11 de marzo de 2003

Las almas de Bush contra Babilonia

Mientras esperan su sacrificio por la patria, los soldados de Estados Unidos destacados en el norte de Kuwait se refugian en la religión antes de la ofensiva

JULIO A. PARRADO /
CAMP NEW YORK (KUWAIT). Enviado especial

El teniente Crawford entona un gospel con toda su devoción sureña.«Dios protégenos», canta junto al búnker 13. Durante una hora este es el improvisado altar del Batallón 103 de Intendencia.«Tres imperios bíblicos se asentaron en el actual Irak. Los tres fueron derrotados por los Ejércitos del Señor», recuerda el capitán Lynch antes de leer un salmo. «Babilonía caerá de nuevo», promete Biblia en mano.

Temerosos de enfrentarse a un inminente apocalipsis bioquímico, muchas de las almas guerreras del presidente Bush tratan de espantar el miedo en la compañía de Dios. Misas, reuniones de oración y discusión bíblica, encuentros con el rabino y con el imam cargan la munición espiritual de estos soldados en espera.

La fiebre espiritual que barre los campamentos tiene un nombre: religión de trinchera. «De repente estos chicos que apenas han salido de la secundaria y que no han visto un muerto en su vida se enfrentan por vez primera a la inmortalidad. La necesidad de creer es enorme», explica el capellán Matt Thompson.

El padre Michael Albano se pasa los siete días de la semana con el casco y la chaqueta metálica verde oliva a cuestas entre las decenas de campamentos y asentamientos diseminados al sur de la frontera iraquí. Con suerte, mañana otro párroco católico se sumara a los seis que el Ejército de Tierra tiene asignados al «teatro de operaciones». «No doy abasto. He tenido que buscar entre la tropa a asistentes eclesiásticos a los que he dado potestad para oficiar sesiones de oración y dar la comunión», explica el joven cura filipino. La misa del sábado no pudo celebrarse en la capilla multiconfesional y los más de 70 asistentes se han congregado en la tienda-comedor.

El dilema del soldado

«Nunca he sido un católico perfecto, pero con esta espera tan larga y tanto tiempo libre no tendría perdón si no voy a misa», afirma Arón Magan. Como capitán de la 101 Aerotransportad afrontará a buen seguro el combate cuerpo a cuerpo en las calles de Bagdad. Como católico libra ya su propia batalla interna. «No sé como reconciliar lo que dice el Papa con mi deber de soldado. No me importaría quedarme otro año en este desierto si el conflicto se solucionase de manera pacífica».

Ni los capellanes se ponen de acuerdo sobre la justicia de esta guerra. «Discutimos entre nosotros por e-mail. Yo no lo tengo tan claro», asegura Matt

Thompson de la Iglesia Metodista, la misma a la que pertenece el presidente Bush.

El Papa asegura que la guerra es la última opción. Luego solo cabe confiar en que los políticos tomen la decisión justa. Estos chicos irán a la guerra de todas formas. Lo importante a este punto es lograr reconfortarlos. Y me preocupa que muchos no puedan tener un sacerdote cerca», dice Albino. Además de la avalancha de misas y confesiones, la espera en el

desierto ha despertado una ola de conversiones. Albino tiene una lista de espera en diferentes campos, con un catecismo como guía. Pero el proceso que exige la Iglesia Católica para las conversiones dura al menos dos meses. «Tengo miedo que para abril sea demasiado tarde para muchos de ellos».

Las congregaciones protestantes y evangélicas si han puesto en marcha conversiones express. Hasta 20 personas han pasado por la pilas bautismales en un sólo día. Muchos soldados ajustaron sus cuentas con Dios antes de partir e incluyeron el bautismo en su lista de asuntos a arreglar, como el matrimonio o la conservación de esperma.

Dice el capellán Thompson que esta religiosidad es una muestra de que el americano es un Ejército espiritual. En pleno corazón del Islam, el Pentágono evita que sus huestes sean vistas como las tropas de Cristo. La Casa Blanca ya tuvo bastantes conflictos con el desliz de Bush de usar, en el 2001, la palabra «cruzada».Pero es un Ejército de militancia cristiana. Todos las ruedas de prensa a las que ha asistido este corresponsal terminan con un salmo o un pensamiento de los evangelios. En los manuales bíblicos que inundan los comedores se escribe bien claro en negrita: «El Cristianismo está basado en el amor... Otras religiones en el miedo». Pero en Camp New York, es el miedo el que genera la fe.

El Mundo, 17 de marzo de 2003

Mamá se fue a la guerra

Estados Unidos ha acelerado la incorporación de mujeres a sus filas, que hoy alcanza el 16%

JULIO A. PARRADO.
CAMP NEW YORK (KUWAIT). Enviado especial

La teniente coronel Bruno mantiene la sonrisa de la tropa. Es una perfeccionista cuando se trata de arreglar dentaduras. Es casi una madre con los pacientes indefensos que se reclinan en la silla de operaciones sin dejar de agarrar el fusil M-16. Pero cuando habla, incluso con su dulce acento español aprendido en México, está claro que es capaz de arrancar la última muela a Sadam Husein. Sería una de las soldados más felices en esta campaña bélica.

Sus alicates no llegarán a tiempo a Bagdad, para su desgracia. Sus colegas varones se encargarán de la tarea. Pese a estar dentro de una fuerza de Infantería y de ser una de las mujeres de mayor graduación en toda la Tercera División, lo más cerca que verá el frente será, previsiblemente, a 20 kilómetros. Aunque el Ejército de Tierra de Estados Unidos ha sido el que más rápido ha integrado a la mujer en sus filas, aún les prohíbe participar en la primera línea de batalla. Aun así, la guerra que ahora parece inminente es, posiblemente, la que cuente con más mujeres de toda la historia, por encima de las 42 que intervinieron en la Guerra del Golfo.

En los batallones de Intendencia y Logística, o a bordo de helicópteros, como pilotos, la presencia de soldados, cabos y capitanes femeninos es a veces abrumadora. Algunas están asignadas incluso en unidades de apoyo en Caballería y pisarán Irak antes que la mayor parte de los hombres. De los casi 20.000 soldados de la Tercera, 1.586 son mujeres. Entre ellas, la coronel Woods, el oficial femenino de mayor graduación de todas las operaciones terrestres.

«Hemos progresado mucho desde mi incorporación al Ejército hace 17 años, pero aún nos queda espacio por recorrer. Tengo 45 años y estoy vieja para entrar en acción, pero conozco mujeres jóvenes perfectamente capacitadas físicamente», explica Bruno. En su clínica dental ambulante ha constatado la reacción de hombres y mujeres ante el dolor. «No hay duda de que tenemos más capacidad de resistencia».

Hace 13 años, en este mismo escenario, las mujeres probaron su valía. Dieciséis murieron y dos fueron hechas prisioneras. El Pentágono abrió más las puertas y hoy son el 16% de la fuerza total.

La lugarteniente no duda en que hay que acabar con Sadam antes de que él acabe con nosotros. No está hecha para los discursos medidamente políticos de otros comandantes. «Estoy orgullosa de estar en esta batalla. Estuve enferma, pero no estaba dispuesta a que nadie tomase mi posición». No miente. Está orgullosa de continuar la carrera del padre, un militar de Infantería, veterano de la II Guerra Mundial.

La vocación de Bruno no es, sin embargo, la razón principal por la que las tropas de Tierra se han llenado de mujeres. La estabilidad económica y las becas universitarias son un atractivo para mujeres, especialmente de bajos recursos y procedentes de minorías.

La teniente segundo Bayne no pone pegas si se la llama por su apodo, Nikki, como en casa,

en Lousiana («que no son nueve horas, son más de 18 horas de vuelo», puntualiza). Acaricia su rifle de asalto casi con la misma ternura con la que abrazaría a su hijo de cuatro años, Paris. Bayne cumple hoy 26 años y espera que todas estas semanas de despliegue en el desierto le permitan finalmente la independencia financiera para criar a Paris sin la ayuda de su madre. «Tengo ya 10.000 dólares ahorrados. Espero poder volver pronto a casa».

La presencia de madres solteras es llamativa en los campamentos de Kuwait. Algunas, como la cabo Flescher, 22 años, dejaron a sus bebés mientras aún les daban el pecho. «Quería ser trabajadora social y necesitaba dinero». Su matrícula la paga trabajando en una unidad médica que irá al frente. Cuando dejó Estados Unidos, Brianna tenía tres meses. Cuando regrese, si todo se ajusta a los optimistas planes de los generales, ocho. A la hora del despliegue, su estatus no es una excusa. Cualquier medida de favoritismo hacia ellas sería discriminatoria frente a los padres solteros que se encuentran en filas.

Aunque la respuesta es siempre la oficial («servir al presidente de EEUU es mi misión»), Nikki duda en si quizá el precio de su independencia es demasiado alto. Hasta Paris sabe quién es Bin Laden y de lo que es capaz. La perspectiva de las armas biológicas la aterra. También teme perder a su novio, que la espera en Texas.«Los hijos son para toda la vida, pero no los esposos».

Las condiciones de vida en los campos pasan factura, especialmente para algunas soldados rasos, que nunca imaginaron que la matrícula universitaria implicaría entrar en batalla.

La estrecha convivencia crea conflictos para los comandantes. Los que dan lugar a más anécdotas son las duchas. Los que generan más problemas son los embarazos. En los últimos dos meses, se han reportado varios casos, pero los responsables de la Tercera División tratan este asunto casi como materia reservada, un tema en apariencia incómodo para el Ejército de EEUU.

Cualquier soldado es capaz de indicar las potenciales áreas de recreo en esta planicie polvorienta. De algunos, se sospecha que son vías de escape. «No entiendo realmente cómo esas mujeres son capaces de llegar a tanto para salir de aquí. Si se quedan embarazadas debe ser por inconsciencia, porque tienen toda la formación y todos los medios anticonceptivos».

El despliegue de mujeres es especialmente conflictivo en la conservadora región del Golfo, aunque en Kuwait las restricciones son menores que en Arabia Saudí. En todo caso, una vez en Irak, será diferente, porque no tendrán que guardar tanto respeto con ningún huésped.

La presencia de mujeres en las tropas de ocupación puede ser un choque en el sur del país, dominado por la comunidad chií, más religiosa y conservadora. Tras visitar Mauritania, Bruno ha perdido miedo a las actitudes de los musulmanes. «No sé si me tratarán diferente en Irak, pero si lo hacen espero que sea porque soy americana y militar. No por ser mujer».

El Mundo, 18 de marzo de 2003

EEUU en posición de ataque

Tras cumplirse el ultimátum, la Casa Blanca dice que Bush «escogerá el momento para atacar» mientras sus tropas se despliegan en la frontera con Irak / Blindados y tropas de infantería estadounidenses se despliegan al borde mismo de la frontera con Irak, a la espera de la orden para iniciar la invasión / El Parlamento iraquí promete a Sadam que le seguirá 'hasta el martirio' y Tarek Aziz aparece en televisión tras difundirse que había sido asesinado al huir de Bagdad / Kofi Annan advierte a EEUU y Reino Unido que son responsables de la suerte de los civiles iraquíes y afirma que 'a corto plazo el conflicto sólo va a empeorar las cosas'

JULIO A. PARRADO.
SEGUNDA BRIGADA (KUWAIT). Enviado especial

Aparecieron inesperadamente. Apenas dibujados entre la tormenta de arena que arreciaba ayer, a primera hora de la mañana, en el desierto de Kuwait. Si hubiésemos arrancado tan sólo 30 segundos antes, el sargento Zapata no habría tenido mucho tiempo para reaccionar. «¿De dónde demonios han salido? ¿Nos habían avisado?».

Primero fue un Abrams. Los estallaminas delanteros ampliaban las dimensiones del impresionante tanque que formará la primera línea de ataque contra Irak. Le siguieron varios Bradleys (M2).Más tarde, un Paladin, la pieza estrella de la artillería del Ejército de Tierra de EEUU.

El interminable convoy de la Segunda Brigada de Infantería se había puesto en marcha. Iba a liderar el camino hacia nuestro nuevo destino: Posición de ataque, algún punto indeterminado (y no revelable de todos modos) en el norte de Kuwait.

La espera de semanas en las llamadas Areas Tácticas -asentamientos sin apenas infraestructura- terminaron el martes para la Primera División de Marines y la Tercera de Infantería del Ejército, dos de las fuerzas principales que estaban acantonadas en las inhóspitas tierras del emirato. Los infantes de marina comenzaron el mismo día. Los de tierra, al alba del miércoles, tras la reunión del Comando Central de la División.

«Con este tiempo, no podremos marchar a toda la velocidad que podríamos», advertía el coronel Williams, el comandante del área de logística de la Segunda Brigada de Combate, al que le preocupaba que la primera baja de su tropa se produjese a este lado de la frontera, en un estúpido accidente de tráfico.

Sus más de 400 hombres habían desmantelado el asentamiento con una celeridad metódica la tarde anterior. Tan sólo dejaron fuera los camastros para dormir al raso, pero a una prudente distancia del suelo, para evitar alacranes y serpientes. Durmieron a la luz de la luna y de las múltiples fogatas de basureros y letrinas. Porque la última operación antes de la partida fue recoger hasta la última bolsa de MRE (las comidas precocinadas). El general Weber es exigente cuando se trata de la limpieza de sus brigadas: «Siempre eres recordado por lo que dejas atrás», asegura.

El trayecto hasta el punto que ayer nos situó a un tiro de piedra de Irak se hizo más largo de lo previsto no sólo por la imparable ventisca. Las rutas, visibles realmente sólo en mapas

militares, registraron una previsible congestión. Pese a que en general se trata de un desierto de suelo firme, los bancos de arena son inevitables.

Los meteorólogos han pronosticado vientos más suaves para los próximos días, lo que asentará la incómoda arena del desierto. Pese a que los mandos militares aseguran que esta tormenta no limitará los desplazamientos de los vehículos ni de los soldados que se aproximan a la frontera con Irak, otros oficiales del Ejército estadounidense citados por la agencia Reuters sostienen que la mala climatología puede estropear equipos militares, desde ordenadores hasta motores de helicópteros y cañones de artillería.

Los estrategas de la División insisten públicamente en que nos «sorprenderá» la rapidez con la que se moverán las tropas en las primeras horas. Tras la experiencia de ayer es difícil de imaginar cómo los Abrams serán capaces de mantener su velocidad de crucero de 35 kilómetros la hora sin dejar demasiado atrás a las unidades logísticas.

Atravesar la porosa frontera desértica entre Kuwait e Irak no será ningún obstáculo. Alrededor de una veintena de puntos serán atravesados por la caballería y los infantes de marina en las primeras horas.

Algunos puntos de entrada corresponden a las puertas de la frontera controladas hasta ahora por la misión de pacificación de la ONU entre Irak y Kuwait. El resto será abierto por las divisiones de ingenieros, que han practicado estas semanas en el campamento con montículos de tierra. Una vez entre el grueso de las fuerzas, las vallas metálicas serán selladas y volverá a restaurarse la larga muralla de arena para calmar la ansiedad de los kuwaitíes, que temen una avalancha de refugiados.

El optimismo de militares como Weber, que en la operación Tormenta del Desierto llegaron hasta 230 kilómetros dentro de Irak, denota su confianza en que las rendiciones dentro del Ejército regular iraquí, al que Sadam ha colocado en el sur del país, serán masivas. Sin ir más lejos, fuentes norteamericanas informaron ayer de que 17 soldados iraquíes les entregaron sus armas en la frontera.

La única preocupación son algunas baterías de Scud, que podrían ser utilizadas para lanzar armas bioquímicas en una primera fase del ataque americano, algo que hasta hace poco no era un escenario tan plausible.

«De todas formas, cuando entremos se habrá producido un masiva campaña de bombardeos aéreos que habrá dañado mortalmente muchas divisiones», asegura Weber. Según este general, la campaña aérea durará una décima parte respecto a la Guerra del Golfo, «pero será cuatro veces más intensa». Según los cálculos, serán unas 72 horas.

Tras el inicio del llamado Día A (ataque aéreo), el comienzo del Día G (tropas de tierra) puede llevarse a cabo en cualquier momento, sin necesidad de que cese el fuego aéreo.

Hasta que llegue esa hora, en el nuevo Punto de Combate, los soldados de la Segunda Brigada sólo tendrán que esperar. Anoche nos fuimos al camastro con la vista puesta en el cielo, esperando la lluvia de Tomahawks.

El Mundo, 20 de marzo de 2003

Mercedes Gallego

Pocas veces un asiento en business class

ha sido tan agradecido. Cuando la empleada del aeropuerto Kennedy de Nueva York me mostró el billete se me iluminó la cara, y tan pronto como tuve a tiro el asiento me desplomé sobre él, rendida por el estrés y la contrarreloj de quien se prepara para ir a la guerra, que no es cualquier cosa.

Tenía por delante 15 horas de viaje con escala en Alemania, donde volvería a reencontrarme con Julio para seguir juntos hasta Kuwait. La prensa estadounidense llevaba allí casi un mes esperando a que llegase el momento de incorporarse a las unidades del ejército que le habían tocado. Desde enero tenían preparadas las máscaras de gas, los chalecos antibalas y hasta los trajes bioquímicos, comprados por sus medios de comunicación en un afán de reafirmar su independencia.

En NBC, por ejemplo, los chalecos azules con el letrero de 'Press' habían llegado directamente de Jerusalén, donde las fábricas israelíes saben bien cuán poco vale la vida de un periodista. Las gruesas placas de cerámicas de máxima seguridad venían forradas de kevlar hasta el cuello, para no dejar ni un resquicio a la suerte. Llegaron por contenedores, y aunque los revisé cuidadosamente, angustiada ante la imposibilidad de encontrar uno de mi talla, los deseché convencida de que la penuria de arrastrarme en uno de ellos por todo el desierto sería peor que morir de la sexta ráfaga de bala, que es lo que aguantan. Dentro me sentía como un caballero medieval en una armadura de hierro, sabiendo que no habría quien me ayudase a subir al caballo, con la mochila a la espalda.

A Julio, tan fornido a fuerza de echar horas de gimnasio, podía haberle quedado bien, pero lo rechazó sin pensárselo, seguro de que el periódico le tenía uno preparado en Madrid. Esa también era una de las muchas excusas con las que intentó arrastrarme con él a esa parada de emergencia en España antes de partir para el Golfo Pérsico, pero estaba segura de que en el almacén de mi periódico no encontraría ningún chaleco antibalas con placas de cerámica.

Teníamos sólo siete días contados para reunir la minuciosa lista de supervivencia que nos había proporcionado el Pentágono, además de todos los trámites para misiones imposibles, como la de conseguir visado para Kuwait o una habitación de hotel en la capital tomada por la 'coalición'

anglosajona y los medios de todo el mundo. Y aún así, a Julio se le había metido en la cabeza pasar por España. Ninguno de los muchos argumentos que esgrimió para que no separáramos nuestros pasos ni por tres días logró convencerme, porque la verdad es que sus motivos era mucho más profundos y personales de lo que quería aparentar. Tanto, que ni él mismo se hubiera atrevido a formularlos en voz alta.

No había sido capaz de decirle a su madre en lo que se metía, y quería hacerlo en persona. Había, entre otras cosas, que despedirse de la familia y de los amigos, a los que se esforzó casi

obsesivamente en ver a contrarreloj, como si fuera la última oportunidad que fuera a tener en la vida. Poco podían éstos imaginar la angustia que se escondía tras su compulsivo "¡Me voy a la guerra!" , cargado de ansiedades y emociones.

La verdad es que el día que al fin habíamos salimos del Pentágono con la inesperada noticia de haber conseguido la plaza, nos temblaron las piernas. Habíamos llevado la batalla tan lejos que era demasiado tarde para dar marcha atrás, comprendimos en ese momento. Sentí la realidad de lo que nos esperaba como si el vacío se abriese bajo mis pies, y me tocó pensarlo fríamente. Recuerdo haber sentido un helor en el cuerpo que me recorrió de arriba a abajo la espina dorsal como un escalofrío. Me invadió un halo de irrealidad, como si no pudiera creerme que aquello nos estuviese pasando a nosotros. Julio, de hecho, no quiso creérselo. Se negó en redondo a dar crédito a las palabras del mayor Blair que, por órdenes de su jefe, el coronel De Frank, nos acababa de adjudicar una plaza a cada uno. "Vuelvan a Nueva York y les mandaré un e-mail con los detalles", prometió. Pero Julio decidió no darle un ápice de credibilidad hasta que lo viese por escrito. Así fue como mi periódico supo de la exclusiva plaza que habíamos obtenido 24 horas antes que el suyo, porque hasta que no tuvo el e-mail en la mano y hubo desguazada minuciosamente las cuatro frases que contenía no quiso aceptar nuestro destino.

Antes, el Pentágono lo hacía por telegrama, y ahora por correo electrónico, pero la recepción de uno de esos mensajes sigue desencadenando un torrente de ansiedades y pasiones. Desde ese momento no tuvimos un minuto de paz. Apenas dormimos ni comimos y aunque unimos fuerzas con una eficacia encomiable, cuando nos encontramos al fin en aquel asiento de business class en Frankfurt, teníamos la sensación de haber llegado al día del examen final con el temario a medias.

La sobredosis de adrenalina me había dejado pegada al asiento del avión hacía ya siete horas, vencida por el cansancio, pero Julio aún no había tenido tiempo de aterrizar. Se me unió en el trasbordo nervioso e indignado, seguro de que Spanair no iba a ser capaz de enlazar su equipaje con aquel vuelo de Lufthansa que nos llevaría hasta la frontera de la civilización. Una más de las premoniciones que habría de cumplirse con fatalismo en aquel viaje. Habíamos puesto tanto trabajo en juntar aquél petate que no podíamos permitirnos el lujo de perderlo, aunque sólo fuera porque de él dependerían nuestras vidas en los próximos meses.

Nada de eso había servido con los funcionarios de Spanair en Madrid, a los que Julio trató de convencer de que le permitieran llevar consigo la mochila. El hombre insistía en que el equipaje haría la conexión legal como todos los días. Frente a eso, la desesperación de quién estaba convencido de lo contrario, sin más pruebas que una corazonada, sonaba a pataleo.

Nadie en aquellos aeropuertos de incomprensión era consciente de la convulsión que estaban sufriendo nuestras vidas, y a uno le asaltaban deseos de gritárselo a la cara para ver si reaccionaban.

Algo así había vuelto a pasar con el capitán de Lufthansa al que educadamente había buscado antes de que llegase Julio para explicarle la situación y pedirle que le dejara sentarse a mi lado. Al principio pareció ofendido por mi atrevimiento y a fuerza de súplicas acabó aceptando, con aires de reprimenda, que se sentase junto a mí durante un par de horas después de la cena, no sin antes recordarme los miles de dólares que pagaban el resto de los pasajeros de la sección "Dos horas justas", recalcó. "No me haga tener que ir a decírselo".

Julio montó en cólera cuando le transmití la conversación. En ese momento ignorábamos que el Pentágono retrasaría penosamente día a día nuestro ingreso en los campamentos y pensábamos que nuestras horas de complicidad estabán contadas con el aterrizaje en Kuwait. En aquel mundo de sordos que ni siquiera hablaban nuestro idioma, sólo nos teníamos el uno al otro para compartir nuestras inquietudes.

"Cuando venga voy a decirle que somos novios y que éstas son nuestras últimas horas juntos antes de irnos a la guerra", improvisó Julio. " ¡Joder! ¿Es que nadie se entera de que nos pueden matar mañana y puede que no volvamos a vernos nunca más?".

La muerte le rondaba ya en la cabeza, y no puedo culparle. Cada paso que habíamos dado a lo largo de aquella lista para el petate se había centrado en desafiar a la muerte. Habíamos pasado días dando carreras por tiendas de supervivencia que habrían hecho las delicias de cualquier skin- head. El ex marine de los tatuajes se había burlado de nosotros mientras nos hacía las chapas de perro, soltándonos de sopetón y con crueldad lo que harían con ellas cuando encontraran nuestros cadáveres. Con las botas militares que Julio llegó a comprar con la misma ingenuidad, nos dijeron en otra tienda que perderíamos el pie en la primera mina. "La llevan los soldados porque son las más baratas, y el Pentágono no se gasta dinero en que sus hombres anden cómodos", nos explicaron.

Habíamos tenido que pintar nuestro grupo sanguíneo y el número de teléfono en toda la ropa, pero ¿a quién elige uno para que le llamen cuando hayamos muerto?

Y en contraste con ese mundo de sombras fúnebres y detalles macabros, a nuestro alrededor la gente seguía moviéndose con indiferencia, y casi como si nos fuéramos de aventura, a hacer deporte de riesgo. Hasta el día en que murió, ninguno de los que formaban mi entorno, enlazado sólo por unas cuantas llamadas de satélite, entendió de verdad que nos habíamos estado jugando la vida desde el primer día. Supongo que para los que formaban el mundo de Julio, la revelación llegó demasiado tarde.

El disgusto del petate de Julio no fue el único mal presagio al llegar a Kuwait. La ciudad nos recibió con un olor pestilente que Julio reconoció inmediatamente como el hedor de la destilería de petróleo. El hotel que habíamos encontrado estaba en un destartalado parque industrial, junto al puerto, totalmente aislado del centro. Cuando llegamos a la recepción, el encargado discutía con una pareja.

- "No, imposible, lo siento. Si no me trae una licencia de matrimonio no les puedo dejar quedarse en la misma habitación" , insistió. Con ello dio la conversación por zanjada con la frustrada pareja y se volvió hacia nosotros.
- Tenemos una reserva, le dijo Julio.

Desde la experiencia en inmigración habíamos pactado que a partir de ese momento sería él quien llevase la voz cantante, y yo trataría de morderme la lengua. A los árabes no les gustaban las mujeres con voz propia, y sus miradas despectivas ya nos lo habían demostrado. A la primera

de cambio le dieron el visado a Julio para separarlo de mí y empezaron a sonreírme amenazadores, diciendo que a lo mejor conseguían que me quedase allí todo un año, en lugar del mes que les estaba pidiendo. "Entérate de una vez", me advirtió Julio después con severidad

“Aquí o eres virgen o eres puta”. Así que contra mi costumbre intenté quedarme en la sombra a partir de ese momento.

- Ustedes son ¿Mr. and Mrs...?, preguntó el recepcionista en busca de un apellido.
- No, no, le atajé. La reserva es para dos habitaciones separadas.

Mi sumisión había durado menos de dos minutos, pero no podía dejar que se fraguase aquel malentendido. Kuwait iba a ser delicado. En los días siguientes ambos tratamos de afinar las versiones de nuestras respectivas vidas para que cuadrasen con los convencionalismos locales, sintiéndonos incómodos e inseguros al pretender ser lo que no éramos. Y si yo sufría ante las miradas inquisidoras de los hombres de túnica y turbante, que observaban mis atuendos occidentales con descaro como si fueran los de una perdida, Julio sufrió otro tanto ante los militares estadounidenses cortados a cepillo. “¿Y si les decimos a todos que estamos casados y así nos cubrimos los dos las espaldas?”, se le ocurrió. No lo hicimos, porque sinceramente nunca he tenido mucho éxito como mentirosa, y sigo el viejo consejo de mi madre de que antes se atrapa a un mentiroso que a un cojo.

Cada día que pasamos en la capital del reino kuwaití lo vimos como una última oportunidad para pulir nuestro equipaje de periodistas de guerra, con el agravante de que aquello ya no era Nueva York. Ya no podíamos desplegarnos por las tiendas para repartirnos el trabajo, porque cada vez que nos perdíamos de vista me encontraba rodeada de árabes girando en torno a mí y escrutándome de arriba abajo, como si estuvieran tasando al ganado.

Bagdad, nos habían dicho, era otra cosa. Una ciudad laica y burguesa dentro del mundo árabe, donde se permitía el alcohol y no se miraba a los occidentales como demonios. Hasta que llegásemos allí lo único que teníamos para echar un trago era una petaca de whisky que previsoramente suelo llevar a los viajes para ahorrarme las costosas botellitas de los minibar. En el del hotel sólo encontramos cerveza sin alcohol, como en toda la ciudad.

Gastamos nuestra reserva una noche en que decidimos ganarnos a

la competencia. Eran dos reporteros estadounidenses de la NBC que habían volado desde Texas con la 101 de paracaidistas, y se encontraba desde hacía una semana en los campamentos, de los que se habían escapado para darse una ducha confortable en el hotel y dormir en una cama decente. Era el lujo de las grandes cadenas, que ponían a disposición de sus reporteros todoterrenos con conductores que iban a buscarles al desierto para traerles a la ciudad. Todavía hoy, mientras escribo estás líneas, mis compañeros españoles se siguen jugando la vida en Bagdad, mientras que mis colegas americanos pasean por las mismas calles escoltados por un equipo de ex militares armados que sus cadenas contratan a empresas de seguridad por cifras multimillonarias.

A esos niveles se mueve también la información que poseen, por eso decidí compartir con ellos nuestro cuarto de whisky, mientras les asaltábamos a preguntas con el tintineo del hielo en los vasos, donde apurábamos nuestras gotas de licor. Esperaba poder rellenar la petaca antes de ingresar a los campamentos, pero entre vacunas, acreditaciones y crónicas del día no nos

había quedado tiempo de buscar el mercado negro, que resultó ser tan clandestino que ni los que llevaban allí meses lograban controlarlo.

Por eso la noche que el embajador español nos invitó a nuestra última cena en la capital kuwaití, presumiendo de las botellas de Rioja que le llegaban por valija diplomática, supe que era entonces o nunca.

- Oiga, embajador, ya sé que esto queda muy mal pero ¿no podría echarme un chorrito de whisky para llevarme a la guerra?, le supliqué mostrándole la petaca abierta.

No se hizo de rogar. Me condujo por los pasillos hasta la cocina y dio órdenes a sus criados de que me dieran lo que necesitase. Para nosotros, aquella noche, lo que quisiéramos. Éramos como los condenados que cuentan sus últimas horas y a los que no se le regatean deseos terrenales. En la mesa corrió la paella bien regada de vino, mientras el compañero de Antena 3 le daba un codazo a su socio para que encendiera la cámara y nos tomara unas imágenes, "no vaya a ser que les pase algo y no tengamos nada de ellos".

Horas después, cargados de paquetes y con la mochila a la espalda, nos encontramos en el lobby para pedir la factura al hotel. Apenas habíamos tenido tiempo de pegar ojo. La contrarreloj no nos había dado

descanso, y aún creo que si hubiéramos tardado una semana más en embarcarnos con las tropas hubiéramos encontrado otro centenar de cosas por hacer. Uno nunca se da por preparado para caer al abismo.

La carretera que llevaba al Hotel Hilton estaba bloqueada desde varios kilómetros antes de llegar, protegida con barricadas militares y atascada por los coches y autobuses que desembarcaban periodistas cargados de petates y bultos, en la caótica explanada del aparcamiento del hotel. Allí nos separamos sin mucho protocolo, apremiados por los soldados y la angustia de no perder la plaza por llegar tarde en el último momento. Le vi alejarse con la mochila a la espalda, la misma que yo llevaba colgada. Las mismas botas, el mismo saco de dormir, el mismo casco. Parecíamos hermanos gemelos, todo comprado a pares, con distintos colores.

Julio llegó a su campamento del desierto varias horas antes que yo. El Ejército de Tierra había sido más eficaz al tramitar los visados de sus empotrados, mientras que los marines seguían peleando contra la burocracia del Ministerio de Información kuwaití. El teléfono satélite me sonó por primera vez cuando todavía iba en el autobús.

- Hoy no voy a escribir nada todavía, quiero instalarme y enterarme de qué va la cosa aquí, me dijo.

- Yo tampoco, estoy muerta y todavía no hemos llegado.

No lo tomé como un compromiso, sino como un comentario. Luego saqué fuerzas de flaqueza y redacté la primera crónica desde los campamentos, ajena a que Julio se había apoyado en que yo tampoco iba a mandar crónica para disipar los apremios de su periódico, que no querían darle tregua. "¿No decías que habías pactado con la de El Correo

que no empezara a dar nada hasta el día siguiente? Pues te ha traicionado", me relató después con amargura.

El tiempo se paró de golpe en los campamentos. A los tres días sentía que había

pasado una vida. No sé si era por amanecer tan temprano en un mundo tan ajeno en el que vivíamos como animales, tirados en el suelo y cubiertos de polvo, o por el impasse de una guerra inminente que se prolongaba con incertidumbre, dejándonos a todos los que la esperábamos en el desierto en lo que Julio definió como "el síndrome del limbo". Aquellos primeros días de desasosiego lo estaban minando. Me llamaba por teléfono constantemente pero la mitad de las veces no me entraba la señal y cuando lo hacía mis compañeras de tienda me miraban inquisidoras, porque

con los turnos de las guardias siempre había alguna durmiendo a deshoras.

Los del Ejército de Tierra que albergaban a Julio y a otros tres reporteros les habían dado para ellos solos una tienda con aire acondicionado y camastros para dormir, un lujo del que entre los marines con los que yo vivía no disponía ni el general. Pero no por ser pocos estaban mejor avenidos. Le recuerdo desquiciado con el corresponsal de Businessweek

con el que compartía la tienda, y frustrado por el desagradecimiento de la reportera para la que transportaba cubos de agua, que intentar pisarle el hueco que había conseguido para ir al frente. Y para colmo, en la redacción, la vida seguía su marcha con la misma parsimonia con la que las agencias seguían escupiendo cables, sin reparar en el valor de tener a un 'topo' en la madriguera de la noticia.

- "Ya sé cómo va a ser la invasión", me decía misterioso por teléfono. "Hemos estado esta mañana en la reunión de los oficiales. He visto hasta los mapas de por dónde van a entrar".

Eso sí, no me soltaba una palabra del plan maestro, por miedo, decía, a que nos tuviesen intervenidos los teléfonos para ver si traicionábamos el secreto. O tal vez para no perder la primicia informativa. Paseaba la nariz por el campamento olfateando las noticias como a una presa, y luego me llamaba en busca de ratificación.

- Estoy preparando un reportaje para el domingo. Me he enterado de que hay mujeres que se están quedando embarazadas para que las manden de vuelta a casa, ¿sabes algo de eso?

- Pues no, pero aquí ayer se suicidó un marine después de la tormenta de arena.

Así de dura había resultado. La peor que hubieran vivido las tropas estadounidenses en los cuatro meses que llevaban acampados en el desierto. Hasta los veteranos de la Guerra del Golfo decían no haber visto nada igual, mientras escupían tierra con desesperación. A nosotros nos mantenía encendidos la llama del gusanillo periodístico, sin la cual la vida allí tenía tan poco sentido como para el marine que se voló la cabeza en una letrina.

- Esta mañana me he quedado en la cama hasta las 9, me dijo Julio días después. Así de deprimido estoy. No han querido dar mi reportaje sobre las mujeres. Me han hecho escribir de los trajes químicos, que ya lo he

contado un montón de veces.

- Es que es lo que llevaba hoy la Agencia Efe.

- ¿Y si van a querer lo mismo que dé Efe para qué estoy yo aquí?

Y aún así, al día siguiente volvía a levantarse con el toque de diana a las 6.30 y se iba en busca del capellán, a ver qué tipo de almas asustadas iba a recibir en la homilía del domingo. "Le voy a llamar 'Las almas de Bush contra Babilonia'", se entusiasmaba otra vez.

La ilusión, y la 'jombi' en la que viajaba, se le pinchó varias veces hasta entrar en Irak, particularmente cuando la Primera División de Marines tomó la delantera para cruzar la frontera, y en el periódico le apremiaron en busca de acción. "Les he dicho que esta división va a ser noticia, ya verán, que tengan paciencia. Seremos los primeros en entrar en Bagdad".

No se equivocó. Los tanques de la Tercera División de Infantería del Ejército de Tierra fueron los primeros en desfilar por las calles de la capital iraquí, mientras él soplaba la noticia por teléfono a su periódico. Pero Julio no estaba ya con ellos. Aquel día él mismo se convirtió en noticia, y ocupó los titulares que había perseguido con tanta ansiedad por todo el desierto iraquí durante casi un mes. Su pluma, la única que debía haber tenido cuerpo de noticia, se queda en estas páginas para siempre, donde tendremos el privilegio de releer lo que muere cada día en los periódicos sin pena ni gloria.

Mercedes Gallego
es corresponsal en Nueva York del Grupo Correo.

Estados Unidos invade Irak

Los 'marines' cruzan la frontera mientras tropas británicas toman la península de Fao tras un intenso ataque de artillerí

JULIO A. PARRADO.
SEGUNDA BRIGADA (KUWAIT). Enviado especial

"¡Te vas a enterar, Husein!". "¡Dadle duro, compañeros!". Subidos a tanquetas y camiones, los soldados estadounidenses espantaban el miedo acumulado en las últimas horas. Eran sobre las ocho de la noche, y las piezas de artillería se habían puesto a funcionar a toda máquina. Era la señal de que la invasión terrestre era cuestión de minutos

Los impactos, a unos 14 kilómetros de distancia, eran visibles desde los puestos de mando de la 2a Brigada de la 3a División de Artillería. La ronda de disparos se adelantó a los planes previstos. Incitados quizá por el ataque de Scud iraquíes contra Kuwait que, pese a ser frustrado, evidenció que la mejor forma de evitar que las tropas se conviertan en un objetivo es moverlas rápido. Los bombardeos se ejecutaron antes incluso de que los misiles Tomahawk disparados desde diferentes navíos emprendiesen rumbo a Bagdad. Los responsables militares ya avisaron de que no se repetiría el mismo escenario de la Primera Guerra del Golfo, en el que una larga campaña aérea precedió a la entrada de tropas.

Ayer lo hicieron de forma casi sincronizada. Hacia el sureste, la Primera Fuerza Expedicionaria de Marines estadounidenses y los fusileros británicos de los Royal Marines se adentraron en territorio iraquí, apoyados por helicópteros de combate. [Según la agencia oficial kuwaití Kuna, estas fuerzas capturaron la ciudad portuaria de Um Qasr, la única de Irak sobre el Golfo Pérsico. La televisión iraquí, lo desmintió poco después. Más tarde, un portavoz militar británico confirmó a CNN que la ciudad seguía en manos iraquíes]

[Fuentes militares citadas por la BBC informaron asimismo de que las tropas británicas se hicieron con el control de la península de Fao, un punto estratégico situado junto a la desembocadura de los ríos Eufrates y Tigris y que permitiría controlar la ciudad de Basora. Un reportero de la agencia Reuters presenció, de madrugada, grandes explosiones en dirección a Basora, lo cual delataba que se estaba luchando en esa zona.

Del lado del desierto kuwaití, el fuego artillero de los tanques Paladín precedió a la entrada de elementos de la caballería acorazada.

Las pesadas cargas destruyeron de inmediato dos puestos de observación del Ejército regular iraquí. Después de fallar en los primeros minutos, los norteamericanos hicieron bingo pasados 20 minutos."Tercer puesto confirmado", aseguraban las radiotransmisiones

Con la fulminante eliminación de las tres posiciones enemigas, el camino estaba despejado para la entrada en Irak. En teoría."¡Avión caído, avión caído!". Un helicóptero Apache que formaba parte de la avanzadilla fu

alcanzado por las baterías iraquíes y retrasaba las labores de la caballería. Fuentes del Pentágono dijeron que el aparato se había estrellado al sufrir un accidente. Pasó media hora hasta que se confirmó que los dos ocupantes estaban a salvo.

No tuvieron tanta suerte los 16 ocupantes de un helicóptero CH-46 Sea Knight del Cuerpo de Marines que ayer se estrelló en Kuwait. Todos los militares -12 estadounidenses y cuatro británicos- fallecieron. El Pentágono no ofreció más detalles sobre las circunstancias en que se estrelló el aparato. Sólo precisó que la aeronave participaba en las operaciones de invasión.

Los carros ligeros de los escuadrones de reconocimiento se vieron envueltos también en intercambios de fuego con los iraquíes.

Tras la fulminante irrupción en el sur de Irak, anoche se apresuraban las labores de los ingenieros para abrir brechas en las murallas de arena situadas del lado kuwaití y en la valla electrificada que separa a ambos países. El siguiente obstáculo estaba a unos 10 kilómetros, donde los iraquíes cuentan con otra barrera arenosa. El grueso de la Brigada -una larga columna de blindados y camiones- estaba lista para adentrarse en Irak.

Pasadas las nueve de la noche (las siete en España), tuvo lugar la esperada entrada en acción de la Fuerza Aérea y de los misiles Tomahawk. Al filo de las 10 (hora de Madrid), sobre nuestras cabezas no dejaban de oírse los motores de los aviones.

El arrebato de júbilo por el inicio de las hostilidades terrestres fue más bien una descarga de la enorme preocupación que generó el ataque de la madrugada anterior y el discurso del presidente Bush.

Porque, por primera vez en las cerca de dos semanas que este corresponsal ha pasado entre las tropas del Ejército, ayer se observaron caras desencajadas y lágrimas de terror. Fue después de la súbita alerta de ataque bioquímico, al filo de la una de la tarde. Uno de los dos misiles Scud y otros cuatro posibles Al Samud que Irak disparó ayer sobre Kuwait hizo impacto en la región cercana, en un cruce que apenas habíamos transitado el día anterior. Los otros misiles -entre ellos uno dirigido aparentemente contra Kuwait City- fueron interceptados a tiempo por las baterías de Patriot.

Las noticias sobre un probable ataque biológico se transmitieron inmediatamente por radio. En el asentamiento de uno de los escuadrones de infantería de la Segunda Brigada sonó una intensa alarma. Repentinamente estábamos en Mopp 4, un nivel que obliga a enfundarse en menos de ocho minutos todo el traje NBQ de protección. No hubo pánico, pero sí desconcierto. Algunos soldados lucharon más de la cuenta para ajustarse el pesado atuendo.

"Esto ha sido fuego real y de habernos impactado con armas bioquímicas no habríamos tenido otra oportunidad para contarlo", advertía más tarde enfadado un capitán a la tropa del Batallón de Apoyo.

La unidad experimentó ayer su primera baja. Fue una joven cabo. Con el nerviosismo destrozó las gomas ajustables de su máscara de protección. La crisis nerviosa se convirtió en un ataque de pánico y el capitán optó por la evacuación en helicóptero.

El Mundo, 21 de marzo de 2003

El avance del 7o de Caballería

Los blindados estadounidenses penetran 150 kilómetros camino de Bagdad mientras 'marines' y tropas británicas llegan a las puertas de Basora

JULIO A. PARRADO. SEGUNDA BRIGADA (IRAK).

Enviado especial

El Séptimo de Caballería despejó el paso en la madrugada. En escasas horas, las puertas de Irak se abrieron por dos puntos de la frontera kuwaití, por los que penetró el grueso de la Segunda Brigada. "Bienvenidos a Irak". Además de liberar los dos muros de tierra y la doble verja electrificada, los ingenieros de la Tercera División tuvieron el detalle de marcar el punto exacto en que sus tropas se lanzaban a una aventura, de momento, exitosa, pero aún llena de interrogantes.

El mayor Weber es baptista, pero en estos momentos ha echado mano de sus parientes católicos y optó por colocar una estampita de Jesucristo en el limpiaparabrisas. Junto a él escribió la hora exacta en que atravesamos la frontera: las 5.30 horas de la madrugada. En horario zulú -greenwich-, que es el que desde ayer preside oficialmente todas las operaciones de la invasión.

Del lado iraquí, los guardas fronterizos kuwaitíes -que jamás han visto tanto ajetreo de vehículos en estos últimos 12 años- se postraban en dirección a la columna de blindados, carros de combate y los más de 1.600 vehículos que componen esta caravana de conquistadores. Casualmente, la dirección de la Meca se encontraba perpendicular a la carretera. De todos modos, entre las tropas muchos lo tomaron como un cumplido de agradecimiento de los kuwaitíes, de cuya hospitalidad siempre tienen dudas.

Del otro lado, una bandera iraquí apenas se sostenía con escasa convicción clavada en el montículo, casi dejándose caer sobre el largo foso divisorio. Pese a estar alejada de las zonas urbanas del sureste, que han caído bajo control de la Primera División de Marines y las fuerzas británicas, el área conquistada por la Tercera División no ha sido un mero desierto pisoteado fácilmente por los Bradleys y Abrams. Aunque el mayor Weber se pasase ayer toda la tarde abjurando del maldito desierto de Sadam y lo comparase con el firme piso kuwaití.

La primera victoria de los marines llegó ayer cuando izaron la bandera en la ciudad portuaria de Um Qasr, la única salida al Golfo Pérsico que tiene Irak. Allí, arriaron la bandera iraquí y en su lugar izaron la estadounidense.

Una vez en su poder, la fuerza estadounidense y británica se fijó como próximo objetivo la conquista de Basora, la gran ciudad estratégica por sus pozos petroleros en el sur de Irak. [Según fuentes militares británicas, los soldados se encontraban ayer "en las inmediaciones de Basora"].

Los mandos militares calcularon que sus hombres se habían adentrado 150 kilómetros en territorio iraquí. El avance se cobró su segunda víctima: uná

marine murió en combate cuando su pelotón trataba de hacerse con el control de un pozo petrolífero cerca de Um Qasr.

[Un oficial estadounidense señaló ayer que los marines han hecho prisioneros a unos 600

soldados iraquíes. También se anunció la rendición de una importante división del Ejército iraquí integrada por 8.000 hombres, cerca de Basora, y del comandante de la 51a División del Ejército iraquí].

Los cerca de 1.000 hombres del Tercer Escuadrón del Séptimo Regimiento de Caballería -una formación de infantería ligera de vanguardia- se enfrentaron a fuego enemigo en las primeras horas de la noche del jueves. Los proyectiles provenían casi todos de un puñado de carros blindados iraquíes diseminados con pocas aspiraciones de éxito por la vasta nada.

A mediodía de ayer eran simples piezas de hierro calcinadas, apenas distinguibles de otros tantos tanques oxidados que nos encontramos en el camino, testimonios de la Operación Tormenta del Desierto. A primera vista, la labor de los misiles que se encargaron de los carros fue impecable. Se apreciaban pocos cráteres innecesarios.

"En 1991, muchas bombas. ¿Y ahora?". Sirviéndose de dibujos sobre la tierra, el pastor nómada Ahmed nos preguntaba si tenía que ponerse a cubierto como hace 13 años, cuando las tropas iraquíes sí ocupaban en masa esta zona limítrofe con Kuwait y fueron objeto de una lluvia de misiles. "Sadam está en Bagdad. Sigan por ahí, americanos".

Las escasas familias de pastores de ovejas que habitan milagrosamente en esta zona han visto súbitamente cómo sus tiendas se han situado en primera línea de una autopista que no para de rugir ni un minuto.

Tienen poco que ofrecer. Varias mujeres se acercaban a los soldados estadounidenses llevándose las manos a la boca y presentando un rostro de hambruna. Se llevaron algunos MRE (Comidas preparadas), ellas y M&M, los niños.

Los integrantes de la Segunda Brigada andaban más preocupados por poner ojo avizor en el horizonte, en busca de cualquier superviviente del ataque de la víspera que pudiese convertirse en un letal francotirador, en especial si apunta a los tanques de 5.000 galones que acompañan a las fuerzas de infantería. De todas formas, agradecieron las muestras de cariño y aplaudieron al par de niños que ondeaban banderas americanas a su paso.

Momento de gloria

Mientras los marines estadounidenses y las tropas británicas se apuntan victorias al este, los hombres del Ejército de tierra seguían un avance imparable en dirección a Bagdad, tras superar, con dificultades, la ciudad de Nasiriya, un punto clave en la orilla del río Eufrates. Los soldados están convencidos de que su momento de gloria será más tarde, en un lugar escogido hace semanas por el general Blount, pero aún secreto.

La Caballería y las otras unidades de infantería de la Segunda Brigada no se han encontrado con demasiadas almas que desarmar. Junto a la frontera, se quedaron un grupo de soldados regulares de Sadam, de los que se harán cargo más tarde la Policía Militar, que tiene previsto construir un gran campo de internamiento en el sur.

De todas formas, los comandantes de estos grupos portan desde ayer un documento oficial de rendición. Un papel con 15 artículos en los que se fijan las condiciones para cesar las hostilidades. Los comandantes iraquíes que lo ratifiquen tienen garantizada cierta autonomía, e incluso, asumirán labores administrativas y logísticas, pero tendrán que entregar todas las armas.

Ante la falta de oposición, la Segunda Brigada avanzaba anoche imparable en un maratón contra una orografía más difícil de la esperada y contra el sueño.

El Mundo, 22 de marzo de 2003

Apisonadora hacia Bagdadá

Las fuerzas invasoras toman la ciudad de Nasiriya, controlan Basora y cruzan el río Eufrates tras aplastar la escasa resistencia del anticuado Ejército iraquí

JULIO A. PARRADO.
TERCERA DIVISION (IRAK). Enviado especial

No fue gracias a la mítica historia del general Aníbal y el paso de los Alpes. Fue gracias al tabaco de mascar. A esas latas pequeñas con nombres como Copenhague o Dip. Los soldados del Ejército de Tierra entretienen con ellas las mandíbulas, ennegrecen sus dientes y se pasan el día y la noche escupiendo. Desde que el Pentágono prohibió el uso de la Efedrina, la nicotina es la mejor fórmula para combatir el sueño. Fue el Copenhague y también las ganas de volver a Georgia, Texas o Wisconsin lo antes posible. Porque "todos los caminos a casa transcurren por Bagdad".

Al general Blount, estratega de la Tercera División, le hubiese gustado quizá que sus hombres y mujeres se inspirasen para esta tarea casi imposible en el legendario comandante cartaginés que atravesó, para sorpresa de los romanos, los Alpes con elefantes africanos. Pero la mayor parte de la tropa no supera los 30 años y cultiva su tiempo libre con el Nintendo y escucha al rapero Fifty Cents. Como dice John Grey, artillero en un Bradley, "aquí somos jóvenes, feos y pobres y es mejor que cambiar constantemente de turno en la fábrica de zumos"

Pero esta tropa es la que logró anoche situar al Ejército de Bush más cerca que nunca de Bagdad. Más que en aquella ridícula campaña terrestre de 1991 que no llegó a las 100 horas. Cerca de 3.000 vehículos atravesaron decenas de kilómetros de desierto por las rutas bautizadas como Huracán y Tornado.

Los dos caminos, casi inexistentes hasta la llegada de los ingenieros, nos colocaron anoche a algo más de 300 kilómetros de la capital iraquí, mucho más al norte de las ciudades estratégicas del sur, como Basora -distante a más de 400 kilómetros de Bagdad-, de las que se están encargando la Infantería de Marina. Para mantener a los iraquíes ajenos al movimiento de tropas, la infantería y la artillería se alejaron de las rutas convencionales y dibujaron una nueva autopista arqueda por el desierto del oeste iraquí.

Fue una maratón de 30 horas en la nada más absoluta. Con ausencia de combates -a no ser por el fuego de infantería disuasorio-.El reto fue para ingenieros, conductores, mecánicos y equipos de combustible. Los primeros tuvieron que transformar arenosos wadids en vías mínimamente transitables. Los más de 40 kilómetros de ramblas se hicieron penosos, con el polvo transformándose en una cortina tan espesa que obligaba a parar máquinas. Los wadids atrapaban las ruedas y hundían la moral de los soldados, que para entonces llevaban 15 horas al volante. Y sólo era un tercio del recorrido.

"Nunca en la historia de este Ejército se ha probado a realizar un movimiento tan masivo de tanta distancia en tan corto tiempo", reconocía el coronel Willy Willis, responsable de toda la logística de la operación.

Al amanecer, se hacía patente que sería imposible cumplir con los optimistas horarios fijados por Blount. No fue culpa de la tropa, que luchaba contra el sueño, sino de los viejos

homvies del Ejército y de los elefantes que cargan 18.000 litros de combustible, que nunca fueron diseñados para esta gesta.

A lo largo de la ruta aparecían grupos de vehículos, vencidos por el desierto. Algunos quedaron custodiados por equipos de retaguardia, como el pelotón de Alexis Goodman y Rafael Soto, que nos dio anoche cobijo en su ambulancia. Soto y Goodman se enfrentaron al único elemento hostil que hemos visto hasta ahora, una perra que vigilaba rabiosa un chamizo de barro. La bautizaron Sadam y la apaciguaron a base de agua fresca. Sadam terminó de rabiar y, según Soto, se fue al exilio.

Fieles a Sadam

El rápido avance de la Tercera División -compuesta por más de 20.000 hombres- confirma las intenciones de poner cuanto antes en marcha el asedio a Bagdad. Custodiada por varios flancos por tres divisiones de la Guardia Republicana. Se trata de los elementos más fieles a Sadam Husein y los responsables militares no se hacen tantas ilusiones como en el sur, donde las deserciones y las rendiciones de divisiones enteras están siendo comunes.

El Pentágono ha confirmado que las tropas estadounidenses y británicas controlan ya Nasiriya, a 300 kilómetros de la capital, así como la estratégica Basora, en la que se contabilizaron 50 víctimas civiles.

Los militares anunciaron también que han capturado un importante puente sobre el río Eufrates, vital para su avance hacia Bagdad. Un enviado de la agencia Reuters pudo constatar que se han establecido puntos de control a ambos lados del río.

En el bando aliado, el parte de bajas se incrementó ayer con la muerte de 11 soldados: siete de ellos fallecieron al chocar dos helicópteros de la Marina británica en aguas del Golfo Pérsico, mientras que cuatro marines perdieron la vida en una emboscada en el centro de Irak, según informó la cadena Sky News, pero que el Pentágono sigue sin confirmar.

Tarde o temprano, la Tercera División se verá las caras con la División Al- Medina, apostada en el flanco sur de la capital. Según cálculos no oficiales, esta fuerza supera en dos a uno en carros de combate a las tropas que lideran la avanzada americana. Sin embargo, los estadounidenses siguen contando con el impagable apoyo aéreo. Tampoco se descartan disensiones dentro de las fuerzas republicanas, que en último momento hagan temblar al régimen de Sadam Husein. Conforme se acerca el momento de la confrontación, los militares no ocultan sus esperanzas en que se produzca este escenario, antes que acometer la difícil conquista de Bagdad.

El Mundo, 23 de marzo de 2003

La resistencia iraquí frena el avance de EEUU

JULIO A. PARRADO |
TERCERA DIVISIÓN (IRAK)

Para la triple nickle (la compañía 555 de la Tercera División), la guerra comenzó verdaderamente anoche. El pequeño pelotón de médicos y sanitarios de vanguardia salvó las primeras vidas y registró su primera baja en el quirófano de campaña. Era un joven miliciano iraquí. No parecía tener más de 25 años. La bala del M16 americano le entró por el cuello y le destrozó los intestinos.

Los de la 555, considerados un grupo de elite en asistencia en batalla por su amplia movilidad, echaron mano del capellán, que recitó de memoria el único pasaje del Corán que conoce.

Pese a la frustración por la muerte del joven, los cirujanos y enfermeros lograron evitar que las hemorragias desangrasen a otros siete compañeros del fallecido. Todos milicianos, al parecer. Entre ellos uno de 50 años, el único que acertaba a hablar unas palabras en inglés, que relataba cómo el Gobierno iraquí le había reclutado forzosamente junto a sus tres hijos.

«Tienen suerte. Para ellos, la guerra ha terminado». El comandante Fritch despedía en el helicóptero a los siete milicianos, sonrientes, pese a que tardarán tiempo en recuperar la libertad.

El malogrado grupo de iraquíes procedía de las cercanías de Nayaf, 160 kilómetros al sur de Bagdad. Los alrededores de la ciudad, uno de los lugares sagrados para la comunidad chií, se han transformado en el foco de resistencia para el grueso de la Tercera División, en el que parecía imparable avance hacia el asedio de Bagdad.

Anoche, se seguían oyendo y viendo las deflagraciones de la artillería a unos 15 kilómetros al este y sureste de la zona, donde la Segunda Brigada toma un respiro antes de seguir en dirección norte.

Según los responsables de la brigada, no se ha producido ninguna baja estadounidense en la zona, pero los equipos médicos no pueden corroborarlo porque llegaron horas después del estallido del frente, en la madrugada del domingo. La batalla no habría hecho más que comenzar, ya que anoche varias unidades de infantería se sumaron a estas fuerzas.

La llegada a Nayaf se produjo varias horas antes de lo previsto inicialmente, síntoma del optimismo de las primeras horas de ocupación rápida y sorprendente del desértico oeste de Irak. La Segunda Brigada pasó de largo la localidad de Assamawa, no acampó durante un día como se había planeado, y siguió hasta Nayaf.

El Ejército norteamericano parece convencido de que todas las cartas se las jugará en la capital iraquí, una vez la tenga cercada, y no pone excesiva

Cunde el desánimo

Anoche, en el campamento-hospital de la Segunda Brigada cambió súbitamente el ánimo. Desde la comandancia llegaron noticias de que la situación en el este y el sur del país es preocupante y hablaron de unas 50 bajas norteamericanas, cifras no confirmadas por este enviado especial. [El Pentágono informó sólo de la muerte de 10 militares y la desaparición de

otros 12].

Extenuados después de dos días de conducción por el desierto y horas de intervenciones quirúrgicas, el pelotón de la triple nickle fue advertido de que el grado de hostilidad va a ir a más.

A sus deberes médicos se sumaron tareas adicionales de guardias y vigilancia de campamento. Supuestamente, este lugar indeterminado en el mapa debía ser una zona limpia de elementos enemigos, pero anoche la tropa se fue a dormir con una amplia sensación de inseguridad.

El Mundo, 24 de marzo de 2003

Continúa el avance de EEUU entre feroces emboscadas

JULIO A. PARRADO |

TERCERA DIVISIÓN (IRAK)

«¡Cómo me gusta ese sonido! Me da sensación de seguridad...» El Apache acaba de sobrevolar a menos de ochenta metros un convoy que afronta uno de los puntos de más riesgo, hasta el momento, en la marcha que encabeza la Tercera División hacia Bagdad.

«En este país, al menos de una cosa estamos seguros. Cualquier cosa que vuele tan sólo puede ser amiga. Si intentasen volar, los derribaríamos en un instante». El capitán Michael Smith está a cargo de 30 vehículos que recorrerán tan sólo 30 kilómetros de carretera hacia un punto más cerca de Kerbala, que ayer se convirtió en el nuevo frente abierto por el Ejército de Tierra de EEUU en su conquista de las rutas hacia Bagdad por el oeste de Irak.

Sin embargo, conforme las brigadas de infantería progresan en el norte, cada paso se hace más difícil y arriesgado, y los helicópteros Apache o Cobra funcionan como ángeles de la guarda. Además de la oposición del Ejército regular, los soldados estadounidenses se las ven ahora con una guerrilla que se mueve como pez en el agua en las ciudades y se desliza también por el desierto, amenazando la gran ruta 28, la espina dorsal de los norteamericanos a este lado del Eufrates. Pero la intensa presencia de helicópteros está convirtiéndolos en un objetivo fácil para los iraquíes. Ayer, otro cayó derribado, aparentemente por disparos de fusiles, cerca de Karbala.

En Nasiriya, en el centro del país, la infantería de Marina también hizo ayer uso de los Apache. Esta ciudad se ha sumado al rosario de urbes que han probado ser un bastión de resistencia. Más al sur, en Basora, los británicos -situados a cinco kilómetros- hicieron uso de extensivo la artillería, ante la imposibilidad de dominar ese punto. Otra de las intenciones de las tropas era la ocupación de Tilil, muy cerca de Nasiriya.

En su marcha hacia Bagdad, los comandantes de la Tercera División reconocen que en el último momento evitaron puntos conflictivos como Asamawa, al considerarla un «nido de partidarios de Sadam Hussein». Pese a todo defienden la estrategia de concentrar todas sus fuerzas en Bagdad, convencidos de que funcionará el efecto dominó una vez caiga la capital. Al tiempo reconocen que la falta de una gran victoria debilita las posibilidades de alzamientos contra Sadam Husein.

El Ejército concentra sus fuerzas en asegurar la seguridad de la ruta 28, la vía pavimentada que serpentea desde el sur hasta el norte del valle del Eufrates. Sin embargo, reconocen que es imposible su control total, pese que las presencia de tanques en el camino es frecuente.

El temor a ataques de los milicianos se hace patente. Ayer por la mañana cinco disparos de mortero lanzados contra la Segunda Brigada provocaron varios heridos. Antes de partir en nuestro convoy nocturno, los comandantes advertían a la tropa de la posible presencia de militantes de las brigadas Al Qasam. «Suelen operar en todoterrenos blancos», indicaba un teniente. Un indicio baladí y, hasta peligroso, si se tiene en cuenta que los miembros de las respetadas Fuerzas Especiales se dejan ver bien una y otra vez en vehículos similares, cubiertos con turbantes rojos. «A veces llevan máscaras negras», prevenía el comandante.

Los pilotos de los Apaches han seguido estas advertencias a rajatabla. En nuestro trayecto de anoche nos cruzamos con hasta seis todoterenos reventados por cohetes. Todos blancos.

Los convoyes tienen instrucciones claras de no detener la marcha para evitar ser un claro objetivo. Los enormes atascos lo hacen imposible. Ayer, hasta el general Blount, jefe de la Tercera División, se quedó encajonado en uno de ellos durante un par de horas.

La mitad del trayecto de anoche tuvo que hacerse con las luces totalmente apagadas para evitar ser presa de francotiradores y terroristas. Es el momento en el que los conductores utilizan las sofisticadas lentes de infrarrojos.

Pese al grado de riesgo, los militares se sienten más cómodos realizando los trayectos al amparo de la noche, convencidos de la superioridad de sus equipos térmicos. Los vehículos también están protegidos frente al fuego amigo de los escuadrones aéreos.

El Mundo, 25 de marzo de 2003

Cientos de iraquíes mueren en el mayor enfrentamiento de la guerra

JULIO A. PARRADO |

CERCA DE KARBALA (IRAK)

La furia del desierto presentó ayer batalla a las tropas angloestadounidenses. Una violenta tormenta de arena y lluvia, como no se recordaba en años, obligó a las fuerzas de la coalición a frenar en buena medida su avance hacia Bagdad.

Sin embargo, no evitó que, más al sur, a unos 100 kilómetros de la capital, entre las localidades de Karbala y Nayaf, unidades del Séptimo de Caballería de EEUU libraran los más duros combates que se han registrado desde que comenzó la guerra.

Los enfrentamientos se cobraron, según el Pentágono, la vida de entre 300 y 500 miembros de las tropas irregulares leales al régimen de Sadam Husein. EEUU no informó, sin embargo, de ninguna víctima propia.

Los combates se volvieron encarnizados cuando las tropas iraquíes, aprovechando posiblemente que la violenta tormenta de arena jugaba a su favor, lanzaron un importante ataque con misiles contra las fuerzas norteamericanas del Séptimo de Caballería, la vanguardia del Ejército de Tierra de EEUU, que según todas las previsiones será el que entre en Bagdad.

De acuerdo con las informaciones proporcionadas por el Pentágono, era previsible que las dificultades se acrecentaran en los alrededores de Karbala, una ciudad que, a 75 kilómetros de Bagdad, está considerada como la antesala de la capital iraquí.

Cuando pusieron el pie en Kuwait hace meses, muchos soldados creyeron al cien por cien la idea de sus comandantes sobre una guerra casi relámpago propulsada por la rendición incondicional de los iraquíes y el júbilo popular. Nada de eso se ha producido de momento. Al contrario, en los asentamientos donde parte de la Tercera División aguarda para reanudar la marcha hacia el norte crece la sensación de vulnerabilidad no sólo ante los ataques guerrilleros sino también ante la ferocidad de las tormentas del desierto.

Los refuerzos de la Tercera División, que nos sobrepasaron hace un par de días, también siguieron sus acciones alrededor de Karbala, paso clave de la ruta 28 hacia el valle del Eufrates y también puerta de acceso a la gran presa de Milh, que los estadounidenses siempre han temido que fuese usada para desencadenar una gran riada.

Las tropas de la Tercera División ya controlan otros puentes situados más al sur a lo largo del Eufrates, desde donde están dispuestos a seguir avanzando.

Al otro lado, en el Tigris, los marines también prosiguen su marcha, aunque más rezagados, y no sin cierta frustración por los importantes baches que han

encontrado en Basora y Nasariya, donde ayer proseguían los intentos para controlar el perímetro.

Los tanques de la Segunda División seguían bombardeando anoche desde sus posiciones del sur de Karbala contra elementos de la milicia y el Ejército regular. Pero visto desde esta posición, era como disparar casi al vacío. Desde las primeras horas del martes, todo el área

estaba envuelta en una tormenta de arena y lluvia. La falta de visibilidad ha elevado el riesgo para estas tropas que aguardan impacientes retomar la marcha.

Las historias de francotiradores circulan de tanque en tanque. Un soldado pudo haber sido alcanzado mortalmente por un miliciano apostado a escasa distancia. Ayer un convoy fue objeto de otro ataque con mortero.á Emboscadas mortales

En el área táctica donde anoche hicimos un alto, se escuchaban perfectamente los cañonazos de uno de los batallones, a menos de un kilómetro. Pero en el tanque de evacuación, la teniente Casemaer tan sólo tenía una preocupación: el paradero de su colega, el sargento Hernández. Desde hace dos días no hay noticias ni de él ni de su pequeño grupo de seis personas.

Los comandantes han alertado que los guerrilleros iraquíes están acercándose hasta las rutas dibujadas por los cuerpos de ingenieros y cambian el sentido de las flechas para conducir los convoyes hasta emboscadas mortales.

La sensación de seguridad también se ha perdido al detectarse que pese a las enormes carencias iraquíes -siempre puestas de manifiesto en los briefings de la tropa- éstos son capaces de detectar los pequeños emisores de infrarrojos que los vehículos utilizan para ser diferenciados por los aviones. Antes que convertirse en objeto seguro de los iraquíes, muchos optaron por retirarlos de sus antenas.

Azotados por la arena, en estado de apagón perpetuo, entre los que aguardan para reiniciar la ofensiva muchos preferirían estar al lado de la caballería frente a la División Medina que seguir en esta tensa y peligrosa espera.

El Mundo, 26 de marzo de 2003

‘VOLVERÉ A LLAMAR’

Ana Bueno

La guerra, la maldita guerra, nos acercó a Julio más que nunca. Llamaba continuamente, con un nervio periodístico que no podía contener. Se comunicaba con la redacción con su teléfono por satélite, para ponernos al tanto del avance de las tropas minuto a minuto, palmo a palmo. Era escalofriante escucharlo: “Creéme. Están entrando en el palacio presidencial de Sadam. Me lo cuenta el coronel Perkins por radio desde el tanque”. La redacción vibraba con sus llamadas a cualquier hora del día -preferentemente al amanecer-, con aquella noticias ‘calientes’, hirviendo casi, que aún no habían ‘olido’ las agencias. Y con toda la agilidad y la pulcritud con las que éramos capaces, lo contábamos todo en nuestro diario digital. La firma de Julio A. Parrado, a cuerpo grande, en negrita y en portada.

Estrenábamos entre todos una nueva forma de contar el conflicto: él, como corresponsal de guerra; nosotros, como un medio de actualización inmediata. Era la primera vez que nos enfrentábamos a un reto así en elmundo.es, y parecía que llevábamos haciéndolo toda la vida.

Julio entendió que su posición en primerísima línea de fuego, junto a la Tercera División de Infantería, iba a marcar la diferencia no sólo en el periódico, sino también en ese diario digital con el que siempre tuvo una consideración especial. Desde su llegada a Estados Unidos, llevaba años advirtiéndonos del poder que tendría la red y explorando a conciencia las posibilidades del nuevo medio. Para elmundo.es era también un auténtico privilegio tener a alguien como él contándonos la guerra minuto a minuto.

En los últimos días, según se acercaban la tropas a Bagdad, sus llamadas se hicieron más frecuentes. También más humanas. Julio era rápido y racional, como en la vida misma, y hasta casi telegráfico en su manera de informar. En las conversaciones se mezclaban la tensión, el miedo, la prudencia, la profesionalidad, el humor y la ironía. Solía despedirse con un fugaz ‘Ciao, luego os llamo’.

No lo podíamos evitar. Se nos intensificaba el acento andaluz cuando charlábamos:

-Pero Julio, ¿cómo has llegado de Córdoba a Bagdad? Aún no me acostumbro a ver cada día tu foto y tu cara feliz junto a tu firma en las portadas del periódico...

-Ya ves, con las ganas que tengo de tomarme una cervecita y darme una ducha ¿tú sabes cómo huelen tantos tíos después de dormir varias noches en sacos herméticos bajo tormentas de arena y sin una gota de agua? ¡Pero compensa tanto todo lo que estoy viviendo!

Julio vivía la guerra muy de cerca. Pero sobre todo vivía a la gente de la guerra. Descubrió, o quizás salió al encuentro, de los ‘otros’ militares: el equipo médico de cirugía de elite con el que viajaba. La contradicción le sorprendía: “Estos tipos se pasan el día pegando tiros y de noche curan a los heridos... Quieren llevarse bien a toda costa con la población civil”. No terminaba de entender este modo de vida pero se quedó, sin duda, con la ‘humanidad’ que le mostraban sus nuevos amigos al anochecer, cuando cambiaban el verde caqui por el verde quirófano. En la guerra, como en Nueva York, como en Madrid, como en Córdoba, el amigo Julio encontró el sitio a su medida.

Y pese a todos los rigores del desierto y la urgencia de las crónicas, siempre encontraba un

rato para charlar con sus colegas de la redacción, con Pilar Ortega, Silvia Román o Rosa Meneses, las mismas que editaron sus textos y defendieron el gran valor periodístico de sus crónicas. Por la noche, claro, telefoneaban a su madre, la señora Antonia –así la llamaban- para que desde Córdoba no perdiera ningún detalle sobre los movimientos de su hijo.

En el tiempo libre Julio se dedicó a hacer de emisario ante entre los militares y sus familias en Estados Unidos. Un día me propuso, con toda la naturalidad y espontaneidad con las que solía transmitir sus ideas, que ayudáramos a los soldados a comunicarse con los suyos. Y así lo hicimos. Julio nos enviaba, junto a sus crónicas, decenas de mensajes para que los enviáramos desde la redacción por correo electrónico a las familias. "No dejéis de hacerlo -decía-, estos 'tíos' se lo merecen". Y cada día, antes de aportar nuevas crónicas, antes de hablar de batallas, preguntaba si habíamos cumplido la misión.

Virginia Hernández, Olalla Cernuda, José Luis Martín... los redactores de elmundo.es interrumpían encantados su trabajo, algo cansados de tantas líneas sobre bombardeos, para cumplir con los 'deberes' de Julio. Decenas de emails escritos con el corazón cruzaban el Atlántico.

Desde Estados Unidos, las familias nos respondían a toda velocidad con sentidos mensajes, siempre encabezando sus misivas con toda la gratitud posible para el periodista español que hacía posible una comunicación tan inusual y tan cercana a la vez. Nosotros se los reenviábamos a los militares a través de Julio o a través del correo electrónico de su colega, el periodista alemán Christian Liebig, de la revista Focus.

Julio nunca se relajaba, o al menos eso parecía, en sus llamadas. En cada una de las conversaciones se respiraba la tensión, hasta tal punto que a veces interrumpía su vivo relato... '¡Escucha, escucha, un petardazo a 50 metros!'... Realmente temíamos por su vida cada vez que hablábamos con él. Especialmente escalofriante fue el día en que nos contó que había dormido junto a los cadáveres de tres soldados aliados: "Los he tenido toda la noche a unos palmos. Esto sí que es duro. Probablemente es lo que más me ha impresionado hasta ahora. He visto la muerte muy de cerca...", reflexionaba al teléfono tras una larga y cruda noche.

Solía contarnos también cómo las tropas estadounidenses, muy bien equipadas y entrenadas, tenían sin embargo una enorme inexperiencia que les hacía cometer continuos y mortales errores. Un día se vio atrapado por unos momentos entre dos fuegos. Cuando vivía esos instantes de miedo, su conversación con Gumersindo Lafuente, el director de elmundo.es, se vio interrumpida al menos por tres fuertes explosiones. "Son coches que van demasiado deprisa y los americanos los revientan con sus pasajeros dentro".

Francisco Herranz, uno de sus jefes de la sección de Internacional de El Mundo, recuerda que lo escuchó por primera vez 'excitado' con la información y consciente de la buena posición que ocupaba el día que desde Kuwait avisó a la redacción de que la primera invasión estaba a punto de producirse. Por supuesto, muchas horas antes de que el Pentágono lo confirmara.

Sus llamadas fueron cada vez más frecuentes e intensas. Vivimos en sus palabras la llegada de las tropas estadounidenses a Bagdad, paso a paso. Con precisión y, cómo no, con humor. Con ese punto práctico y cotidiano que Julio sabía darle a la vida. El sábado 5 de abril trataba de explicar a media mañana el recorrido de los tanques de la Tercera División para entrar en la capital iraquí: "A ver Ana, a ver si nos entendemos: están entrando por la autopista 8, que

puede ser como la M-30, pero no te creas que llegan hoy a Sol eh!!! Se dan un paseíto hasta Usera o así y se vuelven a Las Rozas. ¿Lo encuentras en el mapa?". Se refería a una misión de reconocimiento que llegaba casi al centro de la ciudad, a sólo dos kilómetros de los edificios oficiales y los palacios.

La tarde del domingo 6 de abril habló con tremenda inquietud con la sección de Internacional. Sabía de primera mano que la mañana del 7 de abril iba a ser muy importante. "Al amanecer habrás noticias: estad preparados", nos advirtió en un mensaje. La división con la que él viajaba se disponía a tomar al amanecer el principal palacio de Sadam, a orillas del río Tigris. Uno de los momentos más esperados de la guerra se hacía inminente. Los militares estadounidenses llevarían a periodistas 'acoplados' entre sus tanques.

Julio reflexionó durante horas aquel día. Y, una vez más, lo hizo al teléfono con su amigo y jefe de la sección de Internacional Roberto Montoya, quien tiene un recuerdo muy especial de aquellas últimas llamadas: "Tengo un problema existencial. Me ofrecen acompañarles en una misión muy arriesgada". Estaba advertido de que los iraquíes podían responder a la incursión con fuego de artillería."Algunos periodistas veteranos americanos se han apuntado. ¿Cómo lo ves? Me da temor correr todo ese riesgo y después tener problemas para transmitir y que no podamos contarlo".

Durante esa angustiosa conversación, Roberto contestó: "Sólo te puedo aconsejar como un amigo que te quiere mucho, porque como jefe no tengo otra que decirte que la decisión última, ahora y siempre, es tuya. Nadie te puede ordenar que participes en una acción semejante. Tú eres un periodista, no un soldado".

Pero Roberto sabía que Julio necesitaba en ese momento una opinión, su cabeza bullía a 1.000 kilómetros por hora, debía sopesar demasiadas cosas al mismo tiempo. "Julio, mi consejo es que no participes en esa operación. Hay demasiados factores en contra y uno sólo a favor de ir. Ya has hecho un bautismo de fuego y hasta ahora con éxito profesional, pero ahora te puedes enfrentar a una situación extrema. Y aunque pudieras salir vivo te puedes encontrar con la sorpresa de no poder transmitir. ¿Y en ese caso, de qué habrá valido todo eso? Lo positivo sería que nuestro periódico te 'vendería' en portada a cinco columnas y tu historia tendría un fuerte impacto. Pero Julio, ¿cuánta gente se acordará dentro de un tiempo de esa 'super exclusiva', además de tus compañeros y familiares, de cuántos 'scoops' de Julio Fuentes nos acordamos nosotros mismos? Tu vida vale más que cualquier exclusiva, ya has demostrado lo que vales, no tienes que demostrar nada más a nadie".

Cuando Julio volvió a llamar, tenía la decisión tomada: no iría, permanecería en el Centro de Comunicaciones. A los argumentos anteriores se había añadido la advertencia del comandante Davis sobre su chaleco antibalas, ligero y cómodo para moverse, pero vulnerable ante un ataque con piezas de artillería o esquirlas de granadas. "Esto de poco les va a servir si se da un duro combate", dijo a Julio y al alemán Christian. (Julio llevaba el chaleco de protección SI IIIA, homologado por el Ejército israelí, con placas antibalas flexibles. El Mundo encargó su compra a una acreditada empresa de seguridad).

Al día siguiente a primera hora me contaba con cierta rabia que se había quedado a 15 kilómetros de Bagdad por precaución. Aquella mañana creíamos, y creía él, que estaba en el lugar más seguro. Si es que en una guerra hay algún lugar seguro... "Me lo pensé aún sabiendo que me aconsejaban que no fuera... hasta que llegaron anoche al hospital de campaña dos

soldados heridos por fuego de mortero y me contaron que se habían salvado gracias al chaleco antibalas que llevaban. No volví a dudarlo. Decidí quedarme en la retaguardia".

Ese mismo día, a las 6 de la madrugada, Yaiza Perera había recibido la primera llamada de Julio. Lo recuerda tenso y a la vez entusiasmado. Así comenzaba a dictar datos para la que sería la última de sus crónicas: "¡Están llegando a los jardines del complejo presidencial! Son más de mil efectivos de nueve compañías...". "Volveré a llamar", dijo antes de colgar. Hasta más de una hora después, las prestigiosas agencias internacionales no dieron los datos que ya conocíamos. Julio estaba junto a la mejor fuente y contándolo el primero...

Hubo más llamadas. A las siete de la mañana, seguía relatando el capítulo de la toma de dos palacios, no sin antes preguntar: "¿qué tal? ¿Lo estamos dando los primeros?". Para él, era casi como un juego. "¡Están dentro!".

Y en el ejemplo más visible de lo que es retransmitir una guerra en directo, anticipándose incluso a las televisiones que trabajaban sobre el terreno, en esa misma llamada nos adelantó que las tropas de Estados Unidos se disponían a derribar una de las estatuas de Sadam Husein a caballo en el jardín de su mayor palacio. Pero los 'actores' esperaban la llegada de las cámaras de la cadena de televisión Fox para que el momento histórico se recogiera en directo. "Julio, ¿de verdad? Parece ciencia-ficción". "Es así. Tal y como os lo cuento. Poned la Fox y lo veréis en directo. Los yankis son así".

No fue ciencia-ficción. Más bien un 'reality-show'. Su aviso nos permitió sintonizar la Fox y recoger por tanto las instantáneas del primero de los derribos de Sadam. El régimen empezaba a caer.

"Eres un monstruo", así solía despedirle en cada una de sus llamadas, y así lo hice aquel día a las 7 de la mañana, la última vez que le escuché.

"Volveré a llamar", dijo.

Y llamó de nuevo, sobre las ocho. Esta vez fue el subdirector de elmundo.es, Borja Echevarría, quien habló con él. La crónica seguía viva: "Se están librando duros combates en el Palacio de la República...". "Volveré a llamar'.

Pasaron las horas y no hubo más llamadas. Marqué el número de su teléfono satélite varias veces a lo largo de la mañana. No contestaba. "Estará de nuevo buscando pepinos", pensé recordando su genial crónica sobre los temidos misiles reducidos a hortalizas. Y me dediqué a otros temas.

Sobre las 13 horas comienzan a llegar noticias de agencias sobre dos periodistas muertos. Elena Mengual redacta la escueta noticia que lanzamos en elmundo.es.

Me mira y calla.

Poco después, las agencias hablan de que los fallecidos pueden ser de origen español y alemán. Elena me mira de nuevo. Crece la tensión. Vuelvo a marcar insistentemente el teléfono de Julio. No contestaba... No puede ser. Envío correos urgentes al alemán.... No contesta. Melanie Parejo desde Madrid y Ana Alonso desde Berlín hablan con la redacción de la revista Focus en la que trabajaba Christian. Escuchamos las primeras malas noticias: habían contactado con un fotógrafo noruego que sabía que un español y un alemán habían permanecido aquella mañana en el Centro de Comunicaciones de la Segunda Brigada de la Tercera División. Y éste era el blanco bombardeado por un misil iraquí, según fuentes del Pentágono... No puede ser. No lo queremos creer. Las secretarias de redacción atienden, con el

pulso acelerado y los ojos vidriosos, decenas de llamadas de medios que se interesan por Julio. No puede ser. Todo se parece demasiado a la mañana en la que conocimos la noticia de la muerte de Julio Fuentes en Afganistán, un año y medio antes. No nos puede tocar otra vez.

A media tarde llegan las palabras que más duelen. La ministra de Asuntos Exteriores, Ana Palacio, confirma al director adjunto de El Mundo Casimiro García Abadillo la noticia que nunca quisimos oír. Julio Anguita Parrado había muerto aquella mañana en un ataque iraquí... Frío, silencio y lágrimas en la redacción.

La portada de elmundo.es de aquella tarde fue probablemente la más difícil que hemos hecho. Recordaba demasiado a la del día que asesinaron a nuestro compañero Julio Fuentes. Pero el día de la muerte de Julio Anguita Parrado teníamos dos tremendas noticias, casi incompatibles, compartiendo nuestra primera página: la de su fallecimiento a causa de un repugnante misil iraquí y, en segundo lugar, la crónica del asalto a los palacios de Sadam, que él mismo nos había relatado con tanta precisión unas horas antes y que continuó Mónica G. Prieto desde Bagdad. Paradojas de esta profesión que a veces se vuelve tan injusta y desagradecida.

Aquel mismo día, en aquellas angustiosas horas de impaciencia y dolor, empezamos a recibir mensajes de los familiares de los soldados a los que habíamos escrito días antes por expreso deseo de Julio. Todos querían hacernos llegar su pésame. El periodista español, el estupendo chico que les facilitó el contacto con los suyos, había muerto. Cosas de la guerra. Todos los mensajes repetían 'que Dios os bendiga'. Estos son algunos de ellos:

-"A todos los que ayudasteis a enviarme mensajes de Steve: estoy desolada. Quiero enviar mis condolencias a los que lo conocíais bien. Fue muy buena persona al ayudar a los soldados a comunicarse con sus seres queridos. Las malas noticias entristecen hoy mi casa. Quiero que sepáis que hoy los familiares de Steve hemos llorado. Julio nos ayudó mucho a pasar este tiempo en el que no sabíamos si Steve estaba vivo, capturado o... ¡Dios os bendiga y cuidaos!". Cheryl Chmielewski

-"He leído en nuestros periódicos que Julio ha muerto. Lo siento mucho. Estoy muy triste, aunque no lo conociera. Le agradezco mucho sus artículos y sus mensajes. Mi más profundo pesar a su familia y amigos. Michael está bien. Estaba cerca del ataque pero no fue herido. Sé que está muy triste. Consideraba a Julio un amigo. Gracias por vuestra correspondencia". Jennifer Gurney

-"Soy la esposa de uno de los soldados del equipo quirúrgico del ala 555, unidad del Ejército de Fort Hood, Texas, que acompaña a la Tercera División de Infantería. De parte de todas las esposas de la 555, hacemos llegar nuestro pésame. Recibíamos mensajes de nuestros maridos gracias a que el señor Parrado fue tan generoso. Leí en la web de El Mundo un artículo en el que aparecían los nombres de nuestros soldados. Si no hubiera sido por él y por El Mundo muchas de nosotras no hubiéramos sido capaces de mantener contacto con nuestros maridos. Estamos muy apenadas por su muerte. Gracias por su tiempo y que Dios les bendiga". Toni Maawac

-"Julio estaba con mi esposo en Bagdad antes del accidente. Quería mandar estas líneas diciendo qué buena persona era Julio y cómo le agradezco los mensajes que pudo mandar desde allá a las familias de acá. Lo siento mucho". Gracias. Sylvia Bryant

Nos quedan de Julio cientos de artículos en la hemeroteca, las crónicas impecables de

media guerra –o ni siquiera media, ¡cuánta guerra y cuánta sangre quedaba aún por delante!- y el recuerdo de una persona maravillosa. Su última sonrisa, tan dulce como él, la recuerdo, poco antes de que partiera a Irak, en el recibidor del periódico, a sólo un par de metros precisamente de donde hoy cuelga una fría placa de bronce en la que se lee: 'A nuestro compañero Julio Anguita Parrado, que murió víctima del horror de la guerra cuando trabajaba como enviado especial en Irak el 7 de abril de 2003'.

Ana Bueno
es redactora jefa de elmundo.es

Sadam envía a la Guardia Republicana a parar la ofensiva desde Nayaf

JULIO A. PARRADO |
NORTE DE NAYAF (IRAK)

La impenitente tormenta ha sido tan sólo el anticipo de la gran batalla en ciernes. La ciudad de Nayaf (en el centro de Irak), a escasos kilómetros de donde estamos estancados por el violento viento del desierto, se puede transformar en unas horas en uno de los principales escenarios bélicos de la Operación Libertad Iraquí.

De un lado, elementos de varias brigadas y de la Caballería de la Tercera división del Ejército estadounidense. Del otro, al menos dos brigadas de la división Hammurabi de la Guardia Republicana, compuesta por unos 4.000 hombres, que anoche habían salido de Bagdad y de Karbala y avanzaban en dirección sur.

El convoy militar iba acompañado de una columna de 1.000 unidades móviles que incluiría tanques, vehículos blindados y camiones de transporte de personal. Según informó ayer la CNN, esta columna se movía rápidamente, «a unos 30 o 60 kilómetros a la hora», y abarca «a algunas de las mejores fuerzas de Sadam».

La orden del presidente iraquí de enviar a sus fuerzas de elite hacia Nayaf parece clara: impedir a toda costa el avance estadounidense en esta localidad, considerada un santuario chií, y cuyo control se ha convertido en un objetivo de las tropas estadounidenses.

En el asentamiento de la Tercera División cerca de Nayaf, una unidad de carros de combate y artillería dispara intermitentemente desde hace 30 horas. Según uno de los comandantes involucrados en la operación, hasta la noche de ayer sus hombres habrían inutilizado una cincuentena de vehículos de combate, especialmente antitanque, de los iraquíes.

La presencia de esta fuerza en las inmediaciones nos coloca definitivamente en un periodo de alto riesgo de ataque químico. «Estamos en el punto exacto donde tememos que utilicen su armamento de VX», manifestaba el capitán Smith. Al menos, los malditos vientos desérticos resultan en este sentido una bendición, porque disolverían el mortífero gas. La Hammurabi sería la segunda división republicana que Sadam pone en juego contra EEUU. Más al norte ya se habrían registrado encontronazos con la División Medina.

En este frente norte también se han intensificado los bombardeos aéreos con B-52, en el paso de Karbala. Por el este, la Primera División de marines ha continuado su subida por la otra orilla del río.

Los puentes del Éufrates

Según periodistas asignados en estas unidades, las vanguardias de esas fuerzas se encontrarían a unos 130 kilómetros al sur de la capital iraquí. No obstante, los marines han encontrado serios problemas para su avance. Dejando atrás Nasiriya, progresaron de forma muy lenta durante treinta y tantas horas en medio de otra tormenta de arena que dejó deshilachados los convoyes.

Los bombardeos de la artillería en Nayaf se han centrado en asegurar la vida de varios

puentes de esta localidad que cruzan el río Eufrates y darían paso también a una ruta más sencilla hacia el norte. Al parecer, los americanos habrían detectado las intenciones del enemigo de hacerlos volar.

En el combate a corta distancia, la infantería estadounidense reconoció ayer que dos de sus carros Bradleys resultaron alcanzados (los iraquíes dijeron que fueron seis los blindados destruidos), pero aseguran que no se ha producido ninguna baja en sus filas.Sin embargo entre los iraquíes habrían encajado varios centenares de bajas entre sus fuerzas. De hecho, según declaró ayer un oficial estadounidense a la agencia France Presse, las tropas americanas causaron la muerte a un millar de combatientes iraquíes en el sector de Nayaf durante las últimas 72 horas de combate. El comandante a cargo de la unidad de artillería aseguró a este enviado que 400 iraquíes fueron hechos prisioneros de guerra. «Tuvimos que despojarlos de casi todas sus ropas y cachearlos de uno en uno».

Los estadounidenses padecen de un miedo atávico a la posibilidad de que algún prisioneros se transforme en terrorista suicida. Entre las órdenes transmitidas ayer a la tropa figuraba una alerta para tener cuidado también con las mujeres y los niños que se acerquen en son de paz. Supuestamente, los servicios de Inteligencia han detectado agresiones de esta forma contra sus soldados. Estos han alertado del uso de camiones como armas suicidas contra tanques.

El disfraz iraquí

Además de las fuentes oficiales, entre las diferentes unidades funciona la rumorología, especialmente ahora que muchos vehículos están dotados con el MTS (Military Tracking System), un nuevo y sofisticado sistema de mensajes instantáneos (muy parecido al chat de Internet) que mantiene conectado a la tropa vía satélite. Entre los rumores circulaba la noticia no confirmada del todo de que la Caballería habría encontrado en posesión de los iraquíes uniformes similares a los de la Tercera División con nombres anglosajones impresos en cascos.

La estrategia del disfraz habría resultado un total descalabro, ya que desde la noche anterior a nuestra entrada en Irak todos vestimos, periodistas incluidos, el mismo traje NBQ (bioquímico) del que sólo nos desprendemos para el aseo personal. «Si ven a alguien moverse con esa divisa disparen de inmediato», ordenaba ayer el teniente coronel a su grupo de logística.

El viento que nos martiriza ya desde hace 48 horas no remitirá al menos en otros dos días. Los responsables de la artillería aseguran que la ventisca no afecta a su puntería. Si las coordenadas del satélite son correctas, el bingo está cantado, presumen. Pero, además de exasperar y crear intenso nerviosismo dentro de los vehículos en los que estamos encajonados la mayor parte del día, la tormenta acrecienta el temor a una emboscada.

La desaparición de cualquier soldado genera un alto grado de tensión y obliga a interrumpir el apagón de los vehículos, con el que se procura pasar inadvertido. Anoche, la mitad de los 200 hombres y mujeres de este pequeño asentamiento buscaba al cabo Olsen. Al igual que sucedió con un colega la víspera, había tratado de alejarse unos metros de su tanque para localizar un retrete en el desierto. Pero en este violento clima, la privacidad puede

convertirse en un enemigo tan peligroso como la división Hammurabi.

El Mundo, 27 de marzo de 2003

La guerra de guerrillas desestabiliza a las tropas aliadas en el frente sur

JULIO A. PARRADO |
NORTE DE NAYAF (IRAK)

El coronel Philip DeCamp los llama los tíos del pijama. «Nos traen locos. Salen vestidos con la túnica negra ésa y no hay forma de saber si son hostiles o no. Tenemos que esperar a que se pongan el antitanque al hombro para dispararles».

DeCamp ha enseñado a cadetes en la elegante y exclusiva escuela de oficiales de West Point, pero cuando se trata de describir al enemigo, habla como el sargento de su compañía. Sus compañías de infantería se la jugaron hace cuatro días, a 25 kilómetros de aquí, con los locos del pijama, los mismos que, dice, han plantado cara a la caballería y la infantería en Nayaf.

«No sé si son Guardia Republicana, regulares, reservistas, o brigadas Al Kuds -guerrilleros del partido Baaz- o qué demonios. Lo que sé es que parecen pacíficos y luego saltan gritando «Ala Akbar, Ala Akbar» (Dios es grande, Dios es grande). ¡Partida de lunáticos!».

Este tipo de guerra de guerrillas es la que ha conseguido desestabilizar de nuevo Nasiriya, donde grupos armados entraron en la zona controlada por los marines y causaron 20 bajas entre éstos. Además, según fuentes militares, al menos otros 37 resultaron heridos por fuego amigo cerca de esta ciudad.

La frustración de DeCamp parece generalizada en el frente. Las unidades estadounidenses no encararán divisiones enteras del Ejército o la Guardia Republicana, como esperaban. Se trata de elementos dispersos de una u otra fuente. Las informaciones de los servicios de inteligencia sobre la inminente llegada de brigadas enteras de alguna de las divisiones fieles a Sadam han resultado erróneas.

En Nayaf, una de las puertas al valle del Eufrates, la segunda brigada de la Tercera División esperaba vérselas ayer con elementos de la División Hammurabi que custodia el oeste de Bagdad y zonas aledañas a Karbala, pero anoche los comandantes reconocían que el número de refuerzos que ha llegado a la zona es menor del esperado.

Con todo, los bombardeos de la artillería y de los lanzamisiles desde las posiciones cercanas a este lugar no ha remitido aún. El objetivo es Nayaf. Los iraquíes, que siguen sufriendo bajas y rendiciones, han logrado colar algunos proyectiles de artillería dentro del perímetro de las compañías estadounidenses.

La alarma lanzada la noche del miércoles sobre una gran columna de 1.000 vehículos que había partido de Bagdad en dirección al sur también resultó exagerada. «Quizá eran todos civiles. Los utilizan para que los bombardeemos y luego mostrarnos ante el mundo como carniceros», asegura DeCamp.

Lo cierto es que los sistemas J-Star de la aviación, aunque funcionan incluso en día de fuertes tormentas, apenas distinguen el tipo de vehículos que integran las columnas.

Los fallos de inteligencia son similares a los meteorológicos, que anticipaban la continuidad de la tormenta de arena cuando, en realidad, ayer se aclararon los cielos y ello dio oportunidad de lucimiento a las fuerzas aéreas que, especialmente, centran sus bombardeos en

la zona de Karbala.

En nuestras proximidades, un avión acertó el tiro contra lo que parecía ser un tanque enemigo. Resultó ser una caseta de un oleoducto. La humareda llenó el horizonte y los ingenieros del Ejército de Tierra acudieron a reparar el estropicio.

Para DeCamp, el suceso no hace sino confirmar que la Fuerza Aérea está de sobra y que lo que es necesario en esta campaña es un aumento sustancial de las tropas de tierra: «¡Lo que nos faltaba! Ahora, que nos obliguen a reparar los oleoductos de Sadam».á El Mundo, 28 de marzo de 2003

Prisioneros de la duda

La Tercera División tiene en Nayaf 300 presos, un grupo numeroso, aunque lejos de la elevada cifra de rendiciones que se esperaba

JULIO A. PARRADO /
NORTE DE NAYAF (IRAK). Enviado especial

"¿Cuándo nos van a matar?". La frase está escrita en árabe sobre el cartón de la comida precocinada. Uno de los prisioneros se la ha pasado al intérprete que trabaja con las tropas estadounidenses. Apenas son las siete de la mañana y están ateridos del frío. Muchos también del miedo. Son casi 300 y algunas decenas más en las próximas horas. Se trata del grupo más numeroso de prisioneros de guerra en manos de la Tercera División del Ejército estadounidense. En su mayor parte han sido capturados en los combates de infantería que anoche seguían -de forma esporádica- en los alrededores de Nayaf.

Lo que parece una antigua caserna militar de aprovisionamiento ha sido convertida en un centro de internamiento temporal. El destino final se encuentra en los campamentos que se construyen al sur de Irak, probablemente en los alrededores de Tilil.

Los hay de todas las edades. Desde los 17 hasta los 60 años. Hacen cola para recibir una ración de arroz que se han cocinado ellos mismos. De momento, según el responsable de la cárcel, tienen que dormir a la intemperie en un recinto alambrado. A la vieja caserna no le queda ni una ventana ni una puerta vivas y no reúne los mínimos requisitos de seguridad.

Son civiles en su mayoría, forzados según sus propios testimonios a enfrentarse a los norteamericanos. Es fácil creerles con sólo mirar sus sandalias. El grupo de militares tampoco tiene un aspecto demasiado marcial. Lucen igualmente cansados y extremadamente delgados. Entre ellos está Alí, un teniente coronel del Ejército de 36 años. Asegura pertenecer a una división acantonada al norte de Irak. La guerra le pilló cuando viajaba para reencontrarse con su familia en Nayaf. Por uniforme: un mono de mecánico.

"Le aseguro que el Ejército no quiere la guerra. La moral es cero y estamos cansados de 20 años de guerras, pero nos obligan. Los miembros del partido Baaz amenazan a nuestras familias en las ciudades. Disparan a los desertores", explica sin intermediarios, en inglés.

Es difícil saber si dice la verdad o trata de justificar su presencia en el frente del Eufrates. Porque entre ellos corre el rumor de que los militares estadounidenses no respetarán ninguna convención y los ejecutarán cuanto antes. "Sadam les mete el miedo en el cuerpo con rumores y desinformación para que no se rindan", dice uno de los guardianes.á Bajo nivel

Y mientras las ciudades sigan presas del miedo y fuera del control militar de estadounidenses y británicos, Sadam parece tener la sartén por el mango. "A estas alturas de la campaña, esperábamos tener al menos 2.000 prisioneros de guerra", reconoce el mariscal John Huei. El bajo nivel de rendiciones está sorprendiendo a los comandantes de esta campaña.

Los soldados estadounidenses hacen ver que les dan el mejor trato humano posible. Aunque hoy no sea un buen día para ser prisionero iraquí. Junto al hospital de campaña de la Segunda Brigada, algunos no tienen tapujos en reconocer que lincharían a los cinco

prisioneros que acaban de llegar para recibir tratamiento médico.

La desinformación y los rumores no es privativa de los iraquíes. Hoy circula la historia de que cinco miembros de la Tercera División fueron ejecutados a sangre fría en el sur, después de haber caído presos de una emboscada. ”Sargento, déjeme hacer la guardia y verá cómo le doy duro con el fusil”. Lo dice Gregg, un paramédico, dispuesto a matar su excesivo tiempo libre con saña.

”Hoy no sé si me gusta la idea de tratar pacientes enemigos”, reconoce el sargento Bryant, de la compañía Triple Nickle. Ninguno de ellos requiere intervención quirúrgica. Pero los cirujanos no están contentos de librarse de ningún dilema moral. Preferían haber sacado el bisturí y sentirse más útiles en esta guerra.

El Mundo, 28 de marzo de 2003

Sólo los cuerdos van a la guerra

Un equipo de psicólogos vela en el frente para que el estrés y los ataques de pánico no afecten a los soldados

JULIO A. PARRADO /
CERCA DE NAYAF (IRAK). Enviado especial

Pilota un Bradley, el blindado que utiliza la infantería para llevar a las tropas al combate cuerpo a cuerpo. Pero ha llegado, en medio de la tormenta, hasta el tanque ambulancia algo fuera de sí mismo. Se le están acabando las pastillas de Zyban y le pide al practicante que le consiga más dosis cuanto antes. ”Ya sabe, el tabaco...”, dice justificando su premura.

La facultativa Casmear asiente. ”Seguro. Mañana, trataré de conseguirlo. Ahora no tengo”. El tipo da un gracias de contrariedad. La teniente comprende el mal humor. En el frente, Zyban es la palabra código para antidepresivo. ”Nadie quiere admitir que los toman y piden la marca con la que se vende para los que tratan de dejar de fumar”, explica. El fármaco contiene dosis pequeñas de seratonin, el mismo componente del Welbutrin, una marca popular en las farmacias civiles.

”Te sorprenderías de cuántos individuos toman antidepresivos aquí”, asegura el capitán Thomas Longo. Las depresiones, las crisis de pánico y el estrés se hacen especialmente comunes cuando la ofensiva militar toma un respiro como el actual.

Longo es el jefe del equipo de psiquiatras encargado de velar por el buen estado mental de las unidades de combate. En la primera semana de guerra ya ha tratado a siete individuos. Algunos llegaron hasta aquí con un historial de problemas psicológicos.

La batalla ha disparado los niveles de estrés y Longo reexamina como puede a los soldados para asegurarse de que sean funcionales para la próxima contienda. ”Por cada herido en combate, se produce también un caso de estrés grave”, asegura.

En el frente, los facultativos son más generosos con los niveles recomendables de estrés. Funcionalidad es la palabra. ”Mi misión es asegurarme de que puedan cumplir con la misión, pero también evitar que ésta se vea afectada por un excesivo nivel de bajas psiquiátricas”.

Después de cada batalla, Longo realiza sesiones de terapia; entrevistas con los soldados. ”Es importante que liberen sus sentimientos y que verbalicen lo que han visto. Cuanto más hablen ahora, menos lacras arrastrarán para el futuro”.

Antes de la invasión, el equipo de psicólogos realizó terapias de grupo entre los grupos de infantería y caballería. ”Aunque el entrenamiento con fuego real endurece su resistencia al estrés, ninguno de ellos se ha visto jamás en una situación con víctimas reales”.

El cansancio y los ataques de pánico también se han convertido en carta común. La larga marcha emprendida por la Tercera División en los primeros días de la ofensiva ha provocado agotamiento mental y fue la causa de múltiples accidentes en la carretera, la principal causa de bajas para los norteamericanos. Longo ha tenido que devolver a dos personas a casa por problemas severos de pánico.

El equipo de psicólogos teme especialmente las largas pausas en el combate. ”Estos momentos son más peligrosos. La gente empieza a darle vueltas a lo que ha visto y crece

además la incertidumbre. Una vez termine la guerra, la situación puede ser peor si nos quedamos estacionados mucho tiempo".

El 5% de los combatientes de esta guerra arrastrarán problemas psicológicos de por vida. "Otro porcentaje muy alto tendrá las llamadas reacciones normales para una situación anormal". De vuelta a casa habrá más casos de alcoholismo y abusos.

Para ayudar a matar la ansiedad el Ejército confía en la nicotina. Las reglas sobre el tabaco son altamente permisivas. Junto a las toallas húmedas, el paquete de Marlboro Rojo es el bien más codiciado. Y empieza a escasear. "No hay problema. Estamos bien aprovisionados de Zyban".

El Mundo, 29 de marzo de 2003

Parón en la ofensiva terrestre por el sur

JULIO A. PARRADO |
CERCA DE KARBALA (IRAK)

El síntoma más claro de que la ofensiva terrestre ha registrado un importante parón es la ropa interior colgada en cualquier lado. En cuerdas tendidas entre tanques Abrams, en los cordeles de un hospital de campaña donde ya no esperan a ningún paciente.

En el frente situado en el centro de Irak, a ambos lados del río Eufrates, el Ejército de Tierra y los Marines norteamericanos parecen haberse tomado un respiro. Se trata, posiblemente, de recuperar fuerzas, pero sobre todo de asegurarse una retaguardia que está resultando inestable y peligrosa, contra todo pronóstico de los estrategas que diseñaron esta campaña.

De hecho, como resultado de las «intensas operaciones» en el área de Nasiriya, el Pentágono informó ayer de que cuatro marines se habían dado por desaparecidos. Otro más murió en un accidente, al ser atropellado por un vehículo blindado estadounidense que también causó graves heridas a un compañero.

En Nayaf, por contra, los combates han remitido a niveles mínimos. La ciudad, donde se habían concentrado cientos de milicianos del partido Baaz, está controlada. Las piezas de artillería situadas a nuestro alrededor se han tomado, por vez primera desde que llegamos a esta localización, un respiro. Ataques guerrilleros

La actividad de logística ha tomado el relevo a la de combate. Las tropas que habían avanzado rápidamente hacia el norte contaban tan sólo con cinco días de agua y comida. Por ello, las raciones se habían reducido considerablemente, especialmente las de agua, que ahora se distribuye en unas frugales dosis de 250 mililitros. La llegada de los odiados paquetes de suministro alimenticio es considerada una excelente noticia.

La presencia en las cercanías de los batallones de intendencia permitirá reanudar la marcha, aunque crea serios problemas de seguridad. Pese a los combates de estos días, este área no ha dejado de ser considerada altamente peligrosa y la posibilidad de ataques guerrilleros es elevada.

A partir de este punto, el mantenimiento de seguridad de las rutas 8 y 28 va a ser vital para permitir la progresión de la ofensiva en este frente. En la espera, el Ejército ha desarrollado labores de limpieza del armamento iraquí. Ayer se volaron varios explosivos incautados en Nayaf, operación que se hizo con enorme precaución. Antes de la detonación, el nivel de alerta bioquímica fue elevado al nivel cuatro, lo que obligó a todos los presentes a vestir la máscara y el traje por completo por unos instantes.

De momento, ninguna de las misiones de rastreo ha dado con ningún arsenal de armas de destrucción masiva. Sin embargo, los comandantes sugieren que áésta sólo es manipulable por la Guardia Republicana que espera más al norte. Según los servicios de inteligencia de Estados Unidos, Sadam Husein habría ordenado ya la distribución de este tipo de agentes entre sus tropas más fieles.

La Segunda Brigada también parece dar soporte con cohetes a otro tipo de operación que se desarrolla más al norte. Es por ello que al atardecer, los lanzamisiles dispararon ayer seis

cohetes de corto alcance.

Al este del Eufrates, los Marines también llevan paralizados varias horas. En el frente tratan de asegurar totalmente una red de autopistas con la suficiente anchura para ser utilizada por la aviación. Campos de minas áLa infantería de Marina también se ha topado con los primeros y peligrosos campos de minas. Al parecer, los iraquíes habrían instalado explosivos debajo de la calzada para obligarlos a desplazarse por los laterales, sembrados con las trampas mortales.

Esta parada en el desierto ha permitido el descanso, pero también ha disparado la incertidumbre y las dudas entre algunos sobre el rumbo de esta operación.

Antes de partir de los campamentos en Kuwait, los comandantes les repetían que sería fulminante. «Me acuerdo que dijeron que en cinco días estaríamos a las puertas de Bagdad. Que la gente nos recibiría con banderas. Son ya más de ocho días y aquí estamos. No creo que se acabe pronto», asegura la teniente Meeker.

El clima de ansiedad se exacerba en las reuniones matutinas del pelotón, en las que se les previene sobre la posibilidad de ataques de militares disfrazados de civiles. «No creo que sea para meternos miedo, sino para que no nos relajemos», opina Meeker.

Pero a nuestro alrededor nada indica que estamos en guerra. Hay partidas de dominó, de cartas. En los radiocasetes suena rap y hay quien busca inspiración musical, guitarra en mano.

Estos son los días en los que los bestseller de Tom Clancy y Stephen King sustituyen a los M16. Es cuando la guerra se convierte en gran picnic de domingo.

El Mundo, 29 de marzo de 2003

Una guerra en familia

JULIO A. PARRADO |
CERCA DE KARBALA (IRAK)

Para Raymond Colliard la invasión de Irak es un asunto muy familiar. No porque ésta sea la segunda vez que recorre el desierto camino de Bagdad. El capitán, veterano de la Operación Tormenta del Desierto, tiene buena parte de su sangre invertida en esta campaña.

Mientras se prepara para la siguiente ofensiva a este lado el río Eufrates, su hijo Raymond junior, avanza con la Primera División de la Fuerza Expedicionaria de los Marines en la otra orilla. Su mujer, Margaret, mayor en una unidad médica, les sigue en la retaguardia. Posiblemente, a estas alturas de la operación esté en las cercanías de Basora. «Pero quién sabe. No tengo ni idea. Mejor no tener noticias hasta que no acabe todo esto, porque la única noticia a estas alturas sería una notificación de Cruz Roja».

Primos, cuñados, hermanos, padres... El frente de batalla iraquí es una verdadera gran familia. Colliard está acostumbrado. En el conflicto de Afganistán compartió misión con su hija Brandy. «Estuvo a punto de venir aquí, pero justo antes se tomó una baja en la Fuerza Aérea», asegura. Casi que le habría gustado haber batido el récord de su compañía en presencia familiar sobre el teatro de operaciones. «Me hace sentir orgulloso de todos ellos. No por estar en la guerra, sino por ser parte de la misión de defender los principios y libertades de nuestro país».

«Estamos preparados para esto, pero el compartir este destino incrementa la posibilidad de que uno de los dos se convierta en viudo», reconoce Michelle Chávez. Acaba de saber hace dos días que su esposo, policía militar, puede ser destinado a controlar el cerco de una ciudad cercana. Antes de que se iniciase la operación, parecía una misión segura. Eso era cuando se esperaba que los estadounidenses fuesen recibidos como liberadores. Pero ahora que las ciudades se han convertido en núcleos de resistencia y cualquier civil representa una amenaza, Chávez se muestra intranquila.

La sargento Granados está presa de la inquietud, aunque en público echa las culpas a la sobredosis de pastillas para la malaria. Su marido acaba de ser enviado a Kandahar, en Afganistán. Sus dos hijas, de cinco y nueve años, se han quedado en manos de una hermana. «Me siento frustrada. Me gustaría volver a casa. Sé que están acostumbradas a que nos movilicemos, pero no a que los dos estemos ausentes por tanto tiempo».

Se habría acogido al Capítulo Cinco, que permite a los soldados excusarse si demuestran que no hay nadie que cuide de los hijos. Pero en el Ejército está muy mal visto. Carecer de «arreglos familiares» es considerado poco menos que una violación de las reglas.

Para evitar que familias enteras se vean afectadas por la tragedia, existe la Ley Sullivan, nombrada así por los hermanos que perecieron en un mismo barco. Desde entonces, no se permiten lazos de sangre en la misma unidad. «Pero al áfin y al cabo aquí estamos todos en el mismo barco: luchar contra Sadam», comenta Colliard.

Su pequeño Raymond, de 24 años, podría haberse librado por la ley del hijo único, que exime a los vástagos varones. Pero justo cuando los marines fueron movilizados a Irak su mujer dio a luz a un niño. «La sangre y el apellido de la familia ya está preservado, así que no puede acogerse a ninguna normativa», explica el orgulloso padre.

«Mi madre tiene a su pequeño Tony cerca de casa. Así se queda algo tranquila», bromea el sargento Cliff Brown. La señora Brown tendrá a tres de sus cuatro varones en el frente, uno de ellos, Jeff, está con las unidades de elite, las Fuerzas Especiales. «Es el que más nos preocupa». El tercero se sumará a la invasión la próxima semana. «Hace un año coincidí con uno de ellos en Kandahar. Estamos acostumbrados a esto, porque crecimos con un padre militar».

«Es difícil sacar a tu familia del Ejército. Entra por las venas», asegura el capitán William Vanasse, cuarta generación de militares. «Desde que llegamos a América todos los Vanasse hemos luchado en una guerra. Y no seré el último».

El Mundo, 31 de marzo de 2003

MI TRAVESIA DE IRAK CON JULIO

Mayor Michael Weber

Soy el mayor Michael Weber. Yo era el cirujano-jefe de la unidad con la que viajó Julio en Irak, en la Tercera División de Infantería. También era un amigo muy cercano, y lloré muchísimo su muerte. Como testimonio de nuestra amistad me han quedado un puñado de fotografías que he decido compartir con su familia y con sus conocidos.

También me quedé con su gorro, el mismo que llevó durante toda la travesía. Sin razón aparente, me lo dio minutos antes de que ocurriera el fatal desenlace. "Toma, Mike, quédate con él", me dijo.

Estuvo a punto de entrar ese día en Bagdad con los tanques de nuestra división; el coronel le estimaba mucho y le ofreció un puesto. Pero decidió quedarse atrás precisamente por precaución, y se encaminó hacia el centro de comunicaciones donde luego encontró la muerte.

Nadie lo esperaba. Creíamos que estábamos seguros. Ahora vuelvo al vista atrás y pienso que quizás pecamos de triunfalistas antes de tiempo. Izamos la bandera americana en el edificio destartalado, el único en muchos metros a la redonda. Había aparcados casi medio centenar de vehículos militares alrededor. Era un blanco predilecto...

Fue un misil iraquí. Golpeó nuestras posiciones desde el noroeste. Yo creí al principio que se trataba de un avión en vuelo rasante... Estaba montando el hospital de campaña, a algo más de 200 metros del centro de comunicaciones cuando escuché el silbido, y después la explosión que reventó el edificio.

Julio murió en el acto, como el otro periodista (Christian Liebig) que estaba con él y los dos militares. Sentí un dolor terrible por su muerte. Recé una oración por él en el sepelio que hicimos el día después. Se había convertido en pocos días en uno de mis mejores amigos. Hablamos muchísimo de nuestras vidas y de nuestras familias. Y pese a la durezas de las condiciones y a la tragedia de la guerra, siempre conservamos el buen humor y las ganas de vivir. Ya estábamos haciendo planes para la vuelta...

Le conocí a mediados de marzo en Kuwait, antes de que empezara la guerra. Vino con un grupo de periodistas, a que les explicáramos cómo funcionaba el hospital. Julio mostró un gran interés por nuestra labor; me quedé con su cara y con su simpatía.

Unos días después, cuando se estaba distribuyendo a los periodistas para la partida, volví a acordarme de él. Le dije que tenía un sitio en mi "humvee" (jeep militar todoterreno) y que si se animaba podía hacer el trayecto con nosotros. Aceptó encantado, y no tardó en congeniar con el chófer, Rogelio Zapata, mexicano. Los dos se pasaban largas horas hablando en español... Yo era casi el único que no hablaba español en mi unidad; me da vergüenza reconocerlo.

Julio era uno de los tipos más sociables que he conocido en mi vida. Se metió a todo el mundo en el bolsillo; nos hacía reír frecuentemente. Y nos ayudaba en todo lo que podía: al poco de entrar en Irak se convirtió en el 'correo' de muchísimos soldados, a los que se ofreció para enviar emails a sus familias. Nunca escatimaba ningún esfuerzo... y no paraba de trabajar.

Parece que aún lo estoy viendo, escribiendo con su ordenador portátil en la parte de atrás del "humvee", cubriéndolo con plásticos para que no entrara la arena en el teclado y

mimándolo como si fuera casi un niño. Se podía pasar horas y más horas tecleando, sin importarle los baches. Y podías decir que vivía lo que escribía: no había más que mirarle la cara. Una de esas fotos decidí enmarcarla, y desde ese día la llevo conmigo a todos los lados...

A los pocos días sufrimos un percance y se nos gripó el "humvee"... Lo pasamos bastante mal, en medio de la tormenta de arena, esperando a poder cambiar de vehículo. Fue la única etapa realmente dura de la travesía. Dentro de los rigores del desierto, tuvimos suerte y viajábamos sin demasiadas estrecheces. La parte de atrás del "humvee" se convirtió en algo así como la oficina portátil de Julio. Como yo era el responsable de las raciones, solía agasajarle al final del día con una comida extra. Tenía un apetito bastante saludable...

Mi trabajo consistía en atender heridos, tanto americanos como iraquíes. Julio colaboró con nosotros en todo lo que pudo, y familiarizó mucho con los paramédicos. El coronel y los mandos también le estimaban bastante. Toda su simpatía natural se mutaba en seriedad y formalidad a la hora del trabajo. Aún recuerdo el interés que se tomó con los primeros presos iraquíes; se arrodilló a su lado, embutido en el aparatoso traje de protección contra los ataques químicos, y pasó allí casi dos horas, intentando descifrar sus palabras a través de un intérprete, a pesar del terrible calor.

Cuando más hablábamos era por las noches, mientras intentábamos conciliar el sueño a la intemperie, junto a la parte trasera del "humvee". Los mosquitos nos comían vivos, y casi teníamos costras de sudor. Pero el cuerpo se acaba haciendo, y Julio mostró una gran capacidad de adaptación. A mí me resultaba increíble pensar en cómo podía escribir en esas circunstancias. Yo le escribía a veces a mi novia, Jennifer, y le hablaba muchísimo de Julio.

También recuerdo su afán por verlo todo con sus ojos: siempre quería estar en primera línea de acción, pero sin ninguna temeridad. Pese a que no tenía experiencia de guerra, demostró una tremenda prudencia en todo momento. En más de una ocasión nos pasó cerca el fuego real. La visión de los primeros heridos, también lo recuerdo, le causó bastante impresión, aunque la verdad es que íbamos preparados para algo mucho peor...

Desde el principio supimos que nos iba tocar abrir el camino hacia Bagdad. Julio también lo sabía, y creo que en el fondo estaba muy orgulloso de poder contar lo que veía no desde la retaguardia, sino desde la primera línea de fuego. Le gustaba comentar lo que estaba escribiendo. A mí me dijo que me tenía reservado un capítulo en el libro que pensaba escribir a la vuelta...

Cuando regresé una de las primeras cosas que hice fue pasar a papel las fotos digitales de Julio. No dejo de pensar en él. Por eso he decidido ponerme en contacto con vosotros y compartir brevemente mis recuerdos.

Elmayor Weberá se puso en contacto con Carlos Fresneda, corresponsal en Nueva York de El Mundo, a quien facilitó las fotos, y este texto que publicó el diario

Los iraquíes defienden metro a metro cada puente que intenta tomar Estados Unidos

JULIO A. PARRADO |
VALLE DEL EUFRATES (IRAK)

Era un obstáculo aparentemente sencillo. Un pequeño puente sobre uno de los canales que bordean el Eufrates, en las cercanías de Nayaf. Varios blindados de la 2a Brigada ya lo habían atravesado. La unidad de comando decidió seguirles. El canal, que queda al otro lado de la Autopista 9, cierra las puertas al desierto y da paso a un palmeral. En los balcones de las casas que bordean la carretera asoman algunos civiles.

«En un momento, estalló el tiroteo. Nos disparaban desde los tejados de los dos hoteles con AK-47. Eran todos civiles. Bueno eso creo». Aaron, capitán de la brigada de ingenieros que acompaña a la unidad que trataba de atravesar el puente de Hindiya, fue alcanzado en la rodilla. La bala seguirá incrustada para siempre.

«Me llevo un souvenir de Sadam». Y ni siquiera eso, el joven de 28 años está casi seguro de que porta consigo un proyectil del 556 de un M-16 estadounidense y no el 762 del AK-47. «Es la única razón por la que me gustaría que me lo sacaran para no quedarme con esta duda».

Porque el capitán está convencido de que fue todo un gran error desde el principio. «Me condecorarán con un Purple Heart [Corazón Púrpura]. Lo que dan a los soldados que están en el lugar equivocado en el momento equivocado».

Empezando por considerar segura un área residencial llena de supuestos civiles y terminando por la caótica respuesta de sus colegas. Todo fue un error.

«Esto es lo que pasa cuando los Bradleys se ponen a disparar. Después de una hora de tirar a diestro y siniestro, el tipo se vuelve enfebrecido y ya no sabe ni hacia dónde apunta». Estuvieron aligerando las cartucheras durante más de dos horas. «Mi comandante no paraba de recargar el fusil. Desde luego ese lugar no es seguro para un vehículo que no esté blindado», asegura el capitán. Civiles desarmados.

El cañón del Abrams se enfrentaba también a otro espectáculo insospechado. Del otro lado de la orilla, los iraquíes trataban de ocupar el pasaje con vehículos. El tanque llegó a volar por los aires cuatro de ellos antes de que pudieran acceder al puente.

Sin embargo, algunos civiles desarmados lograban caminar por la plataforma en dirección a los americanos. «No podemos disparar contra gente desarmada».

Entre ellos, una mujer de unos 40 años. Los médicos la abrieron en canal y le extirparon fragmentos de bala de los intestinos y la vejiga. «No sé en qué estaría pensando. Si quería suicidarse o huir», explicaba el capitán.

Lo cierto es que, desde el atentado de hace dos días en esta misma zona, ningún soldado se fía lo más mínimo de un civil. Los comandantes alertan a la tropa de que las mujeres pueden llevar fusiles bajo las faldas.

«Los AK-47 apuntan desde todas partes. Hasta las zonas menos pobladas son peligrosas», asegura Elvis Bueno. Es un scout, parte de las tropas de reconocimiento de la Caballería que ayer se internaron también más al norte, en Karbala.

Al este de esta ciudad se combate ya duramente con la Guardia Republicana, mientras

ciertas unidades estadounidenses se disponen a proseguir su ascenso hacia Bagdad, después de haber permanecido varios días detenidas.

Esta ciudad y el norte de Nayaf parecen haber concentrado los esfuerzos de la Tercera División, que finalmente ha reiniciado la ofensiva en esta parte del país, a la que están llegando constantemente refuerzos de otras brigadas. En las últimas 24 horas, el fuego de artillería fue intenso. Hacia el este disparaban principalmente los Paladin, cuyos proyectiles alcanzan unos 13 kilómetros. Este fuego artillero debía, en teoría, limpiar la orilla este del Eufrates.

Según datos proporcionados por el Comando Central estadounidense en Qatar, las fuerzas aliadas abatieron, sólo en la madrugada del lunes, a un centenar de milicianos iraquíes y detuvieron a unos 50 soldados en los combates registrados en los alrededores de Nayaf. Los milicianos muertos fueron descritos por el Pentágono como «miembros de los escuadrones del terror» de Sadam Husein.

Más hacia el norte, a unos 80 kilómetros de Bagdad, los lanzacohetes dispararon al menos una decena de rondas de unos cinco proyectiles. El objetivo son los blindados y las piezas de artillería de la División Medina de la Guardia Republicana y del Ejército Regular. Pero de momento, los cañones de Sadam parecen silenciosos y apenas responden a la provocación.

«Tratan de no usarlos porque saben que en cuanto lo hagan los eliminaremos de un soplo», aseguraba ayer un comandante. «Tienen los tanques escondidos en medio de la ciudad», afirmaba el scout Bueno. De momento, los iraquíes prefieren moverse de forma ligera con morteros y misiles antitanque al hombro. La División Medina áEl comando americano cree que la Medina se encuentra en estos momentos al 65% de su capacidad e, incluso, fuentes militares norteamericanas aseguran que algunas secciones de esta división podrían haberse rendido a las fuerzas aliadas.

Los militares opinan que la temida división aún se concentra algo más al norte, dividida en tres brigadas, aguardando quién sabe qué. Los expertos militares norteamericanos opinan que las divisiones Medina, Al Nida y Hammurabi de la Guardia Republicana -encargadas de defender Bagdad- han formado un triángulo que ocupa una superficie de 80 kilómetros, al sur y a la altura de la capital iraquí.

En torno a Nayaf, estiman que el enemigo es una mezcla de milicianos, regulares, brigadas Al Quds y quizá algunos elementos de las fuerzas de elite, pero sobre todo civiles. Según testimonios de equipos de evacuación, varios centenares de ellos parecían abandonar la ciudad de Nayaf.

Según los comandantes de la Segunda Brigada, ayer se descubrió un importante arsenal de armas iraquí, supuestamente destinado a armar a la población civil.

El temor a los movimientos de los civiles ha creado problemas también en la larga línea de suministros que recorre más de 300 kilómetros desde Kuwait. La región sur de Nayaf fue reforzada con unos 1.000 efectivos más. «Nuestras líneas están operativas al 100 por 100 y estamos en plena fase de avituallamiento», manifestaba el teniente coronel Will Willams.

Sin embargo, la parte más dura de esta campaña no ha dado comienzo todavía. Aún no está claro ni cómo ni cuándo se producirá el paso que permitirá al grueso de las unidades dar el salto definitivo a los alrededores de Bagdad, en una franja entre el río Tigris y el Eufrates densamente habitada.

El capitán Aaron, desde luego, no lo llegará a ver. Será uno de los primeros héroes de su

país condecorado por esta guerra. Aunque sea sólo con un Corazón Púrpura por estar en el sitio equivocado en el momento equivocado.

Pero él se fue preocupado por su compañía, que seguirá moviéndose por un terreno cada vez más peligroso en ligeros homvies de puertas de lona. «Mi chófer tiene sólo 19 años y no podrá disparar para defenderse». Esta información ha sido sometida a restricciones por parte del Ejército de Estados Unidos.

El Mundo, 1 de abril de 2003

’Gran batalla’ de las tropas de EEUU con la División Medina

JULIO A. PARRADO |
VALLE DEL EUFRATES (IRAK)

La ’gran batalla’ contra el cuerpo militar mimado de Sadam Husein, la Guardia Republicana, puede haber comenzado anoche en Karbala, según informó esta madrugada el Comando Central del Ejército de EEUU.

Tropas norteamericanas y miembros de la División Medina, la unidad de la Guardia Republicana mejor equipada, protagonizaban al cierre de esta edición duros combates en esta ciudad, a 110 kilómetros al sur de Bagdad, en lo que se especula como la reanudación de la ofensiva de Washington contra la capital iraquí.

Estos combates suponen el primer encuentro a gran escala de fuerzas de EEUU y la Guardia Republicana. La División Medina fue sometida ayer a intensos bombardeos y fuentes militares de Washington señalaron que su capacidad había quedado mermada «en un 50%».

Sin embargo, pese a este supuesto debilitamiento, varios guardias republicanos eran detenidos ayer con varias sacas repletas de dinero. Eran millones de dinares.

Según los estadounidenses, forman parte de pequeñas unidades de la Guardia Republicana que se están diseminando con rapidez al sur de Bagdad para comprar la fidelidad al régimen.

Pagan a soldados, milicianos y a cualquier civil que se comprometa a matar al enemigo. Hasta 1,5 millones de dinares. Desde Bagdad la radio promete incesantemente hasta 2,5 millones por cada soldado muerto.

Los estadounidenses culpan a este tipo de brigadas de la rebelión urbana a la que se enfrentan desde que comenzaron la invasión.

«Los civiles están totalmente atemorizados. Tienen miedo a acercarse a nosotros porque en el interior de las ciudades los miembros del partido Baaz toman represalias», explica el capitán Mayor Bowen.

En un principio, su misión iba a ser simple: contactar con la población y con las autoridades civiles. Sin embargo, la masacre de civiles, como la acontecida el lunes en un puesto de control de la cercana Autopista 9, la ha transformado en una tarea casi imposible. También la batalla en el puente de Hindiya, donde varias decenas de civiles figuran entre los más de 150 iraquíes que el Ejército norteamericano reconoce haber eliminado.

«Los aliados quieren ayudar al pueblo iraquí. Si se convierte en un refugiado sólo causará perjuicios a su familia. Quédese en casa. No conduzca nunca de ánoche», son los consejos incluidos en uno de los panfletos que la unidad de Operaciones Psicológicas de Bowen reparte por los alrededores de Nayaf.

En cinco meses, los estadounidenses han tirado hasta 28 millones de estos panfletos en bombas MK129, una especie de piñata lanzada desde cazabombarderos.

Desde los altavoces del vehículo de Bowen se aconseja a la población alejarse de los posibles objetivos de la artillería y de la fuerza aérea, es decir, de los depósitos de armamento y de los edificios del partido Baaz.

«Lo del coche es lo peor que nos podía pasar porque afecta a nuestra credibilidad», asegura

el capitán.

Los estadounidenses reconocen que en el interior de las ciudades impera la propaganda de Sadam. «Llevan 13 años expuestos a las mismas mentiras. Los soldados piensan que los vamos a ejecutar. No estarán convencidos de nuestra superioridad bélica ni se convencerán hasta que no caiga Bagdad. Después, se producirá un efecto dominó», dice el capitán Rick Correz.

«La Historia tampoco nos ayuda», admite. En 1991, los iraquíes salieron con júbilo a las calles en las poblaciones del sur del país, para ver cómo días más tarde los estadounidenses se retiraban dejándolos a expensas nuevamente del régimen.

Bowen y Correz son dos casos excepcionales. Viajan con un traductor y se interesan por la historia de las viejas ciudades que vamos dejando a nuestro paso. Entre el resto de la tropa, las ciudades son vistas simplemente como núcleos de resistencia y de civiles ansiosos de dar su vida por Sadam Husein.

«Desde el atentado suicida del sábado, ahora tengo menos reparos en disparar a un civil», admite un soldado. «No se trata de paranoia sino de prudencia», añade.

El Mundo, 2 de abril de 2003

Tropas de EEUU rompen la primera "línea roja" que defiende Bagdad

Los 'marines' logran cruzar el último puente sobre el Tigris en Kut y la 30 División rodea Karbala y atraviesa el Eufrates - Sus vanguardias forman ya una tenaza a 30 kilómetros de la capital - El Pentágono asegura que las divisiones Medina y Bagdad de la Guardia Republicana "ya no son fuerzas creíbles"

JULIO A. PARRADO.
VALLE DEL EUFRATES (IRAK). Enviado especial

Finalmente, la Tercera División y la División Medina se vieron las caras. Anoche, el valle del Eufrates -a unos 40 kilómetros al sur de Bagdad- era el escenario de una gran batalla entre esta unidad de elite fiel a Sadam y varios batallones del Ejército de Tierra, con el Séptimo de Caballería al frente. Desde nuestra posición, muy cercana al río, se escuchaban los intensos bombardeos de la artillería y de la aviación estadounidense. En la orilla este, se observaban deflagraciones y la respuesta impotente de las baterías antiaéreas de los iraquíes.

Paralelamente, el segundo contingente de tropas de EEUU, que también avanza desde el sur, logró cruzar el último puente sobre el Tigris en la ciudad de Kut y ya ha comenzado a formar una tenaza para sitiar la capital iraquí. Ayer, en vísperas de una batalla que puede ser decisiva para el rumbo de la guerra, el Pentágono mostró su confianza en la victoria. "Las divisiones Medina y Bagdad de la Guardia Republicana ya no son fuerzas creíbles", aseguró un portavoz.

Según Chrystal, el hundimiento de las dos divisiones de la Guardia Republicana que protegían los accesos a Bagdad se ha producido como consecuencia del intenso bombardeo aéreo que precedió al avance terrestre. El choque iniciado ayer puede decidir definitivamente el rumbo de esta guerra.

"La daga apunta claramente al corazón del régimen de Bagdad", señalaba desde el sur de Irak el general de Brigada Vincent Brooks.

Desprovisto de ambas, el régimen iraquí tan sólo dispone de unidades republicanas al oeste (Hamurabi) y al norte, pero se arriesga a perderlas de un golpe por la aviación si las mueve.

La entrada de la Tercera División en la ribera este del Eufrates tuvo lugar en una fulminante operación de menos de 20 horas en la que las tres brigadas se hicieron con el control de la ciudad de Karbala, y del estratégico paso que lleva su nombre y que permite también el control sobre una gran presa cercana.

El martes, todavía al sur de Karbala, nos fuimos a la cama conscientes de que sería una larga noche sin sueño. Desde las nueve de la noche, la aviación golpeó incesantemente esta ciudad sagrada, que conserva la tumba de Husein, el nieto del profeta Mahoma y tercer imam del Islam.

Los bombardeos se centraron, aparentemente, en los alrededores de la ciudad, donde el Ejército regular iraquí y la Guardia Republicana tenía, supuestamente, estacionadas piezas de artillería. No obstante, todo el cielo de la ciudad estuvo iluminado. En tres ocasiones, los impactos de las deflagraciones se sintieron 15 kilómetros al sur, donde acampábamos en ese

momento. Las riberas del Eufrates áCon la ciudad aislada, la Tercera División emprendió una rápida marcha hasta la riberas del norte del Eufrates, que fueron cruzadas a media tarde por las primeras unidades. Anoche, a nuestro alrededor se escuchaba el ruido de convoyes de carros armados que acudían a reforzar a la vanguardia. El comando estadounidense en la zona no informó a este enviado del número exacto de víctimas civiles y militares.

Karbala ya sufrió lo suyo durante la Primera Guerra del Golfo.Su población fue martirizada por Sadam por haber colaborado y festejado la invasión americana. Nosotros no vimos ninguna señal de júbilo en su periferia. Tampoco ni un rastro de vida.

En nuestro avance hacia el norte fuimos testigos del reguero de cadáveres dejados por los estadounidenses, aunque no constatamos la presencia de carros de combate o vehículos del Ejército iraquí.

Entre los muertos que encontramos en las cunetas de la Autopista 9, estaba un grupo de cuatro hombres. Su furgoneta azul había sido volada totalmente por la parte delantera. Junto a ellos, un ataúd. Posiblemente se disponían a sepultar a un compañero fallecido en los incidentes de los días previos. Unos kilómetros más adelante, otros tres jóvenes, parcialmente mutilados junto a una ambulancia, reconocible gracias a que la sirena había sobrevivido intacta de forma milagrosa. Es difícil saber si se trataba de civiles o milicianos, ya que dos de ellos aún llevaban calzadas las pistolas en sus pantalones.

La rápida progresión de ayer devuelve el optimismo a las tropas de la Tercera División, que parecían aletargadas en un inexplicable parón. Sin embargo, éste es sólo el principio de un incierto y peligroso final. Los optimistas comandantes, como el general Weber, nos insistían que la entrada en Bagdad será como la liberación de París de los nazis, pero aún nos queda pasar por los ”suburbios de Saigón”.

Aunque ayer nos colocamos a un tiro de piedra de la capital iraquí, también dejamos atrás el cómodo desierto y nos adentramos en el vergel del Eufrates, donde fructifican las emboscadas y los ataques guerrilleros. Nuestro convoy fue víctima de una escaramuza. Se produjo en el recodo de uno de los múltiples canales que delimitan esta zona de bosques de palmeras. Los asaltantes abrieron fuego con un lanzagranadas y casi vuelan el pecho al operador de las armas de un tanque Bradley. Se trata de una zona densamente poblada, lo que hasta ahora han tratado de evitar las fuerzas con esta larga marcha por tierras baldías. El propio responsable de inteligencia de la Segunda Brigada la ácomparaba, en un símil poco afortunado y de malos augurios, como ”un terreno similar a Vietnam”.

La ansiedad se disparó en los convoyes al paso por esta zona. Cada pequeña pausa junto a un muro o un huerto sembraba la alarma entre los soldados. La idea de esta campaña ha sido el avance de pocas tropas de forma fulminante, pero en ocasiones, como ayer, los convoyes se hacían interminables y su ritmo lento.”Están violando todos los principios de la teoría militar. Esto me recuerda cada vez más a Vietnam”, señalaba el sargento Smith, alterado por la súbita presencia de civiles en unas callejuelas cercanas.

El Mundo, 3 de abril de 2003

Las tropas de EEUU inician el ataque a Bagdad asaltando el aeropuerto

JULIO A. PARRADO |

ALREDEDORES DE BAGDAD (IRAK)

«Este es uno de esos clásicos días malos». Ni el sentido italoamericano del humor del capitán Vanese estaba anoche a la altura de la diabólica jornada en la que estábamos enfrascados.

La batalla del Eufrates entraba en su segundo día y a estas alturas ya habíamos sido objeto de varios ataques con proyectiles antitanque, ametrallados en un convoy, contemplando cómo en su huida, los soldados iraquíes eran capaces de saltar la cabeza a un impenetrable tanque Abrams, y habíamos sido testigos de innumerables voladuras de vehículos civiles que se empeñaban en acelerar en nuestra dirección, porque era uno de esos días donde no había lugar para la misericordia.

Las tropas de EEUU iniciaron ayer el ataque a Bagdad asaltando el aeropuerto Sadam Husein, donde anoche se combatía. Según un portavoz, la instalación está parcialmente bajo control aliado.

Hacia el noroeste de nuestra situación, la toma del aeropuerto parecía cuestión de horas dada la intensidad y el número de las detonaciones, que se escuchaban a kilómetros. La fuerza aérea se hacía cargo en esa zona del sorpresivo avance de la División Hammurabi, que Sadam Husein parecía mover en un nuevo desesperado intento de frenar el avance norteamericano.

La toma de la capital pasaba ayer primero por el control total del aeropuerto, un enclave estratégico situado a 16 kilómetros al suroeste de Bagdad. El comandante Maurice Goins, de la Tercera División de Infantería norteamericana, aseguró anoche que las fuerzas de la coalición lo habían tomado «parcialmente», desplegando más de 1.000 soldados estadounidenses en el interior y en las inmediaciones.

El enviado especial de la agencia France Presse, que acompañaba a los soldados estadounidenses, pudo constatar que las tropas entraron por una brecha abierta en el muro del recinto del aeropuerto, lo suficientemente grande para que pudiera pasar por la misma equipamiento pesado.

De hecho, el reportero de la televisión estadounidense ABC, Bob Schmidt, que acompaña a las fuerzas que han realizado el ataque, aseguró que las tropas estadounidenses ya habían iniciado la toma completa del aeropuerto penetrando en él con tanques y unidades blindadas aprovechando la oscuridad de la noche. Schmidt señaló que hubo disparos esporádicos por parte de soldados iraquíes de a pie y en camionetas.

El hostigamiento de las tropas americanas al aeropuerto provocó la muerte de decenas de civiles. La artillería y las bombas alcanzaron la localidad de Furat, en las inmediaciones del aeropuerto. Según las autoridades iraquíes, la cifra de ámuertos se elevaría a 83, aunque este extremo no pudo ser confirmado por fuentes independientes, que en algunos casos hablaban de alrededor de 20 muertos.

El ataque, eso sí, provocó más de 120 heridos, según la agencia Reuters. Sus cuerpos yacen «apilados en uno de los hospitales de la localidad», explica la misma fuente. A tres kilómetros

áCon la toma del aeropuerto como uno de los principales frentes abiertos aún, la fulgurante invasión de los valles de los ríos Eufrates y Tigris nos situó anoche a una inquietante corta distancia de Bagdad y a menos de tres kilómetros de ese frente que se expandía de oeste a este por el sur de la ciudad y no paraba de cobrar vigor.

Desde el norte, el Ejército iraquí dispensaba una intensa ronda de artillería que impactó en las posiciones estadounidenses a menos de 800 metros de nuestra ubicación. «Están presentando más resistencia de la esperada», reconocía un oficial de inteligencia.

Los marines, a unos 50 kilómetros Tigris abajo, se sumarían en cualquier momento al que aspira ser el asalto final al régimen de Sadam. En el sureste, batallones de la Tercera División intentaban eliminar los últimos elementos «consolidados» de la División Medina de la Guardia Republicana, encargada de proteger el sur de la capital. Porque los elementos dispersos aún abundan y fueron el verdadero martirio de las tropas de EEUU en autopistas y carreteras agrícolas durante toda la mañana.

«El frente real esta ahí fuera», indicaba el oficial apuntando a un grupo de palmeras distantes apenas 100 metros. Esa es justo la distancia que necesita un antitanque para reventar un vehículo. Lo experimentamos minutos después de realizar nuestro triunfal cruce del Eufrates por el puente que la Tercera División conquistó la víspera.

Por azar del caos bélico, al que no es ajena la profesional maquinaria bélica norteamericana, nuestra pequeña unidad médica estaba avanzando junto a los tanques del batallón de vanguardia, lo que nos convertía en objeto del desesperado intento de soldados y guardias republicanos de frenar a los americanos.

Dejando atrás sus carros y búnkeres, los soldados de Sadam Husein recurrieron a una guerra de guerrillas, tratando de crear emboscadas en cada recodo del camino, desde acequias y canales a los lados. En la primera ocasión, tres iraquíes fueron reventados en un segundo por el Linebacker que nos escoltaba. Su ranchera ardía a pleno rendimiento a nuestro paso.

Desde ese momento, la ruta ocho se llenó de un sinnúmero de trampas. A los lados del camino, los iraquíes se ocultaban en trincheras detrás de ametralladoras y lanzagranadas. La mayor parte de ellos no tuvieron tiempo de ácompletar la primera caja de municiones antes de la infalible respuesta americana.

La brisa fresca de la campiña iraquí se inundó de un intenso y extraño olor a quemado y a combustible, que anoche lo impregnaba todo.

Los Abrams y Linebacker estadounidenses tampoco tuvieron piedad con ningún vehículo en circulación. A ese punto, cualquier coche a más de 40 kilómetros por hora resultaba igual que las rancheras Nissan blancas en las que los iraquíes habían instalado ametralladoras. Es imposible saber cuántos civiles inocentes saltaron por los aires a nuestro paso. «¡Dispárenle, dispárenle!» áEl incidente más cercano tuvo lugar a apenas 300 metros. El turismo blanco comenzó a sobrepasar varias de las unidades del convoy sin que nadie reaccionara. «¡Dispárenle, dispárenle!», se oía en la radio de la compañía. El vehículo progresó a gran velocidad hasta que un Abrams tomó el control de la situación con un limpio cañonazo. Minutos más tarde, el mismo carro de combate era alcanzado por un proyectil antitanque en su parte superior y en el motor. Fueron rasguños, pero el soldado se convirtió en otra de las víctimas americanas de esta ofensiva. Anoche se esperaban algunas bajas más entre los estadounidenses.

En este hospital de campaña, que anoche sucumbía al caos natural de la batalla, eran atendidos otros dos. Un tercero yacía sin vida bajo una torre eléctrica, convertida en un improvisado velatorio por sus compañeros de tanque. Junto a éstos, un par de decenas de iraquíes, mancos o cojos en su mayor parte. O ambas cosas. Algunos forman parte de los más de 30 prisioneros de guerra cautivados durante el avance de la mañana. Cuatro de ellos, los encontramos por casualidad escondidos en un sótano inmundo de una mezquita.

Curiosamente, en las tres horas que pasamos apostados con las armas hacia el palmeral del norte, nadie prestó atención a nuestras espaldas, al complejo de edificios oficiales adornados con retratos de Sadam ni al pequeño templo. Tenían más miedo en el cuerpo que los soldados que terminaron deteniéndolos. También mucho más armamento: AK47, lanzagranadas, antitanques y granadas de mano.

Por alguna razón extraña perdonaron la vida de la mayor parte del convoy. Es por eso que el capitán Vanese pensaba anoche que, después de todo, fue una jornada simplemente mala, no exenta de buenas dosis de suerte. Ayer fue el día en que algunos comenzamos a salvar la vida de nuestro último cigarrillo en el paquete.

El Mundo, 4 de abril de 2003

«Los estamos enterrando por el rito islámico: con las cabezas hacia La Meca»

Con la ocupación de las pistas y algunos de los hangares, los norteamericanos dan por confirmado el éxito de la toma del aeropuerto y se asientan en los alrededores de Bagdad 'limpiando' de munición y civiles muertos las carreteras

JULIO A. PARRADO |

EN LAS CERCANIAS DE BAGDAD (IRAK)

En los arcenes de las carreteras que circundan Bagdad se inició ayer una operación de limpieza más silenciosa que la de la destrucción de todos los vehículos que circulan a más de 40 kilómetros por hora. Los ingenieros recibieron instrucciones de recoger los cadáveres de los civiles y recolectar sus carnés de identidad.«Los estamos enterrando por el rito islámico, recostados del lado derecho con las cabezas en dirección a La Meca», aseguraba el mayor Bowen.

Tras la fulminante y ruidosa entrada del jueves en el valle de la capital, la de ayer fue una jornada mucho más tranquila. De limpieza.

Aseo personal, para la tropa y eliminación quirúrgica de elementos dispersos de la División Medina de la Guardia Republicana, que trató de defender a su manera, y como pudo, el flanco sur de la capital iraquí. Pese al espeso humo que desataron, las fuertes explosiones con las que nos despertamos ayer no representaban ninguna amenaza. Los ingenieros habían comenzado la larga tarea de destrucción de grandes partidas de munición que los soldados iraquíes dejaron desparramada por carreteras y trincheras durante su inútil intento de frenar el avance norteamericano.

En el tablero de operaciones del centro de comando de la Brigada, el capitán Morgan no paraba de mover las fichas. Batallones y compañías se desplazaban de norte a sur y de este a oeste en el valle del Eufrates, mientras en el ángulo noroeste del mapa, cuatro piezas aguardaban su turno. Al mediodía, las empujó definitivamente un centímetro. El aeródromo Sadam Husein acaba de desaparecer del tablero y era reemplazado por el Aeropuerto Internacional de Bagdad.

Aunque anoche los efectivos de la Tercera División aún no habían logrado controlar la totalidad de los edificios de las instalaciones aeroportuarias, los comandantes de la operación daban por confirmado el éxito de la misión. Con la ocupación de las pistas y algunos de los hangares, el Ejército de Tierra se colocaba ayer en el extrarradio inmediato de la capital, a un par de kilómetros escasos incluso de uno de los edificios que los norteamericanos bautizan genéricamente como «palacios presidenciales».

Dos aviones A-10 comenzaron a volar lentamente en círculos sobre nuestras cabezas, haciendo honor a su sobrenombre: buitres. Con sus enormes alas y sus pesados motores, son considerados como un «cañón volante», un á«asesino aéreo de tanques». Los dos aparatos se sumaron a las tareas para las piezas de artillería pesada que la División Medina no ha utilizado aún, por temor a ser localizada y destruida por la aviación. «Hay muchos tanques y cañones

ocultos entre la maleza y bajo las palmeras. Llevan ahí semanas. Muchos ni pueden moverse y han sido abandonados por sus tripulantes», manifestaba el teniente coronel Eric Wesley.

La Tercera División puso a varios de sus batallones en las tareas de purga de la Medina. En 48 horas, los estadounidenses aseguran haber volatilizado unos 90 tanques iraquíes, en su mayoría viejos T-72 y T-55 de fabricación soviética. 700 iraquíes resultaron muertos, según las últimas cifras, que no discriminan quizá entre milicianos, soldados o simples civiles que se encontraban en el lugar equivocado. Sin embargo, el número de detenidos es sorprendentemente bajo: 65 el jueves y, ayer, tan sólo uno.

Los estadounidenses saben que la mayor parte de los 4.000 hombres de la Medina se han escabullido y confundido entre la población civil. En los controles del jueves, fueron generosos con todos los que vestían trajes de paisano, pese a que sus sonrisas de intranquilidad les delataban. Sin embargo, esta zona está repleta de construcciones aparentemente abandonadas, en las que siguen cobijándose grupos de soldados. Ayer encontraron a más de 30 junto a dos camiones repletos de munición en el edificio del Ministerio de Transportes, que supuestamente había sido peinado para utilizarlo como hospital de campaña.

«Nos gustaría que hubiese habido una capitulación, pero sus comandantes no quisieron. De todos modos, no nos preocupa que vaguen por ahí, porque a todos los efectos la división está completamente derrotada, aunque no destruida», afirmaba Wesley.

El comando de la Segunda Brigada está convencido de que la Medina sólo es operativa ya a nivel de batallón y tan sólo por pocas horas más. Hoy mismo, lo que resta de sus cuarteles generales, a unos 35 kilómetros al sur de la capital, sucumbirá a la artillería. «Tenía un día para hacerlo, y lo hice», comentaba rebosante de optimismo el teniente coronel David Perkins, que ha sido el encargado de colocar a las tropas a las puertas de Bagdad.

El ambiente de euforia que ayer se concentraba en torno al tablero de operaciones de su brigada se plasmó en una orden que rebajó drásticamente el nivel de la alerta química.

Después de 16 días, ayer pudimos desprendernos del pesado traje NBQ. Las altas temperaturas que ya se alcanzan en este húmedo valle del centro del país había duplicado el suplicio de la primera jornada de la misión. Según los comandantes de EEUU, no sólo el viento sopla a nuestro favor y hace inútil un ataque.

Sadam, dicen, habría desaprovechado una gran oportunidad hace días, cuando las tropas estaban aún a una distancia prudente. Usar el gas VX o mostaza ahora, afirman, constituiría un suicido.

Los militares ya no creen que a Sadam Husein le sea posible tampoco echar mano de la Hammurabi, la División estacionada al oeste de la capital. En un primer momento, los servicios de inteligencia estadounidenses detectaron un posible movimiento de sus efectivos en dirección sur, pero ayer estos informes perdieron toda la credibilidad.

El único riesgo que aún suscita preocupación son los ataques suicidas y las emboscadas. En las últimas horas se ha confirmado la presencia de ciudadanos sirios que formaban parte de los mártires islámicos reclutados por Irak y que Sadam Husein había exhibido en la televisión para alentar la resistencia popular contra los americanos. «Las emboscadas son operaciones de acoso sin éxito. Las solventamos rápidamente», comentaba Wesley. Testimonio de ello son las decenas de coches que aún humean en la red de autopistas que rodean Bagdad.

Los responsables de Asuntos Civiles también han tratado de poner orden en el tráfico,

alertando con signos en las carreteras para que los vehículos se detengan y se aparten al paso de los convoyes militares. Cualquier coche a gran velocidad, a más de 40 kilómetros por hora en realidad, es considerado un vehículo hostil y termina irremediablemente ardiendo. Ninguno de los comandantes con los que ha hablado este enviado ha especificado cuántos civiles han perdido la vida de esta forma.

Salvo coches desperdigados, el nudo de comunicaciones del sur de Bagdad estaba ayer desierto. Uno de los puentes sobre la Autopista 9 se ha transformado en un improvisado mirador desde donde los soldados americanos se toman fotos con el fondo de un Bagdad lleno de columnas de espeso humo.

La Policía Militar ha creado un bloqueo estricto al tráfico y algunos cientos de civiles trataban ayer al mediodía de alcanzar la ciudad a pie. Los comandantes de la Segunda Brigada se niegan a utilizar la palabra asedio, pero nadie sabe responder cómo se abastece desde ahora la ciudad. «Bueno, cuando hay un huracán en Miami» -me explicaba el cabo Hoffman- «la gente va al supermercado y hace acopio para semanas».

El Mundo, 5 de abril de 2003

Sangrienta incursión de blindados de EEUU por las calles de Bagdad

Centenares de militares y civiles muertos y heridos tras la entrada de una columna de carros con apoyo aéreo / Los defensores de la capital sólo contaban con ametralladoras y lanzagranadas para hacerles frente / Las tropas de Sadam Husein no logran reconquistar el aeropuerto pese a haber empleado ataques suicidas

JULIO A. PARRADO.

INMEDIACIONES DE BAGDAD. Enviado especial

\

”Hemos demostrado que podemos entrar y salir de Bagdad a nuestro antojo. Los iraquíes y la opinión pública mundial ya saben que ahora sí estamos aquí”.

David Perkins acaba de bajar del vehículo blindado en el que ha coordinado toda la operación y repasa los momentos más jugosos en un monitor de televisión de la cadena americana Fox News, que le acompañó en su momento de gloria. Rebobina una y otra vez para cerciorarse que de aquel camión salían disparos y sus ocupantes fueron merecedores de su suerte.

Ha dirigido la primera ofensiva militar por la principal arteria de Bagdad y al coronel Perkins le ha sabido como un paseo por las nubes. Es el primer militar estadounidense que pone el pie en la capital iraquí.

El coronel, a bordo de su blindado, ha pasado por delante de la Universidad, ha dejado a la derecha un palacio presidencial y varias embajadas, ”y las estatuas de Sadam que siempre he visto en la televisión”.

Perkins, de 44 años, es hoy el héroe en su país y ha protagonizado una misión de ésas que crean estrellas de generalato. Después de haber eliminado a la División Medina, lo de ayer fue casi un triunfal paseo por el ruedo, si no hubiera sido porque en el camino perdió a un hombre, el sargento que comandaba uno de los tanques.

Fueron apenas tres horas y tan sólo 15 kilómetros de recorrido por la autopista 8, entre el sur de la ciudad y el aeropuerto, controlado ya totalmente por la Tercera División. Intervinieron 50 vehículos blindados, entre ellos 30 Abrams, y unos 400 hombres que sorprendieron a las supuestas defensas de elite iraquíes casi dormidas a las seis de la mañana. Los primeros seis kilómetros fueron los más fáciles. Se hicieron a 40 kilómetros la hora. El resto, no sobrepasaron los 20 por hora, bajo un intenso fuego de artillería ligera: lanzagranadas, ametralladoras, morteros...

El mismo tipo de estrategia de defensa desesperada que hemos visto estos días. Nada que ver con la supuesta sofisticación que los americanos decían esperar de la Guardia Especial Republicana.

A Perkins no le importa no haberse encontrado con un enemigo a su altura. Ha hincado el colmillo en Bagdad. ”Lo más importante es el impacto psicológico ásobre los elementos fieles al régimen. Ahora saben que estamos aquí y que su resistencia ya no tiene razón de ser.

Es un golpe para el régimen. Su fin está cada vez más cerca".

Se trata también de un mensaje para Sadam: "Ya no hay parte segura en la ciudad en la que pueda refugiarse. Podemos decir que Bagdad es nuestra porque está a nuestra merced. Controlamos todas sus redes de comunicación y suministro".

La posibilidad de poner en marcha esta demostración de fuerza se gestó la noche pasada, cuando las fuerzas de la Primera Brigada culminaron la conquista del aeropuerto que, según periodistas presentes, está prácticamente intacto, salvo algunos impactos de artillería en las pistas.

El control del aeropuerto ha sido desmentido por las autoridades iraquíes, que aseguran que sus soldados realizaron ayer una operación para apoderarse de él. Un oficial estadounidense indicó a la agencia Reuters que Irak había lanzado "varios ataques que podrían considerarse suicidas" con el fin de recuperar el aeropuerto, pero negó, como se había anunciado anteriormente, que un kamikaze iraquí hubiera alcanzado a las tropas estadounidenses que protegen las instalaciones.

De cualquier manera, ya resulta evidente que el aeródromo está en poder del Ejército estadounidense. Un portavoz del Pentágono anunció ayer mismo que sus aviones han comenzado a sobrevolar el cielo de Bagdad las 24 horas al día para prestar apoyo aéreo a las tropas terrestres cuando éstas se abran paso en la capital.

Tras su paseo triunfal de ayer, en el aeródromo esperaba a Perkins con los brazos abiertos el general Buford Blount, el mando de la Tercera División que se había propuesto ser el primero en servir Bagdad en bandeja al presidente Bush. Porque ésta ha sido también una competición no declarada entre el Ejército de Tierra y la Infantería de Marina. "Si ha sido una carrera, ya hay ganador", dice Perkins, que ha rivalizado toda su vida con su hermano marine. La división mecanizada quiere su pedazo de gloria y ayer reivindicó de esta forma su protagonismo en la conquista de la guinda en esta guerra.

"Hemos dejado claro que las tropas mecanizadas tienen un papel que cumplir en la guerra urbana y que ésta no es solamente realizable por la infantería ligera".

Y una lección para el mundo: "Los que piensan que somos un Ejército que sólo realiza guerra de alta tecnología desde 6.000 metros de altura, se equivocan. Hoy hemos luchado a seis metros de distancia".La única fuerza aérea que intervino fueron los aviones A-10, que lanzaron un par de violentos rugidos durante la mañana y destrozaron un par de tanques.

La parte práctica de la operación ha sido también la destrucción de las defensas del sur de la ciudad. "En estos momentos nada nos separa del centro de Bagdad". Según Perkins, Sadam no podrá reemplazar a los "más de 1.000 áhombres" que asegura haber matado durante los enfrentamientos de ayer. Los cálculos pueden ser algo desproporcionados y fruto de su euforia. También hubo víctimas civiles. "No sería sincero si dijera que no. Yo mismo vi cómo un vehículo se estrelló contra un camión de municiones que no cesaba de detonar".

Por las imágenes que observó ayer este enviado, los defensores de Bagdad operaban en pequeños grupos, escondidos entre sacos de arena sobre tiendas o parapetados en los puentes peatonales que cruzan la A-8. Poco que ver con la descripción que el mismo Perkins realizaba hace dos días sobre la Guardia Especial, supuestamente dotada con el mejor armamento con el que Irak puede proveer a sus hombres, "incluidas gafas de visión nocturna como las americanas".

Llegados a este punto de la invasión, en el plan original del Pentágono se preveía que el régimen se tambalease. Pese a los rumores de la muerte de Sadam Husein tras sus escasas apariciones públicas (un rumor que el propio líder iraquí desmintió al pasearse por las calles de Bagdad supuestamente el pasado viernes), el partido Baaz sigue manteniendo las riendas de la situación.

El comando militar tiene que vérselas con la viabilidad de la toma de control de una ciudad de más de cinco millones de habitantes."La decisión es ahora de los políticos", asegura Perkins.

La operación de ayer fue objetivo de múltiples intentos de ataques suicidas con camionetas blancas, que se están convirtiendo en la verdadera amenaza para la futura conquista de Bagdad.

Los fedayin -los milicianos más radicales de Sadam- se están reagrupando en la capital, según los estadounidenses, operan también en las cercanías del sur de la ciudad y pueden transformar la ocupación futura en un verdadero calvario. "Estoy convencido de que una vez caiga el régimen, éstos desaparecerán, porque están alimentados y pagados por el partido Baaz", espera Perkins.

Mientras eso ocurre, en los alrededores de la capital, las tropas de la Segunda Brigada todavía afrontan un alto nivel de riesgo. Algunos batallones de logística aún no se han atrevido a dar el salto del Eufrates y se están creando pequeños pero llamativos problemas en los suministros, particularmente de agua, en un momento en el que la temperatura supera los 34 grados y el sol aprieta sorprendentemente más que en el desierto. En varios batallones tan sólo pueden consumir una bolsa de comida precocinada por día.

La ocupación americana mantiene prácticamente paralizada toda la actividad al sur de la ciudad y los mandos reconocen que la capital iraquí no tiene vías para abastecerse de alimentos. "Esto va a contribuir a crear una mayor presión sobre el régimen", de acuerdo con el victorioso coronel.

Mientras éste asumía el control de la misión más lucida, el resto de la Segunda Brigada estuvo ocupado con las tareas de limpieza de la División Medina. Las explosiones de munición iraquí se han multiplicado en el día, mientras en la ánoche se siguen escuchando los impactos de los lanzagranadas de los soldados. Más al sur, la artillería cumplió con su promesa y en la madrugada hizo añicos los tres grandes complejos que constituían los cuarteles generales de esa fuerza.

Sin embargo, en estos días en los que los comandantes de la Tercera División inflan el pecho con el orgullo de la victoria, su tropa está encajando el mayor número de bajas desde el inicio de la invasión. La noche pasada, por vez primera, los helicópteros Black Hawk hicieron acto de aparición en el cielo para traer tres cadáveres. Tres soldados que perecieron en las cercanías del aeropuerto cuando trataban de esquivar el fuego enemigo. Perecieron ahogados, prisioneros en su tanque por el peso de la propia munición que transportaban.

Sus cuerpos pasaron la noche a los pies de esa torreta eléctrica que se ha convertido en una improvisada cripta velatoria y se fueron por la mañana sin grandes ceremonias. Fue una muerte trágica, pero poco heroica. El sargento a las órdenes de Perkins que murió en la incursión por Bagdad recibió un pequeño responso de la unidad médica y del capellán.

En este momento, su cuerpo está detrás de varias cajas apiladas en una gélida tienda-

hospital, en la que las cámaras de Fox News no han puesto aún el pie.

El Mundo, 6 de abril de 2003

"¡Nos vemos en Bagdad!"

Mónica García Prieto

”¡Me voy a la guerra, nos vemos en Bagdad!”Tu voz resonaba inmensamente alegre por la sucia línea telefónica. Me llamabas desde Madrid para darme la gran noticia, y yo apenas calibraba la importancia de lo que ocurría. El Ejército estadounidense te había dado una plaza para empotrarte con sus soldados y emprender el camino hacia Irak, y veías cómo uno de tus sueños se materializaba ante tus ojos. Cubrir un conflicto es vivir el periodismo en su máxima expresión, con total intensidad, y te hacía tanta ilusión como le habría hecho a cualquier reportero de raza, para quienes las dificultades, la incertidumbre o el riesgo físico sólo aumentan el interés del trabajo.

Me telefoneaste a Bagdad, donde yo llevaba más de un mes esperando la maldita invasión que se avecinaba, con la excusa de hacerme preguntas sobre la forma de vida en la antigua Mesopotamia, pero estaba claro que sólo me querías contar que, esta vez, seríamos compañeros de sangre, ya que nos hermanaría el desierto, la guerra y el periodismo. Que nos veríamos en un escenario periodístico de primer nivel, que tendríamos la gran oportunidad de vivir la Historia en persona, sin filtros ni intermediarios. Que nos habíamos convertido, gracias a las circunstancias, en dos grandes privilegiados. Cuánta razón tenías, Julio, y cuánto me pesa. Porque apenas un mes después la vida me reprocharía amargamente haberte animado a ir a Irak cuando la peor noticia, la noticia imposible, volvió a sacudir la redacción. Te habían matado, Julio, y no a causa de una imprudencia o por falta de experiencia.

Sencillamente estabas en el lugar del impacto de un misil que te estaba destinado, en primera línea, esforzándote por contar la amarga realidad de la ocupación de Irak. Fue así como pagaste el precio de apaciguar nuestra ansiosa vocación, como ya lo habían hecho, antes de ti, una decena de periodistas en el polvoriento Golfo Pérsico en apenas unas semanas, y como lo seguirían haciendo meses después. Cuando escribo estas líneas, las organizaciones denuncian la muerte de 18 reporteros o trabajadores de medios de comunicación sólo en Irak. Maldita sea nuestra suerte, Julio. Como José Couso, tu nombre también se cuenta entre las víctimas.

Si los civiles asesinados por las bombas son los mártires de Irak, vosotros os podéis considerar mártires de la libertad de expresión. Y que no digan que la guerra es muy dura y que sabemos a lo que vamos, porque me suena a cinismo del que repudia el maestro Kapucinski. Si alguien nos contara

antes de tomar el avión que nos van a mutilar o matar, ninguno se asomaría a la boca del lobo, salvo los suicidas y los que no se arriesgan tanto como para dar posibilidad a que les peguen un tiro. Y tú, como el resto de colegas muertos que conocí, no correspondes a ninguna de esas dos categorías. Tu eras un valiente que amaba el periodismo sin estridencias.

Tu cercanía resultaba extraña, Julio, sobre todo en Bagdad. El régimen de Sadam Husein estaba completamente aislado, y casi ignoraba que ocurría fuera de Irak. Saberte tan cerca geográficamente y, al mismo tiempo, tan lejos me confundía. En los primeros días de bombardeos, cuando los periodistas destacados en Bagdad aún éramos obligados por el régimen a trabajar en la desconchada sede del Ministerio de Información iraquí, un apreciado

colega de la competencia me preguntó si teníamos a alguien más en Irak. Mi respuesta fue automática y orgullosa: "Sí, Julio Anguita está empotrado con la Tercera División de Infantería". Su decepcionado rostro me llenó de satisfacción. Entonces supe que éramos los únicos que disponíamos de una cobertura completa, con reporteros asignados a cada parte en conflicto, y ese pequeño éxito, que sólo entendemos en este oficio tan competitivo, era gracias a ti. Estar o no del lado estadounidense marcaba entonces la diferencia informativa, y tú te habías quedado con la parte más difícil, arañando un puesto en los carros de combate. Tú serías quien sufriría el calor del desierto, los horarios militares, la arrogancia de los uniformes y la incertidumbre de vivir como un mongol en plena conquista de un país, siempre nómada. Fue tu esfuerzo y tu empeño el que hizo que la plaza de empotrado fuera asignada al periódico para el que trabajábamos, aunque éste, a cambio, ni siquiera te apoyase a la hora de destinarte a Irak.

Pero a los reporteros no nos interesan las batallas empresariales ni las redaccionales, nos basta con concentrarnos en la realidad. Tu bando, el Ejército de Estados Unidos, había comenzado a avanzar hacia Bagdad, precedido de una tormenta de bombas y fuego que devoraba los grandes edificios de la capital, desde los ministerios hasta los centros de telecomunicaciones. En la capital iraquí nos sentíamos inmersos en una película de gran presupuesto, ya que el nivel de destrucción era tan alto que parecía irreal. El miedo ya se había instalado en todo el territorio iraquí, y los periodistas cada vez teníamos menos tiempo para preocuparnos incluso de nuestros propios temores. Las mentiras que propugnaba el Pentágono sobre una guerra quirúrgica eran rebatidas por la realidad, que arrojaba un número inaceptable de víctimas civiles a diario, y nuestra misión era sacarlas a la luz, ser los ojos de los millones de personas que desconfiaban de las "nobles" intenciones de Washington y temían que la famosa guerra preventiva fuera tan sólo una estrategia imperialista para redistribuir el poder y las riquezas en Oriente Próximo.

Mi bando, el régimen de Sadam -los civiles iraquíes eran el relleno de este diabólico sandwich- tenía a los más de 200 periodistas que habíamos resistido al chantaje económico y las presiones políticas por parte del Gobierno iraquí concentrados en un solo hotel, para evitar que tuviéramos libertad de movimientos. Eramos vigilados por miembros de los servicios secretos las 24 horas al día y teníamos prohibido el uso de comunicaciones vía satélite, aunque todos las usábamos con discreción. Algo parecido a lo que ocurrió con tu teléfono Thuraya, tu única forma de comunicar con el periódico y con el resto del mundo, cuando los norteamericanos te prohibieron usarlo.

No sé a ti, pero a mí la imposibilidad de recibir información del exterior me afectaba profesional y personalmente. No sabía qué ocurría fuera de Bagdad, cuánto quedaba para que la invasión se consumara, si los iraquíes ofrecían resistencia o no en el ascenso hacia Bagdad desde Kuwait... Para todo lo que ocurría fuera de la ciudad estaba ciega y sorda, sólo podía contar lo que veía dentro de ella. Y me faltabas tú para darme la información del otro bando, de la otra línea del frente. Parecía una maldición, siempre que yo podía llamar tú estabas desconectado, siempre que me intentabas llamar yo tenía escondido el satélite en una salida del aire acondicionado de mi hotel, para evitar que los iraquíes me lo interceptaran en una de sus visitas sorpresa y desapareciera así mi única forma de informar.

Los días pasaron rápido. Cuando los primeros bombardeos dieron paso a lo que Washington bautizó como Operación Conmoción y Espanto, la guerra a la que asistíamos

cambió de magnitud. Las primeras matanzas de civiles irrumpieron en escena, obligando a los funcionarios iraquíes a cambiar de táctica. Llegó un momento en que las atrocidades incluso sobrepasaban al Ministerio de Información que, noqueado por la virulencia de los ataques y por la rapidez de los invasores, cada vez relajaba más su control sobre nosotros hasta dejarnos manos libres para trabajar siempre que hubiese civiles muertos o heridos.

Gracias a la progresiva escasez de espías, que cada vez aparecían menos por el hotel, asustados por la inminente caída del régimen que les mantenía, comenzamos a tener acceso indiscriminado a nuestros teléfonos. Así fue como conseguí por fin localizar tu posición gracias a la firma del diario. Hasta aquel momento, te imaginaba en algún punto indefinido del mapa que ambos manejábamos, acercándote con la gigantesca maquinaria militar estadounidense a Bagdad, pero la rapidez del avance norteamericano me sorprendió. Según tu crónica aquel día estabas en Hilla, a unos 60 kilómetros al suroeste de Bagdad, en la orilla del Eufrates.

Y, ese mismo día, el régimen nos permitió acercarnos a Hilla, donde un salvaje bombardeo estadounidense en el que se emplearon bombas de racimo, prohibidas por la ONU, había matado horas antes a unas 90 personas. Pasé el penoso viaje de autobús tratando de adivinar vuestras posiciones, bromeando incluso con algo imposible. "¿Y si me salto la línea de fuego para ir a verle?", le decía al fotógrafo con quien trabajaba. Maldito sea de nuevo el destino, Julio Aquel compañero fue precisamente quien impidió que me saltara toda lógica posible el día de tu muerte, cuando mi responsabilidad -o irresponsabilidad- me empujaba a atravesar los frentes iraquí y estadounidense para recoger tus restos.

Ya erais demasiados muertos, Julio. Desde que empezó la invasión, cada mañana había entre los reporteros acreditados en Bagdad algún rostro desencajado. Accidentes de tráfico, accidentes de guerra, 'fuego amigo' estadounidense, desapariciones... Cada mañana, las lágrimas de algún colega nos recordaban que cualquier día seríamos nosotros los que sufriríamos o los que haríamos sufrir a otros, pero mientras no nos tocaba la papeleta del destino tratábamos de refugiarnos en la mentira de nuestra falsa inmunidad, el único escudo mental que utilizamos en las situaciones complicadas. Me concentraba en la idea de que no podía volver a pasarnos, de que la tragedia no volvería a cebarse con un miembro del diario para el que trabajábamos por una simple cuestión estadística. Hacía un año y medio que el experimentado Julio Fuentes había sido asesinado en Afganistán, en una cobarde emboscada, y la mala suerte no debía repetirse dos veces. No debía, pero sí podía. Y se ensañó contigo, con el otro Julio.

Ese día se grabó con especial intensidad en mi memoria. Es más, recuerdo con especial detalle qué y cómo ocurrió, en comparación con el resto de la campaña militar. Fue un día clave en todos los sentidos, incluso en el más dramático. Tras una nueva noche de sangre y fuego, en la que bromeábamos sobre la próxima aparición de hamburgueserías en medio del desierto, Bagdad amaneció inmersa en una calma irreal. Desde el Palestine pude ver cómo dos carros de combate indudablemente estadounidenses se adentraban por la calle prohibida que daba acceso al complejo presidencial de la Guardia Republicana, uno de los centros neurálgicos del régimen de Sadam. Su propio palacio estaba siendo tomado por los invasores, mientras los militares iraquíes, demonizados por Washington, se zambullían a marchas forzadas en el Tigris tratando de escapar a nado.

Supe, por tu data del diario, que estabas con la división que emprendía la conquista de Bagdad, y comencé a llamarte. Tu teléfono comunicaba, o no daba señal, pero necesitaba compartir contigo la ilusión de un desenlace próximo y quería que intercambiásemos información sobre nuestras posiciones. Al fin y al cabo, nuestro reencuentro no podía estar muy lejos.

Sé que tú también intentaste llamarme, aunque con parecido éxito. Un par de horas después, el ministro de Información nos citó para ponerse de espaldas al Tigris y decir una frase que podría pasar a la historia de los despropósitos: "No hay americanos en Bagdad". Detrás de él, dos gigantescos Abrams custodiaban, estáticos, los accesos al Palacio. El teléfono volvió al tubo del aire acondicionado, para entonces su lugar natural. "Le llamaré después", pensé. Cuando lo hice, las secretarias no te localizaban y dejé el satélite abierto, pero la actualidad se volvió a imponer. Cuatro bombas de profundidad, cada una de ellas de una tonelada de peso, se habían cebado con un acomodado barrio civil donde Washington creía a Sadam y a sus lugartenientes. Escondí de nuevo el teléfono, salí corriendo en dirección a Mansur, el barrio atacado. La prioridad era documentar la nueva matanza. Solo que aquella noche no la escribí.

Cuando regresé al Palestine ya había oscurecido. Al llegar al hotel, antes de volver a desenterrar el satélite decidí escribir el texto principal, el relato de la caída del complejo presidencial. Alguien me dijo que dos periodistas empotrados, un fotógrafo español y otro alemán, habían muerto en las afueras de Bagdad. Sacudí la cabeza. "No es mi muerto", pensé. "No puede ser mi muerto. No puede pasarme dos veces. Lo siento; esta vez necesito mantener la distancia". No podía dejarme abatir cuando llevaba más de dos meses en Irak, cuando el cansancio y el estrés de la guerra comenzaban a afectar mi estado de alerta. Una hora después llamé para confirmar que había llegado la crónica, y de paso para pedir que me comunicaran contigo. Una sola frase me anticipó tu muerte. "No podemos hablar con él, parece que ha pasado algo..."

Me gustaría decirte que me hundí, Julio, pero no lo hice. No envié aquel día la crónica de Mansur porque tu muerte eclipsaba incluso la actualidad. Me refugié en la suite de unos colegas, donde esperé una confirmación que no necesitaba. Sólo había tres periodistas españoles empotrados con las tropas, sólo dos de ellos eran hombres y Alfonso Bauluz, fotógrafo de la agencia Efe, no estaba asignado a tu división. Eras el único español que acompañaba a los soldados estadounidenses que estaban tomando Bagdad en aquel momento, era blanco e iba en botella, así que desestimé los ánimos del periódico, que ya me sonaban a viejos. No quería tener esperanza, prefería hacerme a la idea de que el destino te la había jugado y comenzar tu duelo.

Te lloré toda la tarde acompañada de amigos, entre ellos José Couso, y toda la noche envuelta en soledad, con la obsesiva banda sonora de los bombardeos acompañándome y recordándome que tu cuerpo yacía en alguna improvisada morgue de campaña. A la mañana siguiente me despojé de mis sentimientos para bajar al hall del Palestine y pedir permiso a los iraquíes, al fin y al cabo tus asesinos, para que me permitieran salir del establecimiento y hacer mi trabajo. No me lo permitieron, ni a mí ni a nadie. El final del régimen estaba demasiado cerca. Sólo conseguí que me dejaran moverme a la habitación del Sheraton que se había quedado sin inquilino, a unos 30 metros del Palestine, donde traté de dormir un par de horas

con ayuda de sedantes antes de volver a negociar la posibilidad de hacer mi trabajo.

Y fue entonces cuando recibí la segunda bofetada. Esta vez fue la definitiva, porque no estaba preparada para más muertes. El 'bueno' por antonomasia, el aliado de España, el país de las libertades acababa de atacar el hotel de la prensa, en un claro intento de acallar las voces, plumas y cámaras que documentaban a diario el martirio de Bagdad. Horas antes había atacado las sedes de nuestros colegas de las televisiones árabes Al Yazira y Abu Dhabi, a pesar de que ambas habían enviado sus coordenadas al Pentágono para evitar un 'error'. El disparo contra nuestro hotel retumbó como un trueno, el sordo y poderoso ruido del impacto me desconcertó. Esta vez dos colegas, el ucraniano Taras Protsyuk y el querido José Couso, eran las víctimas. Llegué al hospital cuando José aún estaba vivo y en el quirófano y lo abandoné cuando los médicos nos decían que, tras sobrevivir a la operación, lo más probable era que saliese adelante. Me fui empujada por varios compañeros que trataban de alejarme de la segunda tragedia, aún aturdida por los sedantes que me ayudaban a sobreponerme a tu muerte. Minutos después de llegar al hotel, me comunicaron la noticia. José acababa de fallecer. Ya no tenía un muerto, sino dos, a los que velar y llorar en Bagdad.

Un día después de nuestra segunda pérdida todo acabó, Julio. La división a la que habías acompañado se adueñó del vacío de poder que reinaba en la capital iraquí, después de que los funcionarios del régimen, viendo próximo su final, huyeran. Fue un momento histórico que no disfrutamos en Bagdad. Salí de mañana, aún aturdida por los acontecimientos y exhausta, a buscar los primeros carros de combate. Los encontré al final de una gran avenida de Bagdad jalonada de cadáveres calcinados y desventrados. Pasé horas recorriendo las otrora bellas calles de la ciudad, ahora reducidas a escombros, buscando resistencia iraquí e interrogando a los estadounidenses por qué disparan contra los civiles o contra la prensa. El día 9 de abril se estaba haciendo Historia en Irak, pero yo sólo quería sobrevivir a vuestras muertes rellenando los huecos informativos que me faltaban para convencerme de la realidad.

Horas después la conquista de Bagdad era un hecho y la prensa extranjera abandonaba el Palestine para testimoniar la caída de Sadam. Fue entonces cuando recibí la última bofetada: ver cómo los periodistas empotrados saltaban de los Humvees para abrazar a sus colegas destacados en Bagdad. Y te busqué desesperadamente con la mirada, porque yo también necesitaba ese abrazo. Cuando fui consciente de que tu rostro no aparecería entre los cascos de los soldados, me derrumbé en una acera, con un cigarro entre los dedos y los ojos húmedos, y mi mirada se fijó en alguien. Era Jon Sistiaga, el compañero de José Couso. Sostenía una pequeña videocámara y buscaba involuntariamente a su colega con la mirada. Ambos nos miramos y lloramos. No sería la primera vez, ni la última. Sólo quiero que sepas que, como a José, se te sigue llorando en Bagdad.

Mónica García Prieto

es periodista y estuvo destinada en Bagdad durante la invasión de Irak.

Los estadounidenses cercan Bagdad y los británicos penetran en Basora

Intensos combates en los accesos a la capital, donde el Gobierno de Sadam ha decretado un toque de queda de 12 horas - Las 'Ratas del Desierto' destruyen la sede del Baaz en el centro de Basora

JULIO A. PARRADO.
SUBURBIOS DE BAGDAD. Enviado especial

El círculo estará completo al amanecer y las operaciones de asalto pueden comenzar en cualquier momento. Los centros de mando de las dos divisiones del Ejército y los Marines que asedian Bagdad eran ayer puro bullicio de trabajo y optimismo. La rápida operación de pinza emprendida desde el este y el oeste por varios batallones consiguió aislar en la práctica la capital iraquí. Todas las vías de acceso están ya en manos norteamericanas y anoche, por el norte de la ciudad, tan sólo restaba una brecha al oeste del río Tigris de apenas unos tres kilómetros.

"No hay forma de que alguien pueda entrar o salir de la capital. El cerco estará completo mañana mismo", aseguraba el capitán Morgan, junto al gran fichero de operaciones de la Segunda Brigada.

La confianza en que la caída de Bagdad puede ser cuestión de horas se ha disparado por el empujón dado por los infantes de Marina, que situaron a sus hombres al norte y este de los suburbios de Bagdad. La Tercera División del Ejército de Tierra también ha adelantado más elementos desde el sur y el oeste, especialmente desde el aeropuerto, que podría convertirse en breve en el principal centro de mando de EEUU. Ayer mismo, por primera vez desde su ocupación, aterrizó un avión militar norteamericano en las pistas del rebautizado Aeropuerto Internacional Bagdad.

Después de una noche de sábado tranquila, salvo el ataque aéreo, la infantería reinició sus bombardeos desde estas posiciones. La cercanía de los batallones del Ejército estadounidense al centro de la capital quedó clara a este corresponsal por la reanudación del fuego artillero iraquí en las inmediaciones.

El raid del sábado, con el paseo del coronel Perkins por la Autopista 8, ha dejado claro que las defensas de Bagdad son más pobres de lo que pensaban y está animando a los generales a tomar acciones más drásticas en cualquier momento. El mando americano busca sobre todo una operación de impacto psicológico sobre la población de Bagdad. La del sábado fue un golpe publicitario fuera de Irak."Los iraquíes aún se tragan la propaganda del Ministerio de Información e incluso no han dado crédito a nuestra presencia en el aeropuerto", comentaba ayer un responsable de operaciones.

Quizá una presencia evidente de los estadounidenses en el centro de Bagdad provocaría el alzamiento popular contra Sadam Husein que ellos esperan, porque la estrategia de Washington es que el régimen se colapse por su propio peso. "No tenemos intención de aparcar en el centro de Bagdad", prevenía el ásábado el coronel Perkins, alertando que la toma de la ciudad no tiene que significar una ocupación física bloque por bloque. Se trata de hacerles sentir simplemente la presencia. Entre los planes estadounidenses figura hacerse con

el control de pequeñas zonas de la capital al mismo tiempo. En el aire, la decisión de sobrevolar Bagdad las 24 horas al día implica que la capital ha quedado bajo lo que los pilotos denominan kill zone, con permiso para disparar sobre cualquier objetivo militar que se les presente.

Los comandantes buscan ahora un desenlace rápido porque no quieren transformar la situación en un asedio a la usanza medieval: matando a la población de hambre. Las posibles consecuencias catastróficas de tal estrategia comienzan a verse, en pequeñas dosis, en el valle del Eufrates, al sur de la metrópoli, controlado desde mediados de esta semana. En la pequeña población de Halid, cientos de personas caminaban a lo largo de la línea férrea, huyendo de Bagdad. En algunos casos llevaban dos días marchando a pie porque la circulación rodada está totalmente vetada. Los coches volados al aire son un mensaje claro. "Estamos sin electricidad ni agua. Cuándo van a hacer algo", se quejaba un iraquí ante el responsable de Asuntos Civiles americano, que comenzaba a sentir cómo el aparente afecto de la población puede tornarse en abierta antipatía si las líneas de suministro siguen cortadas.

En zonas de la pequeña población de Halid han comenzado a tomar agua de canales y se están dando casos de gastroenteritis entre los niños. El único hospital de campaña con el que cuentan las tropas de la Tercera División focaliza sus recursos en los casos graves (iraquíes incluidos), pero la población de esta zona no cuenta con otro tipo de asistencia. "Los médicos se fueron hace días", señalaba el guardián de un mugriento centro de asistencia. Una de las ambulancias fue robada y ayer la encontramos por azar en un callejón totalmente saqueada.

La incapacidad para moverse de un lado a otro en Halid impide también enterrar a los muertos, algunos de los cuales siguen esparcidos por el suelo. "Cada vez que trato de ir a enterrar a mi madre, me echan para atrás. La pobre no puede seguir junto a ese canal", se quejaba un joven al capitán Bowen. Abrumado por las peticiones, este comandante terminó escribiendo salvoconductos de su puño y letra en hojas de cuaderno, una mínima garantía para que este huérfano no termine con los sesos volados a 20 metros de un control de la policía militar.

El Mundo, 7 de abril de 2003

A la caza del 'pepino'

Soldados de EEUU salen a la búsqueda de misiles y regresan con hortalizas

JULIO A. PARRADO.
SUBURBIOS DE BAGDAD.

Enviado especial áAl menos, no nos fuimos con las manos vacías. A por pepinos fuimos y con la hortaliza regresamos. Y con tomates, pollos y té moruno, para asentar el palo en el estómago.

Todo comenzó con el soplo de Abdel Karim. Nos esperaba sentado bajo un árbol junto a su hijo. "Les puedo llevar a un silo donde la Guardia Republicana oculta cientos de misiles".

El supuesto agricultor, militante del partido Baaz en esta región agrícola limítrofe con la gran ciudad, acaba de cambiar de bandera sin escrúpulos.
Con la imponente presencia de los tanques estadounidenses por toda esta zona, las fidelidades comienzan a girar 180 grados rápidamente.

En Halid, el cambio de chaqueta es evidente. "No problem. Todo OK... Todo lo que quiera míster Bowen. Le mantendremos la seguridad en la zona", le insistía el supuesto albañil -manos tan tersas nunca se vieron- al desbordado responsable de mantener contenta a la comunidad civil.

"Otro del partido Baaz". El traductor iraquí-norteamericano asegura cazarlos al vuelo. De los militantes baazistas in pectore, ni rastro.

Pero el comando americano asegura que no quiere represalias y busca desesperadamente este tipo de "ambiente de colaboración" para evitar que el caos civil dé al traste con la flamante conquista militar del país.

Por eso el soplo de Abdel Karim era bienvenido. "Los baazistas vienen por las noches y reúnen a la población en el campo para organizar sabotajes", les comentaba a los atónitos miembros de una compañía artillera.

"Denme un vehículo y acceso total a estas carreteras y yo les conduciré a todos lados", les prometía.

Para testar la fiabilidad del campesino comenzamos por el "silo de pepinos".

Con cuatro Humvees armados nos movimos con celeridad entre caminos de tierra y canales. "Esto es una pollería" áEl primer objetivo, unas instalaciones sorprendentemente inmaculadas.

El asustado encargado nos recibió tembloroso, pero con la acostumbrada hospitalidad árabe. "No sé nada de armas. Esto es una pollería".

El pobre Ali aprovechó para pedirnos que no le disparasen si oían el murmullo de los generadores de electricidad. "Los pollos se me van a estropear".

"Si en el satélite me ven metiendo cajas en los camiones, díganles que son de pollos", insistía.

Después de un par de tés, que vencieron el miedo de los norteamericanos a consumir productos locales, nos fuimos frustrados y con 20 pollos.

El siguiente objetivo: tres invernaderos.

Caminamos a través de terreno sospechoso entre maizales plantados para la emboscada. Pinchazo absoluto, a no ser por un uniforme abandonado por un guardia republicano. Puros tomates, y verdes...

La última oportunidad fue en un caserón a un par de kilómetros.

"Armas. Jamás señor. Por Alá. No militares aquí. Solo verdura". Y ahí estaban: nuestros jugosos pepinos verdes. Un par de kilos de regalo.

Abdel se fue contrariado por no haberse congraciado con los nuevos gobernantes de estos lares. Los estadounidenses, frustrados por la pérdida de tiempo, se largaron a freír... mucho pollo.

El Mundo, 7 de abril de 2003

8 DE ABRIL DE 2003 Actualizado a las 03:20 (CET)

LOS ALIADOS IRRUMPEN EN TRES PALACIOS

Las tropas de Estados Unidos golpean el centro de Bagdad

JULIO A. PARRADO | MÓNICA G. PRIETO
CERCA DE BAGDAD.-

Tropas estadounidenses e iraquíes han mantenido duros combates en el complejo presidencial, en el centro de Bagdad, según han podido constatar nuestros enviados especiales. Carros de combate de EEUU participaban en la operación mientras los defensores respondían con fuego de ametralladoras pesadas. Horas antes, los soldados asaltaban el principal palacio de Sadam y golpeaban el centro de la ciudad.

El general Vince Brooks, portavoz del Mando Central estadounidense (Centcom) en Qatar, ha afirmado que el régimen iraquí ha perdido el control de una parte de Bagdad.

El Palacio presidencial parece haber sido dañado por los bombardeos. A pesar de una tormenta de arena y a la escasa visibilidad por efecto del humo de las explosiones e incendios, se podía apreciar desde la posición de la enviada de EL MUNDO un depósito de armas ardiendo.

Medio centenar de soldados iraquíes abandonó el lugar buscando refugio en las riberas del Tigris. Incluso tres de ellos se arrojaron al agua en su huida.

Intensos combates

Bagdad despertaba el lunes con el asalto de las tropas estadounidenses contra la capital. Sobre las seis y media de la mañana, más de mil efectivos de nueve compañías, tres de ellas de Infantería y el resto de blindados Bradley, irrumpían en el corazón de la ciudad y se dirigían al complejo presidencial, el hotel Rachid y el Ministerio de Información. Precisamente en las cercanías de dicho hotel se desarrollan intensos combates.

Dos horas después ya tenían bajo control dos palacios en el centro de Bagdad, entre ellos el de la República y otro cerca del aeropuerto.

En las inmediaciones del complejo presidencial se elevan el Ministerio de Información y de Exteriores, pero ambos permanecen aún en manos iraquíes. No obstante, los aliados han recibido en esta zona una respuesta de artillería mínima y han logrado controlar los accesos al Ministerio de Información.

Las fuerzas de Sadam Husein hicieron explotar dos puentes en el sureste de Bagdad para intentar retrasar la invasión de la capital por las tropas estadounidenses. A pesar de este intento de frenar el avance aliado, los marines estadounidenses lograron penetrar por el Diyala, un afluente del río Tigris, para reforzar el ataque al régimen de Sadam Husein.

En el combate para asegurar el control de los puentes perecieron al menos dos soldados estadounidenses y varios resultaron heridos, presumiblemente por ”fuego amigo”. En ese esfuerzo por evitar el asalto a la capital, varios iraquíes lanzaron ataques suicidas contra las

tropas estadounidenses, que lograron abatir a dos de ellos.

El comando de esta operación reconoce que se han enfrentado a una fuerte resistencia iraquí en un puente sobre el Tigris.

El ataque fue precedido por intensos bombardeos de artillería y el lanzamiento de más de 30 misiles tierra-tierra. Las fuerzas estadounidenses, cuyas maniobras estuvieron a punto de verse afectadas por una tormenta de arena, han destruido al menos 64 vehículos iraquíes, entre ellos blindados, que venían desde el norte para reforzar la defensa de la capital.

El mando estadounidense dijo que su intención no era aún tomar Bagdad, sino hacer una demostración de fuerza para lograr la rendición del régimen iraquí. Parte de las tropas de la coalición se habrían replegado.

Irak desmiente el asalto

El ministro de Información, Mohamed Said al Sahaf, ha desmentido categóricamente el asalto de las tropas de EEUU a la capital. Según informó a los periodistas, entre los que se encontraba Mónica G.Prieto, la ciudad seguía bajo control iraquí. También afirmó que el asalto estadounidense había sido rechazado y que los agresores habían perdido varios blindados de transporte de tropas en el intento.

A continuación, los periodistas fueron invitados a verificar por sí mismos estas afirmaciones gracias a un tour en autobús organizado por las autoridades. Pero los tres vehículos sólo pudieron recorrer unas manzanas próximas al Ministerio de Información. En las avenidas que llevan al puente de Al Rachid, esta periodista pudo ver a cerca de dos centenares de soldados, miembros de la defensa civil y fedayines armados con fusiles, morteros y lanzagranadas anticarro. En cambio no se distinguía a ningún miembro de la Guardia Republicana.

Los defensores mantenían la calma y varios de ellos hacían el signo de la victoria al paso de los periodistas. Las trincheras preparadas en las semanas anteriores estaban todas ocupadas. El 'paseo' terminó en seguida, cuando los conductores preferieron darse la vuelta asustados por el ruido de los disparos antes de que llegara a la estación de ferrocarril, en manos iraquíes.

BAGDAD

-Tropas de EEUU irrumpen en el centro de Bagdad y toman dos palacios presidenciales de Sadam Husein. De madrugada se oyen varias explosiones y fuego de ametralladoras en uno de los palacios ocupados, lo que hace pensar a los testigos en un ataque iraquí.

-Dos soldados y dos periodistas, uno de ellos el corresponsal de EL MUNDO Julio A. Parrado, han muerto al sur de Bagdad en el ataque iraquí con misil cerca de un centro de operaciones de la Segunda Brigada de la Tercera División de Infantería.

-Al menos un misil impactó en un barrio residencial. Mueren al menos 14 civiles, según algunos testigos. Además, dos marines han muerto al este de la capital.

-Violentos enfrentamientos están teniendo lugar en la zona del hotel 'Al Rachid', custodiado por combatientes iraquíes.

-Bagdad vive su segunda noche de toque de queda. El Gobierno iraquí ha prohibido salir c entrar de la capital desde las 18.00 horas hasta las 6.00 (dos horas menos en España).

FRENTE SUR

-Las tropas británicas controlan entre un 70% y un 80% de Basora, según fuentes militares de Reino Unido. Los "Royal Marines" operan desde uno de los palacios del presidente iraquí, Sadam Husein, y ya han tomado los depósitos de agua.

-Al menos 15 civiles iraquíes han muerto y varios resultaron heridos en un bombardeo angloestadounidense también en Basora, según Al Yazira.

-Los aliados atacan Karbala y, según fuentes militares de EEUU, ya controlan la ciudad. Los ataque produjeron unas 400 bajas iraquíes en las primeras 48 horas de ataque, según dichas fuentes.

FRENTE NORTE

-La ciudad de Mosul, en el norte de Irak, fue objeto de nuevos bombardeos por las fuerzas de la coalición aliada.

-Los combatientes kurdos, apoyados por los estadounidenses, lograron un nuevo avance hacia Mosul y Kirkuk, y se acercan a la localidad estratégica de Guare por donde pasa una carretera que une las dos ciudades, tras una noche de bombardeos aéreos.

Esta crónica comenzó a escribirla Julio A. Parrado en la mañana del 7 de abril para el elmundo.es y tuvo que terminarla Mónica G. Prieto, tras la muerte de su compañero.

ROBERTO MONTOYA *

Querido Julio, cuando recibas este mensaje por favor llámanos.¡Es urgente! Nos llegan informes terribles de la zona donde estás, de la unidad norteamericana a la que acompañas desde Kuwait. No queremos dar crédito a las informaciones que nos llegan de que ha habido dos periodistas muertos en un ataque iraquí con misiles contra el mando táctico de la Segunda Brigada a la que estás asignado, y que uno de ellos es español.

Julio, por favor, repórtate, tus compañeros, tus amigos, los muchos amigos que has hecho en este periódico, no podríamos soportar tu muerte, 15 meses después de la muerte de otro querido compañero y amigo, Julio Fuentes.

Todavía resuenan en nuestros oídos las últimas conversaciones telefónicas que tuvimos desde la sección Internacional el domingo y las que tuviste en la madrugada del lunes con los compañeros de elmundo.es. Nos llamaste todos los días desde que llegaste a Kuwait, acompañando a la Segunda Brigada de la Tercera División de Infantería de EEUU, el contacto era fluido, sentíamos que estábamos junto a ti con el impresionante testimonio que nos transmitías de tus vivencias y que trasladabas a cientos de miles de lectores.

Pero esta vez tu llamada era distinta. «Tengo una duda existencial», nos dijiste. «Tengo posibilidad de intervenir en una operación increíble en el interior de Bagdad, pero ya me han advertido de que esta vez no será una incursión para volver a salir rápidamente. Esta vez es para quedarse y soportar durante horas o días el fuego de la defensa iraquí en pleno centro de Bagdad». Tu duda no era sólo por el alto riesgo que tal operación implicaba.

Tú estabas preocupado de no poder comunicarte con nosotros durante el tiempo que durara esa acción, de estar ausente durante varios días y de que dar el paso adelante sólo sirviera para aumentar los ya de por sí grandes riesgos que corrías desde que iniciaste el camino desde Kuwait con la Segunda Brigada, sin garantías de poder transmitir tu testimonio.

¿Recuerdas cuál fue nuestra recomendación? Que no fueras, que el riesgo era demasiado alto para conseguir, en el mejor de los casos, una gran exclusiva y que, en el peor, suponía perderte, perder a un brillante periodista, pero, sobre todas las cosas, perder a una bellísima persona, a un entrañable y querido amigo. Te dejamos claro que, pese a nuestra clara recomendación, la decisión última de participar en esa acción era exclusivamente tuya. Media hora después nos volviste a llamar. «Creo que me quedo», dijiste, para alivio nuestro, aunque notamos que no estabas realmente convencido (...).

Ya te creíamos a salvo, estabas a 15 kilómetros de distancia, siguiendo paso a paso desde el mando táctico los partes de las unidades que intervenían en la operación. Pensábamos que en pocos días caería Bagdad y que podrías acudir a la cita que tenías con Mónica para encontraros después de haber vivido cada uno durante semanas y semanas los horrores de esta maldita guerra desde las dos líneas enfrentadas.

Parecía así que acabaría tu terrible bautismo de fuego, que acabaría esa guerra que odiabas, pero en la que quisiste participar desde la primera línea de frente. Tú, que rechazaste en todo

momento los argumentos esgrimidos por Bush, Blair y Aznar para justificar esta guerra, querías sin embargo estar ahí. No te podías contentar con reproducir las periódicas ruedas de prensa del Pentágono, donde se describen fríamente día a día el número de bajas, los daños colaterales (léase matanzas de civiles indefensos) o los muertos por fuego amigo. Tú quisiste, y lo lograste con creces, poner nombre y apellido a los protagonistas, describir que lo que nos muestran las películas belicistas y heroicas de Hollywood poco tienen que ver con los horrores de la guerra. Te alarmabas cuando veías cómo jovencísimos soldados estadounidenses, aterrorizados ante la posibilidad de ser víctimas de ataques con gases químicos o de ataques suicidas, decían abiertamente que dispararían contra cualquier persona que se acercara a sus posiciones aunque fueran civiles, aunque fueran ancianos, mujeres o niños. Todos eran sospechosos, potenciales enemigos. ¿Que podía extrañar un comportamiento preventivo así dentro de una guerra preventiva?

Viste al primer soldado norteamericano muerto muy de cerca, dormiste una noche cerca de su cadáver. La escena comenzó a ser cada vez más habitual, veías a soldados gravemente heridos, pero también a milicianos desangrados, a mujeres iraquíes destrozadas por los proyectiles disparados desde la unidad en la que estabas.

Días atrás nos describiste excitado cómo la unidad en la que estabas fue víctima de una emboscada y los proyectiles iraquíes caían a sólo metros de ti.

Para los que te conocimos al llegar en el verano de 1993 a la sección Internacional como becario para los tres meses de prácticas de verano, no nos extrañaba en realidad nada que hubieras llegado hasta donde llegaste. No hizo falta más que verte trabajar unas semanas para saber que ibas a ser un excelente periodista, que morirías siendo periodista.

A tus 22 años demostrabas una formación cultural y una facilidad para escribir realmente inusual. Con los años que trabajaste en la sección, y después como corresponsal en Nueva York, consolidaste tu carrera profesional y tu capacidad para escribir tanto complejos temas políticos o económicos, como culturales y sociales. En las últimas semanas demostraste también que podías ser un gran corresponsal de guerra.

Odiabas a los/las divas tan abundantes en esta profesión. No te interesaba la fama, seguiste siendo un joven sencillo, apasionado con lo que hacías, riguroso profesionalmente, y, al mismo tiempo, divertido como el que más a la hora de ir a un concierto o a tomar copas con los amigos.

Julio, responde, por favor. No puedes irte aún, estás en la plenitud de tu vida. Te queremos, te necesitamos. Contigo, como con Julio Fuentes, se nos va una parte muy importante de nosotros mismos.Julio, responde...

(*) En la elaboración de este artículo participaron Pilar Ortega, Silvia Román, Rosa Meneses, Marisa Cruz y Francisco Herranz.

El Mundo, 9 de abril de 2003

Roberto Montoya,

jefe de la sección Internacional de El Mundo, escribió esta carta simbólica, en nombre de los compañeros de Julio, al día siguiente de que falleciera en las inmediaciones de Bagdad.

LA LLAMADA DE LA PROFESIÓN

Carlos Fresneda

Nevaba en Nueva York. Nevaba sobre las conciencias de quienes le vimos partir con ese aire tan suyo de despreocupación, como quitándole pólvora a todo que hacía. "A los periodistas nos llevan de mascotas en esta guerra". Lo decía así, alegremente, y al segundo torcía el gesto, y le entraba un fatalismo que te dejaba el alma encogida. "No sé, yo siempre he tenido cierto gafe".

Fueron como dos despedidas paralelas: la del periodista ilusionado, a las puertas del gran reto de su vida, y la del amigo desamparado que hizo el petate sin tenerlas todas consigo, con un resquicio no de temor, sino de abrumadora incertidumbre por el futuro.

Su paso por Madrid, camino de Irak, le había dejado un poso de desconsuelo. Siempre iba buscando el calor, en lo profesional y en lo humano, y el único alivio que encontró en aquella escala fue precisamente en Córdoba. "Me he quedado muy tranquilo después de hablar con mi padre".

Pasó luego varios días varado Kuwait, y sus emails nos trasmitían una angustia creciente. Le acuciaba su inseguridad laboral, se lamentaba de la incomprensión del periódico, se desvelaba por las noches con la sensación de estar solo ante el peligro. "Más que miedo a la guerra, le tengo aprensión a no estar a la altura de las circunstancias", confesaba en su última entrevista, antes del bautismo de fuego en Irak.

Pero todos sus temores se disiparon como la arenilla del desierto, crecido ante la atrocidad, empeñado en demostrar desde el primer día su proverbial condición de periodista "todo terreno"...

Nevaba en Nueva York, y la Fox decía que habían muerto dos reporteros por el impacto de un misil iraquí en las afueras de Bagdad, que uno de ellos era español, que viajaba "empotrado" en la Tercera División de Infantería.

No necesitaban dar el nombre. Todos sabíamos que era el único periodista español que había logrado un codiciado puesto en la Tercera de Infantería. Nos negábamos a creerlo, pero algo nos decía que era "él", y aquella tristísima y postrera nevada de abril tuvo algo de llanto colectivo.

Todos sus colegas nos juntamos como por combustión espontánea. Le lloramos, le rezamos, le reímos, procuramos ser leales al amigo radiante y jubiloso que aún recordábamos. "Que nadie se cuelgue medallas en mi nombre". A casi todos nos había trasmitido la misma voluntad. En el ambiente flotaba un desolación comparable sólo con la que sentimos el 11-S. La ciudad ya nunca sería la misma.

"Quiero estar lo más cerca posible de la acción"... Lo había dicho tantas veces que acabó ganándole la partida al destino. Se había obcecado tanto, que esta puñetera profesión tuvo un detalle con él y le concedió la gloria efímera de los últimos días, cuando sus crónicas palpitaron portada tras portada.

"Oye, ¿no se me notará el síndrome de Estocolmo". Con todos los rigores del frente, aún tenía tiempo para bromear, con aquella voz relampagueante de insomnios y de adrenalina. "Es

que aquí, si no haces piña, no sobrevives".

Y acto seguido te pasaba una lista de teléfonos en Estados Unidos... "Llama por favor a estos números y diles que no se preocupen, que William, Breeze y Sacha están perfectamente. Que estamos a treinta millas de Bagdad y... Oh, my God!".

De pronto se quedaba mudo al teléfono, y luego seguía como si tal cosa, y sólo si le preguntabas tres o cuatro veces por los horrores de la guerra te confesaba que había estado durmiendo junto al cadáver de un soldado, o que el día anterior les había explotado un tanque a cien metros, o que habían temblado durante la última "parada técnica", temiendo una emboscada de los "fedayin".

"¿No me estarán quedando muy sesgadas las crónicas?". Como siempre, buscaba la crítica cómplice del amigo, aunque esta vez tenía la certeza casi total de estar dando en la diana."Yo sólo cuento lo que veo, y ayer estuve con los primeros presos iraquíes... Pero al final, para todo, te tienes que apoyar en la gente de tu unidad".

No había tiempo para disquisiciones morales sobre la guerra en aquellas llamadas atropelladas, a cualquier hora del día o de la noche. Estaba donde estaba y punto, cumpliendo con su deber profesional, relatando con la suficiente distancia el avance de las tropas invasoras, sin atribuirse un solo

gramo de protagonismo gratuito e innecesario.

Soñaba con escribir un libro, con todo lo que la urgencia del combate le impedía contar. Aspiraba a quedarse en Irak por lo menos hasta junio del 2003, y aprovechar los buenos contactos que se había granjeado en su unidad para seguir buceando en las entrañas de Bagdad. Rebosaba entusiasmo.

"La verdad es que he tenido suerte con esta gente". Y nos lo imaginábamos confraternizando con el mayor Weber o con el chófer Zapata en aquel "jeep" que fue su oficina en el desierto, imantado a su ordenador portátil y leyendo a trompicones La Señora Dalloway

de Virgina Woolf. Tenía fama de vivaracho e intelectual.

Entre combate y combate, a las puertas de la ciudad asediada, aún tuvo tiempo y ganas para llamar a su amiga Idoya a Los Angeles. "Que si le han dado el Oscar a Almodóvar". Y se puso contentísimo por la suerte del manchego.

La "suerte", maldita suerte, le hizo llegar a Bagdad con la primera avanzadilla de la Tercera de Infantería, con aquel coronel Perkins ensalzado por todas las partes como héroe de guerra. Allí estaba él, contagiado a ratos por la emoción final, pero ofreciéndonos un ángulo esquinado del tal Perkins, o aderezando con finísima ironía la búsqueda prematura e infructuosa de las armas de destrucción masiva.

Le ofrecieron entrar con los tanques a hacer el "paseíllo de la muerte" por las calles de Bagdad, pero le recomendaron que se quedara en retaguardia porque el chaleco antibalas no le daba suficientes garantías. Estuvo en un tris de echarle valor. Venció el sentido común; decidió no ir.

Durante varias horas, la única esperanza a la que nos agarramos fue ésa: que uno de sus frecuentes impulsos le hubiera hecho cambiar de opinión en el último instante, y se hubiera subido finalmente al convoy, lejos de aquel misil perdido que machacó el centro de comunicaciones.

Fueron momentos de lucha inútil contra los agoreros presentimientos. Los teléfonos no

dejaban de sonar. En el Pentágono todo eran largas y mutismos sospechosos. Un poco de humanidad, por favor. Un detalle con la familia, o con sus amigos más cercanos...

Pero los señores de la guerra son tan inhumanos como todas sus guerras. Los atisbos de camaradería que vivió nuestro amigo en el desierto no fueron más que un espejismo. Ni siquiera el mayor Blair, el mismo que le concedió personalmente el 'pase' a Irak, se dignó a devolver las llamadas. La impotencia y el dolor se estrellaron contra el protocolo de acero del Pentágono, que hizo sufrir lo indecible a la familia.

Al final supimos de su muerte gracias a las privilegiadas relaciones del Gobierno Aznar con la Administración Bush. Una confirmación fría y distante. Era un periodista en primera línea de fuego. Sabía a lo que se exponía. Punto.

Cayó Julio, cayó José, cayeron una larga docena de periodistas, y miles de civiles inocentes, y algunos cientos de soldados como los que conoció nuestro amigo en su última travesía, víctimas también de la guerra que no cesa.

Siguen llegando noticias trágicas de Irak, seguimos escribiendo desde Madrid y desde Nueva York al dictado de otros, siguen sin comprender algunos que lo que arrastró a Julio Anguita Parrado a la guerra fue precisamente la llamada de la profesión, la necesidad de verlo y contarlo todo tal cual, de vibrar ante la acción o de estremecerse ante el horror, de arriesgar su propia vida en el nombre de una vocación que le corría a raudales por las venas.

Parece que aún le estemos viendo, recién llegado al Village con el delirio de sus 26 años o partiendo a la guerra con la entereza de sus 32, recorriendo a pedales la ciudad en las penumbras del 11-S o trajeado para despachar con los banqueros de Wall Street, cazando alienígenas en Roswell o persiguiendo tahúres en Las Vegas, aterrizando de uno de sus incontables viajes a Florida o cogiendo aquel último tren hacia la reserva india de Long Island... "Me voy a hacer un "testigo directo" y de paso le traigo unos cartones de tabaco a los colegas".

"¿Y Julio? ¿Dónde está Julio? ". Preguntaban a todas horas desde la redacción. No comprendían su inquietud permanente, su afán por meter el dedo en la llaga, la necesidad de buscarle cinco pies a la noticia. No apreciaron tampoco su visión de futuro, ni su habilidad para 'reservar' un puesto intransferible en las filas del ejército invasor, en cuanto supo que sería el único modo de poder contar la guerra en directo.

"¿Y Julio? ¿Dónde está Julio?" Julio está siempre en tránsito, aquí y allá, desbordante y fugaz, espiándonos por alguna rendija y pidiéndonos que seamos eternamente fieles a su espíritu vitalista.

Carlos Fresneda
es corresponsal de El Mundo
en Nueva York.

EPILOGO : TU SENDERO

Ana Anguita Parrado

"Parejita", asÍ me llamabas. Eso dice mamá al ver una foto en la que tienes tres años y me sostienes en brazos recién nacida, y así me siento sin ti, huérfana.

De este modo nos has dejado a todos, tu familia, tus innumerables y buenos amigos.....huérfanos. "Parejita", la palabra me da vueltas y vueltas en la cabeza porque significa más de lo que a primera vista parece, tenías tan corta edad y ya entendías que yo había venido a este mundo a interrumpir tu trono de primogénito, pero nunca te importo, siempre estábamos juntos de pequeños, siempre unidos. Por eso Julio no entiendo que no estés, que siempre se tenga que cumplir la frase maldita de "se van los mejores", y es verdad.

Hace ya,....tan solo ocho meses y estas fechas que se acercan empiezan a causar estragos, tú venías con las luces, con el olor a Navidad, el reencuentro, la alegría.. Eso eras, sin duda un 'chute de buen rollo' para todos, con esa sonrisa que tanto te gustaba enseñar, venías cargado con la fuerza, la vida de la Gran Manzana, o por lo menos como la vivías tú.

Quiero que para todo el mundo quede esa imagen, que era verdad, de vida, de entusiasmo, de generosidad, de "disfrutón", y eso hiciste, disfrutar. Era normal en tí, que cada vez que tenías unos días libres escaparas a lugares estupendos, Colombia, Cuba, Las Vegas, las islas Eolianas..... ¿te acuerdas?

Pero tú también tenías tus contradicciones, por humano, y no es fácil llamar a alguien así. Qué poco te reconocías a veces a tí mismo; qué modestia tan absoluta y tan injusta, Julio, porque en tu profesión también eras bueno, muy bueno, aunque no siempre fuiste ni valorado ni respetado por tus superiores. Y no lo digo yo, ahí están tus artículos. ¿Y sabes lo peor? Que seguro que podías haber llegado donde tu hubieses querido con tu afán del buen hacer, de la responsabilidad, del amor a tu profesión.

Empezaste a trabajar con 18 años en la radio, en Canal Sur Cordoba, y me recuerdo en el campo en verano, al lado de los

abuelos, de nuestro hermano Juan y de los primos, oyendo cómo dabas las noticias, intentando vocalizar un castellano al que a veces le faltaban eses. Para aprender a vocalizar te colocabas un lápiz en la boca y así leías, y yo te preguntaba: '¿Qué haces Julio?' 'Estoy intentando pronunciar bien para que me entiendan', decías. Supongo que alguien en la facultad te lo habría dicho. Eran tus primeros y firmes pasos. Y yo siempre a tu lado.

Pero tus pasos no te llevaron a la radio, sino a la prensa escrita donde demostraste tu fiereza y agudeza, como en Lou Grant tu serie favorita de pequeño, y me avergüenzo Julio, porque no me di cuenta de lo bien que escribías hasta que le dirigiste la carta al abuelo Juan, el día de su muerte, y aún me preguntabas: Pero, ¿te parece que está bien? Y yo, con lágrimas en los ojos, al ver la vida de una persona tan maravillosa plasmada en dos folios de forma tan tierna y tan real, no pude contestarte.

Ahora me encuentro escribiéndote unas líneas. Te confieso que no creí que pudiera

hacerlo, y te pido disculpas si no están a la altura de lo que mereces, seguro que no.

Me pedían que fuera algo personal, pero Julio, lo personal es nuestro ¿no? Y personal es también no entender de qué ha servido tu muerte, ya sé, hay veces que es difícil encontrar explicación, pero necesito buscársela. ¿Hasta dónde hay que llegar para que volvamos a salir a la calle? Para que nos revelemos, para que digamos: ¡no, señores, no pueden hacer lo que quieran! ¡Basta de mentiras! ¿En beneficio de quién?, ¿A costa de quién? Del pueblo iraquí invadido y asesinado, de los periodistas como José Couso muerto a manos de nuestros 'aliados'...Sí, señor Aznar, señora Palacios: ASESINADO, y lo repito ASESINADO. ¿Cuántos muertos necesitan más? ¡Tan escasa es su humanidad! Por ello, porque sin embargo creo en el Hombre mi deseo es que algún día colegas de mi hermano puedan escribir un justo titular: "El señor Bush, el señor Blair y el señor Aznar comparecen ante los Tribunales Internacionales acusados de crímenes de guerra".

Mi hermano, como bien dijo el señor presidente del Gobierno, sabía a lo que se exponía, pero aún así, se marchó después de currárselo mucho para llegar hasta allí, pasando por un duro entrenamiento en el Pentágono. ¡Tú, que habías hecho la prestación social! Y llevando todo lo necesario, hasta las plaquitas con tu identificación y el casco, que al verlo me erizo el vello.

Recuerdo tu cara, tu expresión, tu mirada de entusiasmo y de responsabilidad, y te dije: "Julio, qué guapo estas". Me alegro de conservar esa imagen, que de verdad no pensé que fuera la última, yo despidiéndome en la puerta de la casa en Madrid y tú bajando las escaleras con una sonrisa, como lo habías hecho tantas veces antes cuando regresabas a tu querida Nueva York.

En esa ciudad encontraste tu sitio, tu segunda familia, la que elegiste. Sé que te sentirás orgulloso de ellos por cómo nos cuidan y nos cuidaron durante los diez días que tardaron en repatriar tu cuerpo, mientras desde el Gobierno se nos decía siempre lo mismo: "Llega mañana, llega mañana" ¡Qué bien informados por nuestros 'aliados'!

En la Gran Manzana maduraste y creciste como persona y profesional y nos sentíamos orgullosos de tí, pero ahora siento el tiempo que no pude estar a tu lado. Así que necesito hablar y rodearme de tus amigos para sentir que estás todavía aquí. Cada uno tiene algo tuyo, te veo en ellos. Se me han quedado tantas cosas que contarte, que preguntarte y tendré que comenzar a convivir con ello, pero aún no me creo que no vayas a aparecer cargado de regalos para todo el mundo, porque así eras de generoso, te acordabas de todos.

Has dejado muchas cosas por hacer que te llenaban de ilusión, y me duele. Sé que querías tener hijos, que algún día querías volver a Córdoba porque decías que te encantaba la vida de aquí, y es normal has dejado no sólo a tu familia sino a buena gente. Aunque allá donde ibas lo hacías. Me habría gustado oír por tu voz la experiencia en Irak. Seguro que fue dura, que verías la otra realidad que nos han ocultado, la muerte, la destrucción, el miedo, pero también tu amistad con los soldados. Sus familias nos enviaron el pésame desde EEUU. Estaban muy agradecidas porque les enviabas e-mails para confirmarles que sus hijos estaban bien, asi eras tu, y por supuesto tu amistad con Christian Liebig, el periodista alemán que murió a tu lado.

Ahora siento un gran vacío, Julio, porque necesito de tus llamadas para contarte mis pequeñas cosas, necesito oír tu voz. No quiero desvincularme jamás de las palabras que tanto me llenaban de orgullo y en parte de identidad: "mi hermano mayor". Y sabes, no me gusta

usurpar tu sitio, yo quiero que me sostengas como cuando era pequeña, que me cuides y me riñas.

Sin embargo, me ha quedado una pequeña calma en el alma a la que me aferro, y es que elegiste, sí, Julio, decidiste ir allí siguiendo tal vez algo más que lo profesional. No todo el mundo elige, el pueblo iraquí no pudo elegir, y desde tu libertad lo hiciste. Así quiero ser yo, ir detrás de lo que creo y elegir.

".....me sirve tu sendero compañero".Mario Benedetti

JULIO ANGUITA PARRADO

TRAYECTORIA PROFESIONAL

3 de enero de 1971: Nace en Córdoba. Hijo primogénito de Julio Anguita y Antonia Parrado.

1988-1993: Estudia Ciencias de la Información en la Facultad de Ciencias de la Información de Madrid.

1990-91: Realiza prácticas y colaboraciones en el diario Córdoba. Anteriormente había trabajado en Canal Sur.

1993: En verano consigue una plaza como becario en la sección de Internacional de El Mundo. Logra quedarse en el diario. Viaja como enviado especial a Argelia, el Sáhara, Bosnia, o Filipinas.

1996: Solicita una excedencia y se instala en Nueva York, donde sigue colaborando con *El Mundo*, como ayudante del corresponsal.

1997: Trabaja en el canal informativo mexicano *Conexión Financiera.*

1998: Trabaja en la revista *Fortune.*

1999: Trabaja en el portal hispano *Starmedia* en Internet.

2000-03: Colabora ocasionalmente en varias cadenas de radio y televisión, entre ellas Telemadrid o la Deutsche Welle, o alguna revista como *Capital.* En 2001 cubre desde Nueva York los atentados contra las Torres Gemelas para El Mundo, y a principios de 2003 logra una plaza como 'embedded' (empotrado) con la Tercera División.

English translation - partial

PROLOGUE

"Ana sáhafi min Isbanía." ("I'm a Spanish journalist"), was one of the phrases in Arabic that Julio Anguita Parrado knew. I believe that he learned the phrase in his twenty's when the newspapers for which he worked at the time sent him to Algeria. That phrase was supposed to grant him some sort of *special pass*. Even though it regrettably did not save his life in Iraq, it did serve Julio to start conversations with Arab cab drivers in New York. Right after that phrase, Julio immediately proceeded to tell them that he was from Córdoba, Spain, the capital of Al-Andalus. And magically, the Spanish journalist and the Arab cab drivers running along the New York avenues amidst lit-up skyscrapers found themselves re-living together the splendor of the tolerant and enlightened caliphate. For a moment it seemed that the smell of Chinese food and car deodorant was supplanted by the perfume of the blossoming orange trees that fill the patio of the Mezquita in the spring. Julio was curious of others and very open about himself. He was equally interested in what the taxi driver thought and in Greenspan's statement as well as academic speeches. He didn't like to show off, but he liked to talk about his land and its stories.

I had the fortune to be by Julio's side during his last six years on Earth. I shared with him the small routines of work-days, fun dinners, holidays, friends, worries, happiness, and anger. Julio loved life and drank from the cup of life in large gulps. He was curious about everything and was always eager to learn. There was always a class he had to take or was taking, another language to learn on top of the five that he already spoke fluently and which he didn't miss a chance to practice. He was usually reading two books at the same time: typically an American essay and a Spanish novel. We watched films of all kind: from brainless action flicks to independent and refined art cinema. Or to be truthful, films that we would start watching, since quite often Julio would just stand up in the middle of a screening or of a play and would whisper to me: "I can't stand it anymore, I'm gonna go". At first, it used to upset me, then I realized that it was part of his vitality, of his desire not to waste any time with boring or useless things.

Because of me, Julio started attending regularly the opera. I remember how he would prepare weeks ahead by listening to cd's and reading the *libretti* out loud. By the same token, Julio got me interested in flamenco. Because of him, I started appreciating flamenco: from the more traditional one, that Julio preferred, to the fusion or more innovative one. With Olalla, his dear friend, he followed faithfully the Ken Burns documentary on the history of jazz on PBS; to later discus in depth each episode.

In his profession, Julio liked also to undertake different experiences. He didn't mind being a 'generalist' and he replied with some sort of pride "Everything!" when people would asked him what exactly he reported about in his work. During his first years in New York, though writing for El Mundo remained his main occupation, he explored different media; in particular television, with the short but exciting experiment of Conexión Financiera. He also ventured into online news; working for the pioneering company Starmedia. Julio was, first

and foremost, a professional of the written word and somehow he knew that that was his strength. But he was so fascinated by the different ways to communicate that modern technologies have opened up, that he wanted to master them all. He loved the speed and effectiveness of online journalism and was particularly proud of El Mundo's website ("the best and most visited of Spain", he used to repeat to me). I remember that for the first online chat session with the readers of El Mundo he wanted me to take a picture of him in my office because a "real" office gave a more professional image than the living room in which he usually worked.

The life of correspondents can be rather lonely. They usually don't have an office space and work from home; they live abroad and the majority of their acquaintances are colleagues from their country of origin and therefore also competitors with whom it is better not to communicate too much or too often. Julio broke this myth. He liked teamwork and built around himself a group of colleagues that was large, close-knit, fun, always in motion and in constant communication. At home (that was also his office) the television was always on with the volume turned off; the radio was always on, tuned on National Public Radio (that was also his alarm clock); the newspapers of the day were scattered between the desk and the floor with relevant articles torn (not cut) and set aside; the computer was always turned on and online; he wore the headset of the landline at all times; and his cell phone was constantly ringing. I could not understand how he could not go mad, let alone write articles on complex and difficult matters in the midst of that swirl of words, sounds and images. When I pointed that out to him, he replied that I could not understand because I was not a journalist and I used to write, the little I write, in the quietness of a library.

On our way back from our last trip together to Miami, in February 2003, a snow storm in New York forced us to spend two days in Atlanta. We decided to take advantage of the *extended vacation*, and the first thing that Julio suggested to do was to visit the headquarters of CNN. I was rather surprised by his choice. I did not think that he would be particularly interested in that kind of visit. Julio had already seen lots of T.V. news studios; he even worked in some of them. But Julio wanted me to understand something else by showing me the dozens of journalists who moved frantically from one location to another as we, the quintessential tourists, looked at them as if they were fishes in an aquarium. At the end of the tour, he asked me if had finally understood why he was constantly communicating, every minute, with Lucia, Pilar, Lidia, Juan, Mercedes, Isabel, Ana, Montse, Albert, Barbara and everyone else. Even if they all worked for different newspapers and different companies, his colleagues were an informal editorial team that virtually gathered in the living room of our small apartment in the Village. More than getting an exclusive (I was convinced that getting an exclusive was the ultimate goal of the journalist and in particular of a correspondent) Julio was interested in communicating and exchanging ideas with the people that he respected. Even when he traveled throughout the U.S. (and I believe in his six years in the United States, Julio visited all corners of this enormous country that equally fascinated and irritated him), Julio almost never went alone. The official excuse was that he had no driver's license and a he needed a colleague to drive him while he served as a copilot with his impeccable and innate sense of direction. In reality, he would be often joined by Idoya, who also did not have a driver's license. And with her, hitchhiking a bit and making use a bit of public transport, they

would always arrive to where they had to go. The important thing was to bring wherever he went a piece of his extended and informal editorial team.

I used to joke with Julio that I was his free-of-charge news producer, because he always commented or discussed with me the articles he was writing or ran by me an idea he had for "Testigo Directo", the prestigious last-page column of El Mundo that was his favorite to write. But while he would give me plenty of details while he was researching or writing the article, once he had sent it to Madrid, he would become completely uninterested in it afterwards. I believe I was never able to convince him to read me a piece he had already sent. "It's a little silly piece" he would tell me when I asked him to read his published stuff. And so, I read his articles on El Mundo website or I waited for him to come back from one of his regular meetings with Carlos Fresneda, the El Mundo bureau chief in New York at the time. He always came back with a bundle of copies of the paper with his articles hot off the press from Spain, but he immediately put them on a shelf and would rather tell me of the progresses of Carlos and Isabel's children: Miguel and Alberto, who anxiously waited for Julio to play with him as if he were a boy of their own age. Once written, he lost all interest in his articles, Julio was already all focused on the new story. He was aware of his value as a journalist and got sad and bitter when he felt that his bosses did not properly acknowledge his work, but he was really a journalist because he did not linger on the past; even the past of the day before, unless it was relevant to the story of today or tomorrow.

However, his multitasking and present-focused attitude should not be read as a superficial way of dealing with problems. Julio always prepared with great seriousness for his interviews and business trips. He conducted his in-depth research both online and in the library (his favorite was the Jefferson Market branch of the NY Public Library, the one that looks like the home of the Adams family, on 6th Avenue) and then refined it by the usual endless series of phone calls with his extended and informal editorial team. I remember a whole day spent preparing for the interview with African Bishop Milingo, after he had just married a Korean acupuncturist in a New York hotel according to the rites of the Moon sect. After having besieged for a whole day with phone calls and faxes the pseudominister who ran the press office of the sect, Julio got the interview (this time an exclusive!) with the controversial prelate. He asked me to have lunch with him at a restaurant in the East Village to finalize his preparation for the interview, after he had spent the morning doing research on Milingo and the Moon sect. The interview was to take place in Italian (which Julio spoke perfectly), but Julio did not feel exactly an expert on Vatican affairs. Neither am I, but since many of our discussions were often of religious and ecclesiastical nature, I think Julio wanted to use me as a little guinea pig. At the end of the meal, he was more than ready with an impeccable line of questions, a portable recorder, a dark suit and the pressure of the newspaper that, sniffing a big score, was calling him every half hour. As soon as he arrived, Julio asked Milingo, dressed as a layman, but with the eye-catching episcopal ring on his finger if he were to call him "Monsignor Bishop" or "Mr. Milingo." The question was perfectly legitimate but the bishop took it pretty bad and went on a rampage calling Julio an agent provocateur of the Vatican and refused to continue the interview. Julio came home ranging from furious (for having missed an exclusive and having to explain it to the newspaper) to amused (by having been mistaken for a Vatican agent. Him of all people...). At

the end of the day, we joked that it was "the best interview never written."

Julio went to Iraq as an embedded journalist with the U.S. troops because he was convinced that in order for him to tell the story his place was to be there, as closely as possible to what was happening on a front geographically and culturally distant from our everyday life. At 32, a true conscientious war objector and unconditional opponent of the war, he found himself for a month alongside the men and women of the 3rd Mechanized Infantry Division. In those weeks, he wrote unforgettable chronicles, sometimes elegiac, sometimes ironic, in which the human sympathy for the American soldiers who had become his companions did not prevent him to look with Virgilian pietas to those Iraqis that he could not bring himself to consider enemies.

Sooner or later, Julio Anguita Parrado would have probably written a book. A book about his experiences as a war correspondent or a book to explain today's America to the Spaniards, or perhaps a book on the secrets and scandals of the U.S. economy which he had covered thoroughly. Indeed, Julio had many dreams and projects as we, his friends, colleagues, and family in Córdoba as well as his extended and elastic families in Madrid, Italy, New York, could testify to. On April 7, 2003, however, the dreams and projects Julio nurtured for a lifetime were broken forever a few kilometers away from Baghdad.

Shortly after his death, whilst still dazed and bleary with pain in the days of the endless waiting for the repatriation of his body, we began thinking that a collection of the most important articles written by Julio, presented by his closest friends and colleagues, would be the proper way to celebrate his life. Julio's death was a public and media event. The pain of his family, his friends, that was private, intimate, and intense became a source of national mourning, shared by millions of people. And Julio, who was reserved and shunned publicity and the spotlight, has been thrown into the public arena. Many have written and spoken about him, some even out of turn, without having loved him and sometimes without even knowing him.

With this book, we would like to give Julio back his voice, we would like to look back with his own words from his articles to the main stages of his personal and professional life. In addition to Julio's articles you will find a long and in depth interview of Ana Fernandez to Julio's parents and his siblings, and the moving eulogy that Julio gave at his grandfather's, Juan Parrado, funeral. . When you read it you will understand a lot about Julio's history and formation, his principles, his philosophy of life. Julio's articles are introduced by friends and colleagues who, almost always, were present when he wrote them. We thank each and every one of them, but most of all we would like to thank Julio's parents and siblings who have given their unconditional support to this project. We would also like to thank El Mundo, which granted the rights to publish his articles. A special thank you from all of us who worked on this book goes to Carlos Fresneda and Ana Alonso who supervised the selection of the articles and patiently coordinated the editorial work of the large and scattered editorial team of Julio Anguita Parrado.

The last photos we have of Julio are the ones that Major Weber took and sent us in the summer of 2003. One of these pictures shows him crouched down next to a wounded Iraqi with his notebook close by. He has a serious yet encouraging expression and I would like to believe that before making use of an interpreter for the interview, he said, smiling at the

wounded prisoner, in Arabic, "I am a Spanish journalist, from Córdoba". Julio now rests in his city, the ancient capital of Al Andalus, the city of Osio, Averroes and Maimonides, the caliphate that in the high Middle Ages represented the realization of a utopian dream of peaceful coexistence and religious tolerance among the three great monotheistic faiths. Córdoba, the city where the cathedral is nothing but a part of the majestic mosque and the synagogue is just across the street. From Julio and from the city that treasures him as a precious memory, all of us, his friends, have inherited the hope that those ideals of tolerance and peace may be restored in a not too distant future.

Letter to Grandfather

Julio Anguita Parrado

Good morning! First of all, I would like to thank all of you who came to bid farewell to my grandfather, Juan Parrado.

Almost every one of you here knew him well. Your presence is solid proof of the affection and respect that Juan Parrado, my grandfather, enjoyed.

As all of you know, he didn't like any kind of ceremony, especially if he was supposed to be the center of it. I am sure that in this very moment he would be saying: "Go home, I don't deserve this. I haven't done anything worthy of admiration"...

We all know it is not so. But grandpa didn't like to boast medals. Humility was for him almost a mania. Today we, his children and grandchildren, have decided to say goodbye to him with three words of paramount importance: Freedom, Equality, and Fraternity; words that summarize his convictions, the ideals for which he fought in a war. Ideals to which he kept faithful throughout his life and that he passed onto those who surrounded him.

But he never climbed a stage or preached from a podium. He taught us by example through his simple existence. Cautious, respectful, tolerant, and extremely generous, grandpa Juan showed us that nobody can impose responsibility or duty. He taught us that we, human beings, must act without betraying our conscience and our ideals. And that a better society can be built only if based on the deepest freedom and respect for others. Grandpa had an unlimited faith in humankind, in our ability to be essentially good. And he was the best example of this, at least the best one I've ever known.

My grandfather's heroes were people like Kropotkin, Gorki, Buenaventura Durruti or Federica Montseny, names that are forever associated with my childhood

-Grandpa, what is anarchy?- I asked him.

-My child- he replied to me many times- anarchy is the perfect society, the liberation from the ties of the state- and he would continue like this without end.

For us grandchildren, his anarchy was some kind of oddity. Don't all grandparents have their battles? Nevertheless for him it was his philosophy of life: giving as much as you can without expecting to receive something back, helping others selflessly, working and working without hoping to get great rewards.

Yes, grandpa knew quite a bit about working: from climbing scaffolding in his youth to the immigration to the North, and finally the factory in the big city. But he never showed signs of tiredness and he always remembered bitterly that year of early retirement he was forced to take as one of the worst punishments that could have been inflicted upon him.

So from then on, he turned to the house tools for carpentry, making or fixing furniture, lamps or the whole basement. Grandpa was always there. My only reproach is that he is

responsible of the facts that we, his grandchildren, are butterfingers beyond belief.

For Juan, work was the highest human expression. Work as well as study. He was always encouraging us to learn and he would share with us his basic yet solid knowledge of algebra. He was always willing to rise early with us at exam time to prepare coffee or one of his herbal infusions.

And then there was the task he carried out with the utmost devotion: caring for grandma Ana Maria. Grandpa was for me the best example of a man committed to his partner. And then there are his three children. He fought so that each of them could walk his or her path in the way they deemed more appropriate as outlandish as it might have seemed to others. And he always respected in silence their, sometime difficult, personal decisions.

He could be completely dedicated to a specific task for hours, but he would never complain. Quite the opposite, he always kept his sense of humor. How many times we had to listen to his recurrent jokes.

A tango by Gardel, a copla by Antonio Molina, music was always his favorite yet frustrated passion because he hadn't had the opportunity to study it. For this reason he was so happy when one of his grandchildren undertook the study of a musical instrument, be it the piano or his favorite, the violin.

In these days the many memories of my Grandfather cram my mind, but there is one that is always particularly vivid. I see myself in front of the handlebar of an old bicycle that he himself had fixed. I was riding the bike around in eternal circles while his strong hands held the saddle. The scene would repeat itself everyday, until the magic moment in which my feet took complete control over the pedals arrived and he let me go free.

-Grandpa, I can do it alone but I'm afraid- I told him.

-Don't worry, child. I am always here.

Today I want to thank him for teaching me to hold firmly to that and many other handlebars in my life.

Julio Anguita Parrado read this text during his Grandfather's funeral in March 1999

Made for each other

By Olalla Novoa

Dear Julio:
They ask me to write, to tell, to talk about you and this, your beloved city. Where to start? I remember one of the first times we saw each other here, soon after arriving in New York, at a mutual friend's apartment in the West Village. What a coincidence, I thought, both of us have ended up here. Who would have said it, we crossed paths in the university's corridors in Madrid, that we would cross the ocean at the same time. The first year here we barely saw each other: I was busy with the university; you were enjoying the New York nights and days. Serendipity, as so often happens in this vast city, is what brought us together one afternoon right on the street. You greeted me with that mix of wit and curiosity of yours.

"Hi, how are you?"
"Fine, you? What are you up to?"
"I work at a TV station"
"I need to get a job within a month or I'll have to leave the country. Can you get me the contact info to send my CV?"
"Well, I don't think they're hiring, but give it a try".,

I was lucky, and two weeks later we were working together at the US Bureau of a Mexican Financial Channnel. How we hurried and how much fun we had! We learned about stocks, deficit, oil, interest rates, all in a rush, blending school rivalry and complicity in each discovery we shared: "Listen, I think I know why airline stocks are crashing; oil futures are sky high!"

That's how you learn in New York, full throttle. You grow up fast and stumble every step, sped up by a hurricane of circumstances. I used to wear necklaces, scarves and make-up to conceal my girlish face. You experimented with ties, glasses and gel to try to keep your unruly hair under control and, why not, look a few years older. You tasted everything: the TV studio, the NYSE, Nasdaq, to produce the full news show... and in a couple of years, restless guy, you decided it was time to go. The Internet bubble was booming and you didn't want to miss a thing. After the TV stint you experienced the Web and, with your proverbial intuition, jumped ship right before the frenzy boiled down to go back writing exclusively for the newspaper.

After all this time I think the magic of New York is how it broadens one's scope, don't you think? You get here, a 26 year-old with a fresh BA and a few published stories under your arm, and an urge to have it all. You think you're going to conquer the world and the world gobbles you up. Walking around these streets flooded with colors, languages, dreams, honks, swerving in the chaos, you start uncovering yourself.

And what about you, Julio? What did you find out? Some times I wonder if that whirling of yours, that unstoppable picking and hanging up the phone, that last minute 'I'm coming' and that perennial 'I'm almost there' weren't but the legacy of five years on the move around the city.

Julio, pure New Yorker, here to pursue a dream. Ready to pay just the bare attention to each and every thing, so as not to miss the next one coming. Multitask master -or should we say it in Spanish to avoid our fellows back home calling us 'agringados'-, one of those who leaf through the paper while glancing at the TV, answering the cell and sweating on the gym's mill.

New York, city packed with surprises, where there is never enough time and you don't want to miss anything. Do you remember how you insisted on having breakfast at the Grey Dog after Albert told you Monica Lewinsky was there every morning? Or that unending night in which you spotted Michael Cunningham at a bar right in the middle of 'The hours' hype?

So many times we talked about how happy we were for having ended up here. New York seemed to us the perfect place to finish the millennium, end of the century's capital. Decadent and trendy at once. melting pot or, at the very least, mosaic of cultures. American and universal at the same time. Idealized by those coming from abroad and often abhorred by the rest of the country.

You defined it even better right before your departure: "New York should be like Mecca, a compulsory pilgrimage", a model of tolerance. That's the Big Apple's ABC: tolerance and an infinite source of wonder. So many times we threatened to leave but we never dared to do it.

They ask me to talk about you and tears turn to smiles. Julio, like this city, in constant movement: from breakfast at the Village Delight to the press conference; then back home to write a story; and to the streets once again for an interview; afterwards, weather permitting, a bit of jogging along the Hudson river. At night, to the movies, the opera, out for dinner, anything! Always up to speed, always open, whirlwind of grumbles and giggles.
Julio and New York, made for each other.

Olalla Novoa is a journalist with ElMundo.es

Dear City

Julio A. Parrado

They ask me how you're doing. They really want to know- how you're feeling a year after. And I just feel like answering: as always, as never. Without the drama and victimism you detest because they're vulgar and not in good taste. As if here nothing had happened.

How are you feeling?

Well, mainly a bit tired by so many imposed and mandatory memories. And angry to have to digest more and more times the images of those two aerial stabbings. To have to loan your ground – that now some call sacred – to yet another eternal ceremony without much therapeutic value, that only makes heavier the burden of sadness and encourages obscure war plans.

"Get over it!" your citizens repeat. Let's talk about something else, please. And if we have to, let's rebuild them exactly as they were, claims half of your population. Some didn't even remember the date "Ah, it's the 11th" they say with a poorly disguised surprised look. But even if it's fake, it is still a surprise.

To you there is nothing that deserves 365 days of attention. You spent a half year at half speed, tamed by sleeping pills, piety and patriotism.

Are you sad?

Sometimes melancholic. Most of the times with a smile. You've always carried your mourning inside. Do you remember when they prohibited anybody to get close to you for a week? TV stations used to say that you were in such a state of shock that your streets were deserted. But it was not true, not even then. You cannot forget that Bar Pitti, was as bustling as ever less than a kilometer from "ground zero".

Because as *The New Yorker* wrote, the world thought it was an attack against the US; the US against New York; and you circumscribed the drama to your downtown.

Are you afraid?

A little. More than a year ago. Even if one gets used to everything. As my colleague Andrés says, "on September 11, they injected us with a big vaccine against terror". We were the first ones to be immunized against the wars of the XXI century.

Always at the forefront.

Almost a third of your citizens is convinced they'll be victims of another attack. Chemical or bacteriological weapons. Antonio Skafidas, a professor in the Bronx describes you as a "magnet for good and evil".

That's why nobody abandons you. Much was written about the urban exodus. There were some who left. There are some that are coming back now. Like James, a designer that was stuck for hours to the windows of his office in Tribeca watching the towers come down in their final collapse. Now you run into him boasting a California tan.

People come back even if there is no work. Because you are poor as you have not been in

years. The Towers were only the first pieces of the domino. Unemployment is growing. And exactly where it is more painful for you: the financial and stock exchange sector. And for this too, they blame that cursed day.

You find homeless people everywhere. For more than a year now, we have seen the proliferation of cardboard beds in the Village. Not enough welfare. They've been tightening your belt because your deficit is above $5,000 million. Less libraries, less art, and more garbage.

And with no money, how can you not be more unsafe? Official data assure that your indexes are under control. But when you read about gunfire or you see with your eyes a dead body in the subway, once home you start to doubt. It seems unreal that during that week we could leave the bicycle anywhere you wanted, go back and find it untouched.

The good thing about the money that you lost is that you tempered that unbearable opulent attitude. This cure of humility turned out to be not bad at all for you. At least enough to lower your real estate fever.

On the couch

Have you gone mad?

Let us not kid ourselves. You've survived your whole life with anxiety drugs and laying down on the psychoanalyst's coach. Ever more so now that, wherever you are, you find the images of those planes on the TV screens. Some of us surrendered to the treadmill, in order not to quench the bitterness with the stomach. Others rediscovered spiritual and religious paths.

They are asking if you have become americanized and patriotic.

Less than we feared. You got your stars and banners fever. Now you seem to suffer a bit of a rebound. It wasn't that bad. They say that September 11th brought the country closer but separated you from the rest of the world. The pilgrimage to "ground zero" never stops, despite the little sympathy that surrounds these pilgrims that have turned that crater into a ground of laments.

Many Europeans began the count down to return to the Old continent. But there you had a heated debate that brought some to justify your tragedy and others to come up with nightmarish conspiracy theories. They all stayed.

E.B. White says that there are three kinds of New Yorkers: those born in the city, that take everything for granted; those who come to work, that don't understand you; and those who come here to fulfill a dream. This is why you cannot condemn them to exile with xenophobic demonstrations.

They wonder if you have tamed your bursts of intolerance and the cries for vengeance. You still have communities wrapped up in the flag to avoid suspicions. On the other hand, it's comforting to see the pacifist graffiti in Union Square. There, when the planet was still in a state of shock, people held vigils for the dead and demanded moderation and measure.

They really want to know from me how you are doing. And I insist that you're fine and that they should come visit you soon.

El Mundo, September 12, 2002

“Oh my God!”

By Stefano Albertini

“Oh my God! Oh my God! Oh my God!” were Julio’s first words the morning of September 11th when, from the window of our apartment, we saw the globe of fire that engulfed the first tower of the World Trade Center. Julio who never spoke English with me and who was not exactly very religious, fell down to his knees still with his cup of coffee in one hand, and for three consecutive times invoked God’s name like any ordinary American. But he quickly got a hold of himself… He immediately looked at the time on the cable box and ran to call the newspaper to break up the news. He must have been the first journalist in the world to inform his editors of what was happening in New York right there in front of our very eyes.

Several minutes in fact went by before T.V. stations started broadcasting the images that have been embedded in our collective memory. And Julio, no matter how much I tried to discourage him, was already riding his bike trying to reach the Twin Towers. We lived less than a mile from the site and the police by that time had not yet had time to block accesses to the towers.

A few minutes later, the second plane hit. Julio tried to call the newspaper but the cellular networks were not working anymore, so he decided to run back home and try calling from the landline. By that moment both towers were burning and T.V. stations were broadcasting the very images we were watching from our windows. We barely spoke as we were trying to make sense of the confused and senseless commentaries of the T.V. journalists who, obviously, have no idea of what was going on.

We decided to go to work. I walked to the university and Julio to his apartment/office on Grove Street. By then, landlines had stopped working too. While we rode the elevator and walked to Washington Square we were envisioning a plan should something else happen, and should we not be able to communicate with each other. It was actually an intricate and elaborated nonetheless useless plan, but in that moment it gave us a sense of security.

Julio saw the towers come down from the terrace of Grove Street, from where he worked. There is a picture of Julio that Olalla took a few minutes after the incident. In that photo, behind him one can see the column of smoke rising from what was already Ground Zero. Julio has a look of dismay in his eyes. He was wearing around his neck the press card issued by the New York Police Department, which from that day on was an invaluable good in order to move around the city with relative ease since New York was quickly coming into a state of siege. When, in the late afternoon, we finally talked on the phone, he told me that Mercedes Gallego and him had decided to try to get inside Ground Zero after sunset. I did not even attempt to dissuade him. Besides, the fact that he was with Mercedes reassured me a bit. I had no doubts that they were going to succeed. I’ve seen those two in action a few times and I knew that nothing could stop them until they got what they wanted. We agreed that we were going to see each other at home for a bite to eat (“whenever that was gonna be”).

When Julio finally arrived to our apartment, it was late at night. He was covered with the gray and impalpable dust that was going to fall again for days. His sneakers, covered by the same dust mixed with the water of the hydrants, became like concrete, but Julio did not want to throw them away for months. He and Mercedes walked in and saw the abyss. Julio gave us only a quick report. He told us about a kindergarten attended by the children of people who worked in the WTC. He passed by the school after 8 pm on his way to Ground Zero, and there were still many children waiting in vain for one of their parents to come and take them home.

We were all Italians that evening at home and while Julio reheated his pasta someone attempted a political reading of the events of the day. He, who in other circumstances would have been ready to face political and ideological debates, refused to do so and rather angrily, said that he, in the face of the tragedy and death he saw in the previous hours, could not engage in political speculations.

I read the next day on ElMundo.es his extraordinary chronicle of that night. I keep as a precious memory the blue plastic helmet of the power company with which Julio was able to overcome all the controls and checkpoints and enter Ground Zero to see with his own eyes what he told with simplicity and compassion to his readers. I keep the helmet near the bundle of newspapers with his articles of those days on his bookshelf. It is my private homage to Julio, the brilliant journalist with an extraordinary sense of humanity.

Pearl Harbor in Manhattan

People throwing themselves from windows to escape the fire; others jumping into the waters of the Hudson River; people burned from head to toe. The world fell apart yesterday in New York.

By Julio A. Parrado

NEW YORK. – Yesterday in New York, the world fell apart under a cloud of steal and crystal debris. The 110 floors of the Twin Towers, the emblematic financial center of the city and of all the U.S., disappeared in less than 2 hours, turned into dust by two airplanes hijacked by suicide terrorists.

Several of the 50,000 people who work in both skyscrapers were just about to start their workday when they were caught in the midst of the most destructive attack in history. The enormous cloud of dust and ashes that still late last night wrapped what was left of the two buildings probably hides thousands of dead bodies.

Victims

Nobody yesterday dared to put a number of bodies on the devastating attack, probably carried out by Osama Bin Laden's terrorist group. The first explosion happened at 8:45 in the North Tower.

The airplane, an American Airlines' Boeing with 92 passengers aboard, hit the tower close to the 80th floor. The enormous blaze that came after the explosion left a thick cloud of smoke that covered all of South Manhattan, home to some of the most important financial firms in the world.

According to direct witnesses, several dozen of people jumped out of the windows, possible pushed by the detonation. "They were falling down wrapped in fire" said an employee in a state of shock.

Just 15 minutes later, while thousands of people were evacuating the targeted building and the nearby skyscrapers, a second plane of United Airlines -hijacked in Boston- flew directly into the middle of the South Tower, whose observatory on top of the building was visited every year by millions of tourists.

"We had just abandoned the North Tower and we saw from a distance, at the height of the Statue of Liberty, a plane that was headed directly towards us. It was strange, but its cruising altitude was above the towers. All of a sudden it started falling down directly towards the skyscrapers", explained, with terror still in her eyes, Diane Johnson, an employee of the investing firm Oppenheimer.

Evacuation

Even if the explosion in the second tower happened later and left time to complete the evacuation, the low point of impact caught many in the emergency stairways.

"It was hell. It was all filled with smoke. We walked clinging to one another in order not to fall", commented Matt Lauring, an employee of an insurance company. Lauring was trying in vain to locate his colleagues. With the mobile networks down and no possibility to talk to his family, the young man broke into tears. But the most dramatic moments were about to come.

The collapse of the South Tower caught Louise Blonde just 300 meters away from the building. She had just left the Wall Street Journal building and stared in disbelief at the appalling spectacle. Having been hit exactly at the center of the structure, the 110 floors of the building collapsed at 10 a.m. The cloud of ashes and debris became thicker. "I know this area like the palm of my hand and I didn't know where to go. All of the sudden, it was night, I lost my shoes and tied my shirt to cover my mouth so that I could breath."

Louise didn't look back until she reached the bank of the Hudson River. "It was then when the second building collapsed. I'll never forget it". Fortunately the two structures, inaugurated in 1970 fell vertically. Building 7 of the World Trade Center complex fell some 7 hours after.

Carmen Medina, from Spain, saved her life despite the fact that she was on the 55th floor of one of the Twin Towers. "We heard a loud explosion, the whole building was shaking, and, from the windows, we saw big pieces of some kind of material falling down", she told us, her voice breaking up with emotion. "It was very hard to walk. Everything was moving but my friend and I were able to start walking down the stairs. We were crying, without knowing exactly what was going on", said Carmen Medina, the manager of a language school at PACE University that used to have an office in the Towers.

Panic

She continued her report: "The telephones were out of order and nobody knew anything. My husband that was in the street waiting for me to come down could see how some people were jumping from the 80th floor out of the terror for the flames that were reaching them". The mayor of New York, Rudolph Giuliani confirmed this version: "People were jumping from the towers to escape from the fire."

The sudden collapse of the structures caught off guard hundreds of police agents, firefighters and emergency personnel. Several T.V. networks last night were talking about some 200 firefighters missing.

Hospitals like Saint Vincent were packed with wounded and some dead bodies. "Dozens of people are completely burned", said Steven Stern, spokesperson of the hospital located in Greenwich Village in South Manhattan.

The evacuation of the whole area turned out to be incredibly smooth and it did not yield any additional injured parties. Hundreds of people escaped from the southern tip of Manhattan. The most desperate ones, terrified, jumped into the Hudson.

The ferries intervened at incredible speed. Dozens of boats docked and sailed very rapidly bringing hundreds of survivors to the shores of New Jersey and Brooklyn.

No traffic

During the whole day, as a form of precaution, the subway and many local trains interrupted their service. Only emergency vehicles could use the tunnels that connect Manhattan to the mainland.

Thousands of people left the city by foot through the bridges and avenues where only police, firefighters and emergency vehicles could circulate. The Federal Government shut down the three major airports of the city.

Only military helicopters and jets could fly over Manhattan. The whole southern part of the island was filled with unharmed survivors, thousands of people that walked aimlessly, something strange in a city where all walkers have a destination.

Avoiding looking back to where the tower of smoke was taking volcanic dimensions, hundreds of citizens lined up around around phone booths, consoled each other or listened to the many horrors stories.

The rumbling boomboxes of Blacks and Latinos stopped playing salsa and rap. They became improvised listening stations where New Yorkers found out later that their tragedy was part of an attack to the whole nation.

Blood donations

The hospitals of New York were on the verge of collapse and the authorities encouraged blood donations. “We are in a state of anxiety and confusion, but thank God the whole family is safe. They asked us physicians to continue our work, to donate blood, to prepare our operating rooms and the morgue”, said Spanish oncologist, Carlos Cordón-Cardò, of the Memorial Sloan Kettering Cancer Center in New York.

“They destroyed our house with this second Pearl Harbor. This catastrophic event is going to change the course of our history”, said the Spanish oncologist that has been working in New York for almost 20 years.

The hundreds of people affected were taken to a nearby park where they were classified according to the rules of such events. The more severely injured that required immediate attention on location were given a red label, those who needed medical assistance were given a yellow label, the green one was for those who could be transferred to more distant hospitals, and the black one for the dead or for those for whom any treatment wouldn’t make any difference.

The authorities blocked more than 20 blocks around the Twin Towers and in the four avenues that surrounded them, they placed four lines of ambulances that evacuated the victims according to the color of the label they were given.

The end of the world seemed to be around the corner. The mortal threat could arrive from any point of the sky. Caught by surprise, the city's authorities, whose emergency center was precisely inside the World Trade Center, ordered the evacuation of all the emblematic buildings of the city.

Actually, almost all offices in town ended up being evacuated. The hotly contended local primary elections were cancelled without a new date to be announced.

El Mundo, September 12th, 2001

At the Feet of the Colossus

Mercedes Gallego

The ring of the phone woke me up abruptly that morning. I jumped out of bed on my bare feet and went into a frenzy when I realized I had overslept and did not know how late it was. 8:50 AM. It couldn't be the newspaper; it wasn't that late. In Spain they were still at lunch. It had to be Julio. I had gotten used to his untimely calls, but not to the aggressive tone in which he spoke to me that day.

-Hello?" I inquired half asleep.
-How the fuck can you be sleeping?" His voice cried out on the other side of the phone. "Haven't you heard what's happened?"
-But what time is it?" I mumbled while searching for the clock again.
-Look out from your balcony" he harshly ordered. "They have blown up the Twin Towers and you are sleeping!"

Click. The phone went mute. Julio didn't use to wait for a response. He ended conversations unilaterally, leaving you with words in your mouth. But this time it was obvious that he was beside himself.

With his hyperactive vitality, Julio used to be the first call in the morning for the journalists who had the good fortune of being his friends as well as his colleagues. I can count about half a dozen of us during his New York phase. One after the other, almost always women, we were woven together in time, as if we were taking turns. Or maybe it was the other way around. It was him who chose us without asking, and dictated the close friendships that tied us to him forever. He intuited who could be his other half, his associate in an adventure, or his partner in tribulations, and he did not ask for permission to barge in on our lives. We did not complain either. He filled our voids, fed our ambitions, and brought sparks to our daily lives, until our dependence was so asphyxiating that we were almost relieved to see him move on. There was too much Julio for just one woman, but he more than made up for the demands of his friendship and was always there when we needed him. It was like going through life with our backs covered.

Except when melancholy attacked him, he had read every newspaper by the the first ray of sunshine. But he wouldn't call the Bureau until he had inquired into what we had all seen, in case he had missed something. He tried to keep his ideas for stories and interviews to himself, out of fear that any one of us could beat him to the punch, but he did not mind competitiveness among friends for the stories that would end up being in the public domain

or for stories in which, in all honesty, we'd never see ourselves anyway. He was smart enough to know that he was better off by sharing what he knew than going through life independently. Thanks to him we became a tight group of correspondents that could call one another at any time for help or to discuss any matter. The first one of us who heard important news would pick up the phone to alert the others.

Julio was particularly obsessive about missing anything. He would call us during the intermission of an opera or a play, asking us to check the news in case something important had happened during the first act that he should add to the day's final edition. And before he went to bed, when he came back from a night out on the town in the early morning, he would read the newspapers online and send the first emails of the day.

From the time he left me cold on the phone after the first explosion, he spent the rest of the day trying to reach the foot of the colossus in flames. He escaped the rubble avalanche because the frightened crowd that was fleeing up the streets of Soho and the Village did not let him advance against the current. Later we had to gather the little serenity we had left to sit in front of a keyboard and tell the story of a day from which we had not yet recovered. As soon as he closed the final edition, he was again overcome by the urge to get dangerously close to the story that would smoke for months, less than one kilometer away from us, and that was already diligently guarded by the police in those first hours.

-Do you dare get closer?" he tempted me.
-They are not going to let us. Bruce has tried to get there with NBC's team and they haven't been able to pass through. They think that the planes could have carried chemical or bacteriological weapons."
-I know that if you set your mind to it we will get there," he challenged me again."

We both paid the price of having to fight with our respective partners so that we could get out of the house on our bikes, under the darkness of the most terrifying night that either one of us had ever lived, but we did it. He came to pick me up on his bike, and Bruce, irritated, asked him to be more sensible than I was since he hadn't been able to stop me. We hit the pedals down the deserted streets of a speechless city, its airspace suddenly silenced by governmental order. Only every so often the silence was broken by the blades of police helicopters spinning over our heads.

We nervously joked and laughed, out of sheer anxiety. We told each other about the fits our partners had and about Bruce's disdain, for he was convinced that we would not be able to go past Houston Street. He tried to make us see that if NBC, a meganetwork with so much power, did not make it, it was unlikely that two little Spaniards on their bikes could. The more we recalled his attempts to dissuade us, the more we resolved to go all the way into the lion's den that night.

We dodged the police on several Soho streets and got to Chinatown. There, a nervous and ill-tempered agent made us go back while ignoring our NYPD certification, which in theory should have allowed the carrier to cross security lines.

-I don't have mine," Julio panicked. "It's expired. If they catch me without the certification they will detain me and we could get in trouble."
-No, don't worry. Take out your Foreign Press Association card and that's that. None of them are worth anything anyway. You've seen how they are today."

One time after another we tried our luck at all the possible ways of getting in. We tried that all American argument of defending our right to work and to freedom of information and fought with more than one policeman who threatened to arrest us. We gave a shot at acting like mere busybodies, passing as residents of the neighborhood, and even casually chatting on our way in as if we were just strolling.

That's what did it. We walked next to a couple of policemen, like it was nothing, bikes in hand, almost talking about the weather, as if it were any other summer night, one of many in which we pedalled around Manhattan, but with a forced smile caused by the tension of the moment.

-They are watching us, they are going to stop us."
-Shut up and go on, Julio. Act like nothing is happening."

A National Guard soldier stopped us. We assumed that was as far as we'd get, but just in case we gave it one last try.

-You can't come through with bikes."
-Oh, okay, no problem. We'll park them here and we will continue on foot" I replied in a natural manner.
-No, you can't leave them here." The guy, who turned out to be Hispanic, said disconcertedly.
-What about that rail over there?" Julio asked in Spanish."

Since he had worked in Starmedia, a website in Spanish, Julio had discovered the power of being Latino, the largest minority in the United States. When he called any organization or government agency he wouldn't say he worked for a Spanish newspaper, but a Hispanic one. He would astutely let them think that *El Mundo* was one among many Hispanic publications in New York. Even if such publications were unknown to most Anglos, they were very much aware of their influence on the Latino community.

The National Guard soldier also fell for the gentle accent from Córdoba and the friendly

manner in which Julio spoke to him. The man had come from Washington for the emergency. He did not know the city, nor did he know much more than us about what was going on. In the end, he even offered to watch our bikes for us. Julio was worried about the bikes' security, not only as part of the act, but also because that summer he'd had to replace a seat and two wheels that were stolen from his bike. Since then, he had adopted the habit of carrying the seat with him every time he chained the bike up on the street. The fact that it seemed like the world was coming to an end was not enough reason to make an exception.

-Where are you going with that?" I asked when I saw him take out the seat, metal pipe and all.
-Oh! They are not stealing it from me again this summer."

We walked through those eerie streets, disoriented by the lack of lights from lampposts and skyscrapers, with everything that surrounded us covered with a thick layer of debris.

-Fuck, look at that!" Julio would say pointing at cars covered in ashes, as if we were looking at them from an apocalyptic future of science fiction.
-Where were the Twin Towers? Do you remember?"
-No idea."

The giants that just a few hours before had served as a visual reference on the horizon and which had oriented us from anywhere in the city had dissapeared at such speed that our whole field of vision stopped making sense.

Even policemen were wearing masks. There were ambulances parked in the middle of the street, with paramedics wandering around them in white robes and masks, giving the scene even more of an air of science fiction. Julio started to get paranoid. "There is something wrong here, everybody has covered their mouths." He approached one of the medics and asked him for a mask. The baffled man took his own mask off and gave it to Julio. "Don't worry. I'll find another one," he replied when he saw Julio's stunned face. Of course, I copied Julio when we saw another medic on the next corner. We had to ask him where the Twin Towers were, and he didn't know exactly, but he pointed in their direction.

We were at Ground Zero, no doubt. We followed the footprints of those who came back covered in soil and debris through a path of destruction that showed ever more shattered showcases, abandoned buildings, and entire offices that had flown out of the windows. Finally we found ourselves behind St. Paul's Church, among 18th Century graves that were now flooded by a sea of modern office papers that had flown out of the 110 stories of the Twin Towers. At our feet were women's purses, shoes, books, and family photos of the kind that stood on Wall Street executives' desks only hours before. With chills, we picked up some of those traces of life and observed them intently, taking a few notes in order to put together our accounts later. We showed them to each other with a strange sense of guilt, as if we were

plundering graves or violating other people's privacy.

Passersby had stopped being policemen or medics. Now we were surrounded by squads of volunteers, firemen, and the workers of Con Edison, the local electric company, who were wearing helmets and working gloves.

-Have you seen the helmets they are wearing? We need a couple of them," said Julio. "They're handing them out from a box on that corner there, but if we're caught stealing a helmet, this time they'll surely arrest us."
-Don't say anything and follow me," I said once more.

I calmly walked up to it, with the same nonchalance with which we had bewildered the soldier from the National Guard, took one of those blue helmets with Con Edison in black letters, and put in on my head like I did it everyday. Julio followed suit without ever letting go of the bicycle seat. We followed the volunteer squad, chatting with them like we were part of the group, and got to the very foundation of the Twin Towers, only to face a mountain of twisted iron without knowing what to do. We imitated them as much as we could, conversed with them in order to collect some statements, and stood in the line for a snack and a bottle of water when it was time for a break.

Only then did I understand that nagging sensation that everybody was watching me, despite my efforts to act naturally. I was the only woman there. Everybody else, absolutely everyone, was a man. Suddenly I was aware of that and felt ridiculous for trying to pass unnoticed. They were all looking at me out of the corner of their eyes, I thought. So at last I decided to listen to Julio, who had already been feeling like we'd gone too far, and that at any moment we could be caught and thrown in the slammer. We were not worried about spending a night in jail, of course, but about being unable to write the account that we were already weaving together inside our heads.

By then we were up to our knees in dirt, filthy, and tired from the adrenaline of the day, but we still made one more incursion into the World Trade Center's building number 5, which we would watch collapse on television the next day. There, a retired fireman of Italian descent would be so taken with Julio for speaking a few words in Italian that he defended us from a policeman who was nervous and worried about the possibility of busybodies sneaking into the crime scene. We came out, conversing spiritedly with him while we searched for the way back to our bikes, when Julio came to a sudden stop with a scream.

-My seat!" he said before running back to the building in ruins.

The fireman looked at me with surprise, and I had to explain that Julio carried the bike seat because it had been stolen so many times that he was actually capable of going back into

Ground Zero in the midst of wretchedness just to recover it.

We returned home that early morning, pedalling proudly because we had achieved what we set out to do, excited about having been at the site of the most important piece of news that we would ever cover in our lives, and satisfied about a job well done.

-I am dying to see Bruce's face when you tell him that we got into what remained of the Twin Towers. What NBC couldn't to do, we did! Can I come up to see what he says?"
-He'd kill us. It's three in the morning and he has to wake up at five."

I came in without bothering not to make noise and went straight to the bathroom to wash the soil off my legs. I left the mud in my shoes on purpose, just to prove that we had made it to where the firemen had poured hundreds of thousands of liters of water to put out the fire that melted the foundation of the tallest building in the world. Bruce couldn't resist and got up from bed with his eyes still closed to make sure that I was in one piece. He looked at me from top to bottom with a frown. "You went inside," he anticipated my answer. I nodded with a proud gesture and he turned around to go back to bed without saying another word.

Since that day he never again doubted my ability to achieve anything I set out to do, especially when Julio was my partner in the endeavor. When two years later I was trying to calm him down by saying that it was unlikely that we got a place in the embedded program because only 20% of the 400 posts available were going to the foreign press, Bruce cut in almost disgruntled. "Don't give me statistics. I already know what they are worth once something gets into your heads."

Two hours after I got into bed, Bruce got up, put on the Con Edison helmet and the mask that we brought from Ground Zero, and followed our footsteps with a hidden camera. That way he fed NBC with images of Ground Zero for two months, while everybody wondered where they were coming from. Only Julio and I could smile with satisfaction when we saw them on TV. That feat gave us the strength to take on many other incursions, something that in the end I have come to regret, now that I am alone, without him, writing these lines.

The sensations we lived through that night allowed Julio to write one of the most beautiful chronicles he ever produced, because those who keep to the truth can never write better than when they see and live through what they tell.

That's why Julio always aspired to be as close as possible to the story, to be part of it, so that he could bring out the best in himself. That which he silently delivered every day to the readers of *El Mundo*, six thousand kilometers away from him. His bosses never quite understood his desire to get so close to the story, which was not fanned by his ego, but by his eagerness to push himself and by the vehement longing for a day in which he would get the

recognition he deserved.

Mercedes Gallego is the US Bureau Chief for Vocento Media Group.

In Limbo

Mercedes Gallego

It is not often that a business class seat is so appreciated. When the attendant at the New York Kennedy airport showed me the ticket, my face lit up, and when I had the seat at a safe distance I threw myself into it, worn out by the stress and the rush of someone who is preparing to go to war, which is not your everyday feat.

I was facing 15 hours of travel with a lay over in Germany, where I would reunite with Julio to continue the journey to Kuwait together. The U.S. press had already been there for a month while waiting to join the military units to which they were assigned. Since January they were prepared with gas masks, bulletproof vests, and even biochemical suits that were purchased by media companies in an effort to assert their independence.

At NBC, for instance, the blue vests that said "Press" on them, had come directly from Jerusalem, where Israeli factories knew exactly how little the life of a journalist is valued. The thick ceramic plates made for maximum security were covered with Kevlar and came up to the neck, so that nothing was left to chance. They arrived in truckloads, and even though I went through them carefully, thinking it would be impossible to find one in my size, I finally discarded them, convinced that it would be worse to drag myself through the desert wearing one of them than to die of a sixth blast of bullets, which is as much as the vest can withstand. I felt like a medieval knight in iron armor, yet I knew that there wouldn't be anybody to help me climb the horse with the backpack on me.

Julio, who was very muscular as a result of spending hours at the gym, could have fit well into the vest, but he rejected it without further thought, certain that his newspaper in Madrid would have prepared one for him. That was one of the many excuses he used in his attempt to drag me along on that emergency stopover in Spain before we left for the Persian Gulf. I was sure, however, that I wouldn't find a bulletproof vest with ceramic plates in my newspaper's warehouse.

We only had seven days to gather all the items in the thorough list of survival equipment that the Pentagon had given us, not to mention all of the bureaucratic errands for missions impossible, such as obtaining a visa for Kuwait and finding a room in a hotel that had been taken over by the Coalition. Even so, Julio was resolved to stop in Spain. None of the many arguments he used to avoid splitting up, if only for three days, was enough to convince me. The truth is that his motives were much more personal and profound than what he wanted to show. So much that he wouldn't have dared to formulate them aloud.

He hadn't had the strength to tell his mother what he was getting into and he wanted to do it in person. Among other things, he had to say goodbye to family and friends. He made an almost obsessive effort to see everybody against the clock, like it was the last chance he would have in his life. They probably couldn't imagine the angst hiding behind his compulsive "I am going to war!" so charged with anxiety and emotion.

The truth is that the day we came out of the Pentagon with the unexpected news that we had gotten the posts, our legs trembled. We had taken the issue so far that it was too late to back out of it, we came to understand then and there. I felt the reality of what was ahead of us like an abyss opened beneath my feet, and had to think about it seriously. I remember being freezing cold and feeling chills going from the top to the bottom of my spine. A halo of unreality came over me, like I couldn't believe this was happening to us. In fact, Julio didn't want to believe it. He utterly refused to give credence to the words of Major Blair, who had just assigned a post to each one of us by order of Colonel De Frank. "Go back to New York and I will send you an email with the details," he promised. But Julio decided not to regard this as true until it was put in writing. That's how my newspaper knew that we had gotten the post 24 hours before his did. He did not want to accept our fate until he had his email in hand and had painstakingly picked its four sentences apart.

In days gone by, the Pentagon did by telegram what they now do by email, but the arrival of one of those messages still unleashes torrents of anxiety and passion. We did not have a single minute of peace from that moment on. We barely ate or slept, and even though we joined forces with praiseworthy efficacy, when we met on that business class seat in Frankfurt, we had the feeling that we had come to the final exam half-prepared.

The adrenaline overdose had left me worn out and glued to the seat for seven hours, but Julio hadn't had enough time to come down from his high. He was nervous and indignant when he joined me in the lay over because he was sure that Spanair wouldn't be capable of transferring his luggage to the Lufthansa flight that would take us to the edge of civilization. This was only one of the premonitions that would come fatally true on that trip. We had worked so much to put that bag together that we couldn't afford to lose it, if only because our lives would depend on it for the following months.

Spanair employees in Madrid did not budge when Julio explained this as he tried to convince them to allow him to carry on the backpack. The man insisted the luggage would make the legal connection like they do every day. The desperation of a man who was convinced of the contrary, but had no proof other than a hunch, sounded like a fit of temper.

Nobody in those airports of indifference seemed to understand the turmoil that our lives were going through. We could not help wanting to scream it to their faces to see if they would grasp it.

Something like that happened again when, after explaining the situation, I kindly asked

the Lufthansa Captain to let Julio sit next to me. At first he seemed offended by my audacity, and only by means of begging did he finally concede, if in a scolding tone, that Julio sit next to me for two hours after dinner. He reminded me of the thousands of dollars that the other passengers in business class paid, and insisted "Two hours exactly. Don't make me come and tell you again."

Julio became irate when I repeated the conversation. At that moment we didn't know that the Pentagon would keep delaying our departure to the camps, so we thought our hours of camaraderie were numbered after we landed in Kuwait. In a world where nobody listened or even spoke our language, we only had each other to share our worries.

"When he comes I am going to tell him that you are my girlfriend and that these are our last hours together before we go to war" Julio improvised. "Fuck! Doesn't anybody realize that we could be killed tomorrow and it is possible that we never see each other again?"

Death was already hanging over his head, and I can't blame him. Every step we had taken through that long list of items that would go into our bags was about defying death. We had spent days racing through survival stores that would delight skinheads. The ex-marine with the tattoos mocked us while he was making our dog tags, and then he blurted out, cruelly and without warning, what they would do with them when they found our corpses. While looking for the military boots that Julio bought with the same naiveté, they told us that we would lose a foot at the first mine. "Soldiers wear them because they are the cheapest and the Pentagon does not spend any money on their men's comfort", they explained at another store.

We had to paint our blood type and a telephone number on all of our clothes. But, who does one choose as the person to be called when we are dead?

In contrast with that world of deadly shadows and macabre details, the people surrounding us kept moving with indifference and acted almost as if we were going on an adventure or doing this for sport. Until the day he died, none of the people who made up my world, if only through a few satellite calls, had really understood that we were risking our lives from the first day. I suppose for the people in Julio's life that revelation came too late.

The distress over Julio's bag was not the only bad omen upon arrival in Kuwait. The city welcomed us with a pestilent smell that Julio recognized immediately as the odor of an oil distillery. The hotel we had found was in a ramshackled industrial park next to the port, and totally isolated from the city center. When we got to the front desk, the attendant was arguing with a couple.

-"No, it's impossible, I'm sorry. If you don't bring the marriage license I can not let you stay in the same room," he insisted. He thought that settled the conversation with the frustrated couple and turned to us.

-"We have a reservation" said Julio.

After the experience we had at Immigration, we had agreed that Julio would take the lead from that moment on and that I would try to bite my tongue. Arabs did not like women with a voice of their own, and their disparaging looks had made that clear. At the first chance, they gave Julio his visa in order to separate him from me. Then they turned to me with a menacing smile, saying that they may be able to get me to stay for a whole year instead of the month that I was asking for. "Understand this at once," Julio said to me in a severe tone. "Here you are either a virgin or a whore." As a result, I tried to stay in his shadow from that moment on, contrary to what I would usually do.

-"You are Mr. and Mrs. ... ?" The receptionist asked expecting one last name.
-"No, no" I cut in. "The reservation is for two separate rooms."

My submission lasted just under two minutes, but I couldn't let that misunderstanding set. Kuwait was going to be complicated. In the next few days we tried to fine-tune our stories to make them conform to local conventions, yet feeling uncomfortable and insecure for pretending to be what we were not. I suffered the inquisitive looks of men in tunics and turbans, who unabashedly observed my Western garb like I was damned. Julio suffered before crew-cut American soldiers. "What if we told everybody that we are married so both our backs are covered?" it occurred to him. We didn't do it, because, frankly, I have never been a successful liar and I follow my Mom's old advice: "It is easier to catch a liar than a limping man."

We saw every day we spent in the capital of Kuwait as the last opportunity to build on our war correspondent equipment, but with the complication that we were no longer in New York. We couldn't split up in the stores to divide up the work, because every time we lost each other I found myself surrounded by Arab men scrutinizing me from top to bottom like they were sizing up cattle.

Bagdad, we were told, was altogether different; a lay and bourgeois city within the Arab world, where alcohol was allowed and Westerners were not regarded as demons. Until we got there, the only thing we had to drink was some whisky I had brought in a flask that I ordinarily take on trips to save on expensive minibar bottles. We only found alcohol-free beer at the hotel and across the whole city.

We depleted our reserve one night in which we decided to win over our competition. They were two reporters from NBC who had flown from Texas with the 101st Airborne Division and had already been at the camps for a week. They had escaped to take a comfortable shower and sleep on a decent bed at the hotel. That was a luxury available to the big networks, which had all-terrain SUVs with drivers to pick reporters up in the desert and bring them to the city. Even today, as I am writing these lines, my Spanish colleagues are still risking their lives in Bagdad, while my American colleagues go up and down the same streets escorted by armed ex-military men from security companies that have been contracted by big networks

for millions of dollars.

That is also the level at which they handle information, and for that reason I decided to share our quart of whisky with them. We bombarded them with questions to the clinks of ice in the glasses from which we drained drops of liquor. I had hoped to refill the flask before going to the camps, but in between vaccines, accreditations, and writing daily chronicles, we didn't have time to look for the black market. It turned out the black market was so underground that not even people who had been there for months were able to penetrate it.

That's why the night that the Spanish ambassador invited us to our last dinner in the capital of Kuwait, when he bragged about the Rioja wine bottles that were delivered to him in diplomatic parcels, I knew it was now or never.

-"Listen, ambassador, I know this looks very bad, but could you pour me a little whisky to bring with me to war?" I plead with him as I showed him the open flask.

He didn't make me beg. He guided me through the halls up to the kitchen, where he ordered his staff to give me anything I needed. That night we could have whatever we wanted. We were like those who had been condemned, to whom nobody would deny the last earthly wishes. With paella and lots of wine to go with it spread across the table, a colleague from Antena 3 cued his partner to turn on the camera and take some shots of us "in case something happens and we are left with nothing of them."

Hours later, burdened with packages and backpacks, we were at the hotel lobby to ask for the check. We barely had shut-eye time. Being constantly against the clock did not leave time to rest and I believe that, even if they had pushed back our departure one more week, we would have found a hundred more things to do. You never think you are ready to fall into an abyss.

The road that lead to the Hilton Hotel was blocked several kilometers away from it and was protected by barricades. It was crammed with the cars and buses that brought journalists with their travel cases and bags to the chaotic parking lot of the hotel. There we split up without much protocol, as we were pressed by the soldiers and by the fear of losing our spot for being late. I saw him walk away with his backpack, just like the one hanging from my back. The same boots, the same sleeping bag, the same helmet. We looked like twins, everything bought in pairs, but with different colors.

Julio got to his camp in the desert several hours before I did. The Army had been more efficient in processing visas for their embedded journalists, while the Marines were still fighting with the bureaucracy of the Kuwait Information Ministry. My satellite phone rang for the first time while I was still on the bus.

-"I am not going to write anything today. I want to get settled and find out what this is about" he said.

-"Me neither, I am dead-tired and we haven't arrived yet."

I didn't take it as a commitment, but as a comment. I later found the strength and wrote the first chronicle from the camps, without knowing that Julio was planning to say that I wasn't able to write either in order to alleviate some of the pressure from his newspaper, which wouldn't give him a break. "Didn't you say that you had a pact with the woman from *El Correo* not to give anything until the next day? Well, she has betrayed you" he later recounted bitterly.

Time suddenly stopped in the camps. Three days later I felt like a lifetime had passed. I don't know if that was because we woke up so early in such a foreign world, where we lived like animals, lying on the floor and covered in dust, or because of the impasse of an imminent war that was prolonged with uncertainty, leaving all of us who were waiting for it in the desert with the "limbo syndrome", as Julio defined it.

The first days of unrest were taking a toll on him. He called me on the phone constantly, but half the time I didn't have a signal and when I did, my tent mates frowned at me because, with shifts they had, there was always somebody sleeping.

Julio and the other three reporters who were hosted by the Army had a tent with air conditioning and bunks to themselves. That luxury was not even available to the General of the Marines with whom I lived. But the fact that they were only a few didn't mean that they got along well. I remember that the Businessweek correspondent who shared the tent with him drove him crazy, and that he was frustrated with the ungratefulness of a reporter for whom he carried tubs of water. To top it off, at the Bureau, things went on at the same slow pace with which agencies spit out cables, without considering that they had a "mole" at the center of the action.

-"I already know how the invasion is going to be" he said over the phone in a mysterious tone. "We were at the Officials meeting this morning. I even saw the maps with the entry route."

He didn't say a word about the master plan, as he was afraid, he said, that our phones were tapped to make sure we didn't betray their secrets. Or maybe he didn't want to give up the exclusive. He followed his nose around the camp like he was smelling prey, and afterwards he would call to get backing from me.

-"I am working on a piece for Sunday. I heard that women are getting pregnant in order to be sent home. Do you know anything about that?"
-"Well, no, but here a Marine committed suicide after the sandstorm."

It was that severe. The worst American troops had lived through in the four months they had camped in the desert. Even Gulf War veterans said they had never seen anything like it, as

they spit out dust with desperation. What kept us going was the journalism bug. Without it, life had little meaning, like it was for that Marine who blew off his head in a latrine.

-"This morning I stayed in bed until 9," Julio told me some days later. "That's how depressed I am. They did not want to print my story about women. They have made me write about chemical suits, which I have written about so many times."

-"That's because EFE released that today."

-"If they are going to want whatever EFE is doing, what am I doing here?"

But the next day he would again wake up to the Reveille at 6:30 and looked for the chaplain to see what kind of frightened souls he was going to have at Sunday's homily. "I am going to call it 'Bush's souls against Babylon'," he became excited again.

His illusion was deflated a few times until they entered Iraq, particularly when the 1st Marine Division took the lead to cross the border and his newspaper pressed for action. "I have told you that this division is going to be newsworthy. Just be patient and you'll see. We will be the first to arrive in Bagdad."

He was not mistaken. The tanks of the 3rd Infantry Division of the U.S. Army were the first to march through the streets of the Iraqi capital, while he blurted the news out to his newspaper. But Julio was not with them at that time. That day he became news himself, taking over the headlines that he so anxiously pursued across the Iraqi desert for nearly a month. His pen, the only thing that should have made the news, remains forever in these pages, where we will always have the privilege of rereading what is killed in the papers on a daily basis without pain or glory.

Mercedes Gallego is the US Bureau Chief for Vocento Media Group.

I'LL CALL BACK

Ana Bueno

The war, the bloody war, brought us closer to Julio than ever. He called all the time, unable to control his journalistic jumpiness. He called the editing team on his satellite phone to update us on the troops' advance, minute by minute, inch by inch. It was scary to hear him: "Believe me. They're going into Saddam's presidential palace. Colonel Perkins radioed to tell me from his tank". The news floor buzzed with his calls at all hours of the day – usually at dawn – with news that was so 'hot' it was almost boiling and that the agencies hadn't caught wind of yet. We would muster all our speed and style to report everything he told us in our online paper, with the large Julio A. Parrado byline in bold on the home page.

Between us, we forged a new way of recounting the conflict – him as the war reporter, and us as the channel for immediate updates. This was the first time we had faced a challenge of this kind at *elmundo.es,* yet it felt like we'd been doing it all our lives.

Julio knew that his position in the line of fire, alongside the Third Infantry Division, would make all the difference not just to the newspaper, but also to the online version for which he had always had a special affection. Ever since he went to the United States, he spent years telling us about the power that the Internet would have, and forensically investigating the possibilities of this new medium. It was a real privilege for *elmundo.es* to have someone like him reporting the war for us from minute to minute.

In the final days, as the troops neared Baghdad, his calls became even more frequent – and more human too. Julio was quick and rational, just as he was in the flesh, and the way he told you something was almost telegram-like. His conversations combined tension, fear, caution, professionalism, humour and irony. He would ring off with a fleeting "Ciao, I'll call you later".

We couldn't help our Andalusian accents from getting stronger when we spoke:

"How did you end up going from Córdoba to Baghdad, Julio? I can't get used to seeing the photo of your happy face next to your byline on the front pages every day ..."

"Ah, I'm so desperate for a beer and a shower. Do you know what this many guys smell like after spending nights in sleeping bags in sandstorms without a drop of water? It's all worth it though for the experience!

Julio lived the war up close and personal, but he mainly experienced the people involved in the war. He discovered – or perhaps he set out to find – the 'other' service people: the medical team of top surgeons he travelled with. The contradiction surprised him: "These guys

spend the day shooting and by night they treat the injured... They want to get along with the civil population, no matter what it takes". He couldn't understand this way of living, but he was definitely struck by the 'humanity' of his new friends when night fell and they swapped their green fatigues for their green surgeons' overalls. Our friend Julio found his niche in the war, just as he had in New York, Madrid and Córdoba.

Despite all the hardships of the desert and the urgency of his reports, he always had a moment to chat with his colleagues in the editorial department – Pilar Ortega, Silvia Román and Rosa Meneses – the people who edited his texts and praised the great journalistic skill of his reports. At night, of course, they rang his mother (who they called *señora Antonia*) in Córdoba to make sure she didn't miss a single detail of her son's movements.

In his free time, Julio acted as an emissary between the soldiers and their families in the United States. One day, in the natural and spontaneous way he always conveyed his ideas, he told me we should help the soldiers to keep in touch with their loved ones. So we did. Along with his reports, Julio sent us dozens of messages to email to their families. "Don't forget", he said. "These guys deserve it". Every day, before delivering his new reports, before telling us about the battles, he would always ask if we had completed our mission.

Virginia Hernández, Olalla Cernuda, José Luis Martín... the editors at *elmundo.es* were delighted to break off their work, a bit jaded after so many lines about the onslaughts, in order to do Julio's 'homework. Dozens of emails, written from the heart, crossed the Atlantic.

The families replied to us lightning fast with heartfelt messages from the United States, always starting their letters full of gratitude for the Spanish journalist who had opened up this unusual yet immediate channel of communication. We sent them on to the soldiers via Julio or emailed them to his colleague, the German journalist Christian Liebig, from *Focus* magazine.

Julio never relaxed, or at least it seemed that way in his calls. Every conversation with him jangled with tension, to such a point that he sometimes he would interrupt his intense account... "Listen, listen, a rocket exploding 50 metres away!" ... We really feared for his life every time we spoke with him. The day when he told us he had slept alongside the bodies of three allied soldiers was particularly chilling: "They were just a few inches away from me all night. It was really hard, it's probably affected me more than anything else so far. I've seen death really close up..." he reflected in a phone call after this long, raw night.

He also spoke about how the US troops, while very well equipped and trained, were enormously inexperienced, and how this led to them making constant and fatal mistakes. One day he was trapped for a few moments in the crossfire. While experiencing these terrifying moments he was talking to Gumersindo Lafuente, the editor-in-chief of *elmundo.es,* and their conversation was interrupted by at least three large explosions. "They're cars going too fast and the Americans are blowing them up with the passengers inside".

Francisco Herranz, one of his bosses from the international section of *El Mundo,* remembers being the first to hear him "excited" and aware of his great position in Kuwait as he told the editorial team that the first invasion was about to happen – many hours before the Pentagon confirmed it, of course.

His calls became increasingly frequent and intense. His words gave us a blow-by-blow account of the arrival of the American troops in Baghdad – accurate, humorous, and with his

typically practical, man-in-the-street take on life. At mid-morning on Saturday 5 April, he used Madrid landmarks to try to explain the route that the Third Division tanks were following to enter the Iraqi capital: "Right Ana, let's see if I can explain, they're coming in along motorway 8, which is a bit like the M-30 in Madrid – but don't go thinking they're going to get to Sol, OK?!! They're taking a stroll as far as Usera or somewhere like that, then they're going back to Las Rozas. Can you see it on the map?" He was talking about a reconnaissance mission that got almost as far as the city centre, just two kilometres from the official buildings and palaces.

On the evening of Sunday 6 April he was very worried when he spoke to the international section. He knew that the next morning was going to be very important. "There'll be news at dawn – be prepared", he warned us in a message. At daybreak, the division he was travelling with was readying itself to take Saddam's main palace on the banks of the Tigris. One of the most long-anticipated moments of the war was now imminent. The American soldiers would be taking embedded journalists in their tanks.

Julio thought about this for hours that day. And once again he did so by telephone with his friend, and head of the international pages, Roberto Montoya, who has a very clear memory of those last calls: "I am facing an existential problem. They are offering to take me along on a very risky mission". He had been warned that the Iraqis may respond to the attack with artillery fire. "Some veteran American journalists have signed up. What do you think? I'm terrified that I'll take all that risk and then have problems sending it and we won't be able to tell the story".

During this anxious conversation, Roberto replied: "I can only advise you as a friend who loves you, because as your boss all I can say is that ultimately it's your call. Nobody can order you to take part in something like this. You're a journalist, not a soldier".

Roberto knew that what Julio needed right then was an opinion. His head was racing at 1,000 kilometres an hour. He had too many things to think about all at once. "Julio, my advice is not to go on this operation. There are too many odds stacked against it, and only one in favour. You've already had your baptism of fire, and so far it's brought you professional success, but this situation is extreme. Even if you come out of it alive, you might not be able to send your copy to us. In that case, what would have been the point? The best possible result would be that the newspaper would "sell" you with a five-column story on the front page and it would have a great impact. But Julio, how many people are going to remember that "super exclusive" a bit further down the line, other than your colleagues and family? How many Julio Fuentes scoops do we remember? Your life is worth more than any exclusive. You've proved your worth. You don't need to prove anything else to anybody".

When Julio rang back he'd made his decision. He wouldn't go. He'd stay in the Communications Centre. On top of all the other arguments, Commander Davis had warned him about his bulletproof vest, which was light and comfortable to move around in, but wouldn't offer much protection from an artillery attack or grenade shrapnel. "It's not going to help you much if there's a pitched battle" he told Julio and the German reporter Christian. Julio wore a SI IIIA vest, approved by the Israeli Army, with flexible bulletproof plates. *El Mundo* had bought it from an accredited security firm.

First thing the next day he told me, quite annoyed, that he'd stayed 15 kilometres outside

Baghdad as a precaution. That morning we believed, as he did, that he was in the safest place, if there is such a thing as a safe place in a war... "I was thinking about it even though they were telling me not to go... until two soldiers arrived at the field hospital last night. They'd been wounded by mortar fire, and they said they'd been saved by their bulletproof vests. I didn't think twice about it then. I decided to stay with the rear guard".

That same day, at six in the morning, Yaiza Perera received the first call from Julio. She remembers him sounding tense yet excited as he started to dictate what would be his last report: "They're arriving at the gardens of the presidential palace! There are over 1,000 soldiers from nine companies ...". "I'll call back" he said, before he hung up. The leading international agencies didn't carry the information we had until over an hour later. Julio had access to the best sources and was getting it all out first...

There were more calls. At seven in the morning he carried on telling us about the two palaces being taken, but not before asking: "How's it going? Are we getting it out first?". For him it was almost like a game. "They're inside!".

In the clearest example of how to retransmit a war live – even beating the television stations working on the ground – he told us in the same call that the American troops were preparing to pull down a horseback statue of Saddam Hussein in the garden of his biggest palace. But he "actors" were waiting for the cameras from Fox News to cover this historic moment live. "Really Julio? It sounds like science fiction". "It is. It's just as I'm telling you it. Put on Fox News and you'll see it live. That's what the Yanks are like".

It wasn't science-fiction. More like a reality show. His tip-off meant we could switch on Fox and cover the first of the statues of Saddam being toppled. The regime was starting to fall.

"You're great". That's how we signed off each of his calls, and that's what I told him at seven in the morning that day, the last time I heard from him. "I'll call back", he said.

And he did call back, at about eight. This time it was *elmundo.es* deputy editor Borja Echevarría who spoke to him. The report was still live: "There's bitter fighting in the Palace of the Republic...". "I'll call back" .

The hours went by but there were no more calls. I dialled his satellite phone several times through the morning. He didn't answer. "He'll be out looking for cucumbers again", I thought, remembering the witty report in which he had described the much-feared missiles as vegetables. Then I went about my other business.

About one in the afternoon, news started to come over the agency wires about two dead journalists. Elena Mengual was editing the short piece we put out in *elmundo.es*. She looked at me in silence.

Shortly afterwards, the agencies reported that one of the dead men may be Spanish and the other German. The tension grew. I kept on dialling Julio's phone. He didn't answer... It couldn't be. I sent urgent emails to the German... He didn't answer. Melanie Parejo in Madrid and Ana Alonso in Berlin spoke with the editorial team of *Focus* magazine, where Christian worked. We heard the first bad news: they'd got in touch with a Norwegian photographer who knew that a Spaniard and a German had stayed behind that morning in the Communications Centre of the Second Brigade of the Third Infantry Division, and that this had been the target for an Iraqi missile attack, according to Pentagon sources ... It couldn't be. We didn't want to believe it. The editorial secretaries, their pulses racing and eyes glassy,

answered dozens of calls from the media wanting to know about Julio. It couldn't be. It all seemed too like the morning when we found out about the death of Julio Fuentes in Afghanistan, a year and a half earlier. It couldn't be happening again.

In mid-afternoon the most painful words arrived. The Minister of Foreign Affairs, Ana Palacio, spoke to the associate editor of *El Mundo,* Casimiro García Abadillo, and confirmed the news we had never wanted to hear. Julio Anguita Parrado had died in an Iraqi attack that morning... Cold, silence and tears in the editorial office.

The headline of that afternoon's *elmundo.es* was probably the hardest we have ever had to write. It reminded us so much of the one we had written the day that our colleague Julio Fuentes was murdered. But when Julio Anguita Parrado died we had two enormous, almost incompatible, news items sharing our front page – one about him being killed by an Iraqi missile, and another recounting the attack on Saddam's palace, which he himself had told us about so accurately a few hours earlier, and which was now continued by Mónica G. Prieto from Baghdad. Paradoxes of a profession that can be so unfair and thankless.

That same day, in those anxious hours of impatience and pain, we started to receive messages from the families of the soldiers we had written to just days earlier at Julio's express instruction. All of them wanted to pass on their condolences. The Spanish journalist, that great guy who had helped them make contact with their loved ones, had died. It's what happens in war. All the messages said the same thing: "God bless you". Here are some of them:

"To all of you who helped send me messages from Steve: I am devastated. I want to send my condolences to those of you who knew him well. It was very good of him to help the soldiers get in touch with their loved ones. This bad news has saddened my house today. I want you to know that Steve's family cried today. Julio helped us a lot in getting through the time when we didn't know whether Steve was alive, captured or... God bless you and take care!! Cheryl Chmielewski.

- "I read in our newspapers that Julio is dead. I'm really sorry. I'm very sad, even though I didn't know him. I'm thankful for all his articles and his messages. My deepest sympathy to his family and friends. Michael is fine. He was near the attack but he wasn't injured. I know he's vey sad. He thought of Julio as a friend. Thanks for your correspondence." Jennifer Gurney.

- "I am the wife of one of the soldiers in the surgical team of wing 555 Army unit at Fort Hood, Texas, which accompanies the Third Infantry Division. I'm sending our condolences on behalf of all the wives of the 555. We received messages from our husbands thanks to Mr Parrado's generosity. I read an article on the *El Mundo* website that showed the names of our soldiers. If it hadn't been for him and *El Mundo,* many of us wouldn't have been able to stay in contact with our husbands. We are really sad about his death. Thank you for your time and God bless you." Toni Maawac.

- "Julio was with my husband in Baghdad before the accident. I wanted to send these few lines to say what a good person Julio was, and how grateful I am for the messages he sent from there to the families over here. I'm really sorry. Thank you." Sylvia Bryant.

What remains of Julio are hundreds of articles in the newspaper archive, his wonderful

reports from halfway through the war – well, not halfway – what a lot of war and how much blood still lay ahead! And our memory of a wonderful person. I remember his last smile, as sweet as he was, just before he left for Iraq in the newspaper's reception, just a couple of metres from where a cold bronze plaque hangs today that reads: "To our colleague Julio Anguita Parrado, who died as a victim of the horror of war while working as a special envoy in Iraq on 7 April 2003".

Ana Bueno is editor-in-chief of *elmundo.es*.

A pursuer of challenges

Ana Fernandez Navarro

Julio Anguita before the mirror, the voice and memory
of his parents and of his sister Ana.

[translation of the verses of Valente,but
I haven't found an English edition I could consult]

Words escape me, I've no more of them, I'm mute: the melody I'd like to go with my words needs Orpheus, Louis Armstrong, Cortazar, all the muses together, in a sort of convention. This happens every time that the blank sheet of paper and I meet together with Julio Anguita Parrado to celebrate his life and to keep his path open. It almost feels like I forgot what our job is all about, and the determination it takes to be a journalist. I had to overcome this – he wants me brave, he wouldn't like to see me still and sad on the path. And this is why I started writing down an account of the conversations I had with his father, Julio Anguita Gonzalez - former mayor of Cordoba for the PCE and a leading figure in Spanish politics –, with his mother – whose kindness my friend inherited -, and with Ana Anguita, whom I remember incredibly solid in those days which followed the death of her oldest brother. It was Ana who stood strong in the agonizing and endless wait for the body of the son and the brother, and it was Ana who made sure that the goodbye to Julio respected the will of the someone who wasn't there anymore to decide, suggest, disparage, or laugh, always with intelligence, as Julio used to do.

The interviews took place in Cordoba, in mid-December, just before an impossible, unnatural Christmas – Julio wasn't coming back to the city of his family that year, he wasn't going back to the dense concentration of people that he, New yorker and cosmopolitan, loved so much. In Cordoba, projected on familiar mirrors, he could recognize himself. Now, the wind of those streets nurtured my love and my anger. I would like so much to hear his "What's up?" – and I won't ever hear it again. This was how Julio used to reunite his friends from Cordoba, asking for the tale of a little adventure; this is how Julio used to turn tenacious grey into spectacular rainbow. Julio-the-father – I'll always call him this – was more moving for the solidity of his principles and his integrity, than for how he dodged his own tears. "My son has indicated for me a path" he says, still standing for all his children as an unavoidable example, public and intimate at the same time. Antonia Parrado, on the other hand, embodies the eternal dialogue between mother and son. She describes Julio as a pacifist and as someone who demanded too much from himself since he was a boy. And then there is Ana Anguita,

who moves back to the crossroad, and tries to find her own way in the constellation of challenges set by her brother Julio. As for the youngest among all Anguita-Parrado, Juan Antonio, I know that his actions speak for him better than his words would, and that he prefers it this way for the moment - so true to himself.

When we were preparing the admission test for the university, I remember that Julio had already clear ideas regarding his future as a journalist. Where did the vocation come from?

My father says that it goes back to when he went with him to political rallies. It may be... What I know for sure is that he loved the T.V. series Lou Grant. My brother decided to go to the university of Madrid". "Originally he wanted to study International Law" says Antonia Parrado "but here there is just one course, and he would go to study in the URSS. But of course, you know how mothers are... I learned that the students in Moscow were supposed to live in very unhealthy places. I talked him out of it and so he decided to study journalism. Since the very beginning he used his summer breaks to do internships in Canal Sur or in the daily newspaper *Cordoba*". "What I remember is that in 1986, when I ran as Izquierda Unida's candidate for the presidency of the Andalusian government, he said to me: 'I want to study journalism'. He proved he liked it. He would spend a lot of time with the journalists and then share with me his thoughts about those conversations.

I had the chance to see the interest that surrounded him, and his determination to be treated not as the son of that important politician his father was, and I was there when he started signing as Julio A. Parrado. Why that signature?

It was very unpleasant to be told 'Don't tell me you're the son of *that* Julio Anguita!'. He was still at school when he decided to change his name. 'Look, Julio, willing or not you're the son of your father, so why are you going to change your name?', I asked him. What he wanted was independence. He liked his father, and yet he didn't want the others to link him with his father. He started to write, and it took me a while to recognize him behind the name of Julio A. Parrado" says Antonia. "I tell you: having a famous father is a pain in the neck; for that constant feeling of being eternally compared with the mythical and mythologized mayor of Cordoba. So, when someone tried to criticize him for the issue of his pen-name, I've always defended him, I've always thought he was right: he had to build his own world, and I was full of satisfaction when I learned that many people realized that Julio was Julio Anguita's son only after his death. This is the sign that he managed to have his own personality, his own public profile completely separated from the one of his father – and this makes me so proud". "The family name has never been a problem for us: but for my brother it was a burden; Julio wanted to know that he was where he was thanks to himself, and to no one else.

And what does his father know regarding that idea of studying International Law?

The boy always had a passion for justice. It was something he got from his grandfather, maybe even from his mother, and from me. The grandfather had a very strict sense of justice. Julio used to have debates with me, often and for many reasons – among these, probably that when you have a famous father you always have an innate tendency towareds rebellion. He felt that justice was above parties and above opinions. He always tried to find the negative side of my choices – sometimes he did it even assuming positions that weren't his true ones, just to provoke me.

I've always thought that challenges defined Julio the best. Do you see this too?

Mom, the problem is that you don't force me": this is how the kid who always got awesome grades used to reproach me. "Julio, you are perfectly capable of doing things at your own pace: why should I force you? If you weren't so, then..." remembers Antonia. "He was demanding with himself. No doubt he was a hard worker. This made him a non-conformist, because he believed in working hard and doing things as well as possible. He never did anything without solid documentation. And this is how he faced 9/11: he exposed himself too much. I hadn't realized this. Even when he told me he was going, I hadn't be able to realize what he was going into...". "When he says during an interview on an Andalusian TV channel, that he wasn't afraid of the war" says Julio's father "but whether he'd be up to the task, there you can see a sort of self-affirmation, as if he were saying something like "you bet I'll be up to the task!". He challenged himself all the time. You can say he was competitive – but with himself: he was his own judge, and the harshest one he could have had. Some people simply need to constantly affirm themselves. This was, I guess, how he avoided his fear of death. He was young, healthy, handsome, fun. This is life, with its problems. Life. But life faces death. The determination to live up to one's limits is a triumph over death. And life, therefore, seems like a tropical vegetation which begin to grow".

Tell me more about his personality.

What has always struck me" says Antonia "is that he died in the midst of violence, he, who had always been a pacifist. When he was seven or eight years old, one day he got home with a bump on his head (there were some pretty violent guys out there). I went close to him and said: 'Listen Julio, I don't want you to hurt anybody, but at least defend yourself! You have to learn how to defend yourself!". And he said: "Mom, do you want me to hit the other guys back? No way." This was his reaction. From then on, he stayed away from these situations and looked for playmates who weren't violent, who were pacific, calmer". "Those guys usually change. I remember when he said: 'I don't want to hit them!'" says his father. "He was a very delicate boy despite his appearance, and very clever, and because of this he could suffer a lot. I think he suffered a lot also because of his mom and me [Julio's parents got divorced]. He had to overcome a lot of difficult moments. And he was seeking the recognition of colleagues and friends... But at the end, when he realized that the people around loved him very much, I guess he overcame his suffering".

Another aspect of his personality is that he always liked to be with older people and ask them a lot of questions. I remember that once his uncle – his father's brother – visited us and went for a walk with Julio at the Cruz Conde Park in Cordoba. When he came back, he was amazed by the conversion he had with Julio, his clever questions, his interest for all things which worry human beings. He had a lot of friends, as I realized when I met them after his death. My friend Blasi told me one day: 'Your son must have been an extraordinary man – you can tell this from his friends...' He surrounded himself with people who had the right values: no social climbers, but people who always earn whatever they get."

He was a very curious person – unlike me. My mom used to say: 'You got to see the curiosity of this kid!..' This always struck me of my brother: he knew a lot about a lot of things and always wanted to absorb as much as possible regarding subjects he didn't know much about."

He needed to live, he needed to love, he needed to be loved" says his father. "Somehow he

remained a boy, a thirty-two year old who managed to keep the important aspects of boyhood somewhere in himself."

Do you think we've been able to appreciate Julio as a journalist, we who were closer to him?

He was just about to take off, although he was already pretty well known. I know this from his colleagues: the chronicles he wrote from the war zone were very important. They were truthful and yet, at the same time, somewhat distant from the situation they were describing: they went beyond those particular facts and that particular time. His stories" says his father " didn't tell just about what was happening there, they were about universal parameters, about human beings, and general situations. He was very good at this – and you can tell he was prepared to reflect upon things. In his chronicles, not only the ones he wrote from Iraq – his point of view was always somewhat removed from the situation, in order to have a better look at it. This wasn't so evident at first sight. He was an artist, a creator. There are very few people able to write the way Julio wrote to his grandfather".

He wanted to be on the frontline" says Ana "This whole idea of the reporter as we see it in the movies...".

The same happened to me with his father. He wasn't more important just because he was famous or because he was the mayor; Julio (Julio's father) was important to me as a person. And for my son, well, it was exactly the same. I've always been proud of Julio as a person. Friend of his friends, good with his whole family, he came back every Christmas evening, and that was... I've always expected from my son exactly what he did – I've always thought he was going to make it. He did not avoid the conflictive aspects in his job: he had been quite quite openly critical of Bush, for example. He always said whatever he deemed necessary to say, and never yield. I was so proud when I realized that people had started commenting on the articles of my own son. Once someone called me just to tell me that he had found one of Julio's articles in a book on the 9/11, at El Corte Inglés. Everybody was congratulating him for his work. And yet, maybe his father and I belong to a more Spartan generation: to us, recognition must always come from the outside. Now, well, maybe what happened made us change, and we are starting appreciating also other things".

What did New York mean in his life and in his professional career?

I supported him fully, although he was leaving his contract to be only a collaborator. His father did not agree with the idea at all, to put it mildly! Maybe other mothers want to keep their kids with them, but I thought that it was a good opportunity for a journalist. The editorial department was too small for him. He wanted to have wider horizons...".

My parents advised him to reflect very well on his decision. I told him 'If you want to go, just go. You are the right age, either you do it now or you'll never do it'. Of course he had his own fears. He knew he was going to New York with no safety net. Or maybe it was also a way to escape several things and make his life for good".

He was in love with New York, but hey!" says his father "we had our arguments about it: we spent some time without talking to one another, and we had a fight over the phone. I saw the explosion (the 9/11 attacks) and all those innocent victims. 'Let's see what is going to happen now' I muttered. He didn't understand me, and we fought, and then it was over. It's curious: the whole history of the political left, the Spanish left which has always been opposing American policies – no matter what, New York stands for all of them as a strong

attraction. There are also the boroughs were Julio used to live, and not just the unbearable unilateral thinking. And there is another thing, something that is going to surface anyway, and it's better that it does when Julio is not with us any longer. I still believe that [the events of 9/11] are the result of an internal fight within the US. What has happened is that the hydra disconnected the powers of the Pentagon, of the Presidency and more. In the whole history of US as well as in the recent US history there is the hydra - you cannot make decisions as quickly as Bush did. The attacks of 9/11 are a horrible crime, but you have other crimes committed in Timor East, in Indonesia, in Kosovo, Irak, Afghanistan, Granada, Chile, Somalia...".

Córdoba or New York: which one did Julio belong to most?

"New York was where he was himself: free. Córdoba was the warmth. Everyone feels the necessity to go back to the mother's womb. I think–goes on his father- that Julio came back to Córdoba as to the mother's womb, which doesn't only mean his mother, to whom he was very close, but, also, his mother city, which welcomed him with great affection. He found here in his Córdoba the continuation of the appreciation he had in New York and Madrid. The thing is that he could not live here. At least I think so, because here he felt suffocated. But a quick trip every now and then...". "In Córdoba are his roots, his home, his parents. But sometimes is much more important the place you choose. Your city is the one you choose", states Ana, "that's why New York is his city. It is there where he could be himself in many senses, and where he found many things. I very much feel him as belonging to New York. But of course he used to say: 'One day I'll come back' ".

Julio's career was already outstanding when he decided to join the elite of journalists that reported about the Iraq war from the front line. How did he explain to you then that he was leaving?

"Maybe, if I had insisted on him not going to Iraq..." –questions the mother-. "The truth is that I did not gauge the risk. Why did he need such a thing? 'How come you leave for a war you know we don't support', I asked. And he told me: 'Mom, I just tell you that if you want to prevent war, you will have to go to the American bases, and not let one single airplane take off from here'. He asked me why did I need to be city councilor (Antonia Parrado was responsible for Social Services from 1999-2004, and she has gone back to her employment as Education inspector). 'You're doing a job that gives you a lot of problems, and there you are because you really wanted to do it, and I'm going because I also want to', Julio concluded. I think he was referring to the continuous personal challenges we're constantly choosing for ourselves. He was convinced that if he was in there, he could tell everything with truthfulness. What I'm really sure about is that he, being so full of life, did not want to die. I dissuaded him from going to study in Moscow. But this time he was more mature, he was a different age. I also held out hope that the war was not going to happen, as there were so many protests against it... I thought there was going to be a last minute solution. I had that ingenuous hope. That's the truth".

"He was having coffee at my place in the morning- narrates the father-. He wanted it: it was his job. I told him: 'I'm proud of you'. He was very excited and very serious too. I get the feeling he came to say goodbye. Bah, forget it... nonsense!"

"As everytime he left for New York, he woke me up. This time I was more awake. I saw how he tidied everything up: backpack, helmet... What I keep of my brother from that

moment is his enthusiasm, his joy, and his sense of responsibility. I told him: 'Allright Julio, but a lot of people are going to die there'. I saw him so handsome, so tanned, so fit from the training, carrying all the things from the newspaper, and also so overwhelmed by the situation he found himself in. I want this to be published, because this is his book: my brother went to war after being treated as rubbish, after being humiliated. He arrived in Iraq and did his job, but worrying about his boss and about wether he would have a job when he came back."

In general, what could comfort those journalists who risk or lose their lives doing their job?

There is no relief. They just tell stories, the part that cannot be seen, and they honor the profession with their noble duties; I don't call journalism what others do for some magazines. This is why the economic recognition is important: every professional should be treated properly and according to the merit, regardless of the market economy. I don't know if it's because of Julio, but I think that journalism, wherever there is a well-made chronicle and wherever someone is risking his or her life, is a very respectable profession, one of the most respectable, in fact. Those who are not respectable are often those who shoot their guns. My son and José Couso, in my opinion, are way above Colin Powell, to give you an example. Bush is pure indignity, I do not think he is even a person. Honestly, he's just rubbish. And when I say he's rubbish, may rubbish forgive me". It's Julio father talking. "I wish they were appreciated –cries Ana Anguita-. But they're not. Up there, there are a few PETARDOS that do not value people below them, and even cut their heads if they can. And this is especially true in this job, more than in others."

Julio's mission in Iraq, how would you describe it? What did he tell you?

"He was there to tell the truth and to give information to the families of the military staff that had been sent there, to establish human contact with the Mexican (Rogelio Zapata, chauffeur) and the mayor (Michael Weber), who I think is a good person. The problem is that these are good people, but they also kill", claims Julio's father. "They see those things as normal. I talked to him twice. He called me", recalls the mother. "I noticed fear once. I heard a noise while we were talking, because the fedayines were shooting. Of course he was scared, and he describes it. He was scared as others were. The thing is that being brave is not about not having fears, but about living with them. Nobody thinks that is going to happen. You're, of course, exposing yourself on the front line, but you're there with a great power. What you're not expecting is a great crash to come from above, a missile that, what a coincidence, was from Iraq.

"His moving gesture of sending soldiers' emails to their families, so that people at home knew they were safe, made him close to the soldiers, I think my mother told me that. We have the tendency to consider all military forces and everything from the states as evil, but, at the end of the day, the US Government and the country are different things. And that was a great thing about Julio too, because he was very sympathetic". "The impression I got from him (during our phone conversations) is that he was in a rush because he had to talk to the newspaper. He just wanted to make sure I was calm. That very morning he told me he had stayed near Bagdad because he had no bulletproof jacket, well, he did have one, but not the one required by the US Army. Julio, I told him then: "Come back". He told me he was going to look for a hotel because it had been days in which he had had no shower. That was around

10.30 in the morning, Spanish time. If he had left quickly, he wouldn't have been caught there, in the communications' centre".

You feel anger, fury, because a war is avoidable, it's not like those natural disasters that you can hardly prevent... Seeing people dye in war...

"Those who do not stop a war, being able to, are guilty. Every single person that voted for PP after what happened is responsible. Aznar wrote to me a letter to which I have not replied, and to which I do not intend to reply. I thought of writing an open letter, mine are extremely harsh... One day I'll do so. But that's not my son's thing. What Aznar did is despicable. And just for the sake of his own inferiority complex, historical and personal, typical feature of low quality people. I cannot forgive this, as a citizen of this country, as a Spaniard. And I don't want to listen to all the stories of those apolitical people, sometimes the most shameful ones, justifying all this, as politicians do. The problem is that they hide themselves behind their own cowardice in order to not be involved. But they do anyway. By voting someone that has lied, that has taken military forces there, that has supported a real gangster... At this point, there is something called conscience. Well: those are the ones that must be involved. I have distinguished myself as someone who reminds the people of the responsibility they have. That gentleman that votes is co responsible. Iraq's blood also falls over him. That silent majority that doesn't get involved in anything, that doesn't participate in anything, those good people, those who support... We have to tell them that they are at least partly responsible: may the blood cover the people of Israel. Yes, yes, may it cover the people of Israel. But they're also there shouting Barraba, Barraba, Barraba. That piece from the Gospel is important because it shows how we are: in those 12 hours, the whole Mankind is represented".

"I'm very pessimistic", cries the mother, "they're capable, this despicable people, of saying we're in the list of countries that can settle companies there. That's what people that make war in order to become rich say, they do it pressed by the multinational companies. It is not reasonable to make war to settle companies. Wars are never useful. Only to destroy, and to destroy people and take away their energy to live". "It causes me much fury and much hate. I'm getting rid of some of it now. Like the other day, when I picked up my brother's prize and sayed 'criminals'. People die and nothing happens".

Do you see yourselves as victims?

"I don't consider myself a victim, but a damaged party. Because it's not normal to bury your son. It's not normal, nor good. That's why I'm damaged. Even if it sounds akward, Julio didn't even notice, I don't think so, he did not feel his death coming. He just died and he was happy while he lived. And I don't want to be misunderstood: he probably died as a bullfighter does when he's at the top of his glory. Although he still had a lot to do. His life, on some level was perfect. He was at his best: who, when 32 years old, has a recognized signature in New York? Julio, an appreciated man, admired, respected, beloved. So I feel injured because I'm still alive, and so is his mother, and his siblings. But I cannot blame A or B, and in any case, I do not believe in the ones who I can blame".

"I feel myself as an orphan. Now, I'm the oldest one. But my brother did not walk through this life as others perhaps have. What I admire the most is that someone chooses. My brother chose. People from Iraq, for instance, did not. There were many things he did not

have time to do. He wanted to become father, he had plenty of hopes. He did not want to die. But he left his footprint. That's what Julio, and no other, left". "I still can't believe it. I often think he's in New York", says Antonia in tears."It must be some kind of self defense mechanism of my subconscious. I met Couso's family twice. His wife and his mother... The parents and the girlfriend of his German colleague, Christian Liebig, were totally broken. They told me, in a letter, that he was their only son. But even if you have other sons... Every single one has his or her own place. I feel, like all the mothers, astonished by my own capacity to keep going. It's inexplicable, honestly. When you imagine a situation such as this one, you think you will be unable to live. But you do. And in my case, as I was telling my friends, I have never considered killing myself... So what you do every day is try to not fall into depression, which is harmful not only to yourself, but also to the ones that are related to you. I was lucky not to fall into depression, lucky to keep going. And well, it's true", she says almost in tears, "that the energy is there...".

Julio, do you think that your son was better than you?

"In terms of sensitivity, there's no doubt about it. In terms of feelings, probably not. I, behind this tough image... But he was careful, he cared about details, he knew how to be close. And I don't, I don't know if because it's more convenient, or because I'm too rational, and I like to be direct".

Benedetti's verse "Me sirve tu batalla sin medalla" talks about lives and paths like Julio's, about other prizes that belong to him...

"Of course my brother has the prize because he did what he wanted. He left very good friends and people that I'm sure regretted having treated him as they did". "Many people would like to have as a medal those crowds spontaneously gathering on the boulevard, or that city council they told me about (as I wasn't there). Or those conversations with all of you, friends and colleagues of Julio: you have showed me a Julio whom I didn't know. I learned also from his funeral, and from all the things that have been said about him. There is a medal made of human love that still remains. Yes, he has had his medals, and he deserved them".

Has your way of facing life changed?

"I think that if I have to do something, I have to do it at my work, at a basic level, at a more social level (Ana Anguita works as a psychologist at minors' recovery), and the rest revolts me. I still haven't digested certain things. I didn't have such hate. I think of not harming people and of doing what I really want to do, what really makes me happy. I still believe in human beings, and somehow I need to think that this has to end well". "What has changed is my way of thinking about my son. I now feel more involved", says Julio Anguita. "My son has marked a path for me. He did what he wanted, what he had to do, and he died for that. And because of his death, I care less about my own death".